

ÁNGEL BAHAMONDE
Y ROSARIO RUIZ FRANCO (EDS.)

Los libros sobre la Guerra Civil



cátedra

ÁNGEL BAHAMONDE
Y ROSARIO RUIZ FRANCO (EDS.)

Los libros sobre la Guerra Civil



cátedra

Ángel Bahamonde

y Rosario Ruiz Franco (eds.)

Los libros sobre la Guerra Civil

CÁTEDRA

Índice

PRESENTACIÓN (Ángel Bahamonde Magro y Rosario Ruiz Franco)

CAPÍTULO PRIMERO. De Alzamiento Nacional a complot
involucionista: sobre los diversos usos públicos del 18 de julio

Ocultamiento e idealización franquista de la conspiración y el golpe
del 36: ¿un «Alzamiento Nacional»?

Llamemos a las cosas por su nombre: los estudios sobre el golpe de
Estado de 1936 en el tardofranquismo y la Transición

Las polémicas memoriales e historiográficas en la etapa de
consolidación democrática

CAPÍTULO 2. Milicias y voluntariado: de recrear su inexperiencia a
recrear su experiencia

Voluntariedad y conscripción

El debate original: entre el vituperio y la reivindicación

El giro sociohistórico (nunca concluso)

Nuevos enfoques: el boom memorial y sus posibilidades, las nuevas
historias de guerra, la perspectiva de género, la historia local

CAPÍTULO 3. La guerra de España: historiografía y debates en torno

a un conflicto internacional

La intervención internacional y su conexión con la política exterior

Unas complejas relaciones internacionales

La acción exterior de las potencias extranjeras en la España en guerra

Conclusiones

CAPÍTULO 4. Los ejércitos

Los militares hasta 1936

Los militares y el 18 de julio

Los ejércitos

El Ejército Popular de la República

El Ejército Nacional

Distribución de la oficialidad entre los dos ejércitos

Aviación, Marina

Nuevos enfoques: la tropa, movilización, reclutamiento

Las operaciones militares

Biografía

Memorias

CAPÍTULO 5. La violencia política, el orden público y la represión

La retaguardia como escenario de la violencia política

Los análisis justificativos de los vencedores

Apertura de los sesenta: influencia e impacto de los investigadores foráneos

En la Transición, debate historiográfico sobre violencia política y precisión cuantitativa de la represión

Memoria histórica y estímulo de los análisis cualitativos de la violencia política y la represión

CAPÍTULO 6. Cultura, prensa y propaganda: guerra escrita, guerra total. Balance de nuestra década

Consideraciones generales y numéricas

El peso de la ideología: entre la cultura y el combate

Prensa y propaganda: el ancho cauce para la ideología

Conclusiones

CAPÍTULO 7. Las mujeres en la Guerra Civil española: una participación menos invisible en la Historia

Construyendo su historia: las mujeres republicanas y las mujeres franquistas en la guerra

Consolidación e inicio de nuevas líneas de investigación

Conclusiones

CAPÍTULO 8. El final de la guerra y el golpe de Estado del coronel Casado

De la nimiedad a la complejidad

Ajuste de cuentas

La transición historiográfica

La etapa de la lucidez

Dialogar con el libro de Casado

Objeciones a Besteiro

Hacia el puerto de Alicante

AUTORAS Y AUTORES

CRÉDITOS

Presentación

ÁNGEL BAHAMONDE MAGRO

y ROSARIO RUIZ FRANCO

¿Un libro sobre libros? Sí. Y resulta útil.

Constituye norma académica verificar la consistencia de las investigaciones referidas a un tema determinado. Entendido el estudio de la historia sujeto a los cánones de las ciencias sociales, que lo interrelaciona con disciplinas afines como la ciencia política o la antropología, se denomina historiografía al análisis crítico de la producción de textos históricos en función de circunstancias temporales, fuentes utilizadas y la aportación que nutra el estado de la cuestión sobre temáticas concretas. No se trata, pues, de la mera enumeración de libros y autores.

A lo largo de las tres últimas décadas se ha producido una enorme eclosión, en cantidad y calidad, de los estudios sobre la «guerra de España», tal como la denominaron los cronistas extranjeros que siguieron los acontecimientos. Rumbo a lo aún desconocido, los horizontes temáticos se han ensanchado considerablemente. Han surgido inéditas miradas, exigentes, y nuevos cuestionamientos, al amparo de las disciplinas afines aludidas. El resultado son elevados rendimientos al conocimiento y valores añadidos consistentes, que alejan el análisis de las fáciles soluciones maniqueas, previstas de antemano. El panorama, por tanto, se ha enriquecido a base de una riada de contribuciones que es preciso sistematizar. Alimentan la reflexión y el debate con características multiplicadoras.

Se han invertido los procesos de observación e indagación, con resultados excelentes. La historia de la guerra, en el plano científico, partió de consideraciones generales que permitieron

trazar las grandes líneas maestras sobre el tema, pero que no siempre se adecuaban a la multitud de los diversos espacios y territorios en que se desarrolló la trama, a su vez no necesariamente equiparables. Fue de lo general a lo particular. Se ha trocado el trayecto. Merced a las técnicas de la microhistoria y de los análisis locales y regionales, el poliédrico y complejo argumento se ha llenado de matices y de insospechados caminos, que abren las espitas del diálogo y permiten la construcción del edificio bajo la forma de pirámide escalonada con firmes bases de sustentación. Reconstrucción de abajo arriba que facilita el análisis comparativo, provocando una visión general integradora que evita la mera yuxtaposición de casos particulares.

Pero no es oro todo lo que reluce. Al menos podemos atisbar dos tipos de sujetos que se aproximan a la interpretación de la Guerra Civil. Por supuesto, está en primer lugar el historiador profesional, que utiliza la metodología propia de su oficio, pacientemente adquirida a lo largo de muchos años de formación. Conforman el relato a través de un análisis continuo y cruzado entre el material que obtiene en archivos, fuentes de primera mano y el estado de la cuestión existente sobre una temática precisa, es decir, el continente bibliográfico a su disposición. Como no estamos ante una ciencia exacta, interpreta la cuestión a partir de los valores que informan su propia ideología, o sea, su cosmovisión. No obtiene una verdad única, porque no existe, pero sí consigue reconstruir realidades históricas, centradas en las coordenadas temporales y vitales de una época precisa, aunque a veces el apriorismo desbordante emborrona el análisis.

Pero también existe lo que podríamos denominar «el intruso», que, evidentemente con todo derecho, se acerca a la Guerra Civil con diferentes pretensiones que el historiador: desde el cronista más o menos erudito hasta el político avezado. En esta situación, se seleccionan los datos, se aíslan con fines políticos premeditados y con una carga ideológica totalizadora. De esta manera se compone un discurso presentista y parcial, que deforma y retuerce el pasado histórico, que lanza la Guerra Civil al presente como instrumento justificativo o legitimador y nunca explicativo. En esa selección se puede acudir a rincones historiográficos claramente superados. Es el caso de la extrema derecha española, que ha recuperado todo el

artificio verbal sobre la guerra que el franquismo elaboró en los años cuarenta, con su evidente fardo de falsedades. Dada la carga emotiva que conlleva la cuestión, el eco de tales premisas es recogido sin ánimo crítico por una parte de la población. En las antípodas se sitúa el relato idílico de una especie de edad de oro truncada por la adversidad. El peligro reside en que las emociones sustituyen entonces al rigor del historiador.

Esta acumulación de estudios de los últimos tiempos hincan sus raíces en el ensanche de los cauces informativos. Ha resultado de vital importancia la apertura de nuevos archivos y la sistematización y organización de los ya existentes. Nos referimos tanto a los archivos nacionales como internacionales. Estos últimos han desvelado cuestiones básicas y asentado premisas que anteriormente resultaban simples interrogantes. Predomina una tesis: la conveniencia de contemplar la Guerra Civil desde el exterior. En efecto, no constituyó solo un asunto doméstico; su naturaleza pronto se internacionalizó en una compleja estructura de acción y reacción. Desde la documentación inglesa, francesa, alemana o soviética se atan cabos y se logran conclusiones de doble dirección, porque la Guerra Civil también influyó en las políticas interiores y fue uno de los determinantes de la acción internacional. De esta manera, el salto cualitativo experimentado por los últimos análisis ha sido decisivo.

A escala interna, se ha socializado un caudal impresionante de información gracias a Internet. La constancia y los esfuerzos de los archivos públicos en este sentido, junto a algunas iniciativas privadas, al socaire de la legislación sobre memoria histórica, han reforzado los activos documentales en la red. Añadamos la localización y conservación de archivos privados, que engrosan el universo de fuentes a disposición de la ciudadanía y del historiador. Se ha rescatado un importante acervo documental en vías de extinción. Constituyen un ejemplo concreto los millares de consejos de guerra, testimonio del comportamiento franquista tras su victoria. Desde hace dos décadas es posible la libre consulta de los mismos, antes sometida a un conjunto de trabas burocráticas e impedimentos de todo tipo que es de desear no se impongan de nuevo. Subsisten algunos problemas, pero nada comparable a tiempos pretéritos. En lo que respecta a la 1.^a y 3.^a Divisiones

Orgánicas, estos expedientes estaban literalmente abandonados en el vetusto caserón militar de la madrileña calle de la Reina Cristina. Objeto de la avidez de las ratas, heridos los papeles por la humedad, las inclemencias climatológicas y la dejadez culposa de sus cuidadores, pasaron por fin, a finales del siglo anterior, a manos de profesionales de la documentación. Algunos de estos legajos son prácticamente irrecuperables.

Los ocho estudios que recoge esta obra, provistos de metodologías diferentes, analizan las aportaciones historiográficas realizadas sobre diversos aspectos de la Guerra Civil española. Los trabajos se reúnen buscando una lógica temática, y sin pretender ninguno de ellos un compendio bibliográfico exhaustivo en un periodo tan amplio de la historia, sino más bien realizar balances historiográficos e indicar perspectivas de investigación futuras, nuevos enfoques, con el propósito de situar el estado de la investigación sobre el tema en la actualidad y mejorar el conocimiento histórico sobre la Guerra Civil española tras la reciente conmemoración del ochenta aniversario de su finalización. Los estudios están escritos por académicos especialistas en la época y los temas tratados son: la conspiración y el golpe militar de julio de 1936; el fenómeno miliciano; la proyección internacional de la guerra; los ejércitos; la violencia política y la represión en las retaguardias; la cultura y la propaganda; la presencia y participación de las mujeres, y el final de la guerra.

El profesor Eduardo González Calleja realiza en su estudio, «De Alzamiento Nacional a complot involucionista: sobre los diversos usos públicos del 18 de julio», un balance de las diferentes interpretaciones de la conjura que trató de destruir a la Segunda República: desde las justificativas del movimiento «patriótico» surgidas en la misma guerra a las que, desde los años sesenta, interpretaron el acontecimiento en el tiempo largo como el punto culminante del militarismo español contemporáneo, o los primeros atisbos de una visión más compleja, basada en la tesis de la forja de una amplia coalición contrarrevolucionaria de carácter cívico-militar (con decisiva intervención extranjera), que incorporó en los años finales del siglo XX elementos de análisis procedentes de la ciencia política, como los repertorios de acción colectiva. El autor reflexiona también sobre el debate político suscitado por los

movimientos memorialistas, y su impacto en el surgimiento de un revisionismo académico y extraacadémico empeñado en la exoneración de responsabilidades de los golpistas o el reparto equitativo de las mismas con los republicanos.

Francisco Sánchez Pérez ahonda en su estudio, «Milicias y voluntariado: de recrear su inexperiencia a recrear su experiencia», en los milicianos y en su diversidad ideológica y territorial. Desde el punto de vista ideológico, porque los dos bandos militarmente enfrentados se nutrieron en cierta medida de él y dentro de cada bando, además, hubo desde muy pronto milicias agrupadas por partidos, sindicatos o «familias políticas». Desde el punto de vista geográfico, las hubo en todas partes, con desigual fortuna e implantación. Por ello, no es extraño que en la literatura al respecto abunden la faceta testimonial de los protagonistas en primera persona, el enfoque biográfico y el inevitable relato relacionado con la historia local, narraciones que en buena medida buscan recrear primordialmente la experiencia miliciana, tanto la masculina como la femenina (para la zona republicana). El profesor Sánchez Pérez destaca que historiográficamente ha primado el debate sobre su papel estrictamente militar e ideológico, y muy en particular, en la represión política, y que las milicias de ambos bandos encarnan, además, un fenómeno de profundísimas implicaciones sociales, enraizadas en el mundo de preguerra, y revelador de muchos de los motores básicos del enfrentamiento civil ya antes de la guerra.

La intervención internacional y la presencia de extranjeros desde los inicios de la guerra en julio de 1936 ha sido una cuestión crucial para la historiografía. La profesora Matilde Eiroa San Francisco realiza en su estudio, «La guerra de España: historiografía y debates en torno a un conflicto internacional», una revisión historiográfica de las últimas aportaciones en torno a la influencia y la dimensión política internacional que adquirió la guerra de España, teniendo en cuenta la distinción entre los conceptos de política exterior, relaciones internacionales y acción exterior de los Estados. La autora destaca el valor de las nuevas fuentes con la apertura de archivos en los últimos años, como factores determinantes en la elaboración de nuevos enfoques y aportaciones más definitivas al conocimiento histórico sobre la proyección que la Guerra Civil tuvo en el exterior. Por otro lado, en opinión de Matilde Eiroa, las

propuestas de una renovada cronología para la Segunda Guerra Mundial, el papel de las instituciones mundiales, los debates en torno a la No-Intervención, los miedos y los intereses ocultos de buena parte de los firmantes, proporcionan una interpretación más completa y más compleja de la que conocíamos hasta hace pocos años.

El estudio de Arturo García Álvarez-Coque, «Los ejércitos», pone el acento en la importancia de la faceta militar en el desarrollo de la guerra, si bien, y paradójicamente, a pesar de la vertiente militar en el inicio, desarrollo y desenlace del conflicto, proporcionalmente se han publicado menos libros que tratan esta temática. El objetivo que guía el trabajo del doctor García radica por una parte en una crítica bibliográfica, y por otra en poner de relieve las distintas visiones y paradigmas que desde el final de la guerra y hasta nuestros días han influido en la historiografía de la Guerra Civil en su vertiente militar. Su análisis es temático y cronológico, y estructura el marco temporal de la producción historiográfica en cuatro etapas: de la primera posguerra hasta los años sesenta, marcada por la visión de los vencedores; de principios de los sesenta al tardofranquismo, periodo en que las publicaciones de los investigadores hispanistas aportaron una visión alternativa de la República y la Guerra Civil; del inicio de la Transición hasta los años noventa, cuando se produce la eclosión de la historiografía española de la Guerra Civil; y por último, del final del siglo XX hasta la actualidad, etapa en la que se mantiene la abundante producción historiográfica, renovada en particular en los estudios militares.

El estudio de las retaguardias es un ámbito esencial para el conocimiento completo de la Guerra Civil española. Este tema centra la investigación del profesor Javier Cervera Gil, quien ahonda en la bibliografía sobre las retaguardias, en «La violencia política, el orden público y la represión». Su estudio analiza la bibliografía existente desde el fin del conflicto, una literatura de un valor testimonial, más que historiográfico, y muy propio del clima aún bélico de los primeros tiempos de la posguerra, hasta nuestros días. En su estudio destaca que hay que esperar a los años sesenta para encontrar obras de investigación más rigurosas escritas por autores foráneos que contribuyeron a alentar investigaciones de

mayor rigor en España, como ocurrió en los años ochenta gracias, sobre todo, a las investigaciones del profesor Julio Aróstegui y los estudios sobre el concepto de violencia política, sus componentes y la aplicación de estos a la guerra de España. El autor matiza sobre el desarrollo de la investigación acerca de la represión, en principio de forma muy cuantitativa, y desde finales del pasado siglo con una mayor presencia de análisis cualitativos. Más recientemente el interés por recuperar la memoria histórica ha estimulado, en su opinión, un avance historiográfico riguroso en el estudio de la represión y una apertura a gran variedad de aspectos: económicos, culturales, sociales, etc.

El trabajo de Manuela Aroca Mohedano, «Cultura, prensa y propaganda: guerra escrita, guerra total. Balance de nuestra década», parte de la premisa del papel que la cultura, la prensa y la propaganda tuvieron como medios para dar cauce a la ideología, al mismo tiempo que para ser instrumentos específicos de guerra. La contienda civil española, como enfrentamiento bélico y como guerra ideológica, necesitó hacer uso de ellos con una profusión inusitada hasta ese momento histórico, motivo por el cual los investigadores han prestado una atención especial al estudio de estos elementos. Los ríos de tinta que ha hecho correr la historia de la Guerra Civil, la multiplicidad de análisis sobre innumerables aspectos del conflicto y la atención específica que los investigadores han prestado a la cultura, la prensa y la propaganda hacen inabarcable un balance historiográfico completo sobre estas tres cuestiones, a su vez, íntimamente relacionadas. La profesora Aroca propone indagar en los últimos trabajos sobre la guerra escrita, dibujada, cantada o en imágenes, como guerra ideológica total, tanto en los estudios globales sobre el enfrentamiento bélico, como en las monografías destinadas al estudio de estas temáticas, especialmente desde el comienzo de la segunda década del siglo XXI.

La profesora Rosario Ruiz Franco centra su estudio, «Las mujeres en la Guerra Civil española: una participación menos invisible en la Historia», en las aportaciones historiográficas sobre la presencia y participación de las mujeres en la Guerra Civil española. Las relaciones de género y la situación de las mujeres fue uno de los ámbitos en los que hubo mayores cambios debido a la

excepcionalidad de la situación. Las mujeres ocuparon tanto en el ámbito familiar como profesional responsabilidades hasta entonces denegadas por el papel que tradicionalmente se les había asignado en la sociedad. La participación de las mujeres en el frente como milicianas, en la retaguardia en labores profesionales, políticas y asistenciales nos permiten comprobar la diversidad e importancia de sus funciones. La historiografía sobre estos temas está siendo muy dinámica desde los últimos años del siglo XX gracias a la utilización de fuentes orales, y la proliferación de relatos autobiográficos. Igualmente, y como refleja el estudio de Rosario Ruiz Franco, es uno de los ámbitos históricos sobre la Guerra Civil en donde las perspectivas historiográficas presentan interesantes retos.

Cierra el conjunto de estudios el trabajo de Ángel Bahamonde Magro con el título «El final de la guerra y el golpe de Estado del coronel Casado». El profesor Bahamonde destaca cómo en los últimos años han cristalizado sustanciales aportaciones referidas a la conclusión de la Guerra Civil, sustentadas en fuentes documentales, procedentes de nuevos archivos públicos y privados, nacionales e internacionales, de reciente apertura o localización. Su análisis se efectúa desde una doble vertiente, exterior e interior, rompiendo la tendencia dominante que consideraba el final de la guerra como un asunto meramente doméstico. Desde el punto de vista exterior, se ha evidenciado el papel decisivo desarrollado por Gran Bretaña, principal actor de la trama final, Francia y la Unión Soviética. El prisma interno ha establecido una sutil dialéctica entre la urgencia del gobierno de Burgos y de la persona de Franco por finiquitar la guerra y la descomposición interna de la zona republicana. Nuevos horizontes explicativos que alteran el anterior estado de la cuestión.

En definitiva, el lector tiene entre sus manos un libro sobre libros que pretende fijar el arqueo o balance historiográfico de un tema de alcance universal como es la cuarta Guerra Civil española, la de 1936-1939, a lo largo de un siglo.

CAPÍTULO PRIMERO

De Alzamiento Nacional a complot involucionista: sobre los diversos usos públicos del 18 de julio

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA

Como mecanismo de transferencia ilegal y eventualmente violenta del poder gubernamental, el golpe de Estado ha tenido una presencia determinante en la escena política durante la época contemporánea. Los golpes de Estado presentan una serie de rasgos significativos, como el secretismo en su organización y la necesaria rapidez de su ejecución, que les dan una impronta característica de agresión repentina contra el gobierno y cuyo desarrollo y consecuencias resultan difícilmente predecibles ¹ . El golpe iniciado en el Protectorado de Marruecos el 17 de julio de 1936 cumple la principal característica que la preceptiva clásica atribuía a los acontecimientos históricos: su capacidad para revelar el cambio o la ruptura de un estado social determinado, si bien su calificación aparece, a la postre, como el resultado del proceso de selección y elaboración que los historiadores hacen sobre lo que, a su juicio, consideran digno de ser recordado ² . Por su enorme potencial de cambio súbito y brutal de la trayectoria histórica de España, puede presentarse como el acontecimiento dramático, la flash memory (entendida como recuerdo de un suceso histórico altamente emocional, y generalmente luctuoso, que invita a la gente a hablar sobre él, uniformizando la memoria colectiva) ³ por antonomasia de nuestro siglo XX . Merecería por ello una reflexión sobre las valoraciones e interpretaciones de que ha sido objeto por los poderes públicos y los historiadores a lo largo de las últimas ocho décadas.

Centrado en la jornada del 18 de julio de 1936 como símbolo de ese

evento crucial de la historia contemporánea española, el presente capítulo entrevera el proceso de mitificación y oficialización a que fue sometida esta fecha a lo largo de los años con un repaso de las diferentes interpretaciones historiográficas sobre la conjura y el golpe de Estado que trató de destruir a la Segunda República: desde las justificativas del movimiento «patriótico» surgidas en la misma guerra hasta las que, desde los años sesenta, valoraron el acontecimiento en el tiempo largo como el punto culminante del militarismo español contemporáneo, o los primeros atisbos de una visión más compleja, basada en la tesis de la forja de una amplia coalición contrarrevolucionaria de carácter cívico-militar (con decisiva intervención extranjera), que incorporó en los años finales del siglo XX elementos de análisis procedentes de la ciencia política, como los repertorios de acción colectiva. Se trata, en definitiva, de comprobar si la construcción (y liquidación) política, social y cultural del 18 de julio se acompasó con las elaboraciones historiográficas del acontecimiento.

OCULTAMIENTO E IDEALIZACIÓN FRANQUISTA DE LA CONSPIRACIÓN Y EL GOLPE DEL 36: ¿UN «ALZAMIENTO NACIONAL»?

La rebelión armada que estalló en España en el verano de 1936 fue el último de los «levantamientos plebiscitarios» de nuestra época contemporánea, realizados en nombre del pueblo o de la nación, y actuó como fuente de legitimación en ambos bandos de la Guerra Civil, que lo resignificaron indistintamente como alzamiento nacional y guerra contra el invasor foráneo ⁴ . En el momento de su ejecución, los generales rebeldes se cuidaron de definir claramente la naturaleza de su actuación sediciosa: en su «manifiesto de Las Palmas» de 18 de julio, Franco aludía vagamente a un «levantamiento» de «España entera», mientras que la práctica totalidad de los bandos militares de declaración del estado de guerra prefirieron soslayar tan enojoso asunto y abordar una esquemática justificación de motivos que actuase como simple preámbulo de la parte dispositiva de la norma. En sus diversas alocuciones radiadas esa mañana, el gobierno republicano osciló entre la calificación del acto como un «intento criminal» y el empleo de términos igualmente imprecisos, como «movimiento de agresión», «levantamiento», «sublevación», «rebelión» o «insurrección» ⁵ .

La prensa del bando rebelde comenzó empleando conceptos igualmente anodinos en su intencionalidad puramente descriptiva, como el de «movimiento militar». Sin embargo, pronto se percató de la necesidad de legitimar el acto sedicioso, no solo en los sucesos que supuestamente lo habían precipitado, sino efectuando un cambio de nomenclatura que galvanizase los ánimos en esas semanas cruciales en que se estaba jugando la suerte del país y redefiniendo la naturaleza del enfrentamiento armado hacia una guerra civil. En agosto, el periodista Francisco de Cossío propuso que lo que los publicistas ya estaban llamando «movimiento nacional» pasase a denominarse «Alzamiento Nacional», inspirándose un tanto forzadamente en la obra del conde de Toreno

Historia del levantamiento, guerra y revolución de España (1835), alusiva la Guerra de la Independencia ⁶ . Todo un compendio de las definiciones que, a lo largo del tiempo, utilizaría el franquismo para gestionar el ambiguo legado de julio de 1936, si bien el último término utilizado por Toreno para dar título a su obra solo fue empleado por el sector más extremo del falangismo, obsesionado con el mito de la «revolución pendiente» ⁷ .

De modo que la primera interpretación que, desde el bando insurgente, se hizo del acto de rebeldía contra la República estuvo ligada a los sucesos acaecidos en España en mayo-junio de 1808, soslayando el componente conspirativo y destacando la reacción, presuntamente espontánea, del pueblo y el ejército hermanados en contra de las fuerzas invasoras extranjeras. Se fue elaborando así un relato dominante, según el cual el ejército en su conjunto había tenido que actuar ante la disyuntiva de la «revolución comunista de carácter internacional y la batalla de salvación nacional». No tiene, pues, nada de extraño que a la empresa liberadora se adhiriera la mayoría del pueblo español, «porque los militares no se encontraban solos, aislados en la ciudadela de una casta, limitados al ámbito de su profesión, confinados a la atmósfera de los cuartos de banderas, sino que al lado de ellos se agitaba lo mejor de España» ⁸ . El pretendido espontaneísmo de la rebelión popular contra un gobierno minoritario, ilegal, ilegítimo y enfeudado a un poder foráneo se alimentaba paradójicamente del mito forjado por el nacionalismo liberal revolucionario español sobre la Guerra de la Independencia: una lucha a muerte de la nación contra los «enemigos de España» que escamoteaba el componente fratricida del conflicto interno.

Esta mitología antinapoleónica también fue utilizada por los republicanos: en una alocución radiofónica emitida el 23 de julio de 1936, el presidente Azaña definió la resistencia del pueblo español contra el golpe de Estado militar como un nuevo Dos de Mayo, desencadenante de una «segunda guerra de independencia» ⁹ , terminología que ya fue utilizada por los norteamericanos para definir el conflicto contra Gran Bretaña de 1812, y por los confederados en la guerra civil de 1861-1865. Su componente nacional-revolucionario (con lejana inspiración en la Revolutionary War de las colonias americanas de 1775-1783) fue asumido y

publicitado de inmediato por el PCE. Nació así el mito —paralelo al acuñado en el otro bando— del fracaso parcial del golpe militar a manos de una movilización decisiva de las organizaciones obreras que fue interpretada en clave de resistencia popular contra un invasor extranjero, y que se confundió muy pronto con la lucha antifascista que justificó la reclamación de ayuda a escala internacional ¹⁰.

De este paralelismo establecido con la Guerra de la Independencia brotaron dos conceptos concatenados y destinados a alcanzar larga fortuna en la retórica guerracivilista del franquismo: «Alzamiento Nacional» y «Guerra de Liberación». En realidad, los procesos revolucionarios del siglo XIX fueron calificados por los coetáneos con términos semejantes, tales como «alzamiento nacional», «alzamiento de España» (también usado por B. Félix Maiz para su crónica de la conspiración de Mola) ¹¹ e incluso «alzamiento popular» ¹². «Alzamiento» era una palabra habitual en el siglo XIX para definir la tradición insurreccional del liberalismo español. Su carácter eminentemente valorativo —que siguió manteniendo durante el conflicto de 1936 a 1939— ya fue destacado en 1855 por el liberal doctrinario Juan Rico y Amat: «cuando un pronunciamiento triunfa se le llama “alzamiento nacional” y cuando fracasa, “motín o sublevación militar”» ¹³. El término «levantamiento» cosechó un menor consenso en el bando rebelde, a pesar de que, en declaraciones realizadas al diario lisboeta O Século el 13 de agosto de 1936, Franco definiera la sublevación de julio como «un levantamiento nacional que se ha impuesto la noble tarea de acabar con el régimen de tiranía que ejercían los elementos marxistas». Este prematuro desvanecimiento del concepto en la propaganda elaborada por los rebeldes quizás fuera debido al componente peyorativo que seguía conservando desde las guerras contra los carlistas, «levantados en facción» contra el Estado y la unidad nacional. Un recurso retórico que recuperaría la propaganda republicana cuando endosó preferentemente a los levantados contra el régimen el epíteto denigratorio de «facciosos». Por «guerra de liberación» se entendía cualquier tiempo de contienda librada para expulsar a un invasor extranjero, y su significado también estaba estrechamente vinculado a la mitología acuñada desde la Guerra de la Independencia.

Con la evolución del conflicto hacia un enfrentamiento bélico formalizado y duradero, en la zona rebelde se tuvo que adaptar la retórica política para dar sentido a un proceso de intenso cambio contrarrevolucionario, muy distinto de una tradicional militarada. Pronto se evidenció que los términos «guerra nacional», «guerra civil», «nuestra guerra» o «guerra de España», que utilizaban indistintamente la prensa y la propaganda afines, no reunían las condiciones evocadoras que resultaban necesarias para construir un nuevo consenso y llamar a la población en pos de la victoria. Fue la Iglesia católica la que redefinió la guerra con el mito movilizador de la Cruzada, y a su comienzo, como «levantamiento cívico-militar», y luego como «Alzamiento». Lo que en su origen se definió como una simple movilización de signo castrense se convirtió en mito, celebración y lugar de memoria de un acontecimiento fundacional, providencial y redentor, punto de partida de un nuevo arranque de la historia de España; una cruzada de liberación contra el comunismo, por la patria, la religión y la civilización ¹⁴. Y ello a pesar de que Azaña llegó a referirse en varias ocasiones al advenimiento de la República como un «glorioso alzamiento nacional» ¹⁵, y que desde el entorno carlista se ensayara —con poco éxito, es cierto— una aplicación del concepto a las guerras civiles que había protagonizado durante el siglo XIX ¹⁶.

La expresión «Guerra de Liberación», de lejanas resonancias liberales, tuvo que competir con el término, no menos ideológico, pero de raigambre inequívocamente cristiana, de «Cruzada», que al final dio título a la historia oficial del conflicto patrocinada por el régimen, donde se dedicaba un espacio desmesurado al levantamiento en comparación con el que se destinaba a sus antecedentes y al propio desarrollo de la guerra ¹⁷. Desde el sesgo franquista, las primeras grandes obras de síntesis de la Guerra Civil tenían un punto en común: su interés en separar la conspiración del «Alzamiento», minimizando la primera o reduciendo su alcance cronológico al más corto espacio de tiempo posible: el Frente Popular y la muerte de Calvo Sotelo. Un buen antecedente lo tenemos en el Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936, cuyos objetivos legitimadores del golpe son de sobra conocidos ¹⁸. En este texto pseudojurídico, pionero por tantos motivos, se condensan casi todos los mitos que la derecha autoritaria española empleó durante

décadas para justificar, antes que explicar, el proceso de conspiración y golpe de Estado que estuvo en el origen de la Guerra Civil: la preparación revolucionaria de los marxistas, el «golpe de mano electoral» del Frente Popular o el desarrollo rampante de la violencia durante esa primavera, que desembocó en el asesinato de Calvo Sotelo, acto que en sí mismo justificaba la necesidad de un alzamiento. Los intrincados precedentes de la sublevación fueron reinterpretados como «leales» gestos de advertencia a los poderes públicos, como sucedió con la carta que Franco dirigió a Casares Quiroga de 23 de junio de 1936 ¹⁹ . De este modo se escamoteaba la trascendencia y autonomía de la conspiración, que fue sustituida por la violencia sociopolítica como factor desencadenante del «Alzamiento». Esta narrativa, de acusado tono catastrofista y justificativo, aparece reflejada, de uno u otro modo y en sus distintas sensibilidades, en todas las obras generales sobre la contienda patrocinadas por el régimen dictatorial en la posguerra, desde la de Josep Pla hasta la de Melchor Fernández Almagro o Joaquín Arrarás ²⁰ .

Otro presunto sinónimo de «Alzamiento Nacional» estuvo marcado por su carácter polisémico, pero siempre dentro del campo semántico de la cultura política que estaba elaborando el nuevo Estado: el término «Movimiento Nacional» fue pasando de su significado originario de rebelión armada contra la República a institucionalizarse, al estilo del fascismo italiano, como alianza no formalizada de las fuerzas que combatieron durante la Guerra Civil, y luego como organización política monopolista del régimen franquista que se fue institucionalizando entre 1937 y 1939. La primera acepción convivió en los primeros años del régimen con el término «Alzamiento», como atestiguan muchas de las obras —en buena medida testimoniales— escritas por los vencedores durante la guerra y la inmediata posguerra, donde se relataron los primeros compases del conflicto ²¹ . En todas ellas se soslayaba cuidadosamente el término «conspiración», sustituyéndolo por los más ambiguos y anodinos de «preparativos» o «antecedentes». Otras palabras tabú, por sus negativas connotaciones políticas y jurídicas, eran «rebelión» o «sublevación». En una entrevista concedida a Juan Ignacio Luca de Tena con motivo del primer aniversario del 18 de julio de 1936, Franco le explicó que «el Movimiento Nacional no ha sido nunca una sublevación: los sublevados eran ellos, los rojos».

Una declaración axiomática de la que se deducía una conclusión lógica: al ser el movimiento «nacional», la guerra era «contra el extranjero» ²² .

De un simple hito cronológico, el 18 de julio se convirtió en fecha mágica y redentora, sinécdoque y mito fundacional del Nuevo Estado ²³ . Su incorporación a la memoria oficial se efectuó por medio del Decreto número 253 de 12 de abril de 1937, por el que se elaboraba un nuevo calendario oficial que sintetizara los diversos jalones de «esta época de resurgimiento patrio» y suprimiera a su vez las fiestas que se revestían de «un marcado carácter marxista», como los días 11 de febrero, 14 de abril y 1 de mayo. En su artículo segundo se disponía que «el lapso de tiempo que media entre el diecisiete de julio de mil novecientos treinta y seis e igual fecha del presente se denominará Primer Año Triunfal, teniendo en este periodo como fiesta nacional la del Dos de Mayo». Un nuevo Decreto —el número 323, de 16 de julio de 1937— impuso la denominación de «Segundo Año Triunfal» para el periodo comprendido entre el 17 de julio de 1937 y el 17 de julio de 1938, mientras que el día 18, bautizado como «Día del Alzamiento», alcanzaba el rango de fiesta nacional. El Fuero del Trabajo, promulgado el 9 de marzo de 1938, vinculó la fecha de iniciación del «Glorioso Alzamiento» en la península con una nueva festividad: el «Día de Exaltación del Trabajo», instituida para dar respuesta al Primero de Mayo, fiesta reivindicativa del obrerismo organizado que había sido incluida en el calendario festivo republicano en 1931. Esta doble faceta de la festividad del 18 de julio fue mantenida por la Orden de 15 de julio de 1939 del Ministerio de la Gobernación, que refundió el precepto del Fuero del Trabajo con el Decreto de 16 de julio de 1937 y un nuevo Decreto promulgado el 16 de julio de 1938, que amplió la celebración conmemorativa a las jornadas anterior y posterior: el 17 era el «Día de África», y se dedicaba a ensalzar la gloria del Ejército de Marruecos; el 18 conmemoraba la movilización nacional que había sido encauzada por el mando militar, y el 19 día era el «Día de la Revolución Nacional», que homenajeaba la obra política emprendida por el Movimiento.

A partir de la victoria en la Guerra Civil, los días 18 de julio de 1936 y 1 de abril de 1939 se convirtieron en las fechas clave del

régimen, acentuando su componente nacional, popular y redentor ²⁴. El mismo «Día de la Victoria», el entonces ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer, firmó una orden por la que se debía cambiar la fecha oficial de las publicaciones y de los documentos oficiales con el objetivo de significar el punto cero de la Nueva España Redimida ²⁵. El recuerdo permanente de la efeméride no solo se consiguió al transformarla en fiesta oficial, sino también al ponerla como referencia en la toma de decisiones políticas de alto contenido simbólico (como la salida hacia Rusia de los voluntarios de la División Azul en 1941) y en la promulgación de leyes orgánicas (como la Ley Constitutiva de las Cortes de 1942 o el Fuero de los Españoles de 1945), y también al vincularla desde 1947 a la percepción de la paga extraordinaria de verano. También solían concentrarse en ese día las inauguraciones oficiales, con el objeto de paliar el componente fraticida de la fecha sin menoscabar su poder evocador de la legitimidad de origen del régimen, en una práctica que se mantuvo hasta bien entrados los años cincuenta ²⁶.

Las conmemoraciones del 18 de julio se celebraban no como insurrección nacional, sino como resurrección nacional ²⁷. La fecha se transformó en el calendario litúrgico franquista en una efeméride de acusado tono palingenésico y escatológico; de ahí la costumbre de situarla como «tiempo cero», punto de arranque cronológico de todo tipo de actividades burocráticas, desde los registros hasta las inscripciones, o desde los encabezamientos de los documentos oficiales hasta los plazos de prescripción penal.

Pero ¿por qué el régimen exaltó preferentemente esa fecha y no las aledañas? El 18 fue el momento en que Franco tomó la gran decisión de ponerse al frente del Ejército de África y el día en que el movimiento insurgente se extendió a la península para convertirse en «Alzamiento Nacional». El 17 rememoraba una rebelión estrictamente militar en el África colonial, y el 19 quedaba enturbiado por la derrota del golpe en las grandes capitales. De hecho, el bando republicano conmemoró preferentemente esa última fecha, que concordaba mejor con la épica de la movilización armada de las masas frente al «levantamiento faccioso». Hasta los años setenta, la extrema izquierda celebró la fecha como el inicio de la «guerra nacional-revolucionaria», superando el inicial marco

conceptual de la lucha contra la agresión fascista doméstica y foránea, y resaltando la intrínseca relación de causa-efecto del hecho bélico con la revolución social; no al revés, como se empeñaron en afirmar durante décadas los turiferarios del régimen dictatorial.

Durante los años cincuenta se fue incorporando plenamente al relato oficial de la guerra una versión actualizada de la vieja tesis ultraconservadora sobre la decadencia española del siglo XIX manifestada en los movimientos revolucionarios, los pronunciamientos y las guerras civiles característicos de la construcción del Estado liberal. El 18 de julio pasó a interpretarse como el último alzamiento nacional de este convulso periodo de declive histórico, ya que cerró para siempre la fijación de los españoles por las discordias civiles. Esta modulación de los viejos argumentos contrarrevolucionarios que pintaban el liberalismo, la democracia, el comunismo y la anarquía como etapas sucesivas de un ciclo de decadencia multiseccular apuntaló el mensaje palingénésico que quería difundir el nuevo Estado, según el cual la guerra fue la tragedia necesaria que permitió orientar a España hacia una nueva era de paz y prosperidad.

LLAMEMOS A LAS COSAS POR SU NOMBRE: LOS ESTUDIOS SOBRE EL GOLPE DE ESTADO DE 1936 EN EL TARDOFRANQUISMO Y LA TRANSICIÓN

El final de la autarquía abrió el camino a nuevas lecturas, políticas e historiográficas, del 18 de julio. Según señala Alberto Reig, la fecha...

... rápidamente exaltada a fiesta nacional, se convirtió en una conmemoración, especialmente destacada, «histórica», y, como tal, «elemento nuclear en la batalla de las memorias», es una «fiesta militante» y combativa, un «ritual específico» hasta el punto de que muchas de las importantes decisiones políticas del régimen se han tomado en ese día precisamente por su altísimo valor simbólico [...]. Ciertamente con el paso del tiempo semejante fecha pasó a efectos conmemorativos de una «memoria en carne viva» a una contemplación más sosegada ²⁸.

Con el paso del tiempo, y especialmente a partir de los años sesenta, el «Glorioso Alzamiento» o el «inicio de la Cruzada», claves retóricas del discurso legitimador franquista de la posguerra, se fueron transformando de acontecimiento heroico en una tragedia vinculada a la proclividad cainita de los españoles, mientras que el 1 de abril adquirió un contenido más positivo, al vincular el fin de la contienda civil con el advenimiento de la Paz erigida y garantizada por Franco ²⁹. La legitimidad de origen basada en la fecha simbólica del 18 de julio convivió sin excesivo conflicto con la legitimidad de obras simbolizada en las celebraciones de los XXV Años de Paz en abril de 1964 ³⁰. Sin embargo, la evocación del inicio de la Guerra Civil se fue haciendo cada vez más lejana: salvo la celebración del XXV aniversario con un desfile militar en 1961, la conmemoración oficial del 18 de julio se limitó a partir de los

sesenta a la recepción que el jefe del Estado dispensaba al cuerpo diplomático congregado en el Palacio de La Granja ³¹ .

A partir de los años sesenta, términos como «Guerra de Liberación» o «Cruzada» fueron cayendo en desuso: el primero, por temor a una confusión con los principios, eminentemente revolucionarios, que animaban los procesos de descolonización armada del Tercer Mundo, y el segundo, en beneficio de las campañas reconciliacionistas que fueron anteponiendo los beneficios de la «Paz de Franco» al recuerdo traumático de la Guerra Civil. Con los nuevos aires de reconciliación que animaban a la disidencia del interior y el exterior, la alusión al 18 de julio se hizo especialmente enojosa. El Congreso del Movimiento Europeo celebrado en Múnich a inicios de junio de 1962, en el que la oposición reclamó una amnistía general, fue interpretado por Salvador de Madariaga como el evento que zanjaba de una vez por todas «la Guerra Civil iniciada el 18 de julio de 1936, que el régimen ha seguido manteniendo artificialmente en vida» ³² . Aunque el franquismo reaccionó airadamente ante esta declaración apaciguadora, lanzando una ofensiva retórica donde el discurso de la legitimidad originaria siguió teniendo amplia cabida, tampoco renunció a buscar nuevas vías de consenso, en las que los estudios históricos desempeñaron un notable papel. Desde la Sección de Información del Ministerio de Información y Turismo, Ricardo de la Cierva apoyó la campaña falsamente reconciliacionista iniciada a partir de la celebración de los XXV Años de Paz con la publicación en 1967 de Los documentos de la primavera trágica, una compilación repleta de manifiestos políticos (especialmente los más violentos procedentes del Frente Popular), pero donde la conspiración se hallaba virtualmente ausente. Dos años más tarde, De la Cierva dio a la prensa el primer volumen de una historia inconclusa de la Guerra Civil, en cuyo largo capítulo final trataba de oponerse tanto a la interpretación del complot en clave pretoriana (la actividad de la UME y de la junta de generales) proporcionada por José María Gil Robles en sus recién aparecidas memorias como —en un ejercicio de forzada equidistancia— al relato conspiratorio «extrahistórico» de la vetusta Historia de la Cruzada, reivindicando la figura de Mola (del que publicó la práctica totalidad de sus «instrucciones reservadas») y sobrevalorando el «martirio» de Calvo Sotelo como «señal» definitiva del alzamiento ³³ . Por aquel entonces, la documentada y

equilibrada crónica de Luis Romero Tres días de julio se convirtió en un auténtico best seller, parangonable en factura y éxito popular a los reportajes de Dominique Lapierre y Larry Collins, y en acusado contraste con el maniqueísmo que mostraba la trilogía de novelas que José María Gironella dedicó a la contienda fratricida ³⁴ .

De la Cierva trató de actualizar el mito del alzamiento popular de julio al definir su instrumento ejecutivo como un «frente cívico-militar», con el fin de destacar el carácter popular no solo de la rebelión, sino de la misma conjura ³⁵ . En realidad, como ha mostrado más tarde la historiografía más solvente, Mola había diseñado una «organización para la rebeldía» cuyo peso sería soportado por las Fuerzas Armadas, «conjuntamente con las aportaciones que en hombres y material y elementos de todas clases faciliten los grupos políticos, sociedades e individuos aislados que no pertenezcan a partidos, sectas y sindicatos que reciben inspiraciones del extranjero». La implicación ciudadana era esencial para el triunfo del movimiento, pero siempre en posición subordinada, y solo tras la declaración del estado de guerra se fundirían con los militares en los lugares donde hubiera guarnición para obrar de común acuerdo. De modo que la organización civil del golpe nunca existió por sí misma, y todo se resolvió en contactos con diversos grupos políticos de manera independiente y no orgánica. Con esta diferenciación, la existencia de un «frente cívico-militar» entendido como una alianza patriótica —o «movimiento nacional»— en condiciones de igualdad recibió un rotundo mentís, que vino avalado por los primeros estudios académicos procedentes del exterior ³⁶ . La retórica de la Cruzada ya venía siendo cuestionada desde algunos sectores de la historiografía oficial, como fueron los casos de la empresa de los Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España dirigidos desde 1966 por Vicente Palacio Atard en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, o la aportación de Carlos Seco Serrano a la Historia de España patrocinada por el Instituto Gallach ³⁷ . Incluso una obra tan notoria como la Historia del Ejército Popular de la República, de Ramón Salas Larrazábal, incorporaba un balance sumario de la «gran conspiración» protagonizada por las Fuerzas Armadas, que hace arrancar de la creación de la UME. Pero la conjura aparece convenientemente flanqueada por el «ambiente de guerra civil» provocado por el

reformismo republicano y el «levantamiento» castrense que se presenta como resultado directo de este ³⁸ .

Los hijos de la Guerra Civil comenzaron a separarse de la celebración nacional-católica, rechazando los relatos codificados. Como recuerda Santos Juliá, ese segmento de población, cada vez más numeroso e influyente, no sentía «ni el 18 de julio como esperanza del amanecer de una España asuntiva, ni el 18 de julio como punto de partida de una España unitaria [...] todo esto envejeció tan rápidamente que solo quedaron ruinas para pasto de historiadores» ³⁹ . Para la generación que no había protagonizado el conflicto fratricida, el Alzamiento o la Cruzada eran eufemismos empleados por el régimen para designar un golpe de Estado que fracasó y derivó en guerra civil, como se encargaron de demostrar los historiadores a partir de los años setenta. Al mismo tiempo que se comenzaba a hablar sin tapujos de «Guerra Civil», los autores foráneos empezaron a dedicarse al estudio de los antecedentes de la guerra en el largo, medio y corto plazo. Tanto Gabriel Jackson como Hugh Thomas se remontaron a 1808 para analizar las deficiencias del Estado liberal monárquico y la democracia republicana, pero el primero trató sucintamente la conspiración precursora del «pronunciamiento» de 17 a 20 de julio haciéndola arrancar de la victoria del Frente Popular, mientras que el segundo sintetizó por vez primera sus entresijos desde mayo de 1931 y dedicó dos capítulos a narrar la sublevación militar en las ciudades más importantes, abriendo el camino a un relato canónico de la conspiración (relacionada estrechamente con la conflictividad y la violencia sociopolítica de la primavera de 1936 y con el levantamiento en armas contra la República) que ha sido recorrido por numerosas obras generales o de ámbito local sobre la República y la guerra hasta la actualidad ⁴⁰ . También los autores autóctonos se afanaron en dar su versión particular del complot, muy especialmente algunos memorialistas navarros interesados en reivindicar la contribución del carlismo al nuevo Estado, casi en coincidencia cronológica y de propósito con los monárquicos juanistas ⁴¹ . Pero, en general, el estudio historiográfico de los preparativos del golpe de Estado no avanzó en demasía, debido a la inaccesibilidad de la documentación depositada en los archivos oficiales y privados. Situada entre los antecedentes (la crisis de la democracia republicana) y sus secuelas (la Guerra Civil), entendidos

como procesos inevitables, la conspiración como actividad deliberada capaz de cambiar las circunstancias políticas continuó adoleciendo de autonomía explicativa y quedó ignorada o reducida a una simple e incómoda nota marginal y una mera anécdota precursora de la sublevación, que hasta entonces había sido la etapa más estudiada del conflicto.

Se podría asegurar que, a fines de los sesenta e inicios de los setenta, la extrema derecha tardofranquista era la única que seguía reivindicando explícitamente el «régimen del 18 de julio», cuya conmemoración resultaba cada vez menos popular, a tenor del declive del número e importancia de los actos oficiales realizados. Con todo, el contenido frecuentemente hagiográfico de las obras históricas oficiales sobre la Guerra Civil (donde aún prevalecía el análisis de las operaciones militares) ⁴² seguía encerrando un evidente designio legitimador del régimen. A esto se unía la falta de tradición universitaria en el estudio de la historia militar, consecuencia del aislamiento de la sociedad española respecto del contexto internacional, tanto político como intelectual ⁴³.

Con la progresiva incorporación de las nuevas corrientes de la sociología militar francesa y anglosajona, el 18 de julio dejó de actuar como símbolo fundacional y redentor y se fue reinterpretando como el punto de culminación de un problema preexistente, que se valoraba como uno de los factores precipitantes de la Guerra Civil: la intromisión pretoriana en la vida política. El precursor de esta línea de investigación fue Stanley G. Payne, quien, al poner en perspectiva histórica la conspiración y el levantamiento de julio como el apogeo del militarismo español contemporáneo, lanzó un torpedo a la línea de flotación de uno de los grandes argumentos legitimadores del golpe: el carácter espontáneo y defensivo del Alzamiento ⁴⁴. Su ejemplo fue seguido por otros autores. Según Carlos Navajas, la segunda mitad de los años setenta fue de transición para la historiografía militar española, mientras que la década de los ochenta contempló la eclosión de publicaciones de historia militar contemporánea, sobre todo del tan traído y llevado «problema militar» del siglo XX ⁴⁵. Todos los elementos dinamizadores de la rebeldía castrense del primer tercio de la centuria (corporativismo, fobia a las reformas, impunismo, miedo a la revolución, etc.) estaban presentes en la primavera de

1936, junto con otros nuevos, como la admiración al fascismo como solución extrema a la crisis planteada ⁴⁶ . La tensión secular entre militarismo y civilismo se ha convertido en una de las líneas de interpretación y explicación más fecundas de la movilización golpista del 36, ya que la situó en el tiempo largo del moderno pretorianismo español, y en un contexto geopolítico que superaba las fronteras nacionales, pero dio una pátina de fatalismo a un proceso como el golpe del 36, que en muchos sentidos tuvo mucho de fortuito y resultó difícilmente previsible.

El proceso de transición democrática iniciado en 1976 supuso la clausura del ciclo conmemorativo oficial relativo a la Guerra Civil. En su reunión de 21 de diciembre de 1977, el Consejo de Ministros decidió la supresión de la festividad del 18 de julio ⁴⁷ . La fecha se transformó en laborable al año siguiente, precisamente en el momento en que el gobierno Suárez acordaba con el PNV el restablecimiento del régimen foral, y el líder ultraderechista Blas Piñar observaba que «aprobar el Estatuto Vasco [sic] el 18 de julio es una provocación» ⁴⁸ .

Desde entonces, la iniciativa de rememoración pública pasó a manos de los historiadores. En 1979, el antiguo combatiente y exiliado anarquista Francisco Olaya publicó un libro que pasó casi desapercibido para la academia y el gran público pero que, al analizar detalladamente una conspiración militar de largo aliento que comenzó en los primeros meses de la República, supuso un nuevo descalabro para las tesis franquistas sobre el carácter determinante que habría tenido la etapa del Frente Popular a la hora de impulsar una acción sediciosa cuya pretendida espontaneidad alimentaba el mito del alzamiento nacional multitudinario ⁴⁹ . El relato de la incesante actividad conspirativa de la UME, la Falange y de los monárquicos alfonsinos y carlistas durante el segundo bienio puso de manifiesto una de las grandes contradicciones del discurso justificativo del golpe: gran parte de la extrema derecha civil y militar siguió confabulando cuando los radicales y más tarde los cedistas (con el propio Franco como jefe del Estado Mayor Central) estaban en el gobierno ⁵⁰ .

A diferencia del mito del «complot comunista internacional contra España», que fue una de las líneas legitimadoras del golpe de

Estado, la implicación extranjera —sobre todo la decisiva aportación de la Italia fascista— en el complot antirrepublicano tuvo gran consistencia y duración, y ha sido investigada con fruto desde los años cincuenta hasta nuestros días. Fue ya en los cincuenta cuando el profesor estadounidense William C. Askew descubrió la documentación original italiana, que en los setenta fue analizada por el historiador militar Massimo Mazzetti, en los ochenta por Ismael Saz y en los últimos años por Ángel Viñas ⁵¹ .

LAS POLÉMICAS MEMORIALES E HISTORIOGRÁFICAS EN LA ETAPA DE CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

La etapa de normalización democrática propició nuevos modos de reinterpretación del pasado que fluctuaron entre los intentos por recuperar algunos aspectos de la memoria colectiva de los vencidos en la Guerra Civil y unas políticas oficiales que favorecieron el olvido consciente bajo la excusa de consolidar la convivencia. En ese segundo aspecto, por su continuidad con la política memorial del tardofranquismo, resulta elocuente el discurso pronunciado por el presidente del gobierno, el socialista Felipe González, el 18 de julio de 1986, en el que constató que «la guerra civil no es un acontecimiento conmemorable, por más que para quienes la vivieron y sufrieron constituye un episodio determinante en su propia trayectoria biográfica». Era «definitivamente historia, parte de la memoria de los españoles y de su experiencia colectiva». Pero añadía un matiz diferente: la fecha «no tiene ya —ni debe tenerla— presencia viva en la realidad de un país cuya conciencia moral última se basa en los principios de la libertad y de la tolerancia»⁵².

Fue con motivo del sexagésimo aniversario del golpe militar cuando se encontró la polémica en torno a la historia y la memoria de la Guerra Civil, arrastrando consigo la de la República. Resultaba previsible que la crítica a la desmemoria de la Guerra Civil y el franquismo se dirigiera contra los gobiernos asumidos por el PP desde mayo de 1996 y su ofrecimiento de un «nuevo consenso» que trataba de equiparar a vencedores y vencidos sin asumir las responsabilidades morales de los excesos de la represión en la guerra y la posguerra. De hecho, en 1996, y con el beneplácito de algunas instancias gubernamentales y mediáticas, comenzó a tener impacto el discurso revisionista de polemistas de extrema derecha al margen de la academia como Federico Jiménez Losantos, César Vidal, José María Marco o Pío Moa en relación con la ilegitimidad de origen y ejercicio de la Segunda República, la reivindicación del bando rebelde en la Guerra Civil y una lectura genéricamente antiizquierdista de la historia de España del siglo XX⁵³. Las

opiniones de Moa pueden servir de compendio de las tesis que defiende esta corriente polemista: solo una minoría pequeña e ineficaz de militares habría conspirado contra la República desde el principio del régimen, la Guerra Civil habría comenzado en realidad con la revolución de 1934 y la guerra iniciada el 18 de julio [sic] no destruyó la democracia, sino que la había destruido ya el Frente Popular, heredero directo de los perpetradores de la revolución de octubre. De modo que «no fue la guerra la que destruyó la democracia, sino la destrucción de la democracia la que trajo la guerra»⁵⁴. Una afirmación que también podrían asumir muchos revisionistas procedentes de medios académicos.

La actitud de los gobiernos populares respecto de la memoria del 18 de julio se caracterizó por la cautela: en una fecha tan simbólica como el 20 de noviembre de 2002, la Comisión Constitucional del Congreso aprobó por unanimidad una proposición no de ley de condena del golpe de Estado de julio de 1936. La resolución, presentada por el PP, contemplaba además el compromiso de reconocimiento y reparación moral de las víctimas de la guerra y el franquismo⁵⁵. Sin embargo, el 1 de diciembre de 2003, el PP no estuvo presente en el homenaje parlamentario a la memoria de las víctimas de la dictadura, y durante su periodo de gobierno no dio ningún paso en favor de la justicia y la reparación de estas y de sus familiares. El retorno al poder del PSOE en marzo de 2004 posibilitó la reactivación de la política reactiva de la memoria de las víctimas del franquismo. El 17 de marzo de 2006, la Comisión Permanente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa hizo una «firme condena» del franquismo, y emplazó al ejecutivo español a trazar un programa memorial de reparación a las víctimas, e incluso decretando el 18 de julio como «día oficial de condena de la dictadura franquista». El gobierno proclamó por Ley 24/2006, de 7 de julio, ese año como «Año de la Memoria Histórica», con el voto en contra del PP. Ese verano, sobre todo en torno al septuagésimo aniversario del golpe, la polémica arreció con la proliferación de esquelas conmemorativas de distinto signo aparecidas en los periódicos, muchas con referencias expresas a «la memoria histórica».

Fue en esa coyuntura conmemorativa cuando se dio el gran saldo hacia delante en los estudios historiográficos sobre el golpe de

Estado de julio de 1936, hasta el punto de que puede afirmarse que 2006 marcó el tránsito de la evocación memorial al predominio de la reflexión académica ⁵⁶ . Uno de los grandes impulsores dinamizadores de ese proceso de «normalización» historiográfica fue el profesor Julio Aróstegui, que había reflexionado durante treinta años sobre las razones del estallido de la Guerra Civil en clave de confrontación de culturas insurreccionales en un contexto de crisis política aguda. En sus diversas aproximaciones a la conspiración de 1936, Aróstegui pasó de estudiar las evoluciones de los conjurados (en especial una detallada investigación sobre la conflictiva aportación del carlismo a la conspiración) ⁵⁷ a analizar la actitud del gobierno presidido por Casares, rompiendo con el arraigado tópico de su inacción y carencia de información y señalando como factores de su fracaso el exceso de confianza y la falta de preparación y de lealtad del aparato estatal ⁵⁸ . En su extensa monografía titulada *Por qué el 18 de julio... y después*, este autor utilizaba un original recurso discursivo: el análisis de las causas, desde las más superficiales hasta las más profundas, y desde las más coyunturales hasta las más remotas, en progresivas aperturas del campo focal histórico. Tras un detallado relato de lo acontecido en las jornadas del 17 al 20 de julio, se contempla el despliegue de los factores desencadenantes o coadyuvantes al golpe, desde la causa eficiente de los hechos (las razones y los objetivos de los conjurados y la mecánica del alzamiento militar con apoyo civil) hasta las circunstancias que lo facilitaron, como la incompetencia del gobierno a la hora de controlar un proceso conspirativo. Luego, en sucesivos flashbacks, se analizan las reacciones políticas ante la llegada al poder del Frente Popular y, en una perspectiva a más largo plazo, los problemas estructurales que el régimen republicano quiso abordar y solventar, y las resistencias interpuestas a este proyecto reformista. Y todo ello insertando el proceso político español en el más amplio problema del eclipse de la democracia en la Europa de entreguerras. La primera parte del libro aborda cuestiones polémicas como el pretendido carácter cívico-militar del movimiento insurreccional o el papel desempeñado por la violencia política en la primavera de 1936. La segunda parte del ensayo revisa las consecuencias del golpe de Estado, sobre todo la conversión de un golpe militar que se pretendía simultáneo, repentino y unánime en un rosario de conflictos armados de carácter local que desarticularon el poder estatal republicano sin

que por ello fuera sustituido por otro contrapoder efectivo a escala nacional ⁵⁹ .

Este septuagésimo aniversario del golpe deparó la aparición de otra obra fundamental: En el nombre del pueblo, de Rafael Cruz. Utilizando categorías tomadas de las diversas teorías de la acción colectiva, este autor considera la rebelión militar como la acción ejecutiva imprescindible para transformar las crisis políticas en desplazamientos forzados del poder del Estado. La crisis de 1936, que constituyó un todo con el proceso político y social de esa primavera, requirió la confluencia de una serie de circunstancias que la hicieron viable: la agudización de los conflictos entre los militares y el gobierno, una serie de definiciones compartidas de la situación entre los conjurados (miedo ante un escenario considerado prerrevolucionario), capacidades para impulsar una rebelión y una puesta en escena de la confrontación que materializara el enfrentamiento final con el gobierno, en la que los adversarios políticos fueron convertidos en enemigos a aniquilar mediante la aplicación de una lógica de guerra. A ello se añadió un proceso de deslegitimación del Estado, porque hubo un amplio consenso entre diferentes grupos sociales y políticos sobre la responsabilidad de los gobiernos en el surgimiento y no resolución de los conflictos planteados en la primavera de 1936. A partir de los distintos desenlaces locales de una rebelión en continua improvisación, comenzó la Guerra Civil, al constituirse dos bloques de contendientes armados, con soberanía sobre el territorio conquistado o defendido, que reclamaban en exclusiva el control del poder hasta entonces a cargo del Estado republicano ⁶⁰ . Cruz coincide con Aróstegui en que la violencia por sí sola no destruyó la República, pero las derechas la instrumentalizaron para generar un gran miedo ante la amenaza revolucionaria, lo que facilitó el escenario adecuado para la acción sediciosa de los militares. En suma, «en la España de 1936 no fueron la movilización, la violencia o la falta de autoridad, sino las iniciativas y capacidades de los militares sublevados las verdaderas responsables de facilitar el derrumbe del Estado en julio de 1936 y el inicio de la guerra» ⁶¹ .

La última gran obra de conjunto sobre los temas que nos ocupan es el minucioso trabajo de investigación, provincia a provincia, realizado por Francisco Alía Miranda con motivo del septuagésimo

quinto aniversario del golpe del 36 ⁶² . Este autor recurre a explicaciones de largo y corto alcance, como la tradición intervencionista de los militares en la vida pública o la asimilación del recurso a las armas y la violencia como modo legítimo de alcanzar el poder o cambiar el régimen político. En su detallado análisis del complot y el golpe, Alía rechaza la idea de Rafael Cruz de una conspiración militar improvisada y dividida en diferentes líneas de acción. La conjura, meticulosamente preparada y estudiada, fue una sola y afectó a todo el territorio español, aunque se fue gestando y evolucionando en diferentes etapas, desde enero de 1936 hasta el 28 de julio, diez días más tarde del golpe, fecha en la que se sumaron las últimas unidades militares. Para justificar sus asertos, el autor relata detalladamente las reuniones, los planes de acción, las ideas y los intereses de los militares, las actitudes cambiantes de los generales más destacados del ejército, como el propio Franco, y los apoyos políticos, sociales y económicos de la conspiración. En su opinión, el éxito o el fracaso de la sublevación en cada provincia se debió más a la fuerza organizativa de la trama sediciosa y a la implicación de los principales mandos militares que al mayor o menor grado de oposición política y social con que se encontró.

Una de las tesis más controvertidas, pero a la vez más sugerentes, de Alía es la razón para haber diseñado una insurrección escalonada en varios días. Una acción centralizada y plenamente coordinada era prácticamente imposible ante la pobreza de las comunicaciones, la dispersión geográfica de las unidades militares y la necesidad de ayuda civil en muchos de los casos. Este modo de proceder, aparentemente errático pero que generó un «efecto dominó» sobre las unidades que aún dudaban, consiguió desconcertar a las autoridades republicanas.

Durante ese año 2011, desde la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica se criticó que el presidente de la Cámara Baja, José Bono, «ni siquiera se haya dignado a contestar la petición» para realizar un acto de condena de la dictadura el lunes 18 de julio en el pleno del Congreso. Tres años antes, el 16 de octubre de 2008, el juez Baltasar Garzón había emitido un auto en el que se declaraba competente para investigar los crímenes de lesa humanidad cometidos por los sublevados de 1936. La fecha fatídica

se situaba ahora como punto de arranque de un plan sistemático de exterminio. Con esta última valoración se cerraba el círculo de la memoria colectiva del golpe de Estado, desde su inicial exaltación hasta su actual componente polémico, que se ha trasladado a la opinión pública: a los setenta años del inicio de la Guerra Civil, el 74,4 por 100 de la población declaraba saber lo que pasó en julio del 36; el 43,1 por 100 creía que debían «preservarse monumentos, estatuas o calles dedicadas a recordar el 18 de julio o a sus protagonistas»; la mitad de los encuestados opinaba que la sublevación militar desencadenada fue un golpe de Estado carente de toda excusa, pero el 30 por 100 aún creía que estuvo justificado por la «situación de caos y violencia». Un 50 por 100 de votantes del PP, el 18,2 por 100 de los del PSOE y un 66 por 100 de los católicos practicantes eran partidarios de esta tesis exculpatoria ⁶³.

Estas ásperas controversias políticas, jurídicas y sociales, que han disfrutado y aún disfrutan de una amplia cobertura mediática, conllevaron la ruptura del pretendido «pacto de silencio» en que se había cimentado el consenso democrático. No es casual que entonces surgiera una corriente intelectual de contornos no siempre diáfanos y unívocos que criticó el canon académico dominante sobre los orígenes de la Guerra Civil. Dejando aparte algunas actitudes erráticas como la del profesor Payne avalando la obra de Pío Moa, prestando colaboración y apoyo a las distintas tendencias revisionistas o publicando obras de marcado tono denigratorio contra una República cuyo carácter democrático habría sido subvertido, según su peculiar visión, por las izquierdas antes de julio de 1936 ⁶⁴, es preciso diferenciar el pseudo-revisionismo paleo-, neo- o posfranquista del revisionismo procedente del ámbito universitario, perfectamente respetable, y por ello debatible en sus hipótesis, premisas teóricas y método, aunque en ocasiones las tesis que defienden ambas corrientes parezcan inquietantemente próximas. El revisionismo académico denuncia el carácter intolerante e intransigente del ejercicio y la disputa del poder político en todo o en alguno de sus periodos y protagonistas, hasta el extremo de denunciar que la República fue una democracia «de baja calidad», según unos parámetros de solvencia inalterables y establecidos de antemano. Presentan la guerra como el irremediable resultado de un proceso de creciente radicalización política o extremada conflictividad social del que se responsabiliza de manera

preferente a las izquierdas, a las que se imputa la responsabilidad de un inadecuado empleo de los mecanismos de la representatividad parlamentaria o un ejercicio interesado y partidista de la responsabilidad gubernamental ⁶⁵ .

El recorrido efectuado por los diversos usos públicos del 18 de julio muestra una relación entre los contenidos y prioridades de la producción historiográfica y los desarrollos oficiales de la efeméride. La primera etapa de exaltación de la jornada fue respaldada por una publicística de marcado tono ideológico, que minusvaloró el proceso conspirativo en comparación con el de la rebelión. Durante los años cincuenta, el 18 de julio fue perdiendo peso en el ciclo litúrgico franquista, pero siguió actuando como principal fuente de legitimidad para el sector más intransigente del régimen. El declive simbólico de esta fecha fundacional en favor de otras —sobre todo el 1 de abril— a partir de la campaña propagandística de los XXV Años de Paz tuvo su reflejo en un último intento de la historiografía del régimen por reivindicar el carácter popular del levantamiento armado, tesis que fue contestada en primera instancia por la historiografía procedente del exterior, que brindó un relato más equilibrado y coherente del proceso conspiración-rebelión-guerra civil. Una propuesta interpretativa que, junto a los estudios sobre el pretorianismo de los siglos XIX y XX, se fue convirtiendo en el relato dominante en la academia y en un sector significativo de las élites intelectuales del país durante el tardofranquismo y la Transición. Tras la *damnatio memoriae* del 18 de julio operada a partir de 1977, la consolidación democrática ha trasladado el debate sobre sus orígenes, desarrollo y consecuencias al ámbito historiográfico, donde, entre 2006 y 2011, aparecieron aportaciones fundamentales que restituyeron al evento su auténtica dimensión histórica. La «guerra de memorias» en torno a la Guerra Civil y sus secuelas, que se viene librando desde finales del pasado siglo, ha dado lugar a varias corrientes revisionistas no siempre concordantes, pero que endosan buena parte de la responsabilidad en el desencadenamiento del conflicto fratricida a su víctima principal: el régimen democrático republicano. A buen seguro que los actuales vaivenes de la política encontrarán correspondencia en las polémicas historiográficas que se levanten en el próximo futuro, abriendo —así lo esperamos— un saludable debate que nos permita un conocimiento más global, pero a la vez más preciso, de lo que

ocurrió en España aquel verano del 36.

Aún se debate sobre cómo calificar el suceso central del 18 de julio: ¿fue una insurrección popular o un movimiento castrense con apoyo civil subsidiario? Más allá de su mitificación por el franquismo, los especialistas actuales coinciden en caracterizarlo como un golpe militar —el último con éxito relativo de nuestra historia—, cuya progresiva deriva en guerra civil permitió el tránsito desde una operación involucionista de alcance más o menos limitado hasta un proceso contrarrevolucionario de altos vuelos, con voluntad liquidadora de la totalidad del experimento democrático republicano y con vocación de perpetuarse en el tiempo. Fue también la fecha en que comenzaron a perfilarse los primeros procesos políticos que caracterizan cualquier guerra civil: la inicial proliferación de poderes paralelos, la militarización de la sociedad y el despliegue de una violencia represiva que buscaba el exterminio del enemigo.

El 18 de julio fue un gran momento de inflexión histórica en lo político, lo social y lo cultural, pero también en lo personal: ¿en cuántas ocasiones la actitud mostrada ese día aciago fue la piedra de toque para depurar responsabilidades penales y civiles en la guerra y la posguerra? La fecha, que ha actuado largos años como línea divisoria de lealtades y legitimidades, de filias y de fobias políticas, sigue estando muy presente en la memoria colectiva de los españoles.

■

¹ Sobre la cuestión, nos remitimos a Eduardo González Calleja, *Nelle tenebre di brumaio. Quattro secoli di riflessione politica sul colpo di Stato*, Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 2012.

² Pierre Salmon, *Historia y crítica: introducción a la metodología histórica*, 2.^a ed., Barcelona, Teide, 1978, pág. 37.

³ James W. Pennebaker y D. Michael Crow, «Memorias colectivas: la evolución y la durabilidad de la historia», en Alberto Rosa Rivero, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, págs. 231-257, esp. págs. 238-240. Sobre las «memorias de destello», véanse también Roger William Brown y James Kulik, «Flashbulb memories», *Cognition*, núm. 5, 1977, 73-99, y Martin A. Conway, *Autobiographical Memory: An Introduction*, Buckingham, Open University, 1990, págs. 61-88.

⁴ Santos Juliá, «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en Santos Juliá (ed.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, págs. 11-54, esp. página 15.

⁵ Santos Juliá, «Los nombres de la guerra», *Jerónimo Zurita*, núm. 84, 2009, 15-38, esp. 17.

⁶ Francisco de Cossío, *Hacia una nueva España. De la revolución de octubre a la revolución de julio, 1934-1936*, Valladolid, Librería Santarén, 1937, pág. 196.

⁷ Sergio Argul y Juan Francisco Fuentes, «Alzamiento Nacional», en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo xx español*, Madrid, Alianza, 2008, págs. 91-100, esp. págs. 94-95.

⁸ Manuel Aznar Zubigaray, *Guerra y victoria de España (1936-1939)*, Madrid, Magisterio Español, 1942, pág. 15.

⁹ Manuel Azaña, *Obras Completas*, México, Oasis, 1966, vol. III,

págs. 607-609. Sobre el mito del Dos de Mayo en las propagandas republicana y franquista, véase Xosé M. Núñez Seixas, ¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939), Madrid, Marcial Pons, 2006, págs. 80-84 y 233-239.

¹⁰ Santos Juliá, «Los nombres de la guerra», art. cit., pág. 19.

¹¹ Bernardo Félix Maiz, Alzamiento en España. De un diario de la Conspiración, Pamplona, Gómez, 1952.

¹² Manuel Vázquez Taboada, El Dos de Mayo: reseña histórica de los gloriosos acontecimientos de que fue teatro Madrid el día dos de mayo de 1808, al verificar el primer heroico alzamiento contra los enemigos de la independencia nacional, Madrid, Imprenta de A. Peñuelas y G. Pedraza, 1865; A. y P., Alzamiento de España en 1843: apuntes para la historia contemporánea: comprende una relación detallada de los sucesos que han tenido lugar en España desde el día 10 de mayo, con inserción de los documentos más importantes publicados por el Gobierno y las Juntas, discursos célebres, artículos notables de la prensa, conmemoración de acciones heroicas, etc., Cádiz, Imprenta Gaditana, 1843; Asamblea constituyente de 1854. Biografías de todos los diputados y todos los hombres célebres que han tomado parte en el alzamiento nacional, Madrid, Imprenta de Julián Peña, 1854-1855, 2 vols., e Ildefonso Antonio Bermejo, Alzamiento popular de 1854, que comprende la cuestión de ferro-carriles hasta la entrada del Duque de la victoria en Madrid, y disposiciones posteriores, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1854.

¹³ Juan Rico y Amat, Diccionario de los políticos, Madrid, Narcea, 1976, pág. 293.

¹⁴ Santos Juliá, «Los nombres de la guerra», art. cit., pág. 38. Sobre la erección del 18 de julio en acontecimiento fundador del nuevo Estado, resulta pertinente la reflexión de Paul Ricœur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 1981 pág. 94, para quien este tipo de eventos acostumbaban a ser, «esencialmente, actos violentos legitimados a posteriori por un Estado de derecho precario».

¹⁵ Manuel Azaña, *Obras Completas*, op. cit., vol. II, págs. 20 y 880.

¹⁶ Véase, por ejemplo, Juan José Peña e Ibáñez, *Las guerras carlistas: antecedente del Alzamiento Nacional de 1936*, San Sebastián, Ed. Española, 1940.

¹⁷ Joaquín Arrarás Iribarren et al., *Historia de la Cruzada Española. Volumen I: Antecedentes; Volúmenes II-V: Alzamiento; Volúmenes VI- VIII: Guerra*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1944, 8 vols.

¹⁸ Estado Español, Ministerio de la Gobernación, *Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Madrid, Editora Nacional, 1939, y *Apéndice I al Dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Barcelona, Editora Nacional, 1939, 3 vols.

¹⁹ Una enumeración de esos mitos, en Alberto Reig Tapia, «Los mitos políticos franquistas de la guerra civil y su función: el “espíritu” del 18 de julio de 1936», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil: mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons / Casa de Velázquez, 2006, págs. 201-244, esp. pág. 217.

²⁰ Josep Pla, *Historia de la Segunda República Española*, Barcelona, Destino, 1940-1941, 4 vols.; Melchor Fernández Almagro, *Historia de la República Española (1931-1936)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940, y Joaquín Arrarás Iribarren, *Historia de la Segunda República Española*, Madrid, Editora Nacional, 1956-1968, 4 vols.

²¹ Sin pretensión alguna de exhaustividad, Francisco J. de Raymundo, *Cómo se inició el Glorioso Alzamiento Nacional en Valladolid y la Gesta heroica del Alto del León*, Valladolid, Imprenta Católica, 1936; Guzmán de Alfarache (seud. de Enrique Vila), *¡18 de julio! Historia del Alzamiento glorioso de Sevilla*, Sevilla, Editorial F.E., 1937; José María Iribarren, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento nacional*, Zaragoza, Talleres Editoriales Heraldo de Aragón, 1938 (versión censurada de *Con el general Mola [escenas y aspectos de la Guerra Civil]*, Zaragoza, Talleres Editoriales Heraldo de Aragón, 1937); Felipe Bertrán Güell, *Momentos interesantes de la Historia de España de este siglo. La España de 1936: Preparación y desarrollo del Movimiento Nacional*, Valladolid, Librería Santarén, 1939, o José María Zugazaga, *Cruz de Requetés (apuntes del Alzamiento en Burgos)*, Madrid, Imprenta M. G. Alberto, 1942. El catálogo en línea de la BNE muestra medio centenar de obras con el término «Alzamiento Nacional» en su título, y aproximadamente el triple con el de «Movimiento Nacional» en sus distintas acepciones.

²² «Una hora con el Generalísimo», ABC, 18 de julio de 1937, cit. por Santos Juliá, «Los nombres de la guerra», art. cit., pág. 36.

²³ La construcción del mito palingenésico del 18 de julio como recuperación histórica de las esencias nacionales basadas en el misoneísmo imperial católico, en Ferran Gallego, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014, págs. 496-521.

²⁴ Sobre la construcción festiva del 18 de julio, véanse Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, págs. 112-115; Josefina Cuesta, *La odisea de la memoria: historia de la memoria en España, siglo xx*, Madrid, Alianza, 2008, págs. 193-196; Montserrat Duch Plana, «Els dies del franquisme», en Pere Anguera (ed.), *Símbols i mites a l'Espanya contemporània*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, 2001, pág. 232, y Zira Box, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010, págs. 220-231.

²⁵ Zira Box, «Secularizando el Apocalipsis. Manufactura mítica y discurso nacional franquista: la narración de la Victoria», *Historia y Política*, núm. 12, noviembre de 2004, 148.

²⁶ Paloma Aguilar, *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*, Madrid, Alianza, 2008, pág. 144. El Arco de la Victoria sito en la plaza de la Moncloa de Madrid se pensó inaugurar el 18 de julio de 1956, fecha del XX Aniversario del Alzamiento, pero el acto oficial nunca tuvo lugar, quizás por la situación de incertidumbre que habían dejado los sucesos estudiantiles acaecidos en febrero de ese año. Significativamente, el Valle de los Caídos se inauguró el 1 de abril de 1959 (ibíd., pág. 161).

²⁷ Marie-Claude Chaput, «Commémorations et images de la Seconde République dans trois quotidiens: ABC, La Vanguardia, Madrid (1946-1976)», en Marie-Claude Chaput y Thomas Gomez (dirs.), *Histoire et mémoire de la Seconde République espagnole*, París, Presses de l'Université de Paris X, 2002, pág. 401.

²⁸ Alberto Reig Tapia, «Los mitos políticos franquistas...», art. cit., pág. 225.

²⁹ Paloma Aguilar, Políticas de la memoria..., op. cit., pág. 114.

³⁰ Javier Rodrigo, Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos, Granada, Comares, 2013, págs. 78-82, y Paloma Aguilar, Políticas de la memoria..., op. cit., págs. 189-206.

³¹ Según Cristina Gómez Cuesta, «La construcción de la memoria franquista (1939-1959): mártires, mitos y conmemoraciones», Studia Historica. Historia Contemporánea, núm. 25, 2007, 87-123, esp. 98, en 1940, una Orden del Ministerio del Ejército institucionalizó la celebración de una recepción militar cada 1 de abril, 18 de julio y 1 de octubre.

³² Citado por Javier Muñoz Soro, «La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo», en Javier Rodrigo y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coords.), «Guerra Civil: las representaciones de la violencia», monográfico de la revista Jerónimo Zurita , núm. 84, 2009, 124.

³³ Ricardo de la Cierva, Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936, Madrid, Sección de Estudios de la Guerra de España de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo, 1967, e Historia de la Guerra Civil Española, Madrid, San Martín, 1969, tomo I (Perspectivas y antecedentes, 1898-1936), págs. 735-816, y José María Gil Robles, No fue posible la paz, Barcelona, Ariel, 1968, págs. 707-745.

³⁴ Luis Romero, Tres días de julio (18, 19 y 20 de 1936), Barcelona, Ariel, 1966, y José María Gironella, Los cipreses creen en Dios,

Barcelona, Planeta, 1953 (dedicada a los antecedentes de la guerra).

³⁵ Ricardo de la Cierva, *Historia...* , op. cit., págs. 737-756.

³⁶ Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio... y después*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, págs. 145 y 177.

³⁷ Carlos Seco Serrano, *Historia de España*, tomo VI, *Época Contemporánea*, 1. *La Segunda República-La Guerra Civil-La era de Franco*, Barcelona, Instituto Gallach, 1971.

³⁸ Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, vol. I, págs. 66-77 (conspiración).

³⁹ Santos Juliá, *Historia de las dos Españas* , Madrid, Taurus, 2004, pág. 438.

⁴⁰ Utilizamos las primeras ediciones publicadas en España de Gabriel Jackson, *La República española y la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 1976, págs. 206-210 (conspiración) y 213-225 (pronunciamiento) (1.^a ed. en Princeton, Princeton University Press, 1965), y Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Barcelona, Grijalbo, 1976, vol. I, págs. 79-81, 122-124, 182-183, 189-191, 196-200, 206-209 y 224-230 (conspiración) y 239-283 (alzamiento) (1.^a ed. en Londres, Penguin Books, y París, Ruedo Ibérico, 1961). Véase también *Crónica de la guerra española*, no apta para irreconciliables, Buenos Aires, Codex, 1966, 5 vols., cuyo primer volumen se dedica en exclusiva a los antecedentes y al alzamiento. Siguiendo la pauta narrativa marcada por Thomas, Manuel Tuñón

de Lara (coord.), *La guerra civil española*, vol. 3 (Conspiración contra la República), Madrid, Historia 16, 1996.

⁴¹ Antonio Lizarza Iribarren, *Memorias de la conspiración. Cómo se preparó en Navarra la Cruzada, 1931-1936*, 1.^a ed., Pamplona, Gómez, 1953; Jaime del Burgo Torres, *Conspiración y Guerra Civil*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1970; José Gutiérrez-Ravé, Antonio Goicoechea, Madrid, *Revista Popular de Biografías*, 1965, págs. 34-39, y Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, págs. 232-240.

⁴² Véanse las *Monografías de la guerra española*, de José Manuel Martínez Bande (Madrid, San Martín, 1968-1985, 18 vols.). Su obra póstuma fue *Los años críticos. República, Conspiración, Revolución y Alzamiento*, Madrid, Encuentro, 2007.

⁴³ Jorge Aspizúa, Jorge Cachinero y Geoffrey Jensen, «La Historia militar: una carencia intelectual en España», en *La Historia en el 92*, revista Ayer, núm. 10, 1993, 63-76, esp. 69.

⁴⁴ Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, Stanford University Press, 1967 (eds. en castellano: *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968, y Madrid, Sarpe, 1986), y *Ejército y sociedad en la España liberal, 1808-1936*, Madrid, Akal, 1976.

⁴⁵ Carlos Navajas, «Historiografía militar española en el siglo XX (1949-1989)», *Hispania*, vol. 50, núm. 76, septiembre de 1990, 1361-1371, esp. 1364 y 1366. Los libros más destacados que trataron la conspiración y el golpe de Estado de 1936 desde esa perspectiva fueron Julio Busquets, *Pronunciamientos y golpes de Estado en España*, Barcelona, Planeta, 1982, págs. 124-137; Manuel

Ballbé, Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983), Madrid, Alianza, 1983, páginas 387-396; Miguel Alonso Baquer, El modelo español de pronunciamiento, Madrid, Rialp, 1983, págs. 228-252; Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, Madrid, Siglo XXI, 1983, págs. 186-247; Carlos Seco Serrano, Militarismo y civilismo en la España contemporánea, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984, págs. 397-422, y Joaquim Lleixà, Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo, Barcelona, Anagrama, 1986, págs. 97-137. Una obra más actual en esta fecunda línea: Francisco Alía Miranda, Historia del ejército español y de su intervención política. Del Desastre del 98 a la Transición, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018, esp. págs. 82-84 y 98-118.

⁴⁶ La mentalidad militar de la época (conservadurismo, africanismo, fobia al conflicto social, etc.), en Julio Busquets, «La ideología militar como causa remota del 18 de julio», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. III, núm. 4, 1985, 103-110.

⁴⁷ «18 de julio: una festividad suprimida», *El País*, 18 de julio de 1978.

⁴⁸ *El País*, 19 de julio de 1979, pág. 11.

⁴⁹ Francisco Olaya Morales, *La conspiración contra la República*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1979.

⁵⁰ Sobre la UME, la obra laudatoria del diplomático Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, Alicante, EGASA, 1940, y las críticas coetáneas del militar republicano Julio Mangada, *El fascio en el Ejército o la Unión de Militares Españoles*, Madrid, 1936, y del

antiguo miembro de la UMD Julio Busquets, «La Unión Militar Española, 1933-1936», en *La Guerra Civil*, Madrid, Historia 16, 1986, vol. III, págs. 86-99. Sobre las conspiraciones falangistas, Stanley G. Payne, *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, págs. 72-73 y 91-96. Sobre los monárquicos, José Ignacio Escobar (marqués de Valdeiglesias), *Así empezó...*, Madrid, G. del Toro Editor, 1974.

⁵¹ William C. Askew, «Italian intervention in Spain: The Agreement of March 31, with the Spanish Monarchists Parties», *The Journal of Modern History*, vol. XXIV, núm. 2, junio de 1952, 181-183; Massimo Mazzetti, «I contatti del governo italiano con i cospiratori militari spagnoli», *Storia Contemporanea*, año X, núm. 6, diciembre de 1979, 1181-1193; Ismael Saz, «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el Alzamiento Nacional», *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, núm. 15, 1981, 321-358, y *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim / Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1986, y Ángel Viñas, «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, págs. 79-180, esp. págs. 92-101 (facsimiles y transcripciones de los «contratos romanos» firmados con el gobierno fascista el 1 de julio de 1936, en págs. 137-181), y *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, 2019.

⁵² «“Una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable”, afirma el gobierno», *El País*, 19 de julio de 1986, pág. 17.

⁵³ Véase Francisco Espinosa Maestre, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, Badajoz, Los Libros del Oeste, 2005.

⁵⁴ Pío Moa, «Algunas ideas erróneas en torno al 18 de julio de 1936», *Revista Española de Historia Militar*, vol. XIII, núm. 73-74, julio-agosto de 2006, 6-7.

⁵⁵ «El PP condena el golpe de Franco y promete honrar a todas las víctimas de la Guerra Civil», *El País*, 21 de noviembre de 2002.

⁵⁶ Josefina Cuesta, *La odisea de la memoria...*, op. cit., págs. 335-336.

⁵⁷ Julio Aróstegui, «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», *Arbor*, núms. 491-492, noviembre-diciembre de 1986, 27-75 (también en *Perspectivas de la España contemporánea. Estudios en homenaje al profesor V. Palacio Atard*, Madrid, 1986, págs. 431-461), y desde un punto de vista más general, «Conspiración contra la República», en *La Guerra Civil*, Madrid, *Historia* 16, 1986, vol. III, págs. 6-41.

⁵⁸ Julio Aróstegui, «La República se defendió mal. Conspiraciones», *La Aventura de la Historia*, núm. 93, julio de 2006, 26-36.

⁵⁹ Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio...*, op. cit., 2006.

⁶⁰ Rafael Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, págs. 189-224 (conspiración) y 225-252 (rebelión militar). Un avance de estas premisas, en «Dos rebeliones militares en España, 1923 y 1936. La lógica de la guerra política», *Historia y Política*, núm. 5, 2001, 29-53, esp. 29-30. Véase también, del mismo autor, «Las rebeliones militares en la España de entreguerras», *Nuova Rivista*

⁶¹ Rafael Cruz, «Júbilo, enfrentamiento y violencia en la movilización de 1936», en Manuel Ballarín y José Luis Ledesma (eds.), *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones*, Zaragoza, Fundación Rey Corral de Investigaciones Marxistas, 2010, págs. 121-137, esp. págs. 123-124.

⁶² Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la II República*, Barcelona, Crítica, 2011, págs. 23-135 (conspiración) y 139-372 (golpe de Estado).

⁶³ «Encuesta del instituto opina para El País: el 64 por 100 de los españoles quiere que se investigue la Guerra Civil y se rehabilite a las víctimas», *El País*, 18 de julio de 2006, y Justino Sinova, «El 30 por 100 de los españoles cree que la sublevación militar del 18 de julio de 1936 “estuvo justificada”», *El Mundo*, 19 de julio de 2006.

⁶⁴ Stanley G. Payne, «Mitos y tópicos de la guerra civil», *Revista de Libros*, números 79-80, julio-agosto de 2003, 3-5. Payne publicó en 2005 un ensayo (*El colapso de la República. Los orígenes de la guerra civil [1933-1936]*, Madrid, La Esfera de los Libros) de título muy similar a la obra de Pío Moa, *Los orígenes de la Guerra Civil española*, Madrid, Encuentro, 1999. Otra obra en la misma línea, y sin apenas novedades: Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Barcelona, Espasa, 2016.

⁶⁵ Por ejemplo, Manuel Álvarez Tardío, *El camino a la democracia en España. 1931 y 1978*, Madrid, Gota a Gota, 2005; Gabriele Ranzato, *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939*, Madrid, Siglo XXI, 2006; Manuel Álvarez

Tardío y Roberto Villa García, *El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República*, Madrid, Encuentro, 2010, y Manuel Álvarez Tardío y Fernando del Rey Reguillo (eds.), *The Spanish Second Republic Revisited. From Democratic Hopes to the Civil War (1931-1936)*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2011 (ed. castellana en Madrid, RBA, 2012).

CAPÍTULO 2

Milicias y voluntariado: de recrear su inexperiencia a recrear su experiencia ¹

FRANCISCO SÁNCHEZ PÉREZ

VOLUNTARIEDAD Y CONSCRIPCIÓN

Dos de las características que mejor definen una guerra civil como la española de 1936-1939 fueron por un lado los componentes ideológicos y políticos tan señalados que tuvo, que apelaban desde el principio al compromiso y apoyo de amplios sectores sociales, y por otro su carácter de guerra total, inmersa en el ciclo internacional de la crisis de entreguerras. Es decir, se trata de una guerra de movilización social, económica y cultural de todos y cada uno de los habitantes, a la que prácticamente nada se sustrae y que solo puede finalizar con la derrota total e incondicional (o, en su versión más trágica, con el aniquilamiento) del enemigo. Esto explica ampliamente que no pueda reducirse en ningún caso a una guerra entre tropas profesionales, simplemente divididas por su lealtad mayor o menor a un gobierno o a un régimen, y que tuviera un componente muy elevado de «guerra de voluntarios armados». Y que no se limite a los varones jóvenes armados, elemento fundamental de toda guerra convencional, sino que se extienda a distintos grupos de edad y de voluntariado civil en la retaguardia, y a las mujeres, fenómeno inherente a la guerra total y que no podía pasar inadvertido, y desde luego no lo hizo, para toda la opinión pública mundial.

Pese a que se trata de una guerra bipolar bastante fácil de simplificar si se la compara con otras guerras civiles del siglo XX (particularmente la rusa o la china), los dos bandos enfrentados encubrían a su vez una gran heterogeneidad de posicionamientos ideológicos, por no salir del ámbito de la política, acerca de la auténtica causa por la que luchaban. Esto también fue un motivo bastante funcional para respetar en gran medida la idiosincrasia de los distintos grupos de voluntarios, algo especialmente sensible en el bando republicano, que era el que tenía que defenderse de la agresión, y que, desarticulado como quedó, tuvo que improvisar más una respuesta armada. Pero no únicamente en su caso ni mucho menos, porque hasta en el bando franquista hubo grupos de Acción Ciudadana (gente de orden, sin definir) o milicias de las

Juventudes de Acción Popular, por minoritarias que fueran. Además, la fachada política cubría la procedencia comarcal de muchos grupos milicianos, es decir, que los encuadraban falangistas, pero eran navarros, o anarquistas, pero eran «de Granada»²; del Quinto Regimiento, pero, más que comunistas, «gallegos» (de Madrid)³. Homogeneidad de paisanaje que aconsejaba a los mandos militares, por diversos motivos, mantener juntos a los que habían llegado juntos o habían sido reclutados juntos, al menos en principio. En el caso del bando franquista, esto se mantuvo nominalmente hasta el final (Banderas de Sevilla, de Burgos, de Palencia, tercios de Requetés de Navarra, de Montserrat, de Almogávares o de Santiago). En el bando republicano se subsumió en las Brigadas Mixtas, numeradas de forma indiferente pero sospechosamente parecidas a muchas columnas previas o parte de ellas⁴. Un tercer plano lo da la homogeneidad profesional, o si se prefiere gremial, fundamental en el voluntariado de procedencia básicamente sindical (UGT, CNT): milicianos «de la Madera», «de Artes Blancas», o de «maestros y funcionarios», a los que también se intentaba mantener juntos, para mayor cohesión⁵. Por último, están las estructuras paramilitares preexistentes en partidos políticos o asociaciones sindicales (MAOC, Requetés, Centurias, Grupos de Defensa, o cualquier otro nombre), que parece proporcionaron las redes de sociabilidad necesarias entre compañeros, bastantes dirigentes/oficiales improvisados, los más radicalizados además, y cierta cultura ineludible de la violencia armada (o «dialéctica de las pistolas»), pero no ha podido demostrarse a día de hoy que fuesen tan importantes ni de tanto peso como para mantener su organización de preguerra durante la contienda. O, dicho de otra manera, proporcionaron una experiencia (violenta, pero en absoluto bélica), pero no una estructura. Es lo que parece sugerir el caso de las milicias tradicionalistas navarras, quizá el más y mejor trabajado. Es decir, incluso allí donde probablemente dicha paramilitarización estaba más avanzada, era más popular y además estaba más concentrada territorialmente, no fue respetada básicamente en su estructura⁶.

A este panorama hay que añadir las voluntarias y milicianas, que también fueron ampliamente movilizadas en los dos bandos. Su papel estelar nunca fue visto como el de guerrear en el frente, salvo quizá en algunos medios cenetistas. Los sublevados se mantuvieron

fieles a esa concepción tradicional y convencional, y usaron a las mujeres para recaudar, movilizar, apoyar, suministrar y curar, pero no las mandaron al frente a combatir. Por lo que empiezan a aclarar ahora las nuevas perspectivas de género, parece evidente que tampoco en líneas generales en el bando republicano se consideró esto último una buena idea. Pero obviamente es cierto que muchas columnas milicianas les dieron acogida, las toleraron e incluso llegaron a plegarse a sus órdenes (en muy contadas excepciones), lo que no dejaba de ser un fenómeno inusual y que llamaba poderosamente la atención en el ámbito de la Europa occidental ⁷ .

El problema es que al voluntariado se superpuso muy pronto la conscripción. En el caso de los sublevados ya en el mismo verano de 1936, en ocasiones incluso antes de que fuese disposición oficial de ámbito nacional (por ejemplo en Zaragoza) ⁸ . Y en el republicano se intentó desde otoño el reclutamiento obligatorio de las quintas correspondientes, que corrió en paralelo con la militarización que intentaron por todos los medios los gobiernos de Largo Caballero, pero que no se consumó a nivel nacional hasta bien entrado el año 1937 y encontró importantes resistencias, sobre todo entre los anarquistas. El reclutamiento se fue ampliando con el paso del tiempo hasta alcanzar a las «quintas del biberón», para referirse a los muy jóvenes (la metáfora no necesita más explicación), o «del saco», para los ya demasiado mayores, padres de familia (el saco aludía a la cantidad de cosas «imprescindibles» que acarreaban como petate, lo que suscitaba risas) ⁹ . Además, en el bando franquista se podía ser reclutado en centros controlados por falangistas o tradicionalistas, más que por los militares profesionales, porque se consideraba más conveniente por distintos motivos (medrar, rehuir ciertos frentes o salvaguardar a tus familias) ser «voluntario» que «conscripto», y pertenecer a sus unidades, más aconsejable que integrarse en las regulares convencionales. Con ello las cifras de «voluntarios» se dispararon, aunque sabemos que en muchos lugares en los primeros momentos de la sublevación los falangistas y derechistas locales voluntarios apenas eran decenas. También sabemos cómo decayó el entusiasmo inicial en la zona republicana, donde los primeros voluntarios, que además caían como moscas, dada su inexperiencia y/o arrojo, no eran suficientes para cubrir una guerra cada vez más larga y más dura. Llegó un momento, en torno a noviembre de 1937 y febrero

de 1938, en que el gap existencial entre los que empezaron entusiásticamente la guerra y los que venían a ella arrastrando los pies no pudo pasarse por alto. Estrategias para obligar a la gente a alistarse las hubo de todo tipo, no siempre muy limpias. Algunos relatos de milicianos republicanos hablan sin tapujos de su abandono del frente, particularmente en la primavera de 1937, a causa de su descontento por la militarización, o con esta como excusa, abandono tan voluntario como su alistamiento inicial, para luego volver a las trincheras más tarde como conscriptos ¹⁰. Otros se refieren a sí mismos como «milicianos» cuando fueron poco menos que obligados primero a sindicarse y después acto seguido a alistarse, recibir instrucción (pese a haber hecho ya la mili como cuotas) y más tarde ir al frente ¹¹. En Vizcaya el gobierno de Aguirre creó una singular «conscripción voluntaria»: los «quintos» reclamados debían alistarse obligatoriamente pero en las milicias de su elección (lo que permitía atraer hacia los gudaris nacionalistas a los conscriptos simpatizantes del otro bando). Tenemos el caso de los «pasados», es decir, los que cambiaban de bando, no siempre voluntariamente, pues muchos eran simples prisioneros a los que se ofrecía reengancharse en el bando «correcto» como redención de su pecado original (a veces para volver a «pasarse» a continuación). Tras la caída en 1937 del Norte, zona de mucha población, fueron numerosos los exsoldados republicanos que engrosaron las filas franquistas (lo que aprovecharon algunos para volverse a «pasar») ¹². Así pues, el nivel de entusiasmo y el porcentaje de voluntariado resultan muy volátiles, y establecer diferencias entre voluntarios y conscriptos es siempre muy complicado, salvo en los primeros meses. Todo esto ha dificultado el estudio y la historiografía de las milicias como tales; por no hablar de su peso real en las operaciones militares que decidieron la guerra.

El grado de voluntariedad de ambos ejércitos, hasta qué punto fueron decisivos estos milicianos y su peso, cómo operaron y si lo hicieron por igual en ambos bandos, por no hablar del grado de entusiasmo ante el «alistamiento», la experiencia de estas personas o las diversas tipologías y ritmos en torno a su voluntariedad/obligatoriedad parecen temas extremadamente decisivos para el estudio de la Guerra Civil. De hecho, son tan inherentes a ella que abundan las referencias de todo tipo, porque es absolutamente imposible enhebrar un relato, particularmente sobre los primeros

meses de la guerra, sea de la retaguardia, del frente, de la represión o de los choques entre columnas aquí y allí, sin referirse al fenómeno y a su influencia. Esto es particularmente drástico en la historia local: ¿cómo se puede contar la historia de una comarca entre julio y octubre de 1936 sin referirse a los voluntarios locales, los que se quedaron, los que vinieron, los que se impusieron o los que huyeron? Pero precisamente por ese mismo motivo, y pese al inabarcable volumen de publicística que existe en torno a la guerra, encontramos menos estudios específicos de los que quizá podría esperarse sobre lo que aquí voy a llamar el «fenómeno» o la «experiencia miliciana». Entiendo por tal tanto un análisis sociográfico, por el que ya se abogaba en los años ochenta del siglo pasado, más cuantitativo (cuántos eran, en qué columnas, procedencia geográfica, social, política, etc., y cruzar estos datos), como una perspectiva cultural, más defendida en lo que llevamos de siglo, es decir, que atienda a los discursos, prácticas y representaciones de la experiencia de la guerra, y de cómo se han visto estas personas a sí mismas individualmente y en colectivo a través de la memoria y el relato. Aunque no se trata en modo alguno de enfoques excluyentes, porque ambos intentan contestar al porqué, ha ocurrido como muchas veces acontece en la historiografía española, es decir, se ha empezado la segunda tarea sin haber completado en absoluto la primera. Siempre resulta más fácil contar lo que decían que contarlos, y puede resultar más fructífero, no lo voy a negar, explicar su mentalidad o lo que se decía de ellos que explicar de dónde venían, pero resulta del todo conveniente puntualizar, contra ciertos abusos, que tan importantes son las creencias de las personas como explicar de qué forma se ganaban la vida (lo que suele estar relacionado). Los valores e ideas pueden compartirse, pero interesa saber en qué medio social en concreto se comparten.

EL DEBATE ORIGINAL: ENTRE EL VITUPERIO Y LA REIVINDICACIÓN

Si retrotraemos este relato a la guerra misma, aunque puede extenderse a buena parte de la literatura del franquismo y el exilio, lo que se buscaba a la hora de referirse particularmente a esta cuestión era reivindicar el papel de un sector de las milicias en particular, siempre con un significado político, a veces de unidades concretas, intentando resaltar su importancia o rescatarlas del supuesto olvido. En el caso de los vencedores, gran parte de esta publicística procedía de oficiales excombatientes, es decir, veteranos, que habían sido voluntarios ellos mismos, incluidos capellanes que habían acompañado a las unidades, pero muchos de los cuales se habían convertido en oficiales profesionales con el paso del tiempo. Lo que interesaba era resaltar su papel, sus hojas de servicio, condecoraciones, heroicidades y hechos de armas. En el caso de los carlistas, dada la omnipresencia de la Falange, «demográfica» (ya en la guerra) e ideológica (los 27 puntos, convertidos sin más en los 26 del Estado franquista), era además una reivindicación en toda regla de la importancia cualitativa de su colectivo, y particularmente de su beligerancia en el frente (las Brigadas Navarras como tropas de choque y de élite en el Norte en 1937 y luego en Aragón en 1938). No se trata de historiografía académica en ningún caso, sino de panegíricos o hagiocrónicas ¹³. La censura franquista tampoco permitía que se saliesen en exceso del relato oficial, el de la «Historia de la Cruzada».

Este tipo de relatos reivindicativos también se dio entre los vencidos, pero de una manera muy diferente. La evolución de la guerra misma, por diversas razones en las que no podemos entrar aquí, colocó al frente de las principales operaciones militares, cuando menos desde la batalla del Jarama (febrero de 1937), si no antes, y junto a los militares profesionales, a oficiales de milicias de procedencia comunista. Por eso los damnificados, preferentemente la CNT-FAI, elaboraron ya en plena guerra un relato alternativo intentando reivindicar su propia importancia, oscurecida en su

opinión por una conjura estalinista, creando una tradición historiográfica que ha continuado presente en la literatura de inspiración anarquista ¹⁴ . Es sintomático que intentaran incluso atribuirse lo que ya se percibía durante la guerra como el principal éxito bélico republicano: la defensa de Madrid. Es lo que hace el periodista Eduardo de Guzmán en su Madrid rojo y negro: milicias confederales, un relato de 1938 donde ya se elabora una temprana mitificación de las milicias, en particular en el aplastamiento de la sublevación. En este caso concreto, de las milicias anarcosindicalistas, siendo como eran los libertarios los más ardientes defensores de este tipo de ejército voluntario, que se resistieron a abandonar. Entre otras cosas, Guzmán desprecia enérgicamente las directrices gubernamentales y la burocracia estatal republicana, a la que achaca la mala gestión de la guerra, el trágala de la «militarización», la cobarde huida del gobierno de Madrid y en particular el no dar armas ni suministros a las abandonadas milicias cenetistas, que por eso no podían ser más eficientes, ni tomar Zaragoza o Huesca. Esta idea ha perdurado en la literatura libertaria sobre las milicias hasta el día de hoy ¹⁵ .

Lo más significativo es que es un ejemplo de buena parte de la literatura miliciana heredada de la guerra: heroicidades ante enemigos muy superiores en número, material y preparación, que además son extranjeros (marroquíes o moros, legionarios mercenarios, italianos, alemanes); olvido sistemático y minusvaloración del papel de las unidades del ejército regular y las fuerzas de orden público tanto en el aplastamiento de la sublevación, donde se produjo, como en las operaciones militares subsiguientes; crítica sistemática a la dirección de la guerra a cargo del gobierno de turno o de los oficiales profesionales, o de muchos de ellos (cuando no acusaciones veladas, o no tanto, de traición o falta de voluntad), y escasas alusiones, si las hay, a las desbandadas, presas del pánico y el desorden, que se convirtieron en muy habituales entre las unidades milicianas.

De hecho, los más célebres oficiales republicanos procedentes de milicias, que escribieron y vieron publicadas sus memorias a partir de los años cincuenta, como Líster, Modesto, Tagüeña o Mera, todavía compartían en gran medida esta visión. Al haber tenido responsabilidades considerablemente mayores que sus homónimos

franquistas, puesto que llegaron a dirigir brigadas, divisiones y cuerpos de ejército, algo insólito en el otro bando, insistieron más en la reivindicación de su papel personal en las decisiones tácticas que se tomaron y en cualquier caso en la política de militarización que todos defendieron. A diferencia de cualquier relato franquista más o menos contemporáneo, abunda todo tipo de críticas y ataques directos no solo a muchas decisiones de los mandos republicanos sino a las organizaciones político-sindicales rivales, y muy en particular a los militares profesionales, resaltando que ni eran tan profesionales ni genios de la guerra. Exponen numerosos ejemplos de desobediencia de ellos mismos a las órdenes militares por considerarlas disparatadas (lo que da idea de la particular idiosincrasia del ejército republicano aun al más alto nivel). Pero lo que conviene destacar es que estos cuatro, dos comunistas convencidos (Líster, Modesto), un tercero no tanto, más bien un socialista reconvertido (Tagüeña), y otro anarcosindicalista, pero madrileño (Mera), resultan todos grandes defensores de la militarización de las milicias, sin excepción. De los cuatro el mejor relato, en mi opinión, es el de Tagüeña, no porque cuente mejor las cosas sino por sus explicaciones retrospectivas, no solo mucho más certeras, vistas con perspectiva, sino bastante más ponderadas (gran mérito, escribiendo como lo hacía en 1969) ¹⁶. Tampoco es casual que sea el que se refiere con más fruición a la violencia de preguerra en España (como su campo de entrenamiento, incluido octubre de 1934), no siendo un cantero, un jornalero o un albañil, todos con experiencia sindical (los otros tres), sino un estudiante universitario (que pasó por el servicio militar, el universitario). La experiencia paramilitar, de haberla, le viene a Mera por las huelgas: está en prisión por la de la construcción, que también resaltan significativamente Guzmán y Mika, la miliciana del POUM ¹⁷, como antecedente indispensable de la guerra, vista por los tres como la prolongación de la lucha contra la «patronal fascista» por otros medios. Mera reconoce abiertamente en sus memorias que su preparación militar era nula, pero son su autoridad y su capacidad de mando sobre los levantiscos milicianos cenetistas las que le terminan encumbrando ¹⁸. Y a Líster y a Modesto, más que por instruir a las MAOC o por el combate callejero, les viene por haber estado en Moscú en los años treinta precisamente en una academia militar (Frunze), donde obtuvieron cierta cualificación. Aun así, tuvieron que ganarse los galones dando órdenes en la sierra, y, en el

caso concreto de Líster, por ser un «resucitado», es decir, por haber vuelto solo del frente huyendo entre pinos a tiro limpio, cuando se le daba por muerto ¹⁹ . En todos estos relatos hay múltiples anécdotas referidas a la ausencia de disciplina, los nulos hábitos de combate de los milicianos y su entusiasmo por disparar, pero no por marchar, atrincherarse y en particular fortificarse en las posiciones una vez conquistadas (por no hablar de pasar sed y frío o aguantar los ataques de la aviación), que no desmerecen las quejas habituales en los informes y crónicas retrospectivas de los militares republicanos profesionales.

No podemos entrar aquí en la renovación que la historiografía franquista sobre la Guerra Civil sufrió en los años sesenta y setenta, impulsada por la campaña de los 25 Años de Paz, la Ley Fraga de 1966, la tarea de Ricardo de la Cierva, la presión del creciente aluvión de lo que se publicaba fuera de España, incluidas memorias como las citadas, y la no menor de lo que escribían hispanistas de fuera de España (de Gibson a Southworth, de Jackson a Bolloten). Hay muy buenos balances y relatos sobre ello, a los que remito ²⁰ . Pero sí es obligatoria una referencia a la obra de Ramón Salas Larrázabal ²¹ por la innovación que supuso en la historiografía de los vencedores, tanto porque se centraba en el ejército de los derrotados sin los conocidos excesos de vesania, como porque arremetía parcialmente contra el mito del ejército de Franco presentado como una tropa excelentemente preparada, en particular sus voluntarios, que equiparaba en su bisonería y falta de operatividad a los republicanos. A mi entender, y pese a su título, no se trata de una historia del ejército republicano, ni de cómo se formó este, sino de las operaciones militares que lleva a cabo y en qué frentes está presente, todo sobre el papel, es decir, sobreestimando su armamento, su número y su supuesta eficacia, y achacando todos sus problemas precisamente al caos organizativo, en parte provocado por las propias milicias revolucionarias, y a una especie de síndrome «taifal» innato de los españoles cuando carecen de dirección (militar, por supuesto). Aunque no es el tema principal, resalta el peso de las tropas de África (profesionales) en los éxitos franquistas hasta la primavera de 1937, muy por encima de los voluntarios, cuya aportación inicial desdeña. Esto desmitificaba el papel de los voluntarios requetés y falangistas en el ejército sublevado. También reivindica a las unidades y militares

profesionales en el bando republicano, rebajando el papel de las milicias pero reconociendo la relativa eficacia militar que alcanzaron a partir de la fecha citada, y que contribuyó a nivelar la situación. Por supuesto la ayuda internacional a Franco como factor de su victoria está prácticamente ausente, que es lo que más se le ha criticado, y los comunistas son el modelo máximo de eficacia militar y promotores casi únicos del Ejército Popular, muy convenientemente en ambos casos.

Su trabajo, ciclópeo y apoyado en fuentes documentales, muchas solo disponibles entonces para los fieles al régimen, sirvió para levantar la polémica sobre el auténtico peso de las milicias desde un punto de vista estrictamente militar. De ahí la réplica casi inmediata de Rafael Casas de la Vega, otro militar del propio régimen, con su obra sobre la Milicia Nacional, primero en un librito de avance en 1974, que luego amplió significativamente tres años después, haciendo desaparecer de paso ciertos exabruptos del lenguaje que ya parecían inconvenientes en el nuevo clima político²². En este trabajo lo que se hace es precisamente reivindicar el decisivo papel de los voluntarios, y en particular las hojas de servicios y heroicidades de sus unidades que lo demostraban. Aunque metodológicamente es una recopilación sin más de documentación militar y se lía con las cifras (primero dice que los voluntarios se duplican entre 1936 y 1939 y luego que prácticamente se triplican), despliega el primer intento de comparación seria que yo sepa del fenómeno miliciano en ambas zonas, y ofrece indicios de que el entusiasmo por la causa antirrepublicana tuvo muy dispares respuestas territoriales. Destacan por su parquedad los voluntarios gallegos y muy en particular los andaluces, dato este último que recalca el propio autor, pero brilla con luz propia el tradicionalismo navarro-riojano-alavés, no solo por el peso relativo (que no absoluto) de su voluntariado sino por su presencia en las campañas del Norte. Y por los datos que aporta parece que a partir de septiembre de 1937 los requetés se convirtieron en las principales tropas de choque dentro del ámbito miliciano profranquista en las batallas de Aragón y Cataluña que conducen al final de la guerra. Esto, como se verá, ha tenido un fructífero recorrido historiográfico. Algo muy diferente de lo que ha sucedido con las milicias falangistas, mucho más numerosas pero pésimamente estudiadas, por no hablar del ejército

franquista en su totalidad, sobre el que se siguen prodigando las quejas acerca de la insuficiencia de los estudios existentes ²³ .

Otra obra que puede ser considerada una respuesta a la de Salas es la de otro militar profesional, Michael Alpert, de 1978, aunque su versión definitiva es de 2007, tras sucesivas reediciones. Esta sí es lo que la otra no era: una historia del ejército republicano. En ella polemiza abiertamente con las conclusiones de Salas y señala sus deficiencias, desmintiendo tajantemente que el gobierno Giral tuviese una alternativa mejor que armar a las milicias, cuando controlaba muchos menos batallones de infantería y menos oficiales que los sublevados (por no hablar de su dudosa lealtad), aunque este tema ha seguido siendo usado de forma recurrente por algunos historiadores sin que aporten, que se sepa, nuevas evidencias que desmientan estas afirmaciones. Pero también señalaba que el peso numérico de las milicias republicanas podría haber sido suficiente para hacer retroceder a los sublevados de haber contado con una disciplina, una preparación y una oficialidad de las que carecían. También se desgana el proceso de militarización, se aportaban cifras aproximativas de las milicias (90.000 en el otoño de 1936), siguiendo las nóminas, listas de columnas y unidades, y semblanzas biográficas de los oficiales de milicias más conocidos. En cualquier caso, el balance que ofrecía sobre lo que él llama la «etapa miliciana», hasta diciembre de 1936, parece en exceso taxativo: en su conjunto, las milicias fueron inútiles militarmente, en particular en campo abierto, lo que quedó algo camuflado por la debilidad franquista en ciertos frentes (Aragón en particular hasta 1938). «No estaban mal armadas, como prueban las enormes listas de material capturado por los sublevados», eran «incapaces incluso de destruir sus cañones u otras armas antes de retirarse». O simplemente «una fuerza revolucionaria sin disciplina solo resulta efectiva si tiene tiempo y espacio suficientes para lograr la necesaria estructura militar y si la fuerza que se le opone carece de eficacia» ²⁴ . Sin embargo, los relatos de los milicianos, muchos anónimos, que cada vez proliferan más, hablan continuamente de falta de artillería, de aviación, de armas, de calibres homogéneos y de municiones, muy particularmente en el Norte, frente cuyo derrumbe muchos consideran clave para el desenlace de la guerra (Ciutat destaca el derrumbe cántabro en particular) ²⁵ ; no solo para los primeros seis meses, pero muy en particular durante ese periodo. E ilustran el

relato con anécdotas imposibles de inventar, un claro ejemplo de que los historiadores militares (o los militares que hacen historia) tienen que empezar a contar con las experiencias de los de abajo si quieren abordar una dimensión más auténtica. También se concluía en el trabajo de Alpert que había al menos tres zonas con personalidad completamente propia en el bando republicano: el Centro, el Norte y Aragón, bastante difíciles de ahormar en un modelo común, aunque la de Aragón era el epítome perfecto de toda la inutilidad miliciana descrita en su trabajo. En definitiva, el extremo opuesto de la versión Guzmán, que veíamos más arriba.

La visión de las milicias en la historiografía de la Guerra Civil y hasta los años ochenta descansó así en un canon estrictamente militar, centrado en polemizar sobre su inexperiencia, ineficiencia, impericia e indisciplina y su peso en los avatares de las operaciones bélicas y en las decisiones tácticas puramente militares (que en el caso de Varela y Yagüe frente a Madrid puede resumirse en: no usarlas salvo caso de extrema necesidad). Heredero de esta tradición ha sido Carlos Engel ²⁶, que ha publicado libros muy completos sobre las divisiones franquistas, destacando las que se nutrieron de falangistas y requetés —aunque nos muestra el proceso bastante completado, y cuando estaban ya mezcladas con el resto—, y sobre las Brigadas Mixtas republicanas, reconversión militarizada y uniformada de columnas y batallones básicamente de milicianos, aunque el autor no va más allá.

Otras facetas muy estudiadas han sido desde la Transición las rivalidades políticas entre carlistas y falangistas en torno a la unificación de 1937, por no hablar de las disputas ideológicas y a tiros entre las distintas milicias sindicales y políticas del bando republicano, con los fets de maig a la cabeza (en Barcelona; no tanto sin embargo la situación en Valencia, que ofrece importantes enfrentamientos mucho antes) o su papel en las colectivizaciones y la «revolución». Se siguen llevando la parte del león en torno a los estudios sobre la Guerra Civil. Dicho de otro modo, la «inmensa mayoría» de los libros que se han publicado en los últimos diez años sobre la guerra (unos 3.000) no «trata realmente de la guerra y de los hombres y ejércitos que combatieron en ella», sino que «se ocupa más de las luchas políticas que se libraron en retaguardia» ²⁷. Por razones evidentes, dado su escaso papel como frente en la

guerra casi hasta el final, ha sido una tendencia muy hegemónica en Cataluña hasta el día de hoy, con el habitual trasfondo tópico de «revolución vs. contrarrevolución», discurso de inspiración CNT-POUM que domina la historiografía catalana en la actualidad y según el cual la militarización de las milicias fue poco menos que el final de las libertades (y «la revolución») en Cataluña mucho antes de que llegase Franco ²⁸ y el comienzo de una tiranía comunista-negrinista que usó Cataluña para todo tipo de tropelías, poco menos que como el conde-duque de Olivares. Podría denominarse «tesis Guarnier», por el conocido militar que la defendió. De su éxito y difusión entre el nacionalismo catalán no hay ninguna duda: tras aparecer en 1975, se reeditó en catalán en 1980 y se ha vuelto a reeditar en 2016, con nuevos títulos que no hacen mención alguna a España ²⁹ .

EL GIRO SOCIOHISTÓRICO (NUNCA CONCLUSO)

En los ochenta y primeros noventa, se intentó dar un giro a la cuestión y se planteó abordar el estudio más propiamente social de las milicias por parte de Julio Aróstegui (la metodología general, pero en particular los carlistas) ³⁰, Javier Ugarte (los carlistas) ³¹ y Juan Andrés Blanco (Castilla y León y el Quinto Regimiento) ³², por citar tres autores señeros. Sus trabajos incluían tabulaciones para señalar procedencias geográficas, posicionamientos ideológicos, niveles socioprofesionales, aprovechando el trabajo con fichas de milicianos voluntarios encontradas en el Archivo de Salamanca o bien en archivos provinciales (para Navarra y Álava). Muchos archivos militares estaban vedados todavía por entonces a los investigadores y en particular los consagrados a la represión de los milicianos y comisarios del bando republicano. Lo cierto es que estos intentos fueron un acercamiento poco sistemático, con bases de datos inadecuadas, y a veces extremadamente local, como los mismos autores reconocían. En el caso de Blanco, incluso se trató de un esfuerzo colateral al objetivo principal del trabajo, que era el estudio de la política bélica comunista, ni siquiera el del Quinto Regimiento ³³. En cualquier caso, fue una línea que no se siguió demasiado. De modo que cuando la historiografía empezó a hacer hincapié en cuestiones culturales, simbólicas y antropológicas detrás de la experiencia miliciana, no se había siquiera completado el trabajo de cuantificar, señalar o identificar a esas personas y su procedencia.

Que el tradicionalismo navarro-riojano-alavés fuese el más paramilitarizado, organizado, concentrado localmente, de amplia base popular y con mayor solera en el culto a la violencia de los distintos grupos organizados contra la República explica este interés por sus milicias. No parece casual, historiográficamente hablando, que ya en el franquismo los primeros intentos serios de historiar las milicias se hicieran en torno a los carlistas: compárese lo que cuentan del frente Redondo y Zavala en su crónica del Requeté ³⁴ con lo que no cuenta del frente el libro de Falange de García Venero

³⁵ , por ejemplo. Y que después del franquismo en los años ochenta los primeros intentos serios de sociografías o estudios sociales de milicianos, e incluso reflexiones sobre el fenómeno en su globalidad, como hemos visto, se hayan hecho preferentemente sobre los problemas que ellos planteaban. O que el mejor reconstruido organigrama de milicias de cualquier formación política que tengamos sea el de los requetés ³⁶ . O que el giro historiográfico de pasar de hablar de su extracción socioprofesional o territorial a hablar de su mundo cultural y cosmovisión también se haya dado antes con ellos ³⁷ . Y aún hoy se intenta presentar una imagen de movilización popular de apoyo al golpe basándose básicamente en ellos ³⁸ , lo que es bastante más complicado en otros casos. Esto no quiere decir que no haya podido haber un voluntariado masivo falangista en los primeros momentos, sino que explica la causa por la que el estudio del voluntariado falangista ha quedado tan atrasado en comparación, hasta ser casi tierra ignota en buena parte, como ya se ha mencionado, lo que no deja de ser paradójico.

Del poco arraigo de esta línea de trabajo para las milicias republicanas da buena cuenta el propio Juan Andrés Blanco, un pionero de ese tipo de acercamiento, que, a la hora de hacer un balance historiográfico de la Guerra Civil en 2006, no menciona en absoluto el tema de las milicias y mucho menos los avances producidos, de haberlos, en su estudio social ³⁹ . A día de hoy todavía no tenemos un mapa fiable de qué batallones y unidades milicianas había en el frente republicano con seguridad ni una base de datos de milicianos que pueda resultar creíble, aunque parece que en Cataluña está en proyecto ⁴⁰ . Por no hablar de su papel en la defensa de Madrid, pese a que contamos con un gran estudio de la Junta de Defensa de hace más de treinta años ⁴¹ . Juan Andrés Blanco sostenía en 1993 que

casi todas las grandes agrupaciones milicianas de la época de la guerra, a excepción, tal vez, de la carlista después de los estudios de Aróstegui, carecen hoy de monografías historiográficas que vayan más allá de lo que nos cuentan los protagonistas o los militantes de los movimientos que las crearon ⁴² .

No estoy muy seguro de que esto haya cambiado gran cosa en más de veinte años. En cualquier caso, las conclusiones de Juan Andrés Blanco sobre el Quinto Regimiento, que no era en realidad una unidad militar, sino un centro de reclutamiento e instrucción, pero que mantenía un gran control de diversos mandos sobre unidades formadas o no en él, y que se integraban en frentes y columnas más grandes, se circunscribían a la zona Centro. Su ámbito de actuación no llegó hasta 1937 más allá de Teruel, como indica el autor; era prácticamente inexistente en la zona Norte, e incluso en Andalucía y entre mandos comunistas tardó en calar, sobre todo al principio, como ilustra el virreinato de Cayetano Bolívar en Málaga hasta la caída de esta ciudad. En su libro se nos muestra cómo el Quinto, con su insistencia en la militarización y el comisariado (es decir, la creación de un ejército «politizado»), sirvió de punta de lanza de la influencia comunista en el nuevo Ejército Popular y de vivero de numerosos mandos militares y políticos en los años siguientes. También queda claro que hasta noviembre de 1936, cuando la dirección nacional de la JSU se pasa al PCE, los batallones de las Juventudes todavía eran independientes, para después ligarse política y militarmente, al menos sus mandos, al Quinto (como será el caso de Tagüña).

Por el contrario, el frente de Aragón (de Teruel, zona de confluencia con el Centro, a Huesca) y sus respectivas retaguardias, de predominio cenetista y donde la militarización no se puede decir que se completase hasta la primavera de 1937, siendo muy optimistas, se convirtieron en el emblema de la resistencia a ese proceso, ejemplarizada al máximo en la postura de la levantina Columna de Hierro y los hechos de Barcelona en mayo de 1937. Esta área puede decirse por tanto que tiene una personalidad propia muy marcada y no participa de los grandes enfrentamientos de la guerra hasta Belchite (agosto-septiembre de 1937), que además está protagonizado por un ejército militarizado en el Centro y que tiene como efecto acompañante o colateral acabar con el Consejo de Aragón y las colectivizaciones anarcosindicalistas de la zona (lo que la CNT o el POUM llamaron la «contrarrevolución», idea que como ya se ha mencionado también es predominante en la historiografía catalana actual). Algunos nos presentan un ejército de Cataluña

virtualmente independiente, lo que podría estar en parte justificado⁴³, pero desvirtúa lo que en realidad fue la Guerra Civil, porque esta no acaba en octubre de 1936 ni en mayo de 1937, ni porque desaparezca un «ejército catalán» que actúa por libre deja de haber una defensa de las libertades, incluidas las de Cataluña. Por otra parte, en Teruel lo que había eran milicias valencianas, que sabemos no pertenecían a ese supuesto «ejército catalán», por no hablar de los aragoneses. Otros autores de hecho han usado la levantina «Columna de Hierro», que dirigían los hermanos José y Pedro Pellicer, como emblema de la oposición no solo a la militarización sino a la colaboración de la CNT con el Estado republicano, dentro de la habitual defensa militante de puntos de vista políticos⁴⁴. En cualquier caso, hay que decir que una columna que se dedicó entre otras cosas a oponerse a la dirección nacional de la CNT (y a Mera, entre otros), quemar registros de la propiedad, integrar presos comunes en sus filas, limpiar las tierras de Aragón y Levante de supuestos «contrarrevolucionarios», enfrentarse con el resto de tropas republicanas en la retaguardia en numerosos incidentes y hacer excursiones punitivas y «requisas» en joyerías y clubes nocturnos de Valencia, debería haber recibido entre los historiadores profesionales al menos la cuarta parte de atención que han tenido los fets de maig. Sobre todo porque su caso, pobremente estudiado, ha sido un epítome para muchos relatos del caos miliciano, rayano en el bandidaje, que ha nutrido el imaginario ultraconservador. Quizá el abandono se deba a no ser un ejército catalán propio, sino valenciano. Aun así, aparte de en Mallorca y Aragón, las milicias mediterráneas impulsadas por la CNT-FAI también intervinieron en la zona Centro, crisol de toda la actividad bélica, obligadas por sus compromisos con el Estado, que no se decidían a liquidar (en la hipótesis de que hubieran podido hacerlo). Si bien creo que puede afirmarse, por lo que sabemos hasta ahora, que sus refuerzos no fueron decisivos en este ámbito, no siempre fueron tampoco muy populares, ni siquiera entre sus propios correligionarios de Madrid (si se lee a Mera), iban y venían sin mucho sentido, y en muchos casos volvieron a su punto de partida a causa del propio descontento interno y su dudosa eficacia militar.

La otra área republicana con personalidad propia es obviamente la zona Norte, desconectada del resto por los avatares de la

sublevación y, tras la caída de Irún, también de la frontera francesa. Una de las mejores rememoraciones es la de Francisco Ciutat, que primero desde la Comandancia General de Milicias, y luego como jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte desde septiembre de 1936, organizando batallones de milicianos allí, conocía el tema de primera mano. También tiene en mi opinión algunas de las mejores descripciones del fenómeno en general por su claridad y concisión, muy en particular precisamente para el caso del Norte, donde la militarización fue muy rápida y muy anterior a la del Centro o el frente de Aragón ⁴⁵, entendiendo por tal el sometimiento de las unidades y columnas milicianas a la disciplina militar convencional, porque el mando no era único, sino tricéfalo (astur-cántabro-vasco), y, si se suma el gobierno de Madrid, tetracéfalo. Ciutat destaca la reducidísima presencia de unidades militares profesionales (y de oficiales competentes y avezados, por este mismo motivo), el predominio ugetista genérico en el movimiento obrero y la menor influencia comunista en las políticas bélicas ⁴⁶. Por otra parte, la cornisa Norte cae mucho antes que el resto en manos de Franco (en septiembre de 1937), si bien algunos batallones, particularmente vascos, se reestructuran en Cataluña, mientras que otros, vascos y asturianos, ya estuvieron presentes en la batalla de Madrid ⁴⁷.

NUEVOS ENFOQUES: EL BOOM MEMORIAL Y SUS POSIBILIDADES, LAS NUEVAS HISTORIAS DE GUERRA, LA PERSPECTIVA DE GÉNERO, LA HISTORIA LOCAL

Ha habido que esperar a los últimos años para nuevos enfoques con los milicianos en el punto de mira. Los trabajos de José Luis Oyón para Barcelona ⁴⁸ han relacionado a los milicianos de la FAI y a los treintistas y ugetistas con hábitats diferentes de la ciudad (los de la FAI más hacinados, menos alfabetizados, menos cualificados, más castellanoparlantes, y menos céntricos) combinando fichas manejadas por el franquismo con propósitos represivos y padrón urbano para demostrar que la procedencia geoespacial se relaciona con la social y con su encuadramiento miliciano en definitiva. Una muestra de cómo se pueden usar las milicias para reconstruir el tejido social y urbano de antes de la Guerra Civil. Desconocemos si se ha replicado en otras ciudades. Los trabajos de Ángel Alcalde ⁴⁹ con los excombatientes han relacionado alféreces provisionales (élites milicianas, podríamos decir) con apoyos al franquismo a través del tiempo y han buscado recrear a través de la sociología y la antropología las vivencias subjetivas de las experiencias de guerra, siguiendo lo estudiado en otros países con la Primera Guerra Mundial y otros conflictos de entreguerras ⁵⁰ y superando acercamientos un tanto impresionistas sobre la retaguardia y la vida cotidiana en guerra ⁵¹. Para ello se ha apoyado en los relatos de excombatientes franquistas, muy significativamente concentrada su edición entre 1968 y 1975, relatos generalmente despreciados por la historiografía por su subjetivismo, relatos plagados de inexactitudes contando batallitas, etc., sin comprender adecuadamente el peso antropológico que desprenden ⁵². Y el último dossier de la revista *Ayer* cuando esto se escribía está dedicado a «Soldados del frente» ⁵³. También se intenta impulsar en España una nueva historia bélica basada en la experiencia de guerra ⁵⁴. Acaba de aparecer un trabajo sobre el frente aragonés que hace hincapié en la resistencia a la militarización y en la vida cotidiana de los milicianos ⁵⁵, con lo que se une a lo que empieza a ser una línea de trabajo más consolidada, investigando a los que no

querían ir al frente por variados motivos o fluctuaban de un bando a otro, «pasándose» ⁵⁶ . El dossier sin embargo se centra preferentemente en el bando franquista. Aparte de algún trabajo aislado ⁵⁷ , no se ha abordado en absoluto un enfoque similar para los excombatientes del bando republicano, que permitiría la perspectiva comparada (similitudes y diferencias de las vivencias en el frente y de las élites del voluntariado), entre otros motivos porque los excombatientes republicanos se convirtieron en «resistentes», represaliados o exiliados o fueron deglutidos y asimilados por los vencedores en todo o en parte. Por ello sus relatos, al hilo del boom de la memoria histórica, han tardado tanto en emerger, aunque en la práctica muchos son manuscritos de los setenta, ochenta o noventa por motivos biológicos. Pero a partir del año 2000 comienzan a publicarse en aluvión y se siguen publicando, con milicianos anónimos que nos relatan experiencias diversas, recreaciones de su vida en los frentes y la retaguardia y buena parte de su cosmovisión ante la derrota, la violencia, etc. ⁵⁸ . No sabemos cuántos de estos relatos pueden permanecer aún inéditos. La mayoría son milicianos con distinto grado de voluntariedad y compromiso, distintas raíces locales (valencianos, barceloneses, extremeños, vizcaínos, malagueños, granadinos, madrileños) y distintas simpatías políticas, lo que permite establecer tipologías y un acercamiento más sistemático a sus experiencias, en lugar de despreciarlas como meramente subjetivas o con los datos confundidos (muchos de estos relatos se encuentran además anotados por historiadores locales). Gracias a estos relatos tenemos visiones muy críticas entre los propios reclutados franquistas y comparaciones de los dos frentes y las dos retaguardias de primera mano, siguiendo las peripecias de algunos autores, que desmienten ciertos tópicos ⁵⁹ . El tratamiento y dimensiones de las memorias de guerra es un tema por supuesto más amplio que el de la experiencia miliciana ⁶⁰ . También se ha usado la correspondencia o los diarios para recrear la experiencia de los españoles en la División Azul ⁶¹ .

Esta rehabilitación de lo que podríamos llamar los «relatos de los protagonistas» no ha surgido de la nada sino que procede del impulso dado por la historia oral y la historia local en las últimas décadas. El pionero indiscutible de la primera fue Ronald Fraser ⁶² . Pero Fraser intentaba narrar la Guerra Civil a través de sus protagonistas, generalmente personajes bastante conocidos,

entrevistados por él y engarzando hábilmente sus intervenciones y opiniones en una dirección precisa. Continuaciones de este *modus operandi* pueden verse en Bullón de Mendoza y De Diego ⁶³, que, pese a lo que se indica de su carácter aleatorio, se basa en los familiares de los alumnos de un centro privado y católico muy concreto, con una significativa minoría de republicanos del 12 por 100 del total, muestra que no parece muy representativa aunque sí interesante como experimento sociológico; o en Elordi ⁶⁴, donde la terapia de grupo (el autor le llama «abrir la compuerta») la hicieron los oyentes de un programa de radio, la mayoría civiles del bando derrotado durante la guerra. Tema estrella en este caso: la represión. Estas obras no analizaban relatos contruidos desde la rememoración y los apuntes del frente, escritos en muchos casos para las familias y allegados, que es lo que se está publicando en los últimos veinte años, al hilo del boom de la memoria histórica. También ha contribuido en la misma dirección la historia local, que desde una perspectiva micro puede mostrarnos cómo se movilizaron, reclutaron o actuaron colectivos muy pequeños de personas, a veces unos cientos, a veces menos. Muchos historiadores, con el prurito de rescatar la historia de su pueblo, comarca o región, o por razones geográficas, ya aportaban en el contexto de una historiografía básicamente militante interesantes indicios de cómo se formaron ciertas compañías y batallones: Álvarez Gómez, que pese a llegar a ser comisario del V Cuerpo de Ejército, hace un gran e interesante relato de la formación de las Brigadas Gallegas ⁶⁵; Nonell i Bru (para el requeté catalán) ⁶⁶; Abel Paz y Néstor Romero, sobre la «Columna de Hierro» (aunque, como se ha dicho, están más interesados en la disputa ideológica sobre lo que debe ser el anarquismo puro que en revivir cómo operaba) ⁶⁷. Pero existen tratamientos más modernos y menos hagiográficos. Camps y Olcina se centran en las milicias catalanas del frente aragonés, y tras una introducción sobre las columnas de más de cien páginas, que contextualiza y explica en parte lo que van a contar los protagonistas, desgranar 38 testimonios individuales, bastante breves, de personas de distintas posiciones políticas y distintas columnas, la mayoría en catalán, aunque no todos, y no todos sobre el frente aragonés ⁶⁸. Lo propio ha hecho Azurki con gudarís vascos ⁶⁹. Velasco Núñez narra las peripecias de las milicias vascas que acudieron a Madrid y a Cataluña, y su renuencia a luchar en el último caso ⁷⁰. El original trabajo de Hinojosa Durán, sobre una

porción muy concreta del frente, el extremeño republicano («la bolsa de La Serena»), hasta que cae en agosto de 1938), es modélico como perspectiva micro e interesa particularmente para este tema por su relato de la formación de las milicias y cómo se transforman en ejército profesional, bastante a ras de suelo (con prolijas listas de milicianos) ⁷¹. Biografías más o menos rigurosas y «científicas» de dirigentes milicianos, incluidos los más destacados como Lister, Mera, Modesto o Tagüeña, apenas hay sin embargo, muy significativamente. Y cuando encontramos alguna, como la de José Pellicer, el título ya es muy indicativo del tono y de lo que va a ser

⁷².

Respecto al voluntariado femenino, aunque la imagen de las «milicianas» armadas se convirtió en un importante fanal de propaganda de la causa republicana y muestra de la modernidad emancipadora de su causa, sabemos que los propios republicanos no las querían en el frente. Las preferían haciendo labores de retaguardia y como asistencia sanitaria (enfermeras), y que cuando estaban en el frente sus compañeros las presionaban para que se ocuparan de las típicas tareas de servicio doméstico (cocinar, limpiar, intendencia), en lugar de guerrear. Aunque partiendo de los trabajos pioneros de Mary Nash ⁷³, no ha sido hasta recientemente cuando han empezado a aparecer monografías que abordan ese problema y que hacen hincapié precisamente en sus experiencias y en cómo se las simbolizaba, contaba (relato) y representaba ⁷⁴. Y aún no sabemos ni la cifra real de cuántas fueron al frente ni su situación auténtica. La represión franquista convertía a todas las «rojas» en «milicianas», por lo que es una fuente complicada de utilizar. Es verdad también que, a diferencia de sus compañeros masculinos, no han dejado tantos relatos escritos o memorias, dada su peor instrucción en líneas generales. Excepcionales son los relatos escritos por ellas mismas, como excepcional es que tuvieran mando de tropa, como es el caso de Mika ⁷⁵, aunque sí conocemos relatos orales luego transcritos y biografías basados en ellos (Rosario «la Dinamitera», «la Jabalina», Lina Ódena) ⁷⁶. Por ello el enfoque de las milicianas requiere un método adecuado y específico para su estudio. En cualquier caso, el espacio aragonés fue más rico en este tipo de experiencias ⁷⁷. En el bando franquista también hubo una importante movilización femenina, pero no existió la pugna sorda ni el debate que se dio en

el bando republicano, pues desde el primer momento quedó claro que las voluntarias no nutrirían el frente y se dedicarían a labores asistenciales típicamente femeninas, a recaudar fondos para la guerra, a través de las «Margaritas», la Sección Femenina o Auxilio Social, o bien a ejercer de «madrinas de guerra» ⁷⁸ . Es conocido el pulso entre Pilar Primo de Rivera y Mercedes Sanz-Bachiller por la distinta concepción del papel de la mujer en la guerra, que terminó ganando la primera. Sin embargo, hay que destacar que la movilización de las mujeres en los dos bandos, lo que sí admite las comparaciones, no es un equivalente al voluntariado en el frente, que no se dio en el bando franquista ⁷⁹ .

Por razones de espacio, no puede abordarse aquí con la amplitud necesaria el que se ha convertido en uno de los temas estrella de los últimos años, la represión, que en buena parte fue ejercida en ambas zonas por precisamente milicianos y voluntarios armados, más fanatizados y comprometidos políticamente que muchos de los militares profesionales, y que consideraban que las operaciones de «limpieza», es decir, la eliminación del enemigo en la retaguardia, formaba una parte importante de sus obligaciones militares, además de una tarea menos arriesgada que las trincheras y el frente, por cruda que pueda resultar esta observación. Pero es un amplísimo tema en sí mismo que aquí no puede abordarse. Por motivos parecidos, no se trata el voluntariado internacional que intervino en la guerra de España, pues ya tenemos obras bastante completas sobre las Brigadas Internacionales ⁸⁰ , sobre la CTV, de un grado «voluntario» bastante dudoso, pese a su nombre ⁸¹ , o de la Legión Cóndor ⁸² . Sería sin embargo interesante un mayor número de reflexiones sobre en qué medida la experiencia miliciana española, en especial la republicana, se proyectó hacia otros lugares, particularmente de Europa y durante la Segunda Guerra Mundial, algo que se ha apuntado también para el caso femenino ⁸³ . Es decir, la internacionalización del fenómeno miliciano español y su influencia en los partisanos europeos de los años cuarenta, particularmente en el caso francés y el yugoslavo.

■

¹ Este trabajo se ha elaborado en el marco del proyecto «La crisis

española de 1917: contexto internacional e implicaciones domésticas» (HAR2015-68348-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² Los ejemplos son numerosísimos. Prácticamente cada relato de miliciano o voluntario de primera hora describe una unidad de paisanos, al menos al principio. En algunos casos esto se mantiene meses: los Voluntarios de Guadix (más o menos libertarios) que describe Antonio Martínez Martínez, *Declaraciones de un miliciano de la guerra civil española*, Tarrasa (Barcelona), Grup Digital, 2005; las Juventudes Socialistas, pero de armeros (de Eibar), de Luis María Aizpiri, en Aitor Azurki, *Maizales bajo la lluvia. Testimonios de los últimos gudaris y milicianos de la Guerra Civil en Euskadi*, Irún, Alberdania, 2011, págs. 169-204; etc.

³ Ejemplo manifiesto son las unidades de inmigrantes gallegos que trabajaban en Madrid, creadas por el comunista Santiago Álvarez Gómez, *Las milicias populares gallegas. Un símbolo de la Galicia antifranquista. Ensayo histórico*, A Coruña, Ediciós do Castro, 1989; o las de vascos, véase Alfredo Velasco Núñez, *Las milicias antifascistas vascas durante el alzamiento fascista español (1936-1939)*, Bilbao, DDT Liburuak, 2013.

⁴ Carlos Engel Masoliver, *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República*, Madrid, Almena, 2.^a ed. revisada, 2005 (1.^a ed., 1999).

⁵ Esto incluye milicias taurinas, véase Javier Pérez Gómez, *La brigada de los toreros: historia de la 96 Brigada Mixta del Ejército Popular*, Madrid, Almena, 2005. Y ocurría incluso entre los «voluntarios» forzosos si eran reclutados sindicalmente por su actividad, con batallones cultos, es decir, de funcionarios, maestros y bibliotecarios. Véase Justo García Morales, *Memorias*

sentimentales de un miliciano rojo, 1936-1939 , Orihuela (Alicante), Concejalía de Cultura, Turismo y Patrimonio Histórico, 2007.

⁶ Julio Aróstegui Sánchez, *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

⁷ Ana Martínez Rus, *Milicianas. Mujeres republicanas combatientes*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018. El prototipo de mujer con mando en la zona republicana es Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España: testimonio de una miliciana al mando de una columna del POUM*, Barcelona, Alikornio, 2003 (reed. de *Mi guerra en España*, de 1976; orig. en francés). Algunas incluso con mando son tan desconocidas que hay que reconstruir su trayectoria como un rompecabezas lleno de lagunas: Manuel Almisas Albéndiz, Anita Carrillo, capitana republicana de la Línea. *Milicias antifascistas malagueñas (julio de 1936-febrero de 1937)*, El Puerto de Santa María (Cádiz), El Boletín Ediciones, 2017. *Mujeres y guerra total en Ángela Cenarro, «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939): un ejercicio comparativo»*, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 16, 2006, 159-182.

⁸ Ángel Alcalde, *Lazos de Sangre. Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza. La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

⁹ James Matthews, *Soldados a la fuerza: reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013.

¹⁰ Es el caso que nos relata Joaquín Aisa Raluy, *Diario de un miliciano republicano (1936-1939)*, Barcelona, Base, 2010. O el de Francesc Caselles Gil, en Judit Camps y Emili Olcina, *Les milícies*

catalanes al Front d'Aragó (1936-1937), Barcelona, Laertes, 2006, págs. 139-145. Ambos cenetistas de última hora y de Barcelona y Vilanova i la Geltrú, respectivamente.

¹¹ Justo García Morales, *Memorias sentimentales de un miliciano rojo*, 1936-1939 , op. cit.

¹² Hay muy buenos relatos autobiográficos de esto, que arroja una casuística interminable. Véanse José de Arteche, *El abrazo de los muertos*. Diario de la guerra civil 1936-1939, Zarauz (Guipúzcoa), Ichaporena, 1970 (peneuvista enrolado en el ejército franquista para proteger a su familia, aparentemente); Juan Satrústegui, *Memorias de un anarquista entre las tropas de Franco*, Estella, Gráficas Lizarra, 1994 (libertario convertido en falangista y luego en legionario para evitarse represalias básicamente), o Pablo Uriel Díez, *Mi guerra civil*, Valencia, FEDSA, 1988 (reed. junto a un epílogo y algunas cartas como *No se fusila en domingo*, Valencia, Pre-Textos, 2005). Este médico, enrolado en circunstancias similares, estuvo en las cárceles franquistas y luego en las republicanas. También tenemos el caso de Miguel Francisco Lafuente Biribal, Txisko, que, como miliciano republicano, fue apresado en Santander y acabó en pelotones de fusilamiento franquistas tras la guerra, en A. Azurki, *Maizales bajo la lluvia...*, op. cit., págs. 389-427.

¹³ Policarpo Cía Navascués, *Memorias del Tercio de Montejurra*, Pamplona, s.n.,1941; Salvador Nonell i Bru, *Los Requetés catalanes del tercio de Nuestra Señora de Montserrat en la Cruzada española*, 1936-1939, Barcelona, Casulleras, 1956; José María Resa, *Memorias de un requeté* , Barcelona, Bayer Hnos., 1968.

¹⁴ Por ejemplo en Juan José Alcalde, *Milicias y unidades armadas anarquistas (FAI, FIJL) y anarcosindicalistas (CNT) en la guerra civil*

española 1936-1939, s.l., s.n., 2008.

¹⁵ Eduardo de Guzmán, *Madrid rojo y negro*, Madrid, Oberon, 2004 (orig. de 1938 como *Madrid rojo y negro: milicias confederales*).

¹⁶ Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 2005 (orig. en México, Oasis, 1973).

¹⁷ M. Etchebéhère, *Mi guerra de España...*, op. cit.

¹⁸ Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de una anarcosindicalista*, París, Ruedo Ibérico, 1976.

¹⁹ Enrique Líster, *Nuestra guerra. Aportaciones para una Historia de la Guerra Nacional Revolucionaria del Pueblo Español 1936-1939*, París, Librairie du Globe, 1966; con nuevos matices y opiniones, Enrique Líster, *Memorias de un luchador. Los primeros combates*, Madrid, G. del Toro Editor, 1977, vol. I; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, París, Librairie du Globe, 1969.

²⁰ Stanley G. Payne, «Recent historiography on the Spanish Republic and Civil War», *Journal of Modern History*, vol. 60, 1988, 540-556; Paul Preston, «La historiografía de la guerra civil española: de Franco a la democracia», en José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, págs. 161-174; Juan Andrés Blanco Rodríguez, «Las enfrentadas historias: la historiografía de la Guerra Civil española», en Juan Andrés Blanco Rodríguez (coord.), *A los 70 años de la Guerra Civil española*, Actas del Encuentro

celebrado en Zamora, 21 y 22 de diciembre de 2006, Zamora, UNED, 2010, págs. 25-71; Studia Historica. Historia Contemporánea, monográfico «La Guerra Civil», 32, 2014; Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), La Guerra Civil española: una visión bibliográfica, Madrid, Marcial Pons, 2017 (libro digital).

²¹ Ramón Salas Larrázabal, Historia del ejército popular de la República, Madrid, Editora Nacional, 1973, 4 vols.

²² Rafael Casas de la Vega, Las milicias nacionales en la guerra de España, Madrid, Editora Nacional, 1974, y Las milicias nacionales , 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1977 (es una nueva edición muy corregida, ampliada y revisada de la anterior).

²³ Hernán Rodríguez Velasco, «La Historia militar y la Guerra Civil española: una aproximación crítica a sus fuentes», Studia Historica. Historia Contemporánea, 24, 2006, 57-80; Fernando Puell de la Villa, «La historiografía militar sobre la Guerra Civil en los últimos diez años», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), La Guerra Civil española..., op. cit.

²⁴ Michael Alpert, El Ejército Popular de la República, 1936-1939, Barcelona, Crítica, 3.^a ed. revisada, 2007, pág. 66 (1.^a ed., 1978, titulada El ejército republicano en la guerra civil) .

²⁵ Francisco Ciutat de Miguel, Relatos y reflexiones sobre la guerra de España , Madrid, Forma, 1978, pág. 9.

²⁶ Carlos Engel Masoliver, Historia de las divisiones del ejército nacional, Madrid, Almena, 2000; Historia de las Brigadas Mixtas...,

op. cit .

²⁷ Fernando Puell de la Villa, «La historiografía militar sobre la Guerra Civil en los últimos diez años», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española...*, op. cit.

²⁸ José Luis Martín Ramos, «Historias catalanas de la Guerra Civil», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española...*, op. cit.

²⁹ Vicenç Guarnier, *Cataluña en la guerra de España, 1936-1939*, Madrid, G. del Toro Editor, 1975. En la edición catalana de 1980 se llama *L'aixecament militar a Catalunya i la guerra civil (1936-1939)*. En 2016, un sutil cambio, *L'aixecament militar i la Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*, ambas ediciones en Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

³⁰ Julio Aróstegui Sánchez, «Sociedad y milicias en la guerra civil española, 1936-1939. Una reflexión metodológica», en Santiago Castillo, Carlos Forcadell, M.^a Carmen García-Nieto y Juan Sisinio Pérez Garzón (coords.), *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, UIMP, 1981, vol. 2, págs. 307-325; con la colaboración de A. Cerrudo, «El voluntariado de Navarra en el ejército de Franco, 1936-1939. Fundamentos sociohistóricos de un comportamiento ideológico », *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 47, 1982, 77-109, y «La tradición militar del Carlismo y el origen del Requeté», en *Aportes, Revista de Historia Contemporánea* (Zaragoza), 8, junio de 1988, 3-24.

³¹ Javier Ugarte Tellería, «Aproximación a una sociografía de los milicianos alaveses en el Ejército de Franco», *Perspectiva Contemporánea, España. Siglo xx*, Sociedad de Estudios de la

Guerra Civil y del Franquismo, 1, 1988, 51-78, y Antonio Rivera, «La Guerra Civil en el País Vasco: la sublevación en Álava», *Historia Contemporánea*, 1, 1988, págs. 181-201, y «El voluntariado alavés en el ejército franquista: estudio sociológico (1936-1939)», en Octavio Ruiz-Manjón Cabeza y Miguel Carlos Gómez Oliver (eds.), *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*, Granada, Diputación Provincial, 1990, vol. 1, págs. 55-84.

³² Juan Andrés Blanco Rodríguez, Manuel Fernández Cuadrado y Jesús A. Martínez Martín, «Las milicias populares republicanas de origen castellano-leonés», en Julio Aróstegui (coord.), *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, vol. 2, págs. 311-340, y Juan Andrés Blanco Rodríguez, *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil*, Madrid, UNED, 1993.

³³ Política cuyo principal ideólogo, así como el auténtico creador del Quinto, fue Vittorio Vidali (Carlos J. Contreras), *El 5.º Regimiento. Cómo se forjó el ejército popular español*, México, Grijalbo, 1975 (1.ª ed. en italiano en 1973).

³⁴ Luis Redondo y Juan de Zavala, *El Requeté (la tradición no muere)*, Barcelona, AHR, 1957.

³⁵ Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España. La Unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967.

³⁶ Julio Aróstegui Sánchez, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española 1936-1939*, Madrid, Aportes XIX, 1991, 2 vols., luego reeditado como *Combatientes requetés en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

³⁷ Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

³⁸ Germán Ruiz Llano, *Álava: una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao, Beta, 2016.

³⁹ J. A. Blanco Rodríguez, «Las enfrentadas historias...», op. cit.

⁴⁰ Gonzalo Berger Mulattieri, *Les milícies antifeixistes de Catalunya. Voluntaris per la llibertat*, Barcelona, Eumo, 2018.

⁴¹ Julio Aróstegui Sánchez y Jesús A. Martínez Martín, *La Junta de Defensa de Madrid: noviembre de 1936-abril de 1937*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1984.

⁴² J. A. Blanco Rodríguez, *El Quinto Regimiento...*, op. cit., pág. xli.

⁴³ Ramon Brusco, *Les milícies antifeixistes i l'exercit popular*, Lleida, El Jonc, 2003; Gonzalo Berger Mulattieri, *Les milícies antifeixistes...*, op. cit.

⁴⁴ «Abel Paz» (Diego Camacho), *Crònica de la Columna de Ferro*, Barcelona, Hacer, 1984 (trad. al castellano en 2001, *Crónica de la Columna de Hierro*, Barcelona, Virus); Néstor Romero, *Los*

incontrolados. Chronique de la «Columna de hierro» (Espagne 1936-1937), París, Acratie, 1997. Paz militó en las Juventudes Libertarias en los años treinta; Romero era hijo de un militante de la Columna Durruti. La radicalidad en versión catalana en Jesús López Santamaría, «Juventud y guerra civil. El caso de las juventudes libertarias (noviembre de 1936 a mayo de 1937): purismo revolucionario catalán frente al circunstancialismo estatal», Sistema. Revista de Ciencias Sociales , núm. 47, 1982, 111-132.

⁴⁵ Francisco Ciutat de Miguel, Relatos y reflexiones..., op. cit., págs. 31-35.

⁴⁶ Sobre el ejército y las milicias vascas, véanse la tesis no publicada, que yo sepa, de Francisco Manuel Vargas Alonso, Milicianos. Las bases sociales del Frente Popular en Euskadi y la defensa de la República, Universidad del País Vasco, 2016; José Luis de la Granja Sainz, «Los mendigoizales nacionalistas: de propagandistas sabinianos a gudarís en la Guerra Civil»; Lorenzo Sebastián García, «Los gudarís nacionalistas en la guerra civil (1936-1939)», y Francisco Manuel Vargas Alonso, «Las milicias de las izquierdas en Euskadi durante la guerra civil», en Francisco Rodríguez de Coro (coord.), Los ejércitos, Vitoria-Gasteiz, Fundación Sancho el Sabio, 1994, págs. 295-314, 315-340 y 395-443.

⁴⁷ Sobre el particular, Alfredo Velasco Núñez, Las milicias antifascistas vascas durante el alzamiento fascista español (1936-1939), Bilbao, DDT Liburuak, 2013.

⁴⁸ José Luis Oyón Bañales (coord.), Vida obrera en la Barcelona de entreguerras: 1918-1936, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1998; con Juan José Gallardo Romero (coord.), El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia

de Barcelona (1918-1939), Barcelona, Carena, 2005, y La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936 , Barcelona, Serbal, 2008.

⁴⁹ Ángel Alcalde, Los excombatientes franquistas. La cultura de la guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

⁵⁰ Eric J. Leed, No Man's Land. Combat & Identity in World War I, Cambridge, Cambridge University Press, 1979; Alistair Thomson, Anzac Memories. Living with the Legend, Melbourne, Oxford University Press, 1994; Jay Winter y Emmanuel Sivan (eds.), War and Remembrance in the Twentieth Century, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; Karen Hagemann y Stefanie Schüler-Springorum (eds.), Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-century German, Oxford y Nueva York, Berg Publishers, 2002; Paul Fussell, La Gran Guerra y la memoria moderna, Madrid, Turner, 2003; Nicolas Beaupré, Écrire en guerre, écrire la guerre, France, Allemagne, 1914-1920, París, CNRS, 2006; Benjamin Ziemann, War Experiences in Rural Germany: 1914-1923 (Legacy of the Great War), Oxford, Berg Publishers, 2006; Christine G. Krüger y Sonja Levsen (eds.), War Volunteering in Modern Times. From the French Revolution to the Second World War, Londres, Palgrave Macmillan, 2010; Bernd Ulrich y Benjamin Ziemann (eds.), German Soldiers in the Great War: Letters and Eyewitness Accounts, Barnsley (RU), Pen and Sword Military, 2010; Joshua Fan, China's Homeless Generation. Voices from the Veterans of the Chinese Civil War, 1940s-1990s, Londres y Nueva York, Routledge, 2011; Aaron W. Moore, Writing War: Soldiers Record the Japanese Empire, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2013; George L. Mosse, Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales , Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2016.

⁵¹ Michael Seidman, *A ras de suelo: historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003.

⁵² José María Resa, *Memorias de un requeté*, Barcelona, Bayer Hnos. y Cía, 1968; Antonio Blasco del Cacho, *Diario de un combatiente*, Zaragoza, La Cadiera, 1972; José María Gárate Córdoba, *Mil días de fuego. Memorias documentadas de la guerra del treinta y seis*, Barcelona, Luis de Caralt, 1972; Emilio Herrera Alonso, *Los mil días del tercio Navarra (Biografía de un tercio de requetés)*, Madrid, Editora Nacional, 1974; Félix Moreno de la Cova, *Mi vida y mi tiempo. La guerra que yo viví*, Sevilla, Moreno de la Cova, 1988.

⁵³ Lourenzo Fernández Prieto y Aurora Artiaga Rego (eds.), *Dossier «Soldados del frente»*, Ayer, núm. 111, 2018. En él intervienen Ángel Alcalde, «Historias del retorno: la historiografía internacional sobre veteranos de guerra», págs. 109-131, y Francisco J. Leira Castiñeira y Andrés Domínguez-Almansa, «Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de los “soldados de Franco”», págs. 79-107. También en Judith Keene, «Fighting for God, for Franco and (most of all) for Themselves: Right-Wing Volunteers in the Spanish Civil War», en Christine G. Krüger y Sonja Levsen (eds.), *War Volunteering in Modern Times...*, op. cit., págs. 211-230, y en Francisco J. Leira Castiñeira, «Los “soldados de Franco”: experiencias, memorias e identidades complejas», en David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo (coords.), *Europa desgarrada: guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2018, págs. 245-280.

⁵⁴ David Alegre Lorenz, «Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX : un motor de innovación historiográfica», *Hispania Nova*, Revista de Historia Contemporánea, núm. 16, 2018, 164-196; con Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo (coords.), *Europa desgarrada...*, op. cit.; con Miguel Alonso Ibarra (coords.), *Dossier «Mercenarios, conscriptos,*

voluntarios y ciudadanos-soldados», Millars: Espai i Història, vol. 43, núm. 2, 2017, y en él, como autores, «Reclutamiento, encuadramiento y experiencia de guerra desde la Antigüedad hasta nuestros días», Millars: Espai i Història, vol. 43, núm. 2, 2017, 9-34.

⁵⁵ Daniel Díaz i Esculies, *Soldats i emboscats a Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2018.

⁵⁶ Pedro Corral, *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006; James Matthews, *Soldados a la fuerza: reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil, 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013, y «Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la leva entre los bandos durante la Guerra Civil Española», *Ayer*, núm. 111, 2018, 53-77.

⁵⁷ Paloma Aguilar, «Agents of Memory: Spanish Civil War veterans and disabled soldiers», en Jay Winter y Emmanuel Sivan (eds.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

⁵⁸ Emiliano Mascaraque Castillo, *Memorias de un miliciano: Emiliano Mascaraque Castillo*. Pozoblanco 1977, Ayuntamiento de Pozoblanco (Córdoba), 2000; Juan M. Bombín, *El bombardeo de Guernika: un año en el frente: memorias de un miliciano*, Bilbao, Beta III Milenio, 2005; Fernando Jiménez de Gregorio, *Memorias de un miliciano de la cultura en Aranjuez (marzo de 1937-abril de 1939)*, Parla, Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid «Jiménez de Gregorio», 2005; Antonio Martínez Martínez, *Declaraciones de un miliciano de la Guerra Civil Española*, op. cit.; Dionisio Baños Jiménez, *Naturalidad extremeña (Memorias de un miliciano)*, Madrid, Juan Rodríguez Pastor, 2006; Justo García Morales, *Memorias sentimentales de un miliciano rojo, 1936-1939*,

Orihuela, Concejalía de Cultura, Turismo y Patrimonio Histórico, 2007 (buen ejemplo de «miliciano» más bien obligado); Eduardo Uribe Gallejones, *Un miliciano de la UGT. Memorias*, Bilbao, Beta III Milenio, 2007; Felipe Matarranz González, *Camaradas, ¡viva la República! biografía del miliciano y guerrillero Felipe Matarranz «Lobo»*, León, Concejo 1023, 2008; Antonio Torres Morales, *Recuerdos de guerra y represión de un miliciano malagueño*, Málaga, Federación Local de Sindicatos de la CGT de Málaga, 2009; Joaquín Aisa Raluy, *Diario de un miliciano republicano (1936-1939)*, Barcelona, Base, 2010; Francisco Eslava y Antonio Lería, *Me llamo Manuel Mora: vida, virtudes y andanzas del Mayor de Milicias Populares en la Guerra Civil*, Manuel Mora Torres, 1913-2005, Carmona (Sevilla), Estípite, 2010; José Almudéver Mateu, *El pacto de no intervención. Pobre república. Memorias del miliciano y brigadista internacional José Almudéver Mateu*, [Valencia], Agrupació d'Estudis Locals «El Castell» de Alcàsser, 2014.

⁵⁹ José de Arteche, *El abrazo de los muertos...*, op. cit.; Pablo Uriel Díez, *Mi guerra civil*, Valencia, FEDSA, 1988 (memoria incluida en *No se fusila en domingo*, Valencia, Pre-Textos, 2005); Juan Satrústegui, *Memorias de un anarquista...*, op. cit.; Luis Bastida Pellicer, *Historias de un quinto de 1935*, Madrid, Edición personal, 2005.

⁶⁰ Pilar Domínguez Prats, «Viejas y nuevas memorias de la guerra civil», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núm. 32, 2014, 285-298; «Guerra de memorias y memorias de la guerra», *Bulletin Hispanique*, t. 118, núm. 1, 2016, 63-80, y «Memorias de la Guerra Civil: el protagonismo de la gente común», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española...*, op. cit. James Matthews las usa para hablar de los conscriptos en *Soldados a la fuerza...*, op. cit.

⁶¹ Xosé M. Núñez Seixas, «¿Testigos o encubridores? La División

Azul y el Holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria (1)», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 26, 2011, 259-290; *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2014.

⁶² Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 3.ª ed., 2001 (ed. definitiva, pero 1.ª ed. en 1979).

⁶³ Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego, *Historias orales de la guerra civil*, Barcelona, Ariel, 2000.

⁶⁴ Carlos Elordi (ed.), *Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la Guerra Civil y la posguerra*, Madrid, Santillana, 2002.

⁶⁵ Santiago Álvarez Gómez, *Memorias II. La guerra civil de 1936/1939. Yo fui Comisario Político del Ejército Popular*, A Coruña, Edicións do Castro, 1986, y *Las milicias populares gallegas...*, op. cit.

⁶⁶ Salvador Nonell i Bru, *Los requetés catalanes del Tercio ...*, op. cit.

⁶⁷ «Abel Paz» (Diego Camacho), *Crònica de la Columna de Ferro...*, op. cit.; Néstor Romero, *Los incontrolados...*, op. cit.

⁶⁸ Judit Camps y Emili Olcina, *Les milícies catalanes al Front*

d'Aragó..., op. cit. (incluye 38 testimonios de milicianos).

⁶⁹ Aitor Azurki, *Maizales bajo la lluvia...*, op. cit. (incluye 10 milicianos y una miliciiana, Julia Hermosilla).

⁷⁰ Alfredo Velasco Núñez, *Las milicias antifascistas...*, op. cit.

⁷¹ José Hinojosa Durán, *Tropas en un frente olvidado: el ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009.

⁷² Miquel Amorós, José Pellicer, *el anarquista íntegro (Vida y obra del fundador de la heroica Columna de Hierro)*, Barcelona, Virus, 2009.

⁷³ Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999.

⁷⁴ Ana Martínez Rus, *Milicianas..* , op. cit.

⁷⁵ Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España...*, op. cit.

⁷⁶ Aurora Arnáiz Amigo, *Retrato hablado de Luisa Julián. Memorias de una guerra*, Madrid, Compañía Literaria, 1996 (relato novelado); Luis Jiménez de Aberasturi, *Casilda, miliciiana: historia de un sentimiento*, Donostia, Txertoa, 1996; Miquel López Crespi, *Estiu de foc: dietari d'una miliciiana*, Barcelona, Columna, 1997; Mónica

Carabias Álvaro, Rosario Sánchez Mora, *la Dinamitera* (1919). *Historia de una mujer soldado en la guerra civil española*, Madrid, Ediciones del Orto, 2001; Carmen Domingo, *Nosotras también hicimos la guerra. Defensoras y sublevadas*, Barcelona, Flor del Viento, 2006; Carlos Fonseca, *Rosario Dinamitera: una mujer en el frente*, Madrid, Temas de Hoy, 2006; M.^a de la Luz Mejías Correa, *Así fue pasando el tiempo: memorias de una miliciana extremeña*, Sevilla, Renacimiento, 2006; Manuel Girona Rubio, *Una miliciana en la Columna de Hierro*, María «La Jabalina», Valencia, Universitat de València, 2007; Jorge García, *Lina Ódena: palabras (de) mayores*, Barcelona, Fundació Pere Arcadia, 2008; Manuel Moreno San Juan, *Lina Odena. Lluita de Dona*, Barcelona, Debarris, 2008; Ángeles Flórez Peón, *Memorias de Ángeles Flórez Peón: «Maricuela»*, Oviedo, Fundación José Barreiro, 2009 (no empuñó un arma, hacía la comida en el frente); Manuel Almisas Albéndiz, *Anita Carrillo... , op. cit.*

⁷⁷ Martha A. Ackelsberg, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Barcelona, Virus, 1999 (orig. en inglés de 1991).

⁷⁸ Miguel de Ramón Carrión y Carmen Ortiz, *Madrina de guerra: cartas desde el frente*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

⁷⁹ Ángela Cenarro, «Movilización femenina...», art. cit.

⁸⁰ Rémi Skoutelsky, *Novedad en el frente: las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.

⁸¹ Javier Rodrigo, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil Española, 1936-39*, Madrid, Alianza, 2016.

⁸² Stefanie Schüler-Springorum, *La guerra como aventura: la Legión Cóndor en la Guerra Civil española 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2014.

⁸³ Ingrid Strobl, *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, Barcelona, Virus, 1996 (hay tercera edición revisada y corregida de 2015).

CAPÍTULO 3

La guerra de España: historiografía y debates en torno a un conflicto internacional

MATILDE EIROA SAN FRANCISCO

Uno de los aspectos más controvertidos y generador de una importante producción historiográfica sobre la Guerra Civil ha sido, sin duda, la intervención internacional. Sus términos cualitativos y cuantitativos, el perfil político de los intervinientes y las repercusiones en gran parte del territorio internacional, dan cuenta del impacto inusitado que tuvo esta guerra de un país del sur de Europa, sin gran relevancia mundial, convertido en el epicentro de un combate convulso entre democracias y fascismos anunciante de un conflicto global de proporciones inesperadas.

El objetivo que planteamos en este capítulo es analizar las aportaciones que se han realizado al respecto en los últimos años teniendo en cuenta la distinción entre los conceptos de política exterior, relaciones internacionales y acción exterior de los Estados. Partimos de la base de que la mayor parte de los estudios recientes confirman el conocimiento que ya se tenía de la intervención extranjera en las filas de ambos contendientes pero han aportado datos más exhaustivos y precisos y, en algunos casos, han revelado aspectos desconocidos sobre la cooperación fraguada entre los diversos actores del conflicto.

Con motivo de los recientes aniversarios, y fruto del inacabable interés por este suceso trágico de la biografía nacional, se han elaborado balances que permiten examinar las temáticas más atractivas para los investigadores. El dossier para la revista *Ayer* coordinado por Enrique Moradiellos en 2003 ya anunciaba nuevas

perspectivas historiográficas en respuesta tanto a la aparición de fuentes desconocidas hasta ese momento como a publicaciones comerciales poco ajustadas a la historia ¹ . Más recientemente el dirigido por Ángel Viñas en 2014 para *Studia Historica* incluía artículos sobre la cuestión con una visión enriquecida de investigadores de diversos países ² . Su actualización en 2017, bajo la coordinación de Viñas y Juan Andrés Blanco, añadía más países y profundizaba en algunos aspectos que no permitió la versión en papel ³ . En Francia la revista *Bulletin Hispanique* publicó un monográfico sobre la guerra de 1936 en el que también se contempló la dimensión internacional ⁴ .

Los especialistas de todas las interpretaciones han coincidido en que la intervención exterior, ya fuera con armas, soldados, apoyo financiero, mediático o diplomático, tuvo un impacto trascendental tanto en la evolución del conflicto como en su final. La historiografía profesional ha desvelado a los protagonistas, el momento, las formas de la intervención, las motivaciones y su repercusión en el final de 1939. Las diferencias se mantienen, como señaló Moradiellos en 2003, en aspectos como el origen de la intervención —quiénes, cuándo y cómo—, las causas —políticas, económicas, ideológicas, estratégicas—, la dimensión —armamento, combatientes, préstamos, apoyos diplomáticos— y sus efectos en el resultado de la guerra. Asimismo, en cuestiones específicas de cifras o de nuevas fuentes con motivo de la apertura de archivos.

La intervención extranjera en la guerra de España presenta un esquema estructurado con la aportación de numerosas investigaciones —A. Bosch, A. Mateos, E. Moradiellos, X. Moreno Juliá, F. Morente, J. L. Neila, J. C. Pereira, I. Saz, J. M. Thomàs o A. Viñas, entre otros— que han puesto de manifiesto la conocida injerencia de Alemania e Italia del lado del ejército rebelde, y en menor medida de Portugal, el posicionamiento de la No Intervención, la participación de la Unión Soviética en apoyo de la Segunda República, la ayuda mexicana y la presencia de voluntarios de todo el mundo agrupados en las Brigadas Internacionales. Resulta obligado analizar dicha intervención desde la perspectiva esencial del ámbito militar y político, pero es necesario extenderla también al campo de la diplomacia, los servicios secretos, el asilo, las organizaciones internacionales, los intereses comerciales y la

propaganda. Así pues, la intervención y la no intervención desempeñaron un papel decisivo en el desarrollo y final de la guerra, especialmente por la desigual contribución a ambos contendientes y el modo en que cada uno afrontó la guerra en el plano estratégico-militar, político y económico.

Es evidente que el proceso de internacionalización comenzó de forma fehaciente algunos días después del golpe del 18 de julio, aunque sabemos que su gestación tuvo como promotores a conspiradores monárquicos y calvosotelistas que habían estado en contacto con los italianos ⁵ . La decisión ítalo-germana de intervenir permitió a Franco adoptar una iniciativa estratégica y emprender una guerra ofensiva. Por su parte, la decisión soviética de auxiliar a la República fue categórica en la resistencia de Madrid y sostuvo la estrategia defensiva del ejército republicano. Estos fueron dos aspectos clave de la importancia de la injerencia internacional, aunque hubo otras ocasiones cruciales durante la primavera y verano de 1937 en las batallas en el frente Norte, a lo largo del otoño con motivo de los ataques submarinos italianos en el Mediterráneo, en marzo de 1938, cuando Francia consideró activar una ayuda directa tras el Anschluss de Austria y permitió el paso de armas, o en septiembre, cuando la presión alemana sobre Checoslovaquia parecía que haría estallar una guerra.

Entre las motivaciones de Hitler en su determinación de apoyar a Franco a partir del 25 de julio de 1936, la historiografía ha señalado las de carácter geoestratégico, es decir, la posibilidad de debilitar a la República española para impedir que esta ayudara a Francia, una potencia rival de Alemania. Más tarde se añadieron otras de carácter comercial relacionadas con los beneficios económicos que generaban los suministros de armas y pertrechos bélicos. Al alargarse las hostilidades, la perspectiva de poner a prueba nuevos conceptos estratégicos y tácticos para la Luftwaffe se incorporaron al elenco inicial de motivaciones. P. Barbieri ha dado primacía al factor económico en la decisión de Hitler, obviando otras razones. La venta de material bélico, unida al control de recursos clave españoles empleados para facilitar la producción industrial alemana, formaba parte de un plan diseñado por Hjalmar Schacht para propiciar el crecimiento del Tercer Reich ⁶ . Esta interpretación ha sido rebatida por Viñas, quien recuerda que las

relaciones comerciales entre la República y la Alemania nazi eran ya excelentes antes del golpe de julio.

Mussolini había decidido antes que ningún otro jefe de gobierno apoyar una sublevación en España. Sus razones fueron más complejas que las de Hitler. Por un lado, no le agradaba una República abiertamente antifascista, y, por otro, aspiraba a endeudar a España frente a Roma, interesado como estaba en la hegemonía sobre el Mediterráneo. Como ha señalado J. L. Neila ⁷, el Duce deseaba extender el área de influencia del fascismo más allá de la península italiana.

Para Stalin, que adoptó la decisión a principios de septiembre, pesaron razones geoestratégicas, políticas e ideológicas. Desde su punto de vista, si la República fracasaba, Francia se debilitaría, y con ella la estructura de la seguridad colectiva. Pero tampoco podía permitir que el trotskismo militante le reprochara haber abandonado a su suerte al proletariado español. J. Puigsech y A. Viñas han demostrado que los soviéticos no pensaban satelizar España, entre otras razones porque este concepto sobrevino una década después, pero también porque su ubicación geográfica y el peso del catolicismo complicaban enormemente la posibilidad de extender su campo de acción ⁸. Los estudios en archivos nacionales e internacionales publicados por las antiguas y jóvenes generaciones de investigadores han desmantelado otras versiones no ajustadas a las fuentes primarias.

LA INTERVENCIÓN INTERNACIONAL Y SU CONEXIÓN CON LA POLÍTICA EXTERIOR

¿Se puede hablar de política exterior durante la Guerra Civil española? Si aceptamos la definición de los clásicos J. B. Duroselle y P. Renouvin ⁹ que la concretaron en un conjunto de decisiones y actuaciones desarrolladas por el Estado para conseguir unos objetivos y generar, modificar o suspender sus relaciones con otros actores de la sociedad internacional, podríamos inferir que solo el gobierno republicano pudo realizar una política exterior al ser el único legal. Esta afirmación, sin embargo, habría que matizarla, puesto que desde el inicio de la sublevación los militares rebeldes adoptaron decisiones para generar apoyos internacionales y estructuraron organismos rectores orientados al exterior cuyo propósito era crear un nuevo Estado anulando el republicano. J. C. Pereira ha subrayado el hecho de que en la guerra se procedió, sobre todo, a realizar una acción exterior intensa ejecutada y organizada desde lo que posteriormente sería la Administración Exterior del Estado ¹⁰. Asimismo, en fecha temprana Franco nombró como secretario de Relaciones Exteriores a Francisco de Asís Serrat y Bonastre, y su primer gobierno tuvo como responsable de Asuntos Exteriores y vicepresidente a Francisco Gómez-Jordana Souza.

Tal como se ha expuesto en numerosas investigaciones, Franco tuvo un papel decisivo en los procesos de toma de decisiones en todos los aspectos de la política, incluida la exterior ¹¹. Un modo de acercarse a su conocimiento es el análisis de las obras memorialistas y los diarios de quienes desempeñaron un papel importante en materia de exteriores. Las memorias de Francisco Serrat, editadas por Á. Viñas ¹², revelan el ambiente oscuro y desconcertante que reinó entre Burgos y Salamanca en el entorno del Cuartel General donde se gestaba la naciente dictadura y aportan un conocimiento relevante acerca de la improvisación y la pugna entre los próximos a Franco por asumir poder y competencias. La complejidad del Ministerio y las dificultades para realizar el trabajo bajo la atenta

supervisión de Franco, incluida la depuración de los diplomáticos, pueden advertirse con la lectura de los diarios de Gómez-Jordana ¹³ . Aun siendo una escritura más fiel a Franco que las memorias de Serrat, revela también la preocupación por las tareas que conllevaba una política exterior compleja, exenta de una estrategia, y de perfil análogo a las potencias fascistas.

En lo que respecta a la República, la obra coordinada por A. Egido ha recopilado las principales directrices de la política exterior de la República en tiempos de paz, expresadas en cierta manera en la Constitución de 1931. En los distintos estudios que la integran — obra de A. Viñas, I. Saz, H. de la Torre, P. López, D. Jorge, J. M. Aguilar y A. Egido—, se puede observar el esfuerzo por superar la herencia de la monarquía e integrarse en la trayectoria de las potencias democráticas, a pesar de los errores cometidos o de las relaciones desiguales que necesariamente habrían de entablarse entre países con biografías nacionales tan diversas ¹⁴ .

El gobierno republicano contó con un Ministerio de Estado como director y gestor de la política exterior, a cuyo frente se hallaba en el momento de la sublevación Augusto Barcia, de Izquierda Republicana (IR), sustituido por Julio Álvarez del Vayo (PSOE), luego por José Giral (IR) y de nuevo por Álvarez del Vayo hasta el final de la guerra. Faltan estudios sobre las actuaciones de Barcia en la etapa crucial del verano de 1936, así como los referidos a Álvarez del Vayo, ministro muy controvertido al haber sido acusado de traición a la República y de agente soviético, una idea muy explotada por el franquismo para demostrar la intención de la República de construir una España comunista en el caso de haber triunfado ¹⁵ . En cuanto a José Giral, es interesante la reconstrucción de los años al frente del Ministerio de Estado que realizó su hijo, Francisco Giral, basándose en las anotaciones y memoria oral de su padre ¹⁶ . Aunque en su mayor parte están dedicadas a otras partes de su biografía, en ellas se muestra a un político preocupado por el revés de las potencias occidentales a las gestiones republicanas solicitando el derecho a su defensa, una reacción que le resultó especialmente amarga en el caso de Francia, un país con el que España se había esforzado en mantener una política exterior próxima.

Los gobiernos de Giral y Francisco Largo Caballero diseñaron la estrategia exterior y las relaciones internacionales a las que se atuvo la República, que se materializaron en el enfrentamiento contra tres enemigos, el español, el alemán y el italiano. Tal como ha señalado la historiografía, giraron en torno a las líneas seguidas en tiempos de paz, es decir, recurrir a las potencias democráticas en solicitud de apoyo logístico y armamentístico. Ante la inacción de estas, las demandas se dirigieron a la Unión Soviética en un nivel de relación ajustado a las necesidades bélicas. El gobierno de Largo Caballero era comparable a los de la época, aunque el antifascismo de los representantes de la República fue más contundente que el de otros al haber sido atacado por un golpe militar. Su fracaso en la captación del apoyo de los antifascistas liberales, conservadores o socialdemócratas se debió a razones de diverso tipo que no son objeto de este capítulo, pero no a su falta de homologación ¹⁷. Tuvo éxito, como es bien sabido, en persuadir a la opinión pública y las organizaciones sociales, que se volcaron con ayuda humanitaria a los defensores republicanos.

En otros niveles de responsabilidad de la política exterior encontramos obras sobre la diplomacia y su actuación en tareas de propaganda, relaciones políticas, culturales, económicas, gestiones ante organismos internacionales o aquellas dirigidas a la adquisición de armamento y pertrechos de guerra. En este marco se sitúan los estudios coordinados por Á. Viñas sobre las actuaciones de la diplomacia republicana en capitales clave para la estrategia exterior —Londres (E. Moradiellos), París (R. Miralles), Washington (S. Fox), Berna (E. Rodríguez), Praga (M. Eiroa) y México (A. Mateos)—, y su difícil tarea de convencer al Comité de No Intervención para que respaldara al gobierno legal ¹⁸. De estos capítulos se infiere el rechazo de las autoridades republicanas a ningún tipo de intervención, incluida la soviética, si bien esta fue aceptada como la única opción posible al cierre de fronteras y a la indefensión en que la República quedó con el embargo a las compras de armamento. Conocemos también las memorias de otros diplomáticos republicanos en las respectivas legaciones, como Luis Tobío en Rumanía, donde tuvo que sortear las dificultades de la lejanía geográfica y el retraso con que llegaban las noticias sobre España ¹⁹. O la publicada por M. Marco sobre Marcelino Pascua, embajador en Moscú y París, dos enclaves cruciales en la política

republicana ²⁰ .

En esta línea de análisis de la diplomacia se sitúan los estudios de F. Morente en el contexto de los inicios de la guerra ²¹ , y los coordinados por A. C. Moreno Cantano sobre las actividades de los diplomáticos de Franco en diversos países, como Portugal o Estados Unidos, entre otros, a fin de afianzar la intervención en la guerra española o animar a un mayor compromiso en ella al lado del ejército sublevado ²² .

La injerencia internacional puede verse, asimismo, en las sedes de las legaciones en Madrid. Las investigaciones de A. M. Moral Roncal han contribuido a conocer el asilo de refugiados, el canje de prisioneros y la deriva de algunos diplomáticos a actividades de espionaje para sus respectivos países o a tareas de persuasión, como las realizadas por el responsable chileno entre sus colegas hispanoamericanos a fin de enemistar a estos con el gobierno republicano ²³ . G. Pretus ha identificado, asimismo, las organizaciones humanitarias que trabajaron en España para la atención de las víctimas, los refugiados y otros desastres humanitarios, un preludio de lo que sería la actuación de dichas organizaciones en guerras posteriores ²⁴ .

UNAS COMPLEJAS RELACIONES INTERNACIONALES

Uno de los autores que más ha investigado en años recientes la intervención extranjera ha sido Ángel Viñas en su extensa obra orientada a desentrañar la naturaleza de la misma tanto en el aspecto cualitativo como en el cuantitativo.

Las causas del abandono al que fue sometida la República por las democracias, en el entorno de una Europa aturdida por la fortaleza de la Alemania nazi, así como el avance de los fascismos, el temor al contagio y la crisis de seguridad continental, fueron objeto de su análisis en *La soledad de la República* (2006). Un estudio continuado al año siguiente con *El escudo de la República*, una importante aportación al pago de los materiales de guerra a la Unión Soviética, el famoso «oro de Moscú», en la que se puso de manifiesto el tipo de recursos bélicos, sus costes y los intereses de Stalin en la España republicana. La última obra en el engranaje la constituyó *El honor de la República* (2008), sobre el posicionamiento británico y soviético, así como la persecución sistemática de las potencias nazi-fascistas al gobierno republicano²⁵. Sobre la participación italiana en la sublevación, Viñas desveló una fuente expresiva de los contratos de compra de armas acordados entre representantes del grupo monárquico alfonsino y la SIAI (Società Idrovolanti Alta Italia) para lo que se preveía como una guerra presumiblemente corta²⁶. Esta fuente demostraría el modo en que los apoyos monárquicos de los sublevados adquirieron material no para un mero golpe de Estado sino para una guerra. Ismael Saz, en cambio, ha reducido la importancia de dichos contratos. En sus obras ha incidido en el hecho de la complicidad italiana en el golpe de Estado de Sanjurjo en 1932, en la preparación junto a los monárquicos de otra conspiración en marzo de 1934 que concluyese con la aniquilación de la República, así como en la financiación fascista a José Antonio Primo de Rivera — ya desvelada por Viñas en 1974— o el entrenamiento militar ofrecido a las milicias tradicionalistas²⁷. Desde la perspectiva de I. Saz, a pesar de estos antecedentes no hubo colaboración italiana en

la preparación del golpe con motivo de la desconfianza hacia sus impulsores, las serias dudas sobre el triunfo en Madrid y los problemas con el cierre del conflicto en Etiopía. El cambio de opinión de Mussolini a finales de mes, según su análisis, se debió al triunfo parcial de la rebelión, la pérdida de control del gobierno republicano, la comprobación de la hostilidad británica y el abandono francés a las peticiones de ayuda. Estas contribuciones, en suma, han ido desgranando relevantes matices del andamiaje internacional que rodeó a la República, así como de los espurios intereses militares, económicos o político-estratégicos de las grandes potencias en España.

Un aspecto fundamental en el desarrollo de la guerra fue la cuestión del armamento, tanto en cantidad como en calidad, y el momento en que fue entregado a los ejércitos ²⁸ . Al estudio de referencia obligada de G. Howson *Armas para España*, se le han unido nuevos enfoques al análisis de las compras, los chantajes políticos y financieros que socavaron la capacidad del gobierno republicano para equipar a su ejército. A. Viñas ha realizado una aportación exhaustiva y de precisión en *Las armas y el oro*, con la inclusión de tablas elaboradas con fuentes de varios archivos extranjeros que permiten analizar la relación de suministros alemanes, italianos y soviéticos a los respectivos territorios en lucha, la cadencia de los envíos, las expediciones realizadas, los precios y los pagos. Los envíos masivos italo-alemanes marcaron un punto irreversible en el desarrollo de la guerra, puesto que los soviéticos no alcanzaron su volumen, a pesar de que disputaron el dominio sobre el aire a las fuerzas del ejército sublevado. Igualmente obligaron a la República a mantener una guerra defensiva, siempre dependiente de la llegada de armamento ruso y de la inestabilidad de suministros obtenidos por otras vías. A pesar de la ingente documentación proporcionada por estos historiadores, el debate en torno a las armas es uno de los más controvertidos. La ya conocida versión de J. Salas y la nueva de L. Molina y R. Permay presentan cifras más reducidas para la importación nazi-fascista y notablemente incrementadas para la soviética y la francesa ²⁹ . Según estos autores, la diferencia estriba no en la cantidad ni en la calidad, sino en el mejor empleo del material que realizó el ejército rebelde en las batallas.

Precisamente el armamento está en el núcleo de la discusión sobre

la intervención soviética en España a partir de septiembre de 1936. Sabemos que Stalin cambió de opinión con respecto a España a principios de mes y que la primera remesa de envíos bélicos solicitada por la República llegó por vía marítima a Cartagena a comienzos de octubre ³⁰ . El gobierno republicano tuvo claro que sus relaciones debían llegar a los máximos niveles con Gran Bretaña y Francia, mientras que con la Unión Soviética planteó alcanzar el nivel del mínimo imprescindible. Este mínimo, no obstante, se convirtió en una necesidad para la supervivencia del gobierno legítimo tras comprobar la reacción adversa de dichas potencias a lo largo del verano de 1936.

Los estudios de D. Kowalsky, Y. Rybalkin o F. Schauff, entre otros, muestran que la denominada «Operación X» se planteó como una acción militar altamente secreta que trataba de mantenerse oculta a los ojos de las potencias firmantes de la No Intervención, y consistió en el envío de material de guerra de diverso tipo ³¹ . Sobre la calidad de dicho material y el momento de su recepción en los frentes republicanos, estos autores han revelado la obsolescencia de una parte del armamento, la alta calidad de los carros de combate y la aviación, además de su presencia en España a partir de finales de septiembre y principios de octubre de 1936. Rybalkin (2007) ha aportado nueva información sobre las remesas rusas y los debates habidos en torno a ellas en los organismos de poder del Kremlin. Los documentos muestran que Stalin decidió romper la retracción cuando tuvo la certeza de que se seguía prestando apoyo a los sublevados a pesar de la firma de la No Intervención. Antes de ello, su idea era que, si enviaban ayuda, proporcionarían a Alemania e Italia el pretexto necesario para organizar una lucha abierta.

Sobre la adquisición de armas, la tesis doctoral de Miguel I. Campos presenta un panorama amplio de las gestiones realizadas por los diversos comisionados republicanos ante empresas particulares y países a fin de comprar material de guerra. De su investigación se desprenden las dificultades habidas en el mercado negro de armamento, los altos precios pagados, así como la descoordinación entre los republicanos ³² . La historiografía checoslovaca analizada por Peter Száraz acerca de la venta de aviones con la cobertura de Estonia deja en evidencia los engaños y las peripecias que los compradores hubieron de sortear ³³ .

Una cuestión diferente fue la presencia de asesores militares soviéticos, solicitados igualmente por la República a fin de organizar la defensa. Según ha sintetizado J. Puigsech, se integraron en la Jefatura de la Asesoría Militar del Estado, en el marco de la estructura del Ejército Popular. En el otoño de 1936 se instaló un grupo nutrido de dichos asesores, pero su número fue disminuyendo a medida que avanzaba la guerra ³⁴. M. I. Campos ha destacado en un balance historiográfico este aspecto menos tratado de la intervención rusa ³⁵. La Unión Soviética colaboró, asimismo, con el ejército republicano en el adiestramiento militar, especialmente de pilotos en territorio soviético y de soldados en territorio español. Puigsech ha concretado la organización de una estructura multilateral de relaciones, que se podría concretar en la diplomacia oficial entre gobiernos, las entabladas entre el PCE y el Comintern, y las habidas entre los servicios secretos soviéticos y los partidos republicanos ³⁶.

Algunas de las manifestaciones más violentas de la intervención militar extranjera han sido abordadas por diversos autores. Es necesario destacar la edición de Á. Viñas de la obra de Herbert Southworth sobre el bombardeo de Guernica por la Legión Cóndor, así como los estudios de S. Schüler-Springorum, A. D'Orsi y X. Irujo ³⁷. Asimismo existen lugares digitales donde se recuerda y divulga este bombardeo que dio la vuelta al mundo ³⁸. En el blog de Viñas se pueden comprobar algunas aportaciones en torno al funcionamiento del mando nazi, como las quejas expresadas por Kindelán con respecto a la negativa alemana a desviar aviones del frente Norte al Central ³⁹, la respuesta a los intentos de exculpación del mando franquista de la destrucción de Guernica ⁴⁰, pero también los esfuerzos por congraciarse con el socio italiano a fin de recuperar el prestigio perdido en la batalla de Guadalajara ⁴¹. Un punto de vista en extremo diferente del aceptado por la comunidad académica lo ofrece J. Salas Larrazábal, que minimiza el número de muertos por los bombardeos y atribuye su impacto internacional a una campaña propagandística de un corresponsal británico con el fin de alarmar a la opinión pública y persuadirla de la necesidad de armarse ante la amenaza alemana ⁴². Otro suceso de gran impacto, la denominada «Desbandá», la huida por la carretera Málaga-Almería donde los italianos colaboraron en el bombardeo de la población, ha sido objeto de estudio de la obra de A. Fernández y

M. I. Brenes ⁴³ . Igualmente hay estudios realizados sobre los bombardeos de la aviación italiana en Barcelona en 1938 ⁴⁴ .

En lo que respecta al volumen, perfiles políticos y orígenes de los efectivos humanos extranjeros que tomaron parte en la lucha española, hay una importante producción historiográfica que remite a aspectos muy precisos de las procedencias geográficas, las motivaciones y las consecuencias para los voluntarios de su participación en una guerra percibida como un combate contra el fascismo que había de ser librado por los antifascistas de todo el mundo. El análisis clásico de Rémi Skoutelsky ⁴⁵ permitió conocer su número y procedencia —alrededor de 34.100 de unos 54 países—, aunque estudios posteriores han incrementado su balance y el abanico de nacionalidades ⁴⁶ . Incluso investigaciones como las de R. Lugschitz y A. Jackson han puesto de manifiesto la colaboración de mujeres en las infraestructuras internacionalistas ⁴⁷ . Lisa A. Kirschenbaum ha examinado la actuación de la Internacional Comunista y la improvisación que presidió gran parte de la organización de las Brigadas ⁴⁸ . En su estudio afirma que el alistamiento no fue exclusivo para los comunistas, sino que estuvo abierto a los representantes de la «humanidad avanzada y progresista», que deseaba luchar contra el fascismo. Al defender España con el apoyo de la Unión Soviética, los voluntarios se identificaban a sí mismos con una causa internacional y, como ha subrayado M. Seidman, con la lucha antifascista convertida en un asunto de interés mundial ⁴⁹ . Este fenómeno singular de voluntarios ha sido sintetizado en una obra divulgativa de Jaume Claret ⁵⁰ .

Algunos entornos virtuales mantienen una información actualizada y rigurosa sobre la dimensión de los recursos humanos extranjeros en la guerra de 1936 que bien pueden utilizarse como fuentes primarias y/o secundarias. Entre ellos destaca el portal SIDBRINT, con materiales documentales y audiovisuales de obligada consulta ⁵¹ , la exposición virtual del proyecto HISMEDİ ⁵² , así como las páginas web de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI), la Associazione Italiana di Combattenti e Volontari Antifascisti di Spagna (AICVAS), el International Brigades Memorial Trust o los Abraham Lincoln Brigade Archives ⁵³ , en las que se recogen relaciones de voluntarios, imágenes, mapas,

publicaciones y otras fuentes de interés.

Las cifras de los combatientes en las filas del ejército rebelde, estimadas en unos 104.000 ⁵⁴ —más unos 70.000 efectivos de marroquíes integrados en las tropas regulares—, parecen no haber variado sustancialmente de las ofrecidas hace años por R. Whealey, R. L. Proctor, J. L. Mesa o J. Coverdale. Estudios más recientes, como los de J. Rodrigo, M. Heiberg, S. Schüler-Springorum, A. Pena, P. Romeo o J. F. Bertonha, han aportado mayor precisión en sus perfiles, motivaciones y convicciones ⁵⁵. La participación italiana es una de las más analizadas, tanto en sus inicios como durante su desarrollo, y se puede observar en soldados, armas, la diplomacia y el ámbito cultural ⁵⁶. M. Alonso ha señalado la idea de que consideraban la guerra de 1936 un conflicto transnacional e identitario del fascismo, y el foco más evidente de la lucha que debía librarse en Europa contra el marxismo ⁵⁷.

Otro foco de interés se ha centrado en la actitud de Estados Unidos, bastante desconcertante según los estudios de A. Bosch ⁵⁸, y expresiva de las contradicciones entre los defensores de las leyes de neutralidad, el lobby católico y los anticomunistas frente a la empatía del presidente Roosevelt y su esposa hacia la República, una tensión que finalizó en una neutralidad y un embargo perjudiciales para aquella. J. M. Thomàs y M. Chapman se han adentrado en la actitud de Roosevelt y su toma de conciencia del error en el posicionamiento de Washington ante la guerra, una consideración que quedó anulada ante el predominio de los defensores de la inhibición y el embargo ⁵⁹. Quedan, no obstante, aspectos por concretar sobre los servicios secretos y las gestiones de los diplomáticos ante el ascenso exitoso del fascismo en España apoyado por la Alemania nazi.

La reacción de México frente a la ofensiva desatada contra la República cuenta, asimismo, con investigaciones que han desvelado el trabajo de su diplomacia en la Sociedad de Naciones y el auxilio prestado en las actuaciones para la adquisición de material de guerra. Los estudios de M. Ojeda, A. Mateos, A. Sánchez, M. Íñiguez y F. Herrera figuran entre las contribuciones más significativas al conocimiento de la reacción mexicana y las limitaciones impuestas por Estados Unidos para la exportación de material militar desde la

capital azteca ⁶⁰ .

Sobre la neutralidad y la No Intervención, un posicionamiento que tuvo unas consecuencias nada neutrales ni inhibitoras, se ha escrito bastante en los últimos años. E. Moradiellos ha sintetizado el proceso seguido en la iniciativa diplomática francesa de la No Intervención, que pronto se convertiría en una ficción debido al incumplimiento de los principios firmados por sus signatarios ⁶¹ . La República requería de Francia no tanto su implicación en la guerra como la venta de armas y la permisividad para que el material soviético pudiera cruzar la frontera al estar inaccesible la costa mediterránea por el bloqueo de italianos y alemanes. R. Miralles y E. Lemus han subrayado las protestas de los representantes republicanos en la Sociedad de Naciones acerca de que no se podía privar a un país de los medios para controlar una rebelión en su territorio. Una reclamación que obtuvo la respuesta de Francia de la inhibición bajo el argumento de impedir la movilización ideológica en Europa ⁶² . La investigación de David Jorge sobre esta institución ha resultado fundamental para entender la actuación de las potencias y sus intereses ⁶³ . Reino Unido, presentado en ocasiones como el paradigma de la neutralidad, participó, coadyuvando al éxito de las tropas de Franco, con diversas estrategias, tales como el bloqueo de cuentas del gobierno republicano, el espionaje o las gestiones diplomáticas a favor de los monárquicos. Estas actuaciones confirman el cerco británico a la República y el apoyo indirecto al ejército rebelde, en su hipótesis de que la fascistización de España sería gestionable ⁶⁴ . P. Preston ha perfilado aún más la complicidad de Londres con la implicación de personajes siniestros como Ralph Stevenson en el golpe de Casado ⁶⁵ . De nuevo es J. Salas Larrazábal quien discrepa de esta interpretación, al considerar que el gobierno de Londres adoptó en un principio una mayor neutralidad, pero fue dando prioridad a la geopolítica y giró hacia el apoyo del gobierno Madrid-Valencia ⁶⁶ .

Más allá del Comité de No Intervención, principal foco de interés de los investigadores, la actuación de la Sociedad de Naciones durante la guerra no había recibido atención suficiente a pesar de que ambos fueron los escenarios de los grandes debates de la diplomacia internacional. J. F. Berdah y, más recientemente, D. Jorge han contribuido al esclarecimiento de los debates y gestiones habidos en

el seno de la Sociedad con respecto a las decisiones tomadas sobre el conflicto español ⁶⁷ . Tal y como se advierte en sus conclusiones, algunos países percibieron la amenaza de una posible propagación del conflicto y temieron el recorrido de Europa hacia una nueva guerra mundial en un momento de gran polarización ideológica. Pavlaković constata la existencia de algunas organizaciones de extrema derecha que consideraron que la guerra formaba parte de un golpe comunista para aniquilar la civilización occidental ⁶⁸ . La división interna en muchos Estados, como el francés, fue habitual, e incluso hubo quienes cambiaron de opinión a lo largo de los primeros meses de conflicto ⁶⁹ .

En este marco, D. Jorge propone la denominación de «guerra española» en sustitución del rótulo de «guerra civil», argumentando para ello desde los debates habidos en la Sociedad de Naciones y los movimientos de algunos países antes del 18 de julio de 1936 hasta el enfoque de crisis mediterránea que ha destacado Neila. Esta opinión es coincidente con la de otros autores, como el ya señalado Pavlaković, que no dudan en calificarla como un acontecimiento global, una guerra en miniatura. Consignas como «la guerra de España es también la nuestra» o en «Madrid se lucha por Praga» darían cuenta de la identificación de la guerra con la lucha fascismo/comunismo y fascismo/democracia.

Asimismo, numerosos autores plantean su vinculación a la Segunda Guerra Mundial, por cuanto coincidieron en ella los mismos actores, ideologías, intereses estratégicos, económicos y sociales y una concepción del mundo contrapuesta. Es importante recordar que el conflicto español se ubicó en el largo periodo de entreguerras, cuando se percibió el largo brazo de las tensiones de la Primera Guerra Mundial no resueltas satisfactoriamente. Ciertamente, la cuestión española se encuentra en un contexto de agresiones cometidas en Abisinia, Manchuria y Renania cuyos actores coinciden con los países firmantes del Eje y con los binomios fascismo/antifascismo y liberalismo/antiliberalismo ⁷⁰ . Podría establecerse otra dinámica con terceros binomios, como el de fascismo/comunismo —tal vez el más movilizador en determinados sectores internacionales— y revolución/contrarrevolución, y, en consecuencia, con una reacción de unas clases sociales contra el peligro revolucionario amenazante de otras. Un asunto bien distinto

es la propagación y fomento intencionados de la idea de una próxima revolución que traería el comunismo al país, una estrategia que, como ha destacado H. García, tuvo un notable éxito para movilizar a muchos sectores sociales nacionales e internacionales a favor de la sublevación ⁷¹ .

El impacto de la guerra española y el aprendizaje para Europa de los efectos del intervencionismo fueron intensos. Milan Hauner afirma que el presidente checoslovaco Edvard Beneš fue uno de los exponentes pioneros de la vinculación entre las dos guerras mundiales e incluía entre los hitos fundamentales la Guerra Civil española o la ocupación alemana de los Sudetes ⁷² . Hauner afirma que Beneš desechó la ayuda soviética en septiembre de 1938 por varias razones, entre las cuales destaca una política: no quería ser acusado por Francia y Gran Bretaña de ser un instrumento para la soviétización del Este europeo e iniciar lo que denominó «la segunda guerra civil española». Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que la ayuda soviética a Checoslovaquia implicaba la necesidad de que el Ejército Rojo atravesara Polonia, y esta variable no era admisible por su gobierno. M. Seidman afirma que la Guerra Civil suscitó un nivel de emoción y de compromiso internacional como no lo habían hecho ni la agresión japonesa contra China (1931) ni la conquista italiana de Etiopía (1935), y pasó a primer plano de la actualidad internacional hasta la crisis de Múnich en septiembre de 1938 ⁷³ . Ninguno de los países intervinientes pudo desprenderse fácilmente de la huella que había dejado la guerra en sus propias políticas y en la opinión pública. Así lo explican, entre otros, T. Buchanan para Gran Bretaña o F. Rodao para Japón ⁷⁴ .

LA ACCIÓN EXTERIOR DE LAS POTENCIAS EXTRANJERAS EN LA ESPAÑA EN GUERRA

La intervención extranjera se ha analizado, asimismo, desde ámbitos que forman parte de la acción exterior de los Estados. En este sentido resulta necesario conocer el modo en que se realizó el intervencionismo en otros terrenos como el de la comunicación y la inteligencia, frentes que también tuvieron un papel destacado en las batallas que había que librar para ganar al enemigo.

La llegada de corresponsales, fotógrafos y cineastas debe ser contemplada desde el triple nivel de medios de titularidad pública, medios comerciales de titularidad privada y periodistas freelance que viajaron hasta los diversos frentes. Esta cuestión ha sido analizada por la historiografía —P. Preston o H. García son muestra de ello— y la comunicación —Magí Crusells, entre otros ⁷⁵. Muchos estudios, no obstante, se quedan en el nivel descriptivo del análisis técnico o artístico sin relación con su contexto ni con los fines de las misiones informativas de gran parte del conjunto de informadores llegados a España.

Procedentes de países del Eje, de la Unión Soviética o de los neutrales, tuvieron funciones distintas e implicaciones de diversa intensidad, aunque todos coinciden en que la guerra española no dejó indiferente a ninguno. Hemos de recordar que algunos actuaron en labores de espionaje gracias a la facilidad de movimientos y de pasar inadvertido en su papel de cronistas y corresponsales. V. Aupi ha analizado su presencia en la batalla de Teruel, donde estuvieron presentes periodistas de los rotativos europeos de mayor tirada, prueba de la trascendencia internacional que esta batalla adquirió ⁷⁶. Las investigaciones de D. Kowalsky ponen de manifiesto la producción de Roman Karmen y Boris Makaseiev, los operadores de cine soviéticos enviados por el Kremlin para la realización de reportajes y documentales emitidos en los noticiarios de varios países ⁷⁷. El objetivo era promover una campaña de propaganda y solidaridad con el gobierno de la

República a fin de persuadir a la población para que la apoyaran frente al fascismo.

Un ámbito necesitado de un estudio exhaustivo es el de la inteligencia y los servicios secretos. M. Ros y M. Heiberg iniciaron en 2006 una línea inédita que ha sido continuada en los trabajos de Ros de años posteriores. En ellos se ha puesto de manifiesto el entramado de la inteligencia italiana y alemana a través de sus estructuras en España, como el Corpo de Truppe Volontarie (CTV), la Legión Cóndor o, como hemos indicado, las propias oficinas oficiales de las legaciones y consulados. Algunos diplomáticos y militares enviados a las embajadas, así como periodistas, fotógrafos o cineastas, desempeñaron funciones de espionaje, tal como relata J. Guixà sobre Josep Pla y Francesc Cambó ⁷⁸. Un ejemplo lo constituye el agente doble británico Kim Philby, sobre el que E. Bocanegra ha indagado en su perfil y actividades ⁷⁹. Las incipientes investigaciones de M. Izquierdo, P. Barruso, J. R. Soler y F. J. López-Brea han profundizado en la adquisición de máquinas Enigma para el Cuartel General de Franco en Salamanca, las bases de la Gestapo en España o la promoción de disturbios y liquidación de personas como parte de las operaciones ofensivas de los servicios de inteligencia extranjeros ⁸⁰. B. Volodarsky ha examinado las distintas actuaciones del espionaje soviético y su funcionamiento en una obra focalizada en el caso de Alexander Orlov, un personaje de los servicios de inteligencia, promotor de una red de espionaje involucrada, según el autor, en el asesinato de Andreu Nin o en el traslado del oro a Moscú ⁸¹. Esta investigación, sin embargo, merece una profundización mayor, puesto que la actuación de Orlov parece que fue en la dirección del control y vigilancia de los cargamentos en Cartagena. El tema, asimismo, ha sido abordado por M. Aizpuru y F. Hernández Sánchez, y suponemos que investigaciones futuras contribuirán a su esclarecimiento ⁸².

En suma, la inteligencia militar es una dimensión muy compleja, necesitada de la apertura de archivos españoles y extranjeros, como los del MI 6 británicos, por ejemplo, o soviéticos, aunque estos últimos liberaron mucha documentación a los investigadores.

CONCLUSIONES

La historiografía ha dejado fuera de toda duda que la guerra de 1936 no fue solo una guerra civil, sino un enfrentamiento internacional que contraponía ideologías, concepciones éticas y modelos sociales, económicos y culturales. La implicación, así como la inhibición de las principales potencias extranjeras, tuvieron efectos múltiples en España, pero también en muchos otros países que debatieron las cuestiones por las que se luchaba.

En la actualidad conocemos, gracias a los estudios de numerosos historiadores, las formas e intensidades de la intervención exterior, ya fuera de un modo directo, con el envío de armamento, soldados, dinero o diplomacia, o indirecto, como la propaganda, e incluso oculta a través de los servicios de inteligencia. El impacto en el desarrollo y prolongación del conflicto fue trascendental.

Ha quedado demostrado con fuentes primarias que la internacionalización de la guerra española se plasmó de forma operativa algunos días después del golpe del 18 de julio, así como que una potencia mediterránea, la Italia fascista, estuvo implicada en la gestación del mismo apoyando a los conspiradores monárquicos, calvosotelistas y militares. Los especialistas han revelado las razones por las cuales Hitler decidió ayudar a Franco a partir del 25 de julio de 1936, interesado como estaba en debilitar a la República española para socavar a Francia y, de paso, incrementar el negocio de suministro de armas. También han quedado desvelados los intereses de Mussolini en abatir a un vecino antifascista, endeudar a Madrid frente a Roma y erigirse en líder del Mediterráneo. Las investigaciones han expuesto, asimismo, que Stalin, más tardío en sus decisiones, tuvo razones geoestratégicas, políticas e ideológicas, pero entre ellas no figuraban la de satelizar España. Ambas partes, la ítalo-germana y la soviética, indujeron a adoptar iniciativas ofensivas, para el caso de los militares sublevados, y defensivas, para la estrategia del ejército republicano. El personaje clave de todo este complejo entramado fue, sin duda,

Franco, eje de la toma de decisiones, como se ha demostrado en las obras memorialistas, biográficas y diplomáticas.

En el lado republicano la política exterior fue diseñada según los principios de la Constitución de 1931 y la experiencia de los tiempos de paz, materializada en priorizar la demanda de apoyo a las potencias democráticas frente a otras como la Unión Soviética. Sin embargo, ante la inacción de las primeras, el recurso a la segunda fue obligado. Este abandono al que Gran Bretaña, Francia y el denominado Comité de Londres sometieron al gobierno republicano ha sido uno de los objetos de estudio con resultados más reveladores sobre su fracaso.

La cuestión del armamento resulta uno de los aspectos más complejos para la investigación. Las indagaciones en archivos nacionales y extranjeros han puesto de manifiesto que los envíos ítalo-alemanes fueron decisivos en los distintos frentes bélicos y marcaron la pauta de las derrotas republicanas. Los suministros soviéticos no alcanzaron su volumen, a pesar de la supremacía aérea. Si bien la Unión Soviética colaboró en el adiestramiento militar y proporcionó mandos y personal a las unidades del ejército. A pesar del avance del conocimiento sobre la adquisición de armas, los envíos y la gestión de estas, el tema no está agotado debido a la diversidad de comisiones y países implicados en ella.

Junto a las armas, los soldados extranjeros constituyen una cuestión relevante en el balance de fuerzas entre los contendientes. En la actualidad contamos con una nutrida historiografía que ha revelado el volumen y los perfiles sociopolíticos y geográficos de los voluntarios participantes en ambos ejércitos, así como su actuación fundamental en algunas batallas.

Países fundamentales como Estados Unidos o México han recibido la atención de investigadores a fin de descubrir su reacción y actitudes frente a la sublevación y el apoyo de las potencias nazi-fascistas. Del mismo modo, el posicionamiento de la neutralidad, la No Intervención y los debates en la Sociedad de Naciones han sido aclarados en gran medida en los últimos años, confirmando las peores sospechas de incumplimiento de acuerdos o principios concertados entre los distintos países.

En este recorrido por las principales obras se vislumbra el efecto inmediato que tuvo la guerra en las relaciones internacionales, puesto que consolidó la alianza del Eje de cara a la Segunda Guerra Mundial, una alianza ensayada en España. Asimismo, dejó en evidencia la imposibilidad de llegar a acuerdos de calado en la Sociedad de Naciones, fracasada tanto en España como en Abisinia como consecuencia de la mala gestión que desembocó en la guerra de 1939-1945. El impacto se vio también en los importantes debates mantenidos en el seno de los parlamentos, en los sindicatos, en las organizaciones obreras y sociales, en las reuniones celebradas por los líderes políticos de las principales potencias o las maniobras defensivas entre los Estados más pequeños.

Asimismo, la producción historiográfica ha contemplado la internacionalización de la guerra desde los enfoques polifacéticos que adquirió, es decir, la propaganda, la diplomacia, la ayuda humanitaria, los medios de comunicación y un conjunto de elementos que, sumados, conforman un panorama complejo y completo de participación extranjera. Siendo un conflicto inicialmente planteado como doméstico, la orientación de enfrentamiento internacional fue evidente desde los inicios por la complicidad italiana y el argumento de la necesidad de organizar una cruzada contra el comunismo.

La apertura de archivos resulta indispensable para que esta etapa pueda ser escrita de un modo más preciso y sea posible realizar aportaciones más definitivas al conocimiento histórico que anulen posibles manipulaciones o usos inapropiados de nuestro pasado.

■

¹ Enrique Moradiellos (coord.), «La Guerra Civil», Ayer, núm. 50, 2003. Incluía las aportaciones de Gabriel Cardona, Ismael Saz, Julio Aróstegui, Santiago de Pablo y Enric Ucelay Da Cal.

² Ángel Viñas (coord.), «La Guerra Civil», Studia Historica. Historia Contemporánea, vol . 32, 2014.

³ Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española: una visión bibliográfica*, Madrid, Marcial Pons, 2017 (libro digital).

⁴ Matilde Eiroa (coord.), «La Guerre Civile espagnole aujourd'hui (1936-2016)», *Bulletin Hispanique*, vol. 118, núm. 1, 2016. En este monográfico de la revista decana del hispanismo francés colaboraron Ángel Viñas, Pilar Domínguez Prats, David Jorge, Geneviève Dreyfus-Armand, Paul Aubert, Fernando Puell, Manuel de Ramón, M.^a José Solanas, Ana Martínez Rus, Geneviève Champeau, Jesús Alonso y Vincent Parello.

⁵ Véase Ángel Viñas, *¿Quién quiso la Guerra Civil? Historia de una conspiración*, Barcelona, Crítica, 2019. Esta idea había sido expresada en Ángel Viñas, «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, págs. 79-182. Paul Preston lo anunció en «Alfonsist Monarchism and the Coming of the Spanish Civil War», *Journal of Contemporary History*, vol. 7, núm. 3-4, 1972, 89-114. Traducido al español y recogido en Paul Preston, *España en la guerra civil europea. Contribuciones de un hispanista*, edición a cargo de Pedro Ruiz Torres e Ismael Saz, Valencia, Universitat de València, 2017, págs. 57-84.

⁶ Pierpaolo Barbieri, *La sombra de Hitler: el imperio económico nazi y la Guerra Civil española*, Barcelona, Taurus, 2015, pág. 159.

⁷ José Luis Neila, *La II República española y el Mediterráneo. España ante el desarme y la seguridad colectiva*, Madrid, Dilema, 2006, y *España y el Mediterráneo en el siglo xx: de los acuerdos de*

Cartagena al proceso de Barcelona, Madrid, Sílex, 2012.

⁸ Josep Puigsech, «Claves sobre la presencia militar y diplomática soviética: el Kremlin nunca quiso dominar España», en Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el Franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012, y Josep Puigsech, *Falsa leyenda del Kremlin. El consulado y la URSS en la Guerra Civil española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

⁹ Jean-Baptiste Duroselle y Pierre Renouvin, *Introduction to the history of international relations*, Nueva York, Praeger, 1967.

¹⁰ Juan Carlos Pereira, «De una guerra a otra: la política exterior del franquismo (1936-1945)», en Antonio César Moreno Cantano (coord.), *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Madrid, Trea, 2013, pág. 17.

¹¹ Véanse las diversas aportaciones en el manual de Juan Carlos Pereira y José María Beneyto (dirs.) y Marta Hernández (coord.), *Historia de la política exterior española en los siglos xx y xxi*, Madrid, CEU Ediciones, 2015, 2 vols.

¹² Francisco Serrat Bonastre, Salamanca, 1936. *Memorias del primer «ministro» de Asuntos Exteriores de Franco*, edición y estudio de Ángel Viñas, Barcelona, Crítica, 2014.

¹³ Francisco Gómez-Jordana Souza, *Milicia y diplomacia. Los Diarios del conde de Jordana, 1936-1944*, estudio preliminar de Carlos Seco y selección de Rafael Gómez-Jordana, Burgos, DosSoles, 2002. En la página 94 menciona: «El Generalísimo muy contrariado

por el resultado de la depuración del Cuerpo Diplomático por parecerle blanda (¡No puede ver al Cuerpo Diplomático!)).

¹⁴ Ángeles Egido (ed.), *La Segunda República y su proyección internacional*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017.

¹⁵ Cristina Elia Rodríguez, Julio Álvarez del Vayo y Olloqui. *Biografía política de un socialista heterodoxo*, tesis doctoral, UNED, 2013.

¹⁶ Francisco Giral González, *Vida y obra de José Giral Pereira*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

¹⁷ Julio Aróstegui, Largo Caballero. *El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013.

¹⁸ Ángel Viñas (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons y Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, 2010.

¹⁹ Luis Tobío, *Recuerdos de un diplomático intermitente*, edición y traducción de Juan Durán, Burgos, DosSoles, 2003.

²⁰ Miguel Marco, *La injusticia de un olvido. El mundo de Marcelino Pascua (1877-1977). Médico y político*, Madrid, UNED, 2018.

²¹ Francisco Morente, «Diplomacia bajo las bombas. La Segunda

República y el Tercer Reich en los inicios de la Guerra Civil», en Francisco Morente (ed.), España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y Guerra Civil, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011.

²² Antonio César Moreno Cantano (coord.), Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945), Gijón, Trea, 2013, y Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945), Gijón, Trea, 2012.

²³ Antonio Manuel Moral Roncal, Diplomacia, humanitarismo y espionaje en la Guerra Civil española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, y Estudios sobre asilo diplomático en la Guerra Civil española, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2018; Carlos Morla Lynch, España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano, Sevilla, Renacimiento, 2011 (prólogo de Andrés Trapiello).

²⁴ Gabriel Pretus, La ayuda humanitaria en la Guerra Civil española, Granada, Comares, 2015.

²⁵ Ángel Viñas, La soledad de la República: El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética, Barcelona, Crítica, 2006. Del mismo autor son las siguientes obras: El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Barcelona, Crítica, 2007; El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin, Barcelona, Crítica, 2008. Un compendio de la trilogía se puede ver en Ángel Viñas, La República en guerra: contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica, Barcelona, Crítica, 2012; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, El desplome de la República. La verdadera historia del final de la Guerra Civil, Barcelona, Crítica, 2010.

²⁶ Ángel Viñas, «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, op. cit., págs. 79-182. Esta idea ha sido ampliamente expuesta en su libro *¿Quién quiso la Guerra Civil?...*, op. cit.

²⁷ Ismael Saz, «¿Condenados al enfrentamiento? La España republicana y la Italia fascista», en Ángeles Egido (ed.), *La Segunda República y su proyección internacional*, op. cit., págs. 54-73.

²⁸ Ángel Viñas, *Las armas y el oro. Palancas de la guerra, mitos del franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.

²⁹ Jesús Salas Larrazábal, *La intervención extranjera en la guerra civil española*, Valladolid, Galland Books, 2017. Este libro es una reedición de su estudio de 1974 actualizado en las cifras y tablas. Es inquietante que no incluya un índice y tampoco una relación de fuentes y archivos visitados, aunque a lo largo de sus páginas se reproduce una ingente documentación y se mencionan algunos archivos militares. Lucas Molina y Rafael Permy, *Importación de armas en la Guerra Civil española. Discrepancias historiográficas con Ángel Viñas*, Valladolid, Galland Books, 2016.

³⁰ Véase Ángel Viñas, «La decisión de Stalin de ayudar a la República: un aspecto controvertido en la historiografía de la Guerra Civil», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 16, 2006, 65-108.

³¹ Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil Española*, Madrid, Crítica, 2004; Yuri Rybalkin, *Stalin y España. La ayuda*

militar soviética a la República, Madrid, Marcial Pons, 2007; Frank Schauff, *La victoria frustrada. La Unión Soviética, la Internacional Comunista y la Guerra Civil Española*, Barcelona, Debate, 2008.

³² Miguel Íñiguez Campos, *Armas vengan de donde vengan: las dificultades de abastecimiento republicanas y su viraje al mercado negro durante el primer año de guerra (julio 1936-mayo 1937)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2016.

³³ Peter Száraz, «Brillo y miseria de la historiografía española en la Checoslovaquia antigua», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, 2014, páginas 491-500.

³⁴ Josep Puigsech, «Claves sobre la presencia militar y diplomática soviética. El Kremlin nunca quiso dominar España», en Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la Historia...*, op. cit., págs. 240-241.

³⁵ Miguel Íñiguez Campos, «La historiografía en torno a la internacionalización de la guerra civil española (1936-1939): el caso soviético», *Ab Initio*, núm. 4, 2011, 93-110.

³⁶ Josep Puigsech, *Falsa leyenda del Kremlin...*, op. cit.; del mismo autor, *Entre Franco y Stalin: el difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-1949*, Madrid, El Viejo Topo, 2009.

³⁷ Herbert Southworth, *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, edición de Ángel Viñas, Granada, Comares, 2013; Stefanie Schüler-Springorum, *La guerra como aventura: la Legión Cóndor en la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 2014; Angelo D'Orsi, *Guernica, 1937. Las bombas*,

la barbarie, la mentira, Barcelona, RBA, 2011; Xabier Irujo, 26 de abril de 1937. Gernika, Barcelona, Crítica, 2017; Egurtxiki (William L. Smallwood), El día que Guernica fue bombardeada, Gernika-Lumo, Gernikako Bakearen Museoa Fundazioa, 2013.

³⁸ Un ejemplo en <http://www.museodelapaz.org/> (consulta: 10 de octubre de 2019).

³⁹ Ángel Viñas, «Kindelán se queja a Franco», post de 11 de julio de 2017, <http://www.angelvinas.es/?m=201707> (consulta: 10 de octubre de 2019).

⁴⁰ Ángel Viñas, «Kindelán y la ofensiva de Vizcaya», post de 4 de julio de 2017, <http://www.angelvinas.es/?s=Kindel%C3%A1n+y+la+ofensiva+de+Vizcaya> (consulta: 10 de octubre de 2019).

⁴¹ Ángel Viñas, «Lo que hubo tras la queja de Kindelán a Franco», post de 18 de julio de 2017, <http://www.angelvinas.es/?m=201707> (consulta: 10 de octubre de 2019).

⁴² Jesús Salas Larrazábal, Guernica. El bombardeo. La historia frente al mito, Valladolid, Galland Books, 2012.

⁴³ Andrés Fernández y María Isabel Brenes, 1937. Éxodo Málaga-Almería. Nuevas fuentes de información, Málaga, Aratispí Ediciones, 2016.

⁴⁴ Estos acontecimientos han encontrado en Internet un lugar

idóneo para su representación con imágenes, testimonios o mapas. Entre ellos señalaremos <http://guerraenbarcelona.blogspot.com.es/>, la exposición virtual de la Desbandá en http://evi.linhd.uned.es/projects/hismedi/om/exhibits/show/lacarreterademalaga_aalmeria y <http://www.museodelapaz.org/blog/fundacion-museo-de-la-paz-de-gernika/> (consulta: 10 de octubre de 2019).

⁴⁵ Rémi Skoutelsky, *Novedad en el frente. Las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2006.

⁴⁶ Un balance exhaustivo de la producción bibliográfica en torno a las brigadas en Manuel Requena y Lourdes Prades, «Las Brigadas Internacionales. Mayor presencia y renovación temática en la bibliografía de la Guerra Civil», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española: una visión bibliográfica*, Madrid, Marcial Pons, 2017 (libro digital). Las novedades más recientes en Eduardo Freire, *La historia del batallón Mackenzie-Papineau*, Madrid, AABI, 2016; Augusto Cantaluppi y Marco Puppini, *Sin haber empuñado un fusil jamás: antifascistas italianos en la guerra civil española*, Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2016; José Alejandro Ortiz y Teresa Torres, *Voluntarios de la Libertad. Puertorriqueños en defensa de la República Española 1936-1939*, San Juan, Callejón, 2015; Josep Sánchez Cervelló y Sebastián Agudo (coords.), *Las Brigadas Internacionales: nuevas perspectivas en la historia de la guerra civil y del exilio*, Tarragona, Publicaciones URV, 2015; Víctor Hurtado, *Las Brigadas Internacionales*, Barcelona, DAU, 2013; Hwei-Ru Tsou y Len Tsou, *Los brigadistas chinos en la Guerra Civil. La llamada de España (1936-1939)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013.

⁴⁷ Angela Jackson, *Para nosotras era el cielo. Pasión, dolor y fortaleza de Patience Darton. De la Guerra Civil española a la China de Mao*, Barcelona, Ediciones San Juan de Dios, 2012.

⁴⁸ Lisa A. Kirschenbaum, *International Communism and the Spanish Civil War. Solidarity and Suspicion*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.

⁴⁹ Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid, Alianza, 2017.

⁵⁰ Jaume Claret, *Breve historia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016.

⁵¹ Portal SIDBRINT, Universidad de Barcelona, <http://sidbrint.ub.edu/es> (consulta: 10 de octubre de 2019); Lourdes Prades, *Sistema de información digital sobre las Brigadas Internacionales: brigadistas, fuentes documentales y bases de datos (SIDBRINT)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2012.

⁵² *Las Brigadas Internacionales: la solidaridad internacional contra el fascismo*, Proyecto HISMEDI, <http://evi.linhd.uned.es/projects/hismedi/om/exhibits/show/las-brigadas-internacionales>— (consulta: 10 de octubre de 2019).

⁵³ AABI, <http://www.brigadasinternacionales.org/> ; voluntarios estadounidenses, <http://www.alba-valb.org/> ; canadienses, <http://www.web.net/~macpap/index.html>); suizos, <http://www.spanienfreiwillige.ch/> ; alemanes, <http://www.kfsr.info/?lang=en> ; italianos, www.aicvas.org ; argentinos, <http://arggce.blogspot.com.es/> ; británicos e irlandeses, <http://www.international-brigades.org.uk/> ; yugoslavos, <http://yuinterbrigade.net/> ; franceses, <http://www.acer-aver.fr/> ; cubanos,

<http://cubanosenlaguerracivil.blogspot.com.es/> (consulta: 8 de octubre de 2019).

⁵⁴ Cálculos aproximados sobre los que coinciden diversos autores, entre otros, Ángel Viñas, *Las armas y el oro...*, op. cit., págs. 78-80. La distribución es de unos 80.000 italianos hasta fines de marzo de 1939, unos 18.000-20.000 alemanes y un máximo de 4.000 portugueses.

⁵⁵ Javier Rodrigo, *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, Alianza, 2016; Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2004; Stefanie Schüler-Springorum, *La guerra como aventura...*, op. cit.; Alberto Pena-Rodríguez, «Salazar y los “viriatos”. Los combatientes portugueses en la Guerra Civil española: prensa y propaganda», *Spagna Contemporanea*, núm. 47, 2015, 7-24; Pierluigi Romeo Di Colloredo, *Frecce Nere! Le Camicie Nere nella Guerra Civile Spagnola 1936-1939*, Génova, Associazione Culturale «Italia Storica», 2012; João F. Bertonha, «Los latinoamericanos de Franco. La Legión de la Falange Argentina y otros voluntarios hispanos en el bando sublevado durante la Guerra Civil española», *Alcores*, 14, 2012, 143-167.

⁵⁶ Así se confirma a lo largo de la obra de Javier Rodrigo, *La guerra fascista...*, op. cit. Entre las recientes bibliografías que recogen su producción figuran: Marco Puppini, «Las difíciles cuentas con el pasado. Bibliografía italiana reciente sobre la Guerra Civil española», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, 2014, 385-399. Ampliado en el capítulo del mismo título en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española: una visión bibliográfica*, op. cit.

⁵⁷ Miguel Alonso Ibarra, «Guerra civil española y contrarrevolución.

El fascismo europeo bajo el signo de la santa cruz», *Ayer*, núm. 109 (1), 2018, 269-295; Dimas Vaquero, *Credere, obbedire, combattere. Fascistas italianos en la Guerra Civil española*, Zaragoza, Mira, 2009.

⁵⁸ Aurora Bosch, *Miedo a la democracia: Estados Unidos ante la Segunda República y la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2012.

⁵⁹ Joan Maria Thomàs, *Roosevelt y Franco: de la guerra civil española a Pearl Harbor*, Barcelona, Edhasa, 2007; Michael E. Chapman, *Arguing Americanism. Franco lobbyist, Roosevelt's foreign policy and the Spanish Civil War*, Kent, Kent State University Press, 2011.

⁶⁰ Mario Ojeda, *México y la Guerra Civil Española*, Madrid, Turner, 2005; Abdón Mateos, *La batalla de México: final de la guerra civil y ayuda a los refugiados, 1939-1945*, Madrid, Alianza, 2009; Agustín Sánchez y Fabián Herrera, *Contra todo y contra todos: la diplomacia mexicana y la cuestión española en la Sociedad de Naciones*, Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2011; Miguel Íñiguez Campos, «Los envíos de armamento desde México a la República: una revisión historiográfica», *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 11, núm. 2, 2017, 1-17, https://www.urjc.es/images/ceib/revista_electronica/vol_11_2017_2/REIB_11_02_Art1.pdf.

⁶¹ Enrique Moradiellos, «La No Intervención. Una farsa política y diplomática», en Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la Historia...*, op. cit., págs. 220-234.

⁶² Ricardo Miralles, «El duro forcejeo de la diplomacia republicana en París. Francia y la Guerra Civil española», en Ángel Viñas (dir.),

Al servicio de la República..., op. cit., págs. 121-154; Encarnación Lemus, «Las relaciones con Francia: vecinos, aliados y rivales», en José María Beneyto y Juan Carlos Pereira (dirs.) y Marta Hernández (coord.), Historia de la política exterior española en los siglos xx y xxi, vol. II, Madrid, CEU Ediciones, 2015, págs. 13-54.

⁶³ David Jorge, Inseguridad colectiva: la Sociedad de Naciones, la Guerra de España y el fin de la paz mundial, Valencia, Tirant lo Blanch, 2016.

⁶⁴ Peter Day , Los amigos de Franco: los servicios secretos británicos y el triunfo del franquismo, Barcelona, Tusquets, 2015.

⁶⁵ Paul Preston, El final de la guerra. La última puñalada a la República, Barcelona, Debate, 2014.

⁶⁶ Jesús Salas Larrazábal, La intervención extranjera en la guerra..., op. cit.

⁶⁷ Jean-François Berdah, La democracia asesinada: la República española y las grandes potencias, 1931-1939, Barcelona, Crítica, 2002; David Jorge y Javier Maestro, «Éxitos y fracasos de la Sociedad de Naciones: del litigio sobre las islas Åland a la guerra de España», en José Manuel Azcona et al. (eds.), Guerra y paz: la sociedad internacional entre el conflicto y la cooperación, Madrid, Dykinson, 2013, págs. 129-144. En lo que se refiere al estudio de la Sociedad de Naciones, es bien conocido el clásico libro de Francisco Quintana, España en Europa, 1931-1936: del compromiso por la paz a la huida de la guerra, Madrid, Nerea, 1993.

⁶⁸ Vjeron Pavlaković, *The battle for Spain is ours. Croatia and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Zagreb, Srednja Europa, 2014, pág. 71.

⁶⁹ David Jorge, «La reacción internacional: el caso de Francia y la Sociedad de Naciones», *Bulletin Hispanique*, vol. 118, núm. 1, 2016, 83-98; Juan Carlos Pereira y Miguel Íñiguez Campos, «Francia ante el inicio de la Guerra Civil: de la promesa de ayuda a “la no intervención laxa” (julio-septiembre de 1936)», en José Manuel Azcona et al. (eds.), *Guerra y paz: la sociedad...*, op. cit., págs. 145-166; Ricardo Miralles, «El duro forcejeo de la diplomacia española en París», en Ángel Viñas (dir.), *Al servicio de la República...*, op. cit., págs. 121-154.

⁷⁰ David Jorge, «El vector internacional aumenta en relevancia», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, 2014, 165-179.

⁷¹ Hugo García Fernández, «Historia de un mito político: el “peligro comunista” en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», *Historia Social*, núm. 51, 2005, 3-20.

⁷² Milan Hauner, «“We must push Eastwards!”. The Challenges and Dilemmas of President Beneš after Munich», *Journal of Contemporary History*, vol. 44, núm. 4, 2009, 619-656; 624.

⁷³ Michael Seidman, *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid, Alianza, 2017.

⁷⁴ Tom Buchanan, *The impact of the Spanish Civil War on Britain: War, loss and memory*, Portland, Sussex Academic Press, 2007;

Florentino Rodao, *Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra Civil desde Filipinas, Granada, Comares*, 2013.

⁷⁵ Paul Preston, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Barcelona, Debate, 2007; Hugo García Fernández, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; VV.AA., *El papel de los corresponsales en la Guerra Civil española*, Vizcaya, Gernika Lumoko Udala, 2003; Magí Crusells, «Cinema as a political propaganda during the Spanish Civil War: España 1936», *Ebre* 38, núm. 2, 2004, 1-12; Emilio Peral y Francisco Sáez (eds.), *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española. Literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2015; Michel Lefebvre, *Guerra Gráfica. Fotógrafos, artistas y escritores en guerra. España 1936-1939*, Barcelona, Planeta, 2014; Virginia Cowles, *Desde las trincheras. Una corresponsal americana en la Guerra Civil española*, Madrid, Siddharth Mehta Ediciones, 2011; Beatriz de las Heras (ed.), *Imagen y guerra civil española. Carteles, fotografía y cine*, Madrid, Síntesis, 2017; Miriam Basilio, *Visual propaganda, exhibitions, and the Spanish Civil War*, Aldershot, Ashgate Publishing Limited, 2013; Amanda Vaill, *Hotel Florida. Verdad, amor y muerte en la Guerra Civil*, Barcelona, Turner, 2014.

⁷⁶ Vicente Aupi, *Crónicas de fuego y nieve. La Guerra Civil española y los corresponsales internacionales en la batalla de Teruel*, Teruel, Dobleuve Comunicación, 2017.

⁷⁷ Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española*, op. cit.

⁷⁸ Josep Guixà, *Espías de Franco. Josep Pla y Francesc Cambó*, Barcelona y Madrid, Fórcola Ediciones, 2014.

⁷⁹ Enrique Bocanegra, *Un espía en la trinchera. Kim Philby en la guerra civil española*, Barcelona, Tusquets, 2017.

⁸⁰ Manuel Ros Agudo y Morten Heiberg, *La trama oculta de la Guerra Civil: los servicios secretos de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; Manuel Ros Agudo, «El espionaje en España en la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial: una visión general», *Diacronie*, núm. 28, 4, 2016, <http://journals.openedition.org/diacronie/4751> ; José Ramón Soler, «Mechanical Cipher Systems in the Spanish Civil War», *Cryptologia*, vol. 28, núm. 3, 2004, 265-276; José Ramón Soler y Francisco Javier López-Brea, *Soldados sin rostro. Los servicios de información, espionaje y criptografía en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Inédita, 2008; Marcelino Izquierdo, *Bajo el imperio de la Gestapo: espionaje nazi en la Rioja en la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial*, Logroño, Siníndice Editorial, 2015; Pedro Barruso, *Información, diplomacia y espionaje. La Guerra Civil española en el sur de Francia (1936-1940)*, San Sebastián, Hiria, 2008.

⁸¹ Boris Volodarsky, *El caso Orlov. Los servicios secretos soviéticos en la Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2013.

⁸² Mikel Aizpuru, *El informe Brusiloff: la Guerra Civil de 1936 en el Frente Norte vista por un traductor ruso*, Irún, Alberdania, 2009; Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución: el Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010.

CAPÍTULO 4

Los ejércitos

ARTURO GARCÍA ÁLVAREZ-COQUE

Parece una obviedad señalar que entre los múltiples aspectos de la contienda de 1936-1939, la faceta militar es de fundamental importancia. La Guerra Civil, como todas las guerras, se dirimió en última instancia en los campos de batalla, saldándose con la victoria de un ejército sobre otro. Esto es cierto, aunque lo puramente bélico esté condicionado por otras variables. Por ejemplo, la victoria franquista fue precipitada por el complot del coronel Casado y otros jefes republicanos contra el gobierno Negrín en marzo de 1939. Pero aún este caso proporciona un objeto de estudio a la historia militar: las actitudes de los militares profesionales ante la división del Ejército en 1936-1939 y su creencia en un nuevo «abrazo de Vergara» para liquidar la guerra ¹.

A pesar de la importancia de la vertiente bélica/militar en el inicio, desarrollo y desenlace del conflicto, proporcionalmente se han publicado menos libros que tratan esa temática, como ha señalado Puell ². El militar e historiador Gabriel Cardona, en el prólogo de su libro sobre las operaciones militares, afirma que su propósito era «pensar sobre la cuestión menos reflexionada de la Guerra Civil, que es la guerra misma» ³.

En lo que sigue nuestra intención no es limitarnos a una crítica bibliográfica, sino también poner de relieve las distintas visiones y paradigmas que han influido en la historiografía de la Guerra Civil en su vertiente militar, en diferentes momentos desde el final de la guerra. Para ello adoptaremos un enfoque temático, pero también cronológico, considerando dentro de cada tema la evolución del enfoque historiográfico. Aunque no siempre será explícito, nos servirá de guía un marco temporal dividido en las siguientes etapas:

1. De la primera posguerra hasta los años sesenta: fase marcada por la visión de los vencedores, la Guerra Civil como «Guerra de Liberación», exaltación de la «Cruzada».
2. De principios de los sesenta al tardofranquismo: las publicaciones de los investigadores hispanistas, especialmente anglosajones, y algunas otras desde el exilio, aportan una visión alternativa de la República y la Guerra Civil, motivando una cierta puesta al día y una visión menos maniquea desde la historiografía producida en España.
3. Del inicio de la transición política hasta los años noventa: eclosión de la historiografía española de la Guerra Civil.
4. De final del siglo XX hasta la actualidad: continuidad del periodo precedente, se mantiene una abundante producción historiográfica, renovadora en particular de los estudios militares.

El relativo cambio de perspectiva de la historiografía franquista en los años sesenta fue una necesidad, entendida por los más ilustrados del régimen. Un ejemplo es el general Carlos Martínez de Campos y Serrano, duque de la Torre, jefe del Estado Mayor Central en 1939-1941, y en la Guerra Civil jefe de Artillería del Ejército del Norte. En la segunda parte de sus memorias, publicada en 1970, se lamentaba de la visión poco objetiva de las publicaciones de la posguerra, lo cual favorecía el éxito de los libros publicados en el extranjero:

[...] los libros extranjeros, aun queriendo ser ecuanímenes sus autores respectivos [...] se inclinaban hacia el bando rojo, que les proporcionaba muchas más fuentes que el bando nacional [...] porque la censura se cernía sobre cuanto se apartaba de las versiones encauzadas hacia un empalagoso elogio de las operaciones militares.

[...] una Historia oficial de la Cruzada, escrita austeramente y bien documentada, hubiera integrado la base más segura de la futura Historia de nuestra guerra. Hugh Thomas y cuantos otros intentaron describir nuestra contienda con discreta ecuanimidad, habrían dispuesto de una fuente de confianza. No hubiesen publicado —a veces sin querer— «historias tendenciosas» que, desgraciadamente, se pueden convertir en «verdadera historia» ⁴ .

El nuevo punto de vista de algunos historiadores franquistas tuvo un impacto considerable entre quienes habían combatido en el bando republicano, por primera vez desde la guerra tratados como militares respetables, por ejemplo en la obra canónica de Ramón Salas Larrazábal *Historia del Ejército Popular de la República* (1973) o en la de su hermano Jesús, *La Guerra de España desde el Aire* (1972) ⁵ . Después de leer el libro de Jesús Salas Larrazábal, el aviador republicano Andrés García Lacalle escribió:

[...] advertí, asombrado y agradecido, que su autor lo había escrito con la absoluta intención de ser imparcial [...] lo había escrito no como vencedor tratando de humillar al vencido, como lo habían hecho todos sus antecesores [...]. Confieso que este trato, recibido por primera vez después de más de treinta años de exilio, me conmovió ⁶ .

El cambio de actitud hacia los vencidos no era solamente por un sentido de justicia hacia ellos, sino por la necesidad de escribir Historia sobre bases más objetivas. Por otro lado, reconocer al enemigo en la guerra como un adversario respetable desde el punto de vista militar aumentaba sin duda el mérito de la victoria «nacional».

Sobre las causas de la Guerra Civil, los historiadores hablan de causas inmediatas, coyunturales o estructurales, endógenas o

debidas al contexto internacional. Sin obviar esa complejidad, es claro que la causa más directa fue la chispa que hizo estallar el polvorín: el golpe militar ocurrido entre el 17 y el 20 de julio de 1936, que culminó la conspiración dirigida por un grupo de generales contra el régimen del Frente Popular.

Según la visión franquista, el Ejército había sido unánime en su movimiento de rebelión, y la guerra, una lucha del «verdadero Ejército» contra la «anti-España» ⁷ . Por lo tanto, desde esa óptica, era imposible que militares «honorables» hubieran servido «voluntariamente» en las filas republicanas. En unas memorias publicadas en 1945, un militar «intelectual», el general monárquico Alfredo Kindelán, habla de «el corto número de generales y jefes que con deshonor o debilidad inexplicable quedaron del lado de los rojos» ⁸ . En contra de la tesis de un Ejército monolítico protagonista del Alzamiento , baste señalar que en julio de 1936 se sublevaron solo cuatro entre un total de catorce generales de división con mando de tropas. En el conjunto de la institución armada las actitudes fueron diversas: el apoyo a la rebelión fue muy mayoritario entre la oficialidad de nivel medio, pero tampoco fue unánime.

LOS MILITARES HASTA 1936

Un primer estudio general sobre el Ejército español y su relación con la política durante la Segunda República y periodos anteriores (la dictadura de Primo de Rivera, por ejemplo) no podía surgir en la España de la posguerra, pues habría desembocado inevitablemente en un análisis crítico de muchos militares con un papel relevante en la sublevación, la Guerra Civil y el franquismo. Por tanto, no es sorprendente que el primer trabajo en esta línea fuera obra de un hispanista. El libro de Stanley G. Payne *Los militares y la política en la España contemporánea*, publicado en español por Ruedo Ibérico en 1968, abarcaba hasta el golpe de 1936, la represión y la dictadura de Franco, y por tanto no era entonces publicable en España. Sobre la misma temática, ya en los años ochenta, se publican las obras de Carlos Seco Serrano, Gabriel Cardona y Carolyn P. Boyd ⁹. Sobre la relación con los militares del que fuera ministro de la Guerra en 1931-1932, son de interés los diarios de Manuel Azaña, con la edición más reciente en 2000 ¹⁰.

Los libros citados abordan la trayectoria hasta 1936 de los protagonistas del golpe militar: los generales Sanjurjo, Franco, Mola, Queipo y Goded, entre otros. Sus vicisitudes y frustraciones profesionales, en parte relacionadas con las reformas de Azaña (como la supresión de la Academia General Militar o la revisión de los ascensos por méritos de la etapa primorriverista), son claves explicativas sobre la inquina de estos generales contra el gobierno en 1936 y sobre los agravios que en mayor o menor medida empujaron a cada uno a conspirar contra el régimen frentepopulista. En este sentido, las Obras Completas del general Emilio Mola ayudan a comprender su pensamiento en 1936 y su animadversión a la persona de Azaña, en particular sus escritos sobre su paso por la Dirección General de Seguridad y su procesamiento en 1931, o el capítulo «El presente, Azaña y el porvenir» ¹¹.

Sobre el mundo de los militares en el primer tercio del siglo XX, es

representativo Abrazo mortal, de Sebastian Balfour, sobre el «africanismo», las campañas de Marruecos y sus consecuencias peninsulares; sobre la masonería en el Ejército, Militares masones de España de Manuel de Paz ¹² .

Con el advenimiento de la República, la reforma militar del ministro Azaña tuvo un efecto considerable en la institución armada. La reforma intentaba establecer la hegemonía del poder civil sobre el militar, y por tanto encontró el rechazo de sectores identificados con el papel tradicional del Ejército, intervencionista en política y verdadera encarnación de la Patria. La monografía de Michael Alpert La reforma militar de Azaña ¹³ es la referencia básica.

Para una perspectiva histórica amplia sobre los ejércitos de la Restauración, la Dictadura y la Segunda República, Historia del Ejército en España de Puell de la Villa. También es de utilidad la síntesis de Francisco Alía Historia del ejército español y de su intervención política (2018) ¹⁴ .

LOS MILITARES Y EL 18 DE JULIO

Una historia oficial del periodo republicano y del levantamiento militar fue la importante obra del periodista y propagandista del franquismo Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada española (1939-1943)* ¹⁵ . Sus siete volúmenes proporcionan muchos datos factuales sobre el papel de la oficialidad del Ejército en la sublevación, en cada una de las plazas más importantes. Sin embargo, coherente con su afán de mostrar que el Ejército se sublevó en bloque para «salvar a España», Arrarás ni siquiera menciona a los militares opuestos al movimiento militar o poco entusiastas con este, salvo a generales como Batet, Salcedo, Villa-Abrille o Romerales, que se negaron a rebelarse, presentados como traidores, o como pusilánimes en el mejor de los casos.

Algunos libros exaltadores del Alzamiento aparecidos durante la guerra o en la primera posguerra son de indudable interés para los investigadores por ser sus autores cercanos a los hechos. Sobre los entresijos de la conspiración, de B. Félix Maiz, ayudante civil de Mola: *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración* (1952); *Con el general Mola* de José María Iribarren, secretario del «Director», publicado en 1937 a raíz de la muerte de este; de Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional* (1939); de Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española* (1940) ¹⁶ . Libros que en buena parte merecen credibilidad, aunque oculten la ambigua y cauta actitud de Franco durante la conspiración dirigida por Mola.

Hito importante fue la publicación de *La Guerra Civil española* de Hugh Thomas (Ruedo Ibérico, 1961). También, aunque con menor impacto por su más tardía traducción al español, *The Spanish Republic and the civil war (1931-1939)* de Gabriel Jackson (1965). Por aquellos años aparecieron memorias de militares republicanos en el exilio (Rojo, Pérez Salas, Hidalgo de Cisneros, Modesto, Cordon). La difusión de una visión muy distinta de la guerra de España motivó un cambio de paradigma en la historiografía

franquista, que se alejó en cierta medida de un maniqueísmo imposible de mantener desde un planteamiento histórico riguroso. Sin dejar de justificar la sublevación militar, se empezaba a pasar del paradigma de la guerra como Cruzada al de desastre inevitable causado por el fracaso de una Segunda República desbordada por los extremismos ¹⁷ .

Representativa de dicha puesta al día historiográfica es Historia del Ejército Popular de la República de Ramón Salas Larrazábal (1973) ¹⁸ . Por primera vez los militares que defendieron la República no eran execrados o ninguneados, sino que aparecían como jefes y oficiales respetables. Poco después, Ruedo Ibérico publicaba El Ejército republicano en la guerra civil de Michael Alpert (1976) ¹⁹ . A los libros de Salas y Alpert volveremos más adelante.

En 1977 aparece el extenso ensayo Cuatro generales, de Guillermo Cabanellas ²⁰ , escrito en el exilio en Argentina por el hijo del general Miguel Cabanellas, uno de los militares más republicanos y sin embargo entre los principales sublevados, de quien dice su hijo: «aprendiz de brujo que dejó en libertad a los genios y luego no supo dominarlos [...] terminó su vida enfrentándose con los ideales que había sostenido». Libro importante, con una parte de memorias y otra de investigación sobre la bibliografía entonces disponible, una de las primeras aproximaciones detalladas sobre los militares y la Segunda República, la conspiración y el Alzamiento (centrado en Mola, Queipo, Franco y el propio Cabanellas), con una visión de la lucha por el poder que acabó encumbrando a Franco.

A partir de los años 2000, aparecen libros que profundizan en los antecedentes conspirativos en el Ejército español. Sobre las conspiraciones antiprimorrriveristas (1926-1930) y las antirrepublicanas (1931-1936), y sobre organizaciones como la UME o la UMRA, la obra póstuma de Julio Busquets, con Juan Carlos Losada, Ruido de sables: las conspiraciones militares en la España del siglo xx (2003) ²¹ . Sobre la génesis de las conspiraciones contra la Segunda República y las fuerzas políticas que las inspiraron, un relato pormenorizado en Contrarrevolucionarios, de Eduardo González Calleja (2011) ²² . Remontándose a los antecedentes con la Primera República, un recorrido sobre el mundo de los militares «republicanos» y su relación con la política

hasta la Guerra Civil y la posguerra, en Leales y rebeldes de Carlos Navajas (2011) ²³ .

Desde el trabajo de Julio Aróstegui Por qué el 18 de julio... y después (2006), se ha estudiado el papel de la oficialidad en la sublevación en cada una de las divisiones orgánicas — denominación de las regiones militares a partir de la reforma de Azaña de 1931. Como antecedente hemos citado Historia de la Cruzada española de Arrarás. Relatos actualizados y rigurosos son Julio de 1936... de Francisco Alía (2011) y Las conspiraciones del 36 de Roberto Muñoz Bolaños (2019) ²⁴ . Destaca la excelente síntesis La trama militar de la conspiración, de Puell de la Villa (2013) ²⁵ , que profundiza en la mentalidad militar que determinó o influyó en la actitud de la oficialidad ante la sublevación.

Los efectos del levantamiento militar, calificados como auténtico «cataclismo» ²⁶ , fueron plasmados en el vibrante relato de Luis Romero Tres días de julio (1987). Uno de sus pasajes ilustra el dilema que la rebelión suponía en el oficial veterano, sin ilusiones por la política, temeroso de perder su empleo y dubitativo sobre si la «lealtad a la Patria» significaba sumarse a la rebelión u oponerse a ella ²⁷ .

Existe un importante y abundante material de archivo —la Causa General en el AHN, los fondos judiciales del AGHD y de los archivos militares territoriales, además del AGMAV ²⁸ — con muchos datos sobre los sucesos de 1936 y la crisis producida en la oficialidad del Ejército. También importantes, en el AGMAV, los Expedientes de averiguación de conducta del personal militar «pasado» de la zona republicana a la sublevada. Destaca la riqueza documental en los sumarios de las causas contra aquellos militares que no secundaron la sublevación, que mantuvieron actitudes ambiguas o que sirvieron aunque fuera fugazmente en el Ejército republicano. De las declaraciones de procesados o de testigos se desprenden actitudes y sentimientos en el seno del Ejército: el corporativismo de la profesión militar, el compañerismo practicado en la academia o el cuartel, el desgarró provocado por la sublevación en gran parte de la oficialidad.

Importante ayuda para la investigación del mundo de los militares son los avances en la digitalización (casi completa en el caso de la

Causa General), que facilita el acceso a fuentes como la Gaceta, el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra o el Boletín Oficial del Estado del bando nacional. La ingente información disponible en la red es también de utilidad, con la cautela necesaria sobre su fiabilidad.

Los avances en la disponibilidad de material de archivo han hecho posibles investigaciones exhaustivas que profundizan en el papel de la oficialidad en diversos territorios, como los citados libros de Alía y Muñoz Bolaños. Joaquín Gil Honduvilla ha publicado Marruecos, el 17 a las 17 (2009), y Militares y sublevación, Sevilla 1936 (2011), los relatos más minuciosos sobre los sucesos en Melilla el 17 de julio (la chispa que inició la sublevación) y sobre el golpe encabezado por el general Queipo de Llano en Sevilla ²⁹. Este último libro desmitifica los méritos atribuidos a Queipo al explicar que fue un grupo de oficiales del Estado Mayor de la División, al mando del comandante Cuesta Monereo, el artífice del triunfo de la sublevación en la capital andaluza.

Destacable entre los estudios locales y fruto de un exhaustivo trabajo de archivo, Militares y guerra civil en el País Vasco. Leales, sublevados y geográficos (2019) ³⁰, de Germán Ruiz Llano, ilustra con particular claridad la división en el Ejército y en las fuerzas de seguridad (Guardia de Asalto y Guardia Civil, cuerpos mandados por militares) en las tres provincias vascas, y los avatares de la oficialidad allí destinada a través de la sublevación, la represión en ambos bandos y la lucha en el frente, en particular la campaña de Vizcaya y la actuación del Cuerpo de Ejército de Euskadi.

Otra «radiografía» de un sector de la oficialidad es La fractura del Ejército ante el 18 de julio. El Estado Mayor en la guerra civil (2018) ³¹, de Arturo García Álvarez-Coque, centrada en los militares de Estado Mayor, la influyente élite técnica (en 1936 unos 500 jefes, oficiales y oficiales-alumnos), ejemplificada por conocidos militares como Rojo, Asensio Torrado, Menéndez, Guarnier y Casado en el bando leal, o Goded, Fanjul, Aranda, Vigón o García-Valiño, en el sublevado. La actuación de los estados mayores en cada una de las ocho divisiones peninsulares y en Marruecos pone de relieve la forma y la proporción en que se produjo la división en el Ejército. Del análisis de las trayectorias

individuales de la totalidad de los miembros de este grupo (el Cuerpo de Estado Mayor y los oficiales diplomados) resultan estadísticas sobre los que actuaron en cada bando o bien se hallaron en las «zonas grises» de la desafección a la causa republicana. Se ilustran de manera nítida las carencias en jefes y oficiales cualificados en el bando republicano.

Los libros que acabamos de citar profundizan en las contradicciones que vivieron los militares en 1936: hallarse adscritos a uno de los dos bandos muchas veces no por ideología o inclinaciones personales sino por obra del azar y la geografía, los fuertes lazos de unión y compañerismo entre la oficialidad y por tanto la renuencia de muchos leales a enfrentarse a compañeros sublevados o desafectos.

LOS EJÉRCITOS

El Ejército Popular de la República

Este apartado y los siguientes están centrados en el papel de los militares profesionales y la dinámica de continuidad o ruptura del ejército de la Segunda República en la Guerra Civil. Es necesario advertir que temas importantes en relación con el Ejército republicano no se incluirán en el alcance de este capítulo. Es el caso de, por ejemplo, las milicias populares o las brigadas internacionales, sobre las que existe también abundante bibliografía.

Ya nos hemos referido a la obra de Ramón Salas sobre el Ejército Popular, punto de inflexión en la historiografía militar de la Guerra Civil. Pero antes de adentrarnos en ella, citaremos la otra obra clásica de carácter general, el libro de Michael Alpert *El Ejército Popular de la República* ³², extensa monografía publicada por Ruedo Ibérico en 1976. La tercera edición en 2007 y la primera en inglés en 2013 ³³ se apoyan en una bibliografía actualizada, por ejemplo sobre los aspectos internacionales y la ayuda militar soviética. No es una obra enciclopédica, como el libro de Salas, ni una historia del Ejército Popular en sentido estricto (no entra en el detalle de su evolución orgánica ni de las operaciones militares), pero aborda el papel de los militares profesionales y su relación con las milicias, el comisariado, los comunistas, los asesores soviéticos y la política de los gobiernos republicanos. Reseña hitos como la creación del Estado Mayor Central o la militarización de las milicias.

Sobre los militares profesionales que prestaron servicio en el Ejército republicano, Alpert resalta la idea de «lealtad geográfica» y el hecho de que los leales geográficos podían devenir en leales por convicción. Otro aspecto que Alpert resalta es la insuficiencia de cuadros profesionales en diferentes niveles del Ejército republicano.

Hito importante fue la constitución del primer verdadero Estado Mayor republicano en septiembre de 1936, encabezado por el

teniente coronel Manuel Estrada. El libro de Hernán Rodríguez Velasco Una derrota prevista. El espionaje militar republicano (2012) ³⁴ aborda el papel de Estrada al frente de la Segunda Sección (Información) del Estado Mayor Central, como organizador de los servicios de inteligencia republicanos.

Sobre la creación y desarrollo del Ejército de la República, es una contribución significativa Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República, de Carlos Engel (2005) ³⁵ . La compleja relación de la política con la conducción de la guerra en el campo republicano es tratada por ejemplo en El escudo de la República (2007) de Ángel Viñas. Sobre el Partido Comunista y su política militar, Guerra o revolución (2010) de Fernando Hernández Sánchez ³⁶ .

Publicada en 1973, la referencia fundamental sobre el Ejército republicano es la Historia del Ejército Popular de la República de Ramón Salas Larrazábal ³⁷ , militar que combatió en el bando franquista y que desarrolló su investigación durante la dictadura. El autor es reconocido por su minuciosidad y exhaustividad en la exposición del desarrollo orgánico y de las vicisitudes del Ejército Popular de la República (EPR). En la edición de 2006 el libro fue lamentablemente amputado del material fotográfico y de casi todos los interesantes anexos documentales.

El libro es representativo de una historia militar de la Guerra Civil apoyada en fuentes, que se aleja del maniqueísmo de la historiografía franquista anterior, para la cual la contienda había sido la lucha del verdadero Ejército español contra la anti-España, y no una lucha entre dos ejércitos surgidos, ambos, del Ejército de la Segunda República. Se puede suponer con fundamento, y seguramente el mismo autor lo suscribiría, que la obra fue realizada con afán de demostrar que la victoria franquista no se llevó a cabo sobre caóticas hordas de milicianos, sino sobre un ejército moderno y poderoso, encuadrado por competentes militares profesionales. En este empeño, la obra tiende a enfatizar la intervención en el esfuerzo de guerra republicano de numerosos oficiales profesionales. Aun con buena parte de verdad en esta visión, en ocasiones se puede reprochar al autor que vaya un poco lejos en su afán de demostrar que esencialmente hubo un equilibrio en ambos

bandos —por ejemplo, en las ayudas internacionales— o bien que la República tuvo el apoyo de una parte muy significativa de la oficialidad profesional. Parte de este relato debe ser criticado, por varias inexactitudes en los datos (no fácilmente evitables dada la dimensión enciclopédica de la obra) y la tendencia a magnificar la contribución de parte de la oficialidad, que en realidad actuó solo temporal o fugazmente en el EPR, por su desafección y consiguiente paso a la situación de disponible, o por su decisión de ocultarse o pasarse al campo franquista ³⁸ .

Salas mantiene con fundamento la tesis de que la República no quiso o no pudo aprovechar a la oficialidad potencialmente disponible y dispuesta en principio a servir al gobierno, debido al espíritu miliciano y antimilitarista de los primeros meses de la guerra.

Aspecto relevante del libro de Salas es el relato de las transformaciones organizativas del EPR y del Estado Mayor Central durante los gobiernos Giral y Largo Caballero, etapas quizás menos estudiadas por la historiografía militar que la del gobierno Negrín a partir de mayo de 1937. También es de interés su detallada reseña de los planes militares del ministro de la Guerra Largo Caballero (ofensiva de Extremadura, precedente del «plan P» de Vicente Rojo), abortados por el derribo de su gobierno en mayo de 1937.

El Ejército Nacional

No existe ninguna obra general sobre el Ejército Nacional (EN) equivalente a las de Salas y Alpert para el EPR ³⁹ . No obstante, existen varias aproximaciones y estudios parciales ⁴⁰ . El EN no fue un ejército construido desde una situación de caos e improvisación, como el EPR, sino la continuidad del Ejército de preguerra, del que heredó las estructuras y la organización en los territorios donde triunfó la sublevación.

No es difícil constatar que de los dos ejércitos en liza, uno de ellos, el franquista, era muy superior en organización y en capacidad de dirección de las operaciones militares. La dirección de las grandes unidades del EN (ejércitos, cuerpos de ejércitos y divisiones) estuvo siempre a cargo de militares de alta graduación, con oficiales diplomados en los estados mayores. Por el contrario, en el EPR, en los niveles equivalentes de las grandes unidades, se hallaban algunos militares profesionales, generalmente de baja graduación, pero muchos oficiales de origen miliciano ⁴¹ . También diferencia fundamental entre los dos ejércitos fue la carencia en el republicano de un mando único en la persona de un comandante en jefe, ya que la máxima autoridad militar (en principio el jefe del Estado Mayor Central, el general Vicente Rojo desde mayo de 1937) dependía de un civil, el ministro de Defensa. En contraste, en el campo franquista existía un mando único y autoridad incontestada, el Generalísimo, que tomaba las decisiones (fueran estas acertadas o no) y que sin interferencias políticas dirigía las operaciones a través de su Cuartel General.

En la Historia del Ejército Popular y en otras publicaciones subyace la idea de un equilibrio en las capacidades de ambos ejércitos, incluyendo la ayuda material internacional. Aunque hubiera a lo largo del conflicto momentos de cierto equilibrio, la República tuvo que afrontar el bloqueo o la falta de regularidad en los suministros causados por el pacto de No Intervención suscrito por las potencias europeas, así como las mayores dificultades logísticas para la

llegada de la ayuda soviética que para la alemana e italiana a los rebeldes. El estudio más completo sobre los suministros de armas es la obra de Gerald Howson *Armas para España*. El tema también es tratado por ejemplo en *El escudo de la República*, de Ángel Viñas ⁴². La inferioridad material de las fuerzas republicanas fue manifiesta, por ejemplo, en la campaña del Norte, o tras el desgaste causado por las derrotas (Teruel, la debacle en Aragón en la primavera de 1938 o la batalla del Ebro).

Un estudio sistemático sobre las armas utilizadas en la Guerra Civil en *Las armas de la guerra civil española*, de José Manrique y Lucas Molina (2006) ⁴³.

Distribución de la oficialidad entre los dos ejércitos

Una obra singular es *El cuerpo de oficiales en la guerra de España* (2008) de Carlos Engel ⁴⁴, un inventario de la oficialidad del ejército español en fecha 18 de julio de 1936, referencia utilísima para el investigador a pesar de errores y omisiones (comprensibles debida la dimensión de la tarea asumida por el autor). Algunos datos podrían afinarse en la actualidad, dada la mayor facilidad de acceso a los archivos. Engel identifica el empleo y destino de cada oficial y lo cataloga como republicano (R) o nacional (N), dato que conviene tomar con cautela, aunque pensamos que la asignación es correcta excepto en contados casos. Por supuesto, Engel no califica la ideología o inclinaciones, sino que se limita a ofrecer un dato objetivo: en qué ejército prestó servicio el oficial en cuestión, sin olvidar otros matices, como el caso de los etiquetados R*, aquellos que sirvieron con los republicanos por obra del azar o forzosamente, a veces por periodos muy limitados, y que después de la guerra fueron readmitidos en el ejército franquista, para ser posteriormente depurados (retiro forzoso) en virtud de la llamada Ley Varela.

En la historiografía se observa cierta confusión sobre la proporción en que se dividió la oficialidad a partir del 18 de julio. Algunos trabajos en los últimos años han aportado respuestas bien fundamentadas. Las diversas estimaciones sobre el número de leales (más exactamente, de no sublevados) son difícilmente comparables, por obedecer a criterios distintos. Un criterio acertado para cuantificar los adscritos a cada bando es el planteado por Puell de la Villa y Alonso Baquer ⁴⁵: considerar solo las armas y cuerpos combatientes del Ejército de Tierra (Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Estado Mayor), que fueron las decisivas, sin incluir cuerpos auxiliares como Sanidad y Farmacia, Veterinaria, Intendencia, Intervenciones, Jurídico o el Cuerpo Eclesiástico. Es decir, considerar solo jefes y oficiales en activo y con mando en armas (12.610 jefes y oficiales en 1936) ⁴⁶.

No es nuestra intención entrar en un análisis detallado ni contrastar estimaciones. Pero sí apuntar que, a nuestro juicio, quienes más han profundizado en la cuestión han sido (además de Engel) Salas, Puell de la Villa en el citado trabajo «Julio 1936. ¿Un ejército dividido?» y más recientemente García Álvarez-Coque en La fractura del Ejército...⁴⁷. A partir de estos estudios, creemos fiable la cifra de un 24 por ciento de la oficialidad inicialmente con el Ejército republicano. Pero esa adhesión al bando gubernamental no era sincera en muchos casos y el porcentaje fue disminuyendo, prácticamente a la mitad hacia final de 1937, en beneficio del bando sublevado, a causa de las bajas (en combate, por desafección o por enfermedad, simulada o no), pero sobre todo a los «pasados» de la zona republicana a la rebelde.

Una buena aproximación es estimar que desde finales de 1937 la oficialidad profesional que prestaba servicio en el Ejército Popular de la República constituía alrededor de solo un 12 por ciento de la oficialidad en activo en julio de 1936. En las mismas fechas, actuaba en el ejército franquista cerca de un 42 por ciento de la oficialidad de 1936. El resto (un 46 por ciento) habían sido bajas (fusilados, muertos en acción de guerra, retirados del Ejército) o se hallaban encarcelados, ocultos o refugiados en legaciones diplomáticas⁴⁸. Esta desproporción en cuadros profesionales cualificados fue una ventaja sustancial del Ejército franquista.

Si al 12 por ciento en el bando republicano desde 1937 sumamos los depurados por no sublevarse y los caídos en los primeros meses, la cifra podía llegar a un 17 por ciento de no adscritos al bando franquista. Una interesante referencia es la afirmación de Vicente Rojo en España Heroica (1942): «fueron muchos los miembros del viejo ejército regular (no dudamos en cifrarlos en más de dos millares) que encontraron su deber al servicio del pueblo»⁴⁹. Si por «miembros del viejo ejército» Rojo se refiere a jefes y oficiales (no suboficiales) de las armas combatientes, la cifra de 2.000 representa algo menos del 16 por ciento de la oficialidad de 1936, aproximándose a la cifra de entre el 12 y el 17 por ciento apuntada arriba.

Aviación, Marina

Hasta aquí nos hemos centrado en el Ejército de Tierra. No es nuestra intención una reseña exhaustiva sobre el conjunto de armas y cuerpos, tarea fuera del alcance de este capítulo. En cuanto a la Aviación y la Marina, solo añadiremos algunos apuntes.

Sobre la primera, una referencia clásica que constituye el primer estudio en profundidad es *La Guerra de España desde el Aire* (1972), de Jesús Salas Larrazábal. Como temprano contrapunto a este libro, el aviador republicano Andrés García Lacalle publicó en el exilio *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra española* (1973). Un estudio extenso y más reciente, de Carlos Saiz Cidoncha, es *Aviación republicana. Historia de las Fuerzas Aéreas de la República Española (1931-1939)* (2006) ⁵⁰.

Sobre la Marina, una conocida referencia es *La Guerra Civil española en el mar*, de Michael Alpert (1987) ⁵¹. Citaremos además libros que, desde el punto de vista republicano, tratan dos episodios cruciales ocurridos al principio y al final de la guerra. Uno de ellos, el control gubernamental de la flota tras la sublevación: *La Escuadra la mandan los cabos* (Manuel D. Benavides, México, 1986) y *La flota es roja* (Daniel Sueiro, 2009). Otro episodio clave, al final de la guerra, lo constituyen los sucesos de Cartagena que desembocaron en el abandono de la base por la flota republicana. Publicadas en México en 1944 y reeditadas en 2006, las memorias del comisario de la flota Bruno Alonso ofrecen una visión de estos hechos. Sobre el contexto y desarrollo de los sucesos de Cartagena y de los avatares de la flota, por ejemplo, *Así terminó la guerra de España*, de Ángel Bahamonde y Javier Cervera (2000) ⁵².

NUEVOS ENFOQUES: LA TROPA, MOVILIZACIÓN, RECLUTAMIENTO

En la historiografía militar de la contienda civil se han planteado nuevas perspectivas, especialmente desde 2007. A continuación expondremos varios ejemplos ⁵³.

El ejército republicano en el frente de Extremadura, desde la formación de este hasta su derrumbe por la ofensiva franquista de 1938, es el objeto de estudio en Tropas de un frente olvidado: el ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil, de José Hinojosa Durán (2009). Las vicisitudes de las unidades militares allí destacadas y las vivencias de la tropa que las componía son contextualizadas en una monografía bien documentada. Se trata de un estudio de caso muy completo sobre un sector del Ejército Popular y sus transformaciones a lo largo del conflicto ⁵⁴.

El importante estudio de James Matthews Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil 1936-1939 (2013) ⁵⁵ trata en profundidad, para ambos ejércitos, la vida de la tropa, los sistemas de reclutamiento y la incorporación de prisioneros como soldados, y concluye que la mejor capacidad del bando franquista para integrar en su ejército a elementos no afectos o incluso contrarios ideológicamente fue uno de los factores que determinaron su superioridad militar.

El reclutamiento y la movilización en un ámbito provincial, en este caso en un contexto de adhesión mayoritaria a los sublevados, en Álava, una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil, de Germán Ruiz Llano (2016) ⁵⁶.

Sobre el número considerable de españoles que evitaron servir en el frente, Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar (2007) ⁵⁷, de Pedro Corral, centrado en tres grupos: los desertores, los prófugos y los llamados «emboscados» (aquellos que con diversos

pretextos evadían el servicio en el frente, en general consiguiendo ocupar puestos de retaguardia). El autor estima que la mitad de los cinco millones de españoles que fueron movilizados logró evitar su incorporación a filas. A partir de su investigación, calcula el número de desertores en varias decenas de miles. Como concluye el autor, un alto porcentaje de los españoles llamados a filas no estaba dispuesto a morir o matar por la causa de quien los movilizaba.

Entre los nuevos enfoques, los planteados por Michael Seidman, autor de trabajos sobre historia social durante la Guerra Civil. Para la historiografía militar es relevante su tesis, expuesta en *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil* (2012)⁵⁸, según la cual la clave de la victoria del bando franquista fue la mejor gestión de una economía orientada al esfuerzo de guerra.

LAS OPERACIONES MILITARES

Desde la primera posguerra hasta principios de los sesenta, las publicaciones en España exaltan al Glorioso Movimiento Nacional y al Generalísimo, sin matices. Obras clásicas de esta época, ambas de 1940, *Historia militar de la Guerra de España* de Manuel Aznar y *Operaciones militares de la guerra de España* de Luis María de Lojendio ⁵⁹. Tratándose de libros sobre las operaciones militares, sorprende que ninguno de estos autores fuera militar ni hubiera participado en acciones bélicas. Aznar fue periodista y diplomático. Lojendio, escritor y propagandista significado como portavoz del régimen franquista durante la Guerra Fría.

Sin embargo, no faltaron militares del ejército vencedor que escribieron sobre las campañas, unos más en una retórica triunfalista, otros desde un punto de vista más técnico. En el primer caso, un militar de Estado Mayor, José Díaz de Villegas, conocido antes de la guerra por sus escritos sobre Marruecos, siendo ya general publicó en 1957 *Guerra de liberación*, detallado trabajo con abundantes ilustraciones. Como muestra del tono de esta publicación, al hablar de los antecedentes de la guerra explica la deriva de la República hacia la revolución por el poder de la masonería, citando como masones a 14 destacados jefes del «Ejército Rojo» (de hecho, de varios de ellos no constan dichos vínculos con la masonería). Libro más aséptico, de Gregorio López Muñiz, es *La Batalla de Madrid* (1943). El comandante López Muñiz se encontraba en Madrid el 18 de julio y se halló nominalmente adscrito a las fuerzas republicanas. Se evadió por el frente de Toledo en octubre 1936 y se incorporó a los sublevados para participar en los ataques a Madrid. El general Rafael García-Valiño escribió desde al menos 1949 sobre diversas campañas en las que tomó parte, por ejemplo, *La campaña del Norte* (1961). De Carlos Martínez Campos, jefe de la artillería del Ejército del Norte, su ya mencionado libro de memorias *Ayer* (1970) ⁶⁰.

Mención aparte merecen *Mis cuadernos de guerra* (1945), del jefe

de la aviación franquista general Alfredo Kindelán ⁶¹ . Además de tratar episodios que vivió directamente, como la batalla del Ebro, analiza las estrategias de ambos ejércitos. Kindelán mantuvo diferencias con Franco en temas políticos y militares, especialmente como partidario de una restauración monárquica con Juan de Borbón. Mis cuadernos de guerra fue impreso en 1941, pero, aunque fue autorizado por la censura, a instancias de Franco el Ministerio de Defensa no autorizó su publicación hasta 1945, con párrafos censurados. Lo censurado eran opiniones sobre las operaciones de guerra y sobre los mandos que las realizaron, que en algún caso podían interpretarse como críticas al propio general Franco. Por ejemplo, «que en algún caso preocupaciones políticas distrajeran al Generalísimo de su primordial misión de ganar la guerra». Además de su análisis de los errores tácticos y estratégicos de los «rojos», también crítica al Ejército Nacional. Kindelán habla de «la relativa incompetencia de nuestros Mandos [...] consecuencia de no haber practicado el Arte militar» ⁶² , y consecuencia también, según el autor, de la incultura en relación con la historia militar (en particular la historia de las batallas). En realidad el autor reconoce que los mandos en la Guerra Civil, no solo los republicanos, no habían conducido antes ninguna operación de envergadura, ni tenían experiencia en la dirección de grandes unidades, debido a su formación, en el mejor de los casos, en la guerra rudimentaria de las campañas de África. Con la transición política, la edición del libro en 1982 incluyó los pasajes omitidos, con un prólogo y extensa semblanza del general realizada por su hijo Alfredo Kindelán Núñez del Pino.

El coronel José Manuel Martínez Bande llevó a cabo un minucioso trabajo en el entonces llamado Archivo de la Guerra de la Liberación (hoy Archivo General Militar de Ávila) para publicar la colección Monografías de la Guerra de España: 18 monografías sobre las principales campañas y batallas, la primera de ellas en 1968 (La marcha sobre Madrid), desarrollando esta actividad sobre todo durante el tardofranquismo y hasta los años ochenta ⁶³ .

El militar republicano Francisco Ciutat, miembro del Partido Comunista, después de un largo exilio en la Unión Soviética y en Cuba, volvió a España en el inicio de la Transición y publicó en 1978 Relatos y reflexiones de la guerra de España, 1936-1939 ⁶⁴ ,

importante obra de análisis militar, de carácter más bien técnico. Ciutat fue jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte republicano y jefe de operaciones del Ejército de Levante. En su libro resalta importantes deficiencias de la conducción de la guerra por el mando republicano: el papel pasivo desde mediados de 1937 de la considerable fuerza militar que representaba el Ejército del Centro, con la consiguiente falta de recursos en otros frentes, al tiempo que Franco concentraba el grueso de su ejército en puntos que fueron decisivos, lo que desembocó en las debacles republicanas en Aragón y Cataluña. También señalada por Ciutat, la ausencia en el Ejército Popular de un verdadero comandante en jefe y mando único, como los que había en el ejército de Franco.

En los años ochenta, cuando de la transición política habían surgido todavía pocos nuevos trabajos de historia militar, destaca «Las ideas estratégicas en la Guerra de España», capítulo del general Alonso Baquer en *Historia social de las fuerzas armadas españolas* (1986), ensayo sobre las estrategias en ambos bandos, analizando la bibliografía aportada por autores republicanos del exilio (Rojo, Pérez Salas y Cordón, entre otros). En ese año apareció también una *Historia General de la Guerra de España de los hermanos Salas Larrazábal* (1986) ⁶⁵ .

Entre los primeros libros en la década del 2000, destacan los de Carlos Blanco Escolá, reivindicativos del talento militar del general Rojo en contraste con lo que considera incompetencia de Franco ⁶⁶ .

En la línea de obras de carácter general sobre la guerra civil, pero con un énfasis en el aspecto bélico-militar, el antiguo oficial británico y autor de best sellers Antony Beevor publicó en 2005 *La guerra civil española* ⁶⁷ , con ameno estilo narrativo, recurriendo al uso eficaz de citas y testimonios y apoyado en abundantes fuentes (bibliográficas y de archivos extranjeros). Poco después aparecieron obras de síntesis (no dedicadas a determinadas campañas o batallas), como alternativa a las dispersas y muy detallistas monografías de Martínez Bande: *Historia militar de una guerra civil* de Gabriel Cardona (2006) y *Atlas de la Guerra Civil española* de Fernando Puell, con ilustraciones de Justo Huerta (2007) ⁶⁸ .

El libro de Cardona fue escrito, según el autor, para «pensar sobre la cuestión menos reflexionada de la Guerra Civil, que es la guerra

misma». En realidad Cardona reflexionaba sobre la historia militar de la Guerra Civil desde años antes, por ejemplo en el capítulo sobre las operaciones militares en La Guerra Civil Española 50 años después (editado por Manuel Tuñón de Lara, 1989) ⁶⁹ . Del análisis de múltiples episodios, así como del conflicto en su globalidad, Cardona concluye que, militarmente, la guerra fue «un verdadero desastre, una inmensa chapuza por ambos bandos». Por parte de los republicanos, porque su ejército nunca llegó a ser una máquina militar eficiente. En el caso del ejército franquista, que era muy superior, porqué tardó mucho en ser decisivo, lo cual Cardona atribuye a «la ignorancia estratégica y el cálculo político» del general Franco.

El Atlas de la Guerra Civil española es primordialmente una descripción metódica y estructurada de las operaciones militares, con mapas que facilitan la comprensión y con una útil cronología en los apéndices. Además del público interesado en la Guerra Civil, la obra va dirigida en particular a docentes de enseñanza secundaria y bachillerato. Apoyado en los libros de Cardona y Puell, así como en otras muchas fuentes bibliográficas y archivísticas, en 2009 Jorge M. Reverte publicó El arte de matar: cómo se hizo la Guerra Civil española ⁷⁰ , también una obra de síntesis sobre las operaciones militares, con un estilo narrativo ágil y accesible, que aborda los debates sobre las estrategias de ambos bandos; por ejemplo, sobre el supuesto afán de Franco por prolongar la contienda para exterminar mejor a sus enemigos, Reverte defiende que la guerra fue larga porque Franco tuvo enfrente un enemigo, el Ejército Popular de la República, que a pesar de sus enormes carencias fue un formidable adversario.

No son pocos los libros sobre batallas. Un ejemplo temprano es La batalla del Ebro (México, 1944) ⁷¹ , con prólogo de Vicente Rojo. El autor, Julián Henríquez Caubin, fue un abogado comunista, jefe del Estado Mayor de la 35 División del XV Cuerpo del Ejército del Ebro. En el prólogo Rojo elogia el propósito de transmitir enseñanzas sobre lo que califica «el suceso culminante (de nuestra guerra) que fue la batalla del Ebro». Los anexos con órdenes generales de operaciones muestran el nivel de profesionalidad y organización que se había alcanzado en algunos sectores del Ejército Popular, al menos sobre el papel.

Dos excelentes libros sobre la batalla del Ebro, ambos de 2003, son: El Ebro. La batalla decisiva de los cien días, de Miguel Alonso Baquer, y La batalla del Ebro, de Jorge Martínez Reverte ⁷² . El de Alonso Baquer, aunque monográfico sobre la batalla, abarca un contexto amplio. Además del contexto político, analiza las campañas de 1938 que la precedieron, el papel de los jefes militares de cada bando tanto en la conducción estratégica al más alto nivel como en el mando táctico de las unidades y los escritos posteriores (memorias, críticas, explicaciones) debidos a Rojo, Modesto, Vigón o a los historiadores militares Martínez Bande y Salas Larrazábal. El libro de Jorge M. Reverte es una minuciosa reseña cronológica expuesta con un ameno pulso narrativo.

Sobre la lucha en Madrid y su entorno, nos parece relevante La batalla de Madrid, también de Martínez Reverte (2004) ⁷³ . A partir de múltiples fuentes bibliográficas, hemerográficas y primarias, realiza un notable esfuerzo de reconstrucción de la cronología de hechos bélicos y el ambiente en el Madrid asediado hasta enero de 1937, con interesante material fotográfico.

Siendo muy abundante la bibliografía sobre la batalla de Madrid, además de las monografías de Martínez Bande, solo citaremos dos clásicos: uno de ellos, Asedio de Madrid, del brigadista Robert Colodny, veterano del batallón Abraham Lincoln (Ruedo Ibérico, 1970). Otro clásico es el primer libro que apareció sobre la batalla, en 1937, La defensa de Madrid, del testigo directo y periodista Geoffrey Cox, publicado en 2005 con edición e introducción de Martin Minchom ⁷⁴ .

Además de la batalla del Ebro, en los años 2000 y particularmente desde 2010 han aparecido monografías sobre las batallas más importantes, como el Jarama, Brunete o Teruel. Solo indicaremos algunas referencias entre las más relevantes ⁷⁵ . En el mismo periodo, además de las batallas más célebres, se han estudiado episodios importantes aunque a veces menos conocidos. Destacan por ejemplo el libro de Luis de Vicente sobre la Operación Garabitas en abril de 1937, el de Fernando Calvo González-Regueral sobre la guerra en la Ciudad Universitaria o el de Josu Aguirregabiria sobre la batalla de Villarreal de Álava, la primera ofensiva del ejército republicano, en noviembre y diciembre de 1936 ⁷⁶ .

BIOGRAFÍA

Sobre biografías de los militares sublevados, podríamos empezar por la multitud de obras sobre el propio general Franco, aunque en ellas naturalmente domine la trayectoria política del Caudillo más que la faceta militar. Solo citaremos dos obras de reconocida solvencia: el acercamiento biográfico riguroso y equilibrado de Juan Pablo Fusi, Franco. Autoritarismo y poder personal (1985). Por otro lado, de Paul Preston, Franco, «Caudillo de España» (2002) ⁷⁷ .

En los años de la posguerra, hasta prácticamente la Transición, las biografías de los protagonistas del golpe militar y jefes de los ejércitos de Franco, que lucharon por «la salvación de España», son de tono hagiográfico y exaltador en grados diversos. Se trata de libros con algún mérito testimonial pero escaso valor historiográfico. Como ejemplo, Un faccioso cien por cien (1938) ⁷⁸ , del hijo del general Manuel Goded, sobre su padre, fusilado en 1936 por encabezar la fracasada sublevación en Barcelona.

Dentro de la misma línea, General Mola: el conspirador (1957), General Sanjurjo (un laureado en el penal de Dueso) (1958) o General Queipo de Llano (Aventura y audacia) (1958). En este último caso, se trata de una versión sobre los méritos de Queipo en el triunfo de la sublevación en Sevilla que ha sido rebatida con rigor por ejemplo por Gil Honduvilla ⁷⁹ .

El general José Enrique Varela ha sido quizás el más biografiado, desde Un soldado en la Historia. Vida del capitán general Varela de José María Pemán (1954) hasta Varela: el general antifascista de Franco de Federico Martínez Roda (2012), pasando por General Varela (de soldado a general) de Francisco Javier Mariñas (1999). Aunque se trate de unas memorias y no de una biografía, citaremos aquí General Varela: diario de operaciones 1936-1939, de Jesús N. Núñez Calvo (2010) ⁸⁰ .

Por otra parte, el general Mola, desaparecido desde 1937, ha sido

relativamente poco biografiado, aparte de los ya citados libros de Jorge Vigón o, en la primera posguerra, los de sus cercanos colaboradores. En 2002 se publicó General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil, de Carlos Blanco Escolá ⁸¹. De 2004, sobre el general Sanjurjo, cabeza del golpe de 1936, muerto en accidente aéreo el 20 de julio, es El general Sanjurjo, héroe y víctima: el militar que pudo evitar la dictadura franquista, escrito por su sobrino nieto Enrique Sacanell Ruiz de Apodaca ⁸².

Como exponente de la actitud de autores profranquistas que sin embargo consideran (en este caso en un libro de 1998) a militares de ambos bandos respetables militares «de un solo ejército, el español», los esbozos biográficos de Rafael Casas de la Vega, Seis generales de la guerra civil. Vidas paralelas y desconocidas ⁸³, sobre Mola, Queipo y Vigón, en un bando, y Miaja, Rojo y Casado, en el bando adversario.

Una serie de biografías de militares héroes del franquismo han aparecido, quizás, en parte, como reacción al movimiento de «recuperación de la memoria histórica», que para algunos académicos y autores alimenta un sesgo revanchista favorable a los vencidos. En esta línea, las biografías de Millán Astray (2003), Yagüe (2010) o Muñoz Grandes (2104), entre otras publicaciones de Luis Togores ⁸⁴. No ha faltado una apología del coronel Segismundo Casado, que dirigió el golpe contra el gobierno Negrín y abrió la puerta a la liquidación de la Guerra Civil: Coronel Segismundo Casado López. Defensor de la Justicia, la Libertad y la República (2018), de Pedro López Ortega ⁸⁵.

Sobre los militares del bando derrotado, importante libro es el trabajo pionero de María Teresa Suero Roca Militares republicanos de la guerra de España (1981), en el inicio de la transición política, con mejores aunque entonces todavía precarias facilidades de acceso a archivos militares ⁸⁶.

Muchos años más tarde, reflejo del cambiante clima político, el Ministerio de Defensa publicó 25 militares de la República (2011), que, entre otros méritos, incluyó biografías de militares de cierta relevancia de los cuales no existía hasta entonces ninguna aproximación biográfica, como el general Sebastián Pozas o el teniente coronel de Estado Mayor Manuel Estrada (de Ángel

Bahamonde y Hernán Rodríguez Velasco, respectivamente) ⁸⁷ . Por los cargos que ocupó, el general Manuel Matallana habría podido ser incluido en ese grupo de militares republicanos. Al parecer su imagen como traidor a la causa republicana le dejó fuera de la selección, en la que no obstante se incluye a militares de trayectoria no precisamente inmaculada, como el coronel Casado o el almirante Buiza.

Como recopilación de datos biográficos, del comandante Juan Barba es Hombres de armas de la República, también publicada por el Ministerio de Defensa (2015) ⁸⁸ , que a veces reproduce errores en algunas de las fuentes en la red.

Del militar republicano de mayor prestigio y el más conocido por el público, el general Vicente Rojo, es excelente la biografía de José Andrés Rojo (2006). En 1989 ya había aparecido el interesante libro Los papeles del general Rojo (coordinado por Jesús Martínez Paricio), apoyado en la abundante documentación legada por el general, un libro que para un historiador adolece sin embargo de la falta de referencias precisas a las fuentes ⁸⁹ . A pesar de los méritos de estas obras, no se ha escrito todavía una biografía del general Rojo producto de una investigación y análisis con todo rigor historiográfico.

De la otra gran figura militar del bando republicano, el «defensor de Madrid», general José Miaja, aunque existen varias aproximaciones biográficas y semblanzas (la primera de 1944, del periodista Lázaro Somoza, en el exilio mexicano), aún no se ha escrito una verdadera biografía con profundidad y rigor ⁹⁰ .

Destacaremos dos biografías de militares que fueron relevantes por distintas razones. Una, la del general Domingo Batet, paradigma del militar que se negó a sublevarse el 18 de julio y que por ello fue fusilado: El general Batet: Franco contra Batet, crónica de una venganza, de Hilari Ragner (1996). La otra, de Juan Hernández Saravia, militar y fiel seguidor de Manuel Azaña y ministro de la Guerra republicano en los primeros días de la guerra (así como ministro de Defensa del gobierno de la República en el exilio en 1945), biografiado por Manuela Aroca en General Juan Hernández Saravia. El ayudante militar de Azaña (2006) ⁹¹ .

El ensayo biográfico Recordarán tu nombre, de Lorenzo Silva (2018), expresa una voluntad de rescatar la memoria de «héroes olvidados» (aún menos conocidos que, por ejemplo, el general Batet). En este caso el general de la Guardia Civil José Aranguren, mando que fue clave para el fracaso de la sublevación en Barcelona en julio de 1936 ⁹² .

MEMORIAS

Libros de memorias de jefes del bando nacional, basados en diarios de campaña, han sido citados en el anterior epígrafe «Las operaciones militares», por ejemplo, los escritos de Alfredo Kindelán (1945), José Díaz de Villegas (1957) o Carlos Martínez Campos (1970). Otros son ediciones modernas de memorias no publicadas. Es el caso de Queipo de Llano: memorias de la Guerra Civil, de Jorge Fernández-Coppel (2008), con la versión del propio Queipo sobre el éxito del golpe en Sevilla en 1936. También edición moderna de un diario es General Varela, diario de operaciones 1936-1939, de Jesús Núñez Calvo (2010). Las memorias del general Eduardo López Ochoa (republicano legalista implicado en la represión en Asturias y por ello asesinado en agosto de 1936) también han visto la luz con el título de Memorias de un soldado (2007) ⁹³.

Obra interesante de un militar entre aquellos que se movieron en las «zonas grises» de la lealtad a la República es Unos y otros, del capitán de Estado Mayor Ángel Lamas Arroyo (1972) ⁹⁴. Lamas era jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte cuando la caída de Santander en agosto de 1937 y escribió su libro años después de haber sido sometido a un consejo de guerra y a una condena a muerte conmutada. En él refiere insistentemente, quizás exagerando, su desafección a la República, los servicios subrepticamente prestados a la «Causa Nacional» y sus denodados esfuerzos por pasarse a la zona franquista.

Hubo una importante producción memorialística entre los militares republicanos que desde el exilio buscaban hacerse oír y dar a conocer su verdad, o autojustificarse. Lo que sigue es una somera reseña, en orden cronológico según fecha de publicación.

José Martín Blázquez (1938) ⁹⁵. Testimonio de un comandante de Intendencia que ocupó puestos relevantes, sobre los primeros días y semanas de la guerra y sobre la difícil adaptación de muchos militares al

mundo miliciano y al caos revolucionario que se desató al mismo tiempo que la Guerra Civil: Guerre civile totale fue publicado en 1938 en francés, y en 1939 en su traducción inglesa I helped to build an army . Militar azañista, destinado en la guardia presidencial en julio de 1936, formó parte del gabinete dirigido por Hernández Saravia y Menéndez a partir del 18 de julio. Se evadió a Francia en mayo de 1937 por razones que su libro no aclara.

Vicente Rojo (1940) ⁹⁶ . En 1940 se publicó en Buenos Aires ¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del periodo final de la guerra española, cuya edición de 1974 está prologada por Ramón Salas. Es quizás la obra más interesante de Rojo en relación con los problemas militares, y fue escrita en 1939, apenas tres meses después de la caída de Cataluña. Rojo da su visión sobre los problemas que lastraron el esfuerzo bélico republicano, por ejemplo la precariedad de los Estados Mayores republicanos, así como la ausencia de un mando único, lo que, por ejemplo, hizo abortar sus planes de ofensiva en Extremadura y Andalucía que evitaran in extremis la debacle en Cataluña.

Procedente de la ingente documentación de Vicente Rojo en el Archivo Histórico Nacional, la Historia de la Guerra Civil Española (2010), escrita en los años sesenta, después del retorno de Rojo a España —aunque no publicada entonces— y, por tanto, a bastantes años de distancia de los hechos. Aun así, un relato de notable interés, por ejemplo sobre las circunstancias en que Rojo empezó a prestar servicio en el ejército leal a la República, cuando fue agregado a los restos del Estado Mayor Central de preguerra. La parte de esta obra sobre la defensa de Madrid reproduce literalmente el libro publicado con el título Así fue la Defensa de Madrid, del cual se han criticado inexactitudes, por ejemplo en relación con la actuación de las Brigadas Internacionales.

Jesús Pérez Salas (1947) ⁹⁷ . Jefe superior de la policía de Barcelona, jefe de Columna y de Cuerpo de Ejército, subsecretario del Ejército de Tierra, hermano del prestigioso militar leal Joaquín Pérez Salas. Representativo de los militares profesionales opuestos a la hegemonía del Partido Comunista. Publicó en 1947 Guerra en España, obra crítica con el general Rojo. Sostiene que muchos militares profesionales fueron apartados, al principio de la guerra por antimilitarismo y más tarde por la hegemonía de los comunistas. Ha sido reeditado en 2019.

Ignacio Hidalgo de Cisneros (1964) ⁹⁸ . *Cambio de rumbo* es una autobiografía de este militar de orígenes aristocráticos afiliado al Partido Comunista, jefe de la aviación republicana. Ameno relato sobre el mundo de los militares hasta 1936 y después sobre la aviación republicana y el papel de los comunistas en la guerra.

Segismundo Casado (1968) ⁹⁹ . Casado regresó a España en 1961. El libro autojustificativo *Así cayó Madrid* fue publicado en 1968, con correcciones de la censura franquista. En 1939 ya había publicado en Londres *The last days of Madrid*.

Antonio Cerdón (1971) ¹⁰⁰ . Muy relevante testimonio es *Trayectoria* (recuerdos de un artillero) (1.^a ed., 1971), por su relato sobre el ejército anterior a la guerra, por la importancia de los cargos que ocupó Cerdón durante la guerra (subsecretario de Defensa, jefe de Estado Mayor de Ejército y de Grupo de Ejércitos) y por su papel como destacado miembro del Partido Comunista.

Frederic Escofet (1973) ¹⁰¹ . Del exilio volvió a España en 1978 y en 1984 publicó sus memorias, *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936* (publicadas en catalán en París, 1973). Consejero de Orden Público de la Generalitat, organizó con su adjunto Vicente Guarnier y con la Guardia Civil (general José Aranguren y coronel Antonio Escobar) la derrota de la sublevación en Barcelona el 19 de julio de 1936.

Vicente Guarnier (1975) ¹⁰² . Organizador de la UMRA en Cataluña, jefe de Orden Público de la Generalitat, combatió contra sus compañeros sublevados en Barcelona. Fue asesor militar del gobierno de la Generalitat y director de la Escuela Popular Superior de Guerra cuando el gobierno se trasladó a Barcelona en 1937. Como Pérez Salas, se opuso a la hegemonía comunista en el Ejército y fue crítico con Vicente Rojo. En 1975 publicó *Cataluña en la guerra de España* .

Eligio de Mateo Sousa (2004) ¹⁰³ . Catedrático de instituto integrado en las milicias, oficial de Estado Mayor de la primera promoción de la Escuela Popular Superior de Guerra. Emparentado con la mujer de Azaña, antes de la guerra fue dirigente de la FUE (Federación Universitaria Estudiantil). Su libro *Memorias de un republicano español* es muy informativo sobre los militares profesionales que fueron sus compañeros en el Estado Mayor del Ejército del Centro y en el Estado

Mayor Central. Aporta muchos datos sobre el exilio de los militares en México.

Aunque en todo el capítulo nos hemos centrado, sin intención de ser exhaustivos, en los militares profesionales, no dejaremos de citar obras memorialísticas de destacados jefes milicianos como Juan Modesto, Enrique Líster y Manuel Tagüeña ¹⁰⁴ . En 2006, el prolífico periodista y especialista de historia bélica Vicente Talón publicó una recopilación de entrevistas a 13 protagonistas de la guerra del bando republicano, la mayoría en el exilio, seis de ellos militares (tres de la Armada): 1936-1939. Luchamos por la República ¹⁰⁵ , con un significativo subtítulo que se refiere a las caras ocultas de la guerra civil. Como ejemplo de personajes incluidos en la serie de entrevistas, el artillero Urbano Orad de la Torre, que dirigió los primeros cañonazos contra el Cuartel de la Montaña en Madrid el 20 de julio de 1936.

■

¹ Ángel Bahamonde Magro, Madrid 1939. La conjura del coronel Casado, Madrid, Cátedra, 2014.

² Fernando Puell de la Villa, Nuevos enfoques y aportaciones al estudio militar de la guerra civil, IUGM/UNED, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2014, pág. 96. Tomando como muestra los catálogos de cinco bibliotecas importantes, apenas un 15 por 100 de libros de temática bélica o militar en títulos publicados entre 2006 y 2014, incluyendo memorias de combatientes.

³ Gabriel Cardona, Historia militar de una guerra civil, Barcelona, Flor del Viento, 2006, pág. 20.

⁴ Carlos Martínez Campos, Ayer, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970, págs. 9-10.

⁵ Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vols. I-IV, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006 (1.^a ed., Editora Nacional, 1973); Jesús Salas Larrazábal, *La Guerra de España desde el Aire. Dos Ejércitos y sus cazas frente a frente*, Barcelona, Ariel, 1972.

⁶ Andrés García Lacalle, *Mitos y verdades: la aviación de caza en la guerra española*, México, Oasis, 1973, pág. 10.

⁷ Según la Ley Constitutiva del Ejército (29 de noviembre de 1878), era misión del Ejército defender a la patria de enemigos exteriores o interiores.

⁸ Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Barcelona, Planeta, 1982 (1.^a ed., Editorial Plus, 1945), pág. 194.

⁹ Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968; Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984; Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983; Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza, 1990.

¹⁰ Manuel Azaña, *Diarios completos: Monarquía, República, Guerra Civil*, introducción de Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2000.

¹¹ Emilio Mola, *Obras Completas*, Valladolid, Librería Santarén,

1940.

¹² Sebastian Balfour, *Abrazo mortal: de la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002; Manuel de Paz Sánchez, *Militares masones de España. Diccionario biográfico del siglo xx*, Valencia, UNED / Fundación Instituto de Historia Social, 2004.

¹³ Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña*, Granada, Comares, 2008.

¹⁴ Fernando Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000; Francisco Alía Miranda, *Historia del ejército español y de su intervención política*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018.

¹⁵ Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, vols. I-VII, Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1943 (ed. 1984, Lavel Industria Gráfica).

¹⁶ B. Félix Maiz, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, Pamplona, Gómez, 1952, y Mola, *aquel hombre. Diario de la conspiración*, Barcelona, Planeta, 1976; José María Iribarren, *Con el general Mola*, Zaragoza, Talleres Editoriales Heraldo de Aragón, 1937; Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*, Valladolid, Librería Santarén, 1939; Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, Alicante, ECASA, 1940.

¹⁷ *Sobre los paradigmas interpretativos de la Guerra Civil*, Enrique

Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer*, núm. 50, 2003, 11-39.

¹⁸ Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, op. cit.

¹⁹ Michael Alpert, *El Ejército republicano en la guerra civil*, París, Ruedo Ibérico, 1976; el libro cambió de título en las ediciones de 1988 y 2007: Michael Alpert, *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2007.

²⁰ Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, Barcelona, Planeta, 1977.

²¹ Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables: las conspiraciones militares en la España del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2003.

²² Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, Madrid, Alianza, 2011.

²³ Carlos Navajas, *Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos*, Madrid, Síntesis, 2011.

²⁴ Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio... y después*, Barcelona, Flor del Viento, 2006; Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936. Conspiración y Alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011; Roberto Muñoz Bolaños, *Las conspiraciones del 36*.

Militares y civiles contra el Frente Popular, Madrid, Espasa, 2019.

²⁵ Fernando Puell de la Villa, «La trama militar de la conspiración», en F. Sánchez Pérez (coord.), Los mitos del 18 de julio, Barcelona, Crítica, 2013, págs. 55-78.

²⁶ Gabriel Cardona, «El cataclismo de julio», La Guerra Civil, vol. 4, Historia 16, 1986, 6-55.

²⁷ Luis Romero, Tres días de julio, Barcelona, Plaza & Janés, 1987 (1.^a ed., 1967), págs. 364-366.

²⁸ AHN: Archivo Histórico Nacional; AGHD: Archivo General e Histórico de Defensa; los archivos de los Tribunales Militares Territoriales en Sevilla, Barcelona y El Ferrol; AGMAV: Archivo General Militar de Ávila.

²⁹ Joaquín Gil Honduvilla, Marruecos, el 17 a las 17, Sevilla, Guadalturia, 2009, y Militares y sublevación, Sevilla 1936, Tomares (Sevilla) , Muñoz Moya / Editores Extremeños, 2011.

³⁰ Germán Ruiz Llano, Militares y guerra civil en el País Vasco. Leales, sublevados y geográficos, Bilbao, Beta III Milenio, 2019.

³¹ Arturo García Álvarez-Coque, La fractura del Ejército ante el 18 de julio. El Estado Mayor en la guerra civil, Granada, Comares, 2018.

³² Michael Alpert, *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 3.^a ed. revisada, 2007.

³³ Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, edición revisada que actualiza el apéndice biográfico.

³⁴ Hernán Rodríguez Velasco, *Una derrota prevista. El espionaje militar republicano en la Guerra Civil española (1936-1939)*, Granada, Comares, 2012.

³⁵ Carlos Engel, *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República*, Madrid, Almena, 2.^a ed. revisada, 2005 (1.^a ed., 1999).

³⁶ Ángel Viñas, *El escudo de la República*, Barcelona, Crítica, 2007; Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución*, Barcelona, Crítica, 2010.

³⁷ Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, op. cit.

³⁸ En el caso de los militares de Estado Mayor, los errores en el libro de Salas señalados en Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura...*, op. cit., págs. 136-140.

³⁹ Utilizamos la usual apelación «Ejército Nacional», sin querer

significar que fuera un Ejército más «nacional» que el republicano.

⁴⁰ José Semprún, *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la guerra de España*, Madrid, Actas, 2004; Carlos Engel, *Historia de las Divisiones Nacionales*, Madrid, Almena, 2010; Rafael Casas de la Vega, *Milicias Nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1974; Roberto Muñoz Bolaños, «El Ejército Nacional», en Ricardo Recio Cardona (ed.), *Rojo y Azul, imágenes de la guerra civil*, Madrid, Almena, 1999; Ricardo de la Cierva, «The nationalist army», en Raymond Carr, *The Republic and the civil war in Spain*, Londres, Macmillan, 1971.

⁴¹ En el caso de los estados mayores, Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura...*, op. cit., págs. 201-209.

⁴² Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, 2000; Ángel Viñas, *El escudo de la República*, op. cit., págs. 89-121 y 165-166.

⁴³ José Manrique García y Lucas Molina Franco, *Las armas de la guerra civil española*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

⁴⁴ Carlos Engel, *El cuerpo de oficiales en la guerra de España*, Valladolid, AF Editores, 2008.

⁴⁵ Fernando Puell de la Villa, «Julio 1936, ¿un ejército dividido?», en Jorge Martínez Reverte (coord.), *Los militares españoles en la Segunda República*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2012, págs. 77-80; Miguel Alonso Baquer, *Franco y sus generales*, Madrid, Taurus, 2005, págs. 43-47.

⁴⁶ Fernando Puell de la Villa, «Julio 1936...», op. cit., pág. 80.

⁴⁷ Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular...*, op. cit., pág. 264; Ramón Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980, págs. 63-64; Fernando Puell de la Villa, «Julio 1936...», op. cit., págs. 77-82; Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura...*, op. cit., págs. 123-136.

⁴⁸ Cifras que provienen del estudio de un sector minoritario, los militares de Estado Mayor (EM). Hay argumentos para considerarlas una buena aproximación para el conjunto de la oficialidad de las armas combatientes (Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Estado Mayor). Arturo García Álvarez-Coque, *La fractura...*, op. cit., pág. 134.

⁴⁹ Vicente Rojo, *España Heroica (Diez bocetos de la guerra española)*, Buenos Aires, Americalee, 1942, pág. 42 (2.^a ed., Ariel, 1975).

⁵⁰ Jesús Salas Larrazábal, *La Guerra de España desde el Aire...*, op. cit.; Andrés García Lacalle, *Mitos y verdades...*, op. cit.; Carlos Saiz Cidoncha, *Aviación republicana. Historia de las Fuerzas Aéreas de República Española (1931-1939)*, tomos I y II, Madrid, Almena, 2006.

⁵¹ Michael Alpert, *La Guerra Civil española en el mar*, Barcelona, Crítica, 2007 (1.^a ed., 1987).

⁵² Manuel D. Benavides, *La Escuadra la mandan los cabos*, México, Roca, 1986; Daniel Sueiro, *La flota es roja: papel clave del radiotelegrafista Benjamín Balboa en julio de 1936*, Madrid, Silente, 2009 (1.^a ed., Argos Vergara, 1983); Bruno Alonso, *La flota republicana*, Sevilla, La Espuela de Plata, 2006 (1.^a ed., México, 1944); Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

⁵³ Fernando Puell de la Villa, *Nuevos enfoques y aportaciones...*, op cit., ofrece una reseña más extensa sobre los libros citados en este apartado.

⁵⁴ José Hinojosa Durán, *Tropas de un frente olvidado: el ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009.

⁵⁵ James Matthews, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil 1936-1939*, Madrid, Alianza, 2013.

⁵⁶ Germán Ruiz Llano, *Álava, una provincia en pie de guerra. Voluntariado y movilización durante la Guerra Civil*, Bilbao, Beta III Milenio, 2016.

⁵⁷ Pedro Corral, *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar*, Madrid, DeBolsillo, 2007.

⁵⁸ Michael Seidman, *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2012.

⁵⁹ Manuel Aznar, Historia militar de la Guerra de España, tomos I y II, Madrid, Editora Nacional, 1969 (1.ª ed., Madrid, Idea, 1940); Luis María de Lojendio, Operaciones militares de la guerra de España, Barcelona, Montaner y Simón, 1940.

⁶⁰ José Díaz de Villegas, Guerra de liberación. La fuerza de la razón, Barcelona, AHR, 1957; Gregorio López Muñiz, La Batalla de Madrid, Madrid, Imprenta F. G. Vicente, 1943; Rafael García-Valiño, La campaña del Norte, Zaragoza, Cátedra Palafox, 1961; Carlos Martínez Campos, Ayer, op. cit.

⁶¹ Alfredo Kindelán, Mis cuadernos de guerra, op. cit.

⁶² Ibíd., págs. 206 y 208.

⁶³ José Manuel Martínez Bande, Monografías de la Guerra de España, Madrid, Servicio Histórico Militar, San Martín, 1968-1981.

⁶⁴ Francisco Ciutat de Miguel, Relatos y reflexiones de la guerra de España, 1936-1939, Madrid, Forma, 1978.

⁶⁵ Miguel Alonso Baquer, «Las ideas estratégicas en la guerra de España», en Mario Hernández Sánchez-Barba y Miguel Alonso Baquer (dirs.), Historia social de las fuerzas armadas españolas, tomo VII, Madrid, Alhambra, 1986; Ramón y Jesús M. Salas Larrazábal, Historia General de la Guerra de España, Madrid, Rialp, 1986.

⁶⁶ Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza, 2000, y Vicente Rojo, *el general que humilló a Franco*, Barcelona, Planeta, 2003.

⁶⁷ Antony Beevor, *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

⁶⁸ Gabriel Cardona, *Historia militar...*, op. cit.; Fernando Puell de la Villa y Justo Huerta, *Atlas de la Guerra Civil española*, Madrid, Síntesis, 2007.

⁶⁹ Gabriel Cardona, «Las operaciones militares», en Manuel Tuñón de Lara, *La Guerra Civil Española 50 años después*, Barcelona, Labor, 1986, págs. 199-274.

⁷⁰ Jorge Martínez Reverte, *El arte de matar: cómo se hizo la Guerra Civil española*, Barcelona, RBA, 2009.

⁷¹ Julián Henríquez Caubin, *La batalla del Ebro*, México, Unda y García, 1944.

⁷² Miguel Alonso Baquer, *El Ebro. La batalla decisiva de los cien días*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003; Jorge Martínez Reverte, *La batalla del Ebro*, Barcelona, Crítica, 2003.

⁷³ Jorge Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁷⁴ Robert Colodny, Asedio de Madrid, París, Ruedo Ibérico, 1970; Geoffrey Cox, La defensa de Madrid, edición e introducción de Martin Minchom, Madrid, Oberon, 2005 (1.^a ed., 1937).

⁷⁵ José Manuel García Ramírez, La batalla del Jarama. Febrero 1937, Madrid, Almena, 2007; Severiano Montero, La batalla de Brunete, Madrid, Raíces, 2014; Juan Barceló, Brunete. El nacimiento del Ejército Popular, A Coruña, Viento, 2018; David Alegre, La batalla de Teruel. Guerra total en España, Madrid, La Esfera de los Libros, 2018.

⁷⁶ Luis de Vicente, Operación Garabitas. La otra batalla de Madrid, Madrid, La Librería, 2016; Fernando Calvo, La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria, Madrid, La Librería, 2012; Josu M. Aguirregabiria, La batalla de Villarreal de Álava, Bilbao, Beta III Milenio, 2014.

⁷⁷ Juan Pablo Fusi, Franco. Autoritarismo y poder personal, Barcelona, Taurus, 1995 (1.^a ed., El País-Aguilar, 1985); Paul Preston, Franco, «Caudillo de España», Barcelona, Grijalbo, 2002.

⁷⁸ Manuel Goded, Un faccioso cien por cien, Zaragoza, Talleres Editoriales Heraldo de Aragón, 1938.

⁷⁹ Jorge Vigón, General Mola: el conspirador, Barcelona, AHR, 1957; Emilio Esteban-Infantes, General Sanjurjo (un laureado en el penal de Dueso), Barcelona, AHR, 1958; Antonio Olmedo y José Cuesta Monereo, General Queipo de Llano (Aventura y audacia), Barcelona, AHR, 1958; Joaquín Gil Honduvilla, Militares y sublevación, Sevilla 1936, op. cit.

⁸⁰ José María Pemán, *Un soldado en la Historia. Vida del capitán general Varela*, Cádiz, Escelicer, 1954; Federico Martínez Roda, *Varela: el general antifascista de Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2012; Francisco Javier Mariñas, *General Varela (de soldado a general)*, Madrid, Almena, 1999; Jesús N. Núñez Calvo, *General Varela: diario de operaciones 1936-1939*, Madrid, Almena, 2010.

⁸¹ Carlos Blanco Escolá, *General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, Barcelona, Planeta DeAgostini, 2006 (1.^a ed., *La Esfera de los Libros*, 2002).

⁸² Enrique Sacanell, *El general Sanjurjo, héroe y víctima: el militar que pudo evitar la dictadura franquista*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.

⁸³ Rafael Casas de la Vega, *Seis generales de la guerra civil. Vidas paralelas y desconocidas*, Madrid, Fénix, 1998.

⁸⁴ Luis E. Togores, *Yaguë: el general falangista de Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010; Muñoz Grandes: héroe de Marruecos. *General de la División Azul*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, y *Millán Astray, Legionario*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

⁸⁵ Pedro López Ortega, *Coronel Segismundo Casado López. Defensor de la Justicia, la Libertad y la República*, Sevilla, Espuela de Plata, 2018.

⁸⁶ María Teresa Suero Roca, *Militares republicanos de la guerra de España*, Barcelona, Península, 1981.

⁸⁷ Javier García Fernández (coord.), 25 militares de la República, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011; Ángel Bahamonde Magro, «Sebastián Pozas Perea», y Hernán Rodríguez Velasco, «Manuel Estrada Manchón», en Javier García Fernández, 25 militares..., op. cit.

⁸⁸ Juan Barba Lagomazzini, Hombres de armas de la República, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

⁸⁹ José Andrés Rojo, Vicente Rojo. Retrato de un general republicano, Barcelona, Tusquets, 2006; Jesús Martínez Paricio (coord.), Los papeles del general Rojo. Un militar de la generación rota, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

⁹⁰ Lázaro Somoza, El General Miaja (biografía de un héroe), México, Tyris, 1944; Antonio López Fernández, General Miaja, defensor de Madrid, Madrid, G. del Toro Editor, 1975; Fernando Rodríguez Miaja, Testimonios y remembranzas. Mis recuerdos en los últimos meses de la guerra de España (1936-1939), México, Turner / El Colegio de México, 2013 (1.^a ed., México, 1997); Juan J. Menéndez, Miaja: el general que defendió Madrid, Gijón, Ápel, 2010.

⁹¹ Hilari Raguer, El general Batet: Franco contra Batet, crónica de una venganza, Barcelona, Edicions 62, 1996; Manuela Aroca, General Juan Hernández Saravia. El ayudante militar de Azaña, Madrid, Oberon, 2006.

⁹² Lorenzo Silva, Recordarán tu nombre , Barcelona, Destino, 2018.

⁹³ Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano: memorias de la Guerra Civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008; Jesús N. Núñez Calvo, *General Varela, diario de operaciones...*, op. cit.; Eduardo López Ochoa, *Memorias de un soldado*, Barcelona, Belacqua, 2007.

⁹⁴ Ángel Lamas, *Unos y otros*, Barcelona, Luis de Caralt, 1972.

⁹⁵ José Martín Blázquez, *Guerre Civile Totale*, París, Denoël, 1938; traducción inglesa, *I helped to build an army*, Londres, Secker and Warburg, 1939. No existe traducción al castellano.

⁹⁶ Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del periodo final de la guerra española*, Barcelona, Ariel, 1974 (1.^a ed., Buenos Aires, 1940); *España Heroica...*, op. cit., e *Historia de la guerra civil española*, estudio introductorio y edición de Jorge Martínez Reverte, Barcelona, RBA, 2010.

⁹⁷ Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936 a 1939). Bosquejo del problema militar español, de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma*, México D.F., Imprenta Grafos, 1947 (ed. 2019, Almuzara).

⁹⁸ Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Vitoria, Ikusager, 2001 (1.^a ed., Bucarest, 1964; ediciones 1970 [París] y 1977 [Barcelona]).

⁹⁹ Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968.

¹⁰⁰ Antonio Cordón, Trayectoria (recuerdos de un artillero) , Sevilla, Espuela de Plata, 2008 (1.ª ed., París, Ebro, 1971).

¹⁰¹ Frederic Escofet, De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936, Barcelona, Argos-Vergara, 1984 (ed. 1973, en catalán, Al servei de Catalunya y de la República, 2 vols., Edicions catalanes de Paris).

¹⁰² Vicente Guarner, Cataluña en la guerra de España, Madrid, G. del Toro Editor, 1975.

¹⁰³ Eligio de Mateo Sousa, Memorias de un republicano español, México, Gernika, 2004. Historia 16 ha publicado entrevistas a De Mateo, por ejemplo, La Guerra Civil, vol. 7, Historia 16, págs. 112-118.

¹⁰⁴ Juan Modesto, Soy del quinto regimiento, París, Éditions de la Librairie du Globe, 1969; Enrique Líster, Nuestra guerra, París, Éditions de la Librairie du Globe, 1966, y Memorias de un luchador, Madrid, G. del Toro Editor, 1977; Manuel Tagüeña, Testimonio de dos guerras, Barcelona, Planeta DeAgostini, 2005 (1.ª ed., México, 1970).

¹⁰⁵ Vicente Talón, 1936-1939. Luchamos por la República. De Abad de Santillana a Alejandro Sánchez Cabeza: las caras ocultas de la guerra civil, Bilbao, Grafite, 2006.

CAPÍTULO 5

La violencia política, el orden público y la represión

JAVIER CERVERA GIL

Desde que termina la Guerra Civil, en los estudios sobre este conflicto se ha destacado la importancia de las retaguardias ¹ . Por otro lado, un repaso de la historiografía sobre la violencia política, el orden público y la represión no debe dejar de lado que el marco donde estas realidades aparecen es, mayoritariamente, esas retaguardias. Por ello, hay que considerar, como introducción a las investigaciones sobre estos aspectos que en este capítulo nos ocupan, los estudios sobre este ámbito que han llenado los trabajos de investigación, especialmente en los últimos treinta años. Ya antes, pero especialmente en los noventa, comenzaron a abundar publicaciones que rechazaban estudiar el conflicto español únicamente desde el frente o desde una perspectiva que aplicaba la lógica de la violencia de los campos de batalla a todos los ámbitos que se movilizaron en la Guerra Civil. En esos trabajos se afirmaba la propia identidad y lógica interna de las retaguardias de ambos bandos y, es más, el enorme peso que tuvieron los distintos acontecimientos relevantes que se producen en las retaguardias en la evolución bélica del conflicto. Sin retrotraernos a la historiografía de décadas anteriores, podemos citar autores cuyos trabajos, no centrados específicamente en las retaguardias, en todo o parte de su contenido también constataban la esencial importancia de estas para la marcha de la guerra. Son trabajos de Francisco Alía Miranda ² , Luis Palacios Bañuelos ³ , Joaquín Riera ⁴ , Enrique Moradiellos ⁵ o, cuando ya no se discute que la «buena salud» de las retaguardias fue clave para explicar el resultado de 1939, Hernán Rodríguez Velasco ⁶ .

LA RETAGUARDIA COMO ESCENARIO DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

Y enmarcada esta violencia política en la retaguardia, tampoco es la misma realidad una retaguardia de una ciudad próxima al frente que otra alejada de la batalla. Por recoger las últimas novedades bibliográficas, tomemos como ejemplo de lo primero Madrid ⁷, y como muestra de un medio urbano lejano de las trincheras, Alicante o Barcelona ⁸.

Pero tampoco es igual el análisis de las retaguardias, y por tanto tampoco nos vale el mismo análisis para la violencia política, el orden público y la represión si el ámbito de estudio no son esas ciudades citadas sino que se trata del medio rural. En este ámbito, gracias al interés de la historia local, o podríamos llamar a veces localista, junto con el creciente afán por la recuperación de la memoria histórica, han surgido muchos trabajos sobre pueblos, comarcas o provincias en los que la violencia ocupa muchas páginas de estudio.

Por consiguiente, si es claro que las retaguardias y lo que en ellas sucede durante los 33 meses de guerra son un factor clave para comprender la guerra y para entender su desenlace, en las investigaciones sobre ese ámbito durante ocho décadas se han trabajado aspectos muy diversos presentes en ellas: el abastecimiento, la escasez o el hambre, la condición de la mujer, el derrotismo, la infancia... y, cómo no, también la violencia política ejercida contra el que antes era adversario político y desde 1936 ya era enemigo. Eso supone el análisis de la represión controlada o arbitraria y el mantenimiento del orden público, que en no pocas ocasiones lindaba, si no entraba de lleno, en el ejercicio de la violencia política contra el enemigo. Ahora este era un traidor emboscado y su localización y neutralización era esencial para controlar la situación en la retaguardia y mantenerla «saneada».

Y en esa línea son claves los trabajos sobre los mecanismos de

control y su eficacia para lograr ese objetivo en ambas retaguardias. Papel protagonista en este aspecto lo desempeñan las fuerzas de orden público y seguridad. Pero en este terreno no han abundado, en la historiografía de la Guerra Civil, las investigaciones sobre la actuación de la Guardia Civil, la Guardia de Asalto y los carabineros.

Sobre la actuación de las fuerzas del orden, en general, durante la Guerra Civil en estas ocho décadas podemos decir que no se ha publicado nada específico. Únicamente podemos citar un pequeño trabajo que, por abordar la primera mitad de siglo XX, incluye los años treinta. Es el de Roberto Muñoz Bolaños: *Fuerzas y cuerpos de seguridad en España (1900-1945)* ⁹. Como se ve, resulta algo pobre para incluirlo como bibliografía de la Guerra Civil. Por lo demás, lo que la historiografía ha aportado en todo este largo periodo son análisis concretos de cada uno de los tres cuerpos de orden público citados, en especial, y más abundantes, los centrados en la Guardia Civil. Las primeras referencias son de los años setenta —el trabajo de Francisco Aguado Sánchez y Jaime J. Puig ¹⁰—, pero son obras muy generales sobre el benemérito cuerpo. En la misma línea, pero tres décadas después, se incluye el trabajo de Diego López Garrido ¹¹, aunque, de nuevo, se trata de una historia general del cuerpo y por ello recoge referencias a su actuación en la Guerra Civil. El mismo planteamiento general es el de Miguel López Corral ¹². Para encontrar un trabajo específico sobre la actuación de la Guardia Civil en la guerra de España hay que conformarse con un artículo o dos libros más divulgativos que académicos ¹³. No obstante, pero únicamente para el ámbito republicano, muy recientemente sí ha habido una importante aportación bibliográfica en las investigaciones sobre la Guardia Civil durante la Guerra Civil. Se trata de la obra de Manuel Pérez Rubio y de Antonio Prieto Barrio, aunque solamente estudia la Guardia Nacional Republicana (es decir, la Guardia Civil así denominada en la España republicana desde muy pronto) ¹⁴. Sería necesario un trabajo similar para la actuación de la Guardia Civil en la España franquista durante la guerra.

Así pues, para encontrar investigaciones sobre la Guardia Civil durante el conflicto español de los años treinta hay que adentrarse en el terreno de la historia local, muchas veces más bien localista,

donde sí hallamos trabajos menores sobre la actuación de dicho cuerpo en determinados pueblos, comarcas o provincias. Sería una relación larga pero sí merece la pena destacar la publicación, fruto de su tesis doctoral, de Francisco García Carrero sobre la actuación del conocido guardia civil Manuel Gómez Cantos durante y después de la guerra en Extremadura ¹⁵ . De este trabajo interesa mucho el papel de las dos Comandancias de Extremadura, y su peso en el éxito o fracaso del pronunciamiento de julio de 1936, y la incidencia que tuvo esa opción en distintos lugares de la región. Además, en esta última década especialmente, y fruto del interés por la recuperación de la memoria histórica, han proliferado los estudios locales sobre la actuación de la Guardia Civil en el ámbito rural.

Lo llamativo en el repaso a la historiografía sobre la actuación de las fuerzas de orden público durante la Guerra Civil es que hay una ignorancia total del papel de los carabineros y también de la Guardia de Asalto. No contamos con ninguna referencia que merezca ser reseñada en estas páginas.

Ahora bien, explicado el papel clave de la retaguardia en la Guerra Civil española, introduzcamos ahora la reflexión sobre por qué se desató esa gran violencia a partir del fracaso del golpe de Estado de 1936. En esta reflexión, hay que detenerse en el magnífico trabajo de Julio Aróstegui Por qué el 18 de julio... y después ¹⁶ . En estas páginas se defendía y argumentaba de forma muy sólida que la Guerra Civil pudo haber sido evitada, bien por la vía de la negociación en torno a la iniciativa de Diego Martínez Barrio el mismo 19 de julio de 1936, bien porque se hubiera producido una respuesta más enérgica, coordinada y eficaz de los rebeldes o del gobierno del Frente Popular. Pero nada de esto se produjo y la consecuencia fue la Guerra Civil, que desató una violencia extrema. Y todo ello fue producto de lo mismo: ninguna de las dos partes tuvo suficiente fuerza para imponerse y anular al adversario completamente, lo que las llevó a empuñar las armas, en el frente, pero también en las retaguardias que automáticamente se configuraron. Y si en la trinchera la victoria implicaba la eliminación del enemigo en el parapeto de enfrente, en las retaguardias suponía también la eliminación física de quien había pasado de ser adversario político a enemigo irreconciliable. La

violencia en toda su dureza estaba servida.

Por otro lado, el golpe de Estado fracasado no solo fracturó al ejército, sino también a las fuerzas de orden público, que en algunos casos permanecieron leales y en otros se unieron a la rebelión. Y la división debilita, lo que facilitó que, además, los sectores más militantes o revolucionarios de leales y rebeldes optaran por atribuirse funciones de control y orden. El resultado fue la ruptura del orden público. Eso posibilitó la actuación de grupos armados, en ambos bandos, al margen de los canales normalizados de control del orden y al margen de la legalidad cuando la hubiere o de la autoridad militar en la zona sublevada cuando aquella la ejerciere: fueron milicias de distinto signo. Eso significó, en la España leal, la pérdida decisiva por el gobierno de su capacidad para mantener el orden, y entre los sublevados, una clara inhibición de los nuevos poderes militares en su teórico nuevo encargo de ejercer la autoridad en el territorio que controlaban. Se desencadenó en ambas retaguardias una violencia sin precedentes sobre los ya enemigos o a veces simplemente sospechosos de tales ¹⁷. En la España republicana se extendió una revolución, el poder se instaló en la calle y lo perdieron los despachos de la administración del Estado. En la España sublevada, sin Estado en principio, el poder en manos de militares ejerció la violencia de forma directa mediante consejos sumarísimos o permitiendo la actuación de partidas de milicias que decidían sobre la vida y la muerte de quienes ellos consideraban «rojos» amparados en las armas que portaban. Lo cierto es que la guerra no fue originada por la violencia del periodo anterior a julio del 36, aunque esta fuera enorme, porque esa violencia política (y social) no era tan novedosa en la historia reciente de España. Fue el estallido de la guerra el que originó una violencia política (y social) extrema. Desde el verano de 1936 se desató una pelea, pronto entre dos estados, por el dominio del poder de un único estado que eliminara al otro, y se hiciera con el control gubernativo, de los instrumentos de coerción y de toda la administración pública.

Pero el resultado de los acontecimientos del verano del 36 en la España republicana fue que el Estado se desmoronó y dejó de ser el único depositario del poder, que pasó a estar en manos de muchos, y no de la autoridad legítima. La consecuencia fue el esfuerzo de los

primeros meses por recuperar ese control del poder incorporando la revolución al Estado, es decir, un nuevo Estado republicano trufado de actuaciones revolucionarias en el ejercicio de la represión o violencia contra el enemigo en el ámbito gubernativo, judicial o carcelario ¹⁸, por ejemplo.

En ese contexto, el problema que se nos plantea es determinar qué consideramos violencia política y, en contraste, qué entendemos por orden público.

Habitualmente se entiende por violencia política las acciones que tienen objetivos políticos pero que se ejecutan al margen de la ley. En la primera fase de la Guerra Civil, cuando en el lado leal el Estado se ha desmoronado y en la parte rebelde se está todavía construyendo uno, es fácil reconocer que existe esa violencia, porque es claro que se ignora la ley. Pero ¿y cuando en el lado republicano se ha reconstruido el Estado, aunque sea bajo unas pautas claramente revolucionarias, y este elabora leyes nuevas que amparan actuaciones represivas? Y ¿cuando en el lado sublevado, ya franquista desde octubre de 1936, existe un Estado, es verdad que primero «campamental» pero desde la «unificación» de abril de 1937 ya construido por Serrano Suñer ¹⁹ y con sus leyes nuevas? Entonces tal vez deberíamos hablar mejor de represión legalizada que de violencia política cuando ya funcionan ambos Estados.

Algo similar ocurre con el concepto de orden público. Este existe, ordinariamente, cuando se aplica la ley vigente en situaciones de estabilidad y paz. Por consiguiente, el orden público está vinculado al marco legal del Estado. El problema se plantea cuando desde inicios de 1937 en España podemos hablar de dos Estados: el republicano reconstruido y el que ya podemos llamar franquista construido como un Estado nuevo. Cada uno de esos Estados debería mantener el orden público para conseguir una retaguardia saneada que, como sabemos, es clave para el éxito final en una guerra como la que nos ocupa. Más aún, si cada uno de esos dos Estados fuere capaz, por su parte, de mantener el orden público y acabar con la violencia (política) en su retaguardia podríamos considerarlo Estado fuerte y sólido. Lo contrario, un Estado débil, provoca casi inevitablemente ausencia de orden público y conduce a una retaguardia inestable y dificulta la buena marcha de la guerra

²⁰ . Por consiguiente, el estudio sobre la eficacia de las fuerzas de orden público en la retaguardia de ambas Españas es un campo relevante de investigación y, desgraciadamente, hasta la fecha han sido pocos los trabajos sobre ello.

Por otro lado, también hemos de considerar que en esa violencia política, especialmente la ejercida en los primeros meses de la guerra, hay claramente elementos que no son de tipo político: abundan motivos personales que tienen que ver con el odio de clase o el odio puramente personal hacia alguien. Y hay violencia ejercida por quienes no son más que delincuentes y encubren su actividad en una supuesta legitimación ideológica.

En las siguientes páginas vamos a repasar cuáles han sido las aportaciones bibliográficas más importantes, más competentes, más útiles (por su calidad o por su valor testimonial), más innovadoras o más sólidas en la historiografía española durante las últimas ocho décadas referentes a esas tres situaciones de la retaguardia: la violencia política, el orden público y la represión durante la Guerra Civil. Y también cómo ha ido cambiando la perspectiva de análisis y la metodología en el estudio sobre estos temas entre los investigadores desde los años cuarenta hasta la actualidad.

El repaso historiográfico lo parcelaremos en cuatro etapas establecidas a partir de la constatación de que se trata de periodos en que se aprecian diferencias entre las formas y maneras de plantear los conceptos, de analizar y de proponer conclusiones con relación a la Guerra Civil en general y al ámbito que nos ocupa en particular ²¹ . Comenzamos por el periodo inicial del franquismo, hasta comienzos de los sesenta; continuamos con el tardofranquismo, que engloba las décadas de los años sesenta y setenta; abordamos después la etapa de la Transición, y terminaremos con el periodo más reciente que corresponde a este comienzo del siglo XXI .

LOS ANÁLISIS JUSTIFICATIVOS DE LOS VENCEDORES

La violencia política a comienzos del siglo XX había sido estudiada fundamentalmente desde una perspectiva criminalista. Y cuando aparecen las primeras referencias bibliográficas sobre la guerra, aún sin terminar esta o a comienzos de los años cuarenta, los estudios sobre violencia política y represión no cambian mucho: se mantiene el análisis de la conflictividad política en clave de psicología criminal o desde una perspectiva vinculada a la delincuencia común más brutal. Esto se produce, además, porque los autores de esos libros, en este periodo de la inmediata posguerra, criminalizan, de hecho, todo el periodo republicano anterior a julio del 36 al que señalan como una época de anarquía o desorden. Más aún, esos textos describen una situación desbordada, de revolución y con una violencia extrema que, para ellos, únicamente es responsabilidad de quienes defienden la República. Son libros testimoniales de quienes han huido de la «zona roja» y cuentan su experiencia cargando las tintas sobre la maldad de los otros: es el caso del periodista mallorquín Francisco Ferrari Billoch, de un tal Sr. Smith, de Ana María de Foronda o del denominado «El Duende de la Colegiata», que era el periodista Adelardo Fernández Arias ²² .

Y casi ocioso es añadir, por tanto, que, inmediatamente después de finalizada la guerra, como todo lo que se escribe, las referencias a la violencia política están mediatizadas por la continuación de esta misma visión de los ya vencedores. Obviamente, todo lo que se publica en España sobre el conflicto apunta a la descalificación, cuanto más exagerada mejor, del bando perdedor, que es considerado el único que ejerció realmente la violencia. Y, a partir de ahí, se utiliza como argumento de justificación ideológica de la sublevación del 36. Esta es la elevada ideologización y propaganda que llena las obras publicadas en esta primera época de posguerra. Son libros testimoniales absolutamente continuadores de la línea de los antes citados aparecidos en la España franquista durante la guerra. Muy populares fueron los libritos de «El Duende Azul» o de «El Caballero Audaz» ²³ .

Lo que encontramos, por tanto, y se va a prolongar durante las dos décadas inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, es una visión maniquea de la contienda y, lógicamente, también de la violencia política y la represión que se ejecutó en el transcurso de ella. Como observamos, lo que abundaba cuando se publicaba sobre violencia o represión (exclusivamente republicanas, insistimos) eran memorias, obras testimoniales o crónicas de hechos que se recrean en descripciones de episodios de horror o, sobre todo, y como hemos visto, «terror», un término muy presente en estos panfletos testimoniales. Añadamos el opúsculo de Francisco Lacruz ²⁴ El alzamiento, la Revolución y el terror en Barcelona. 19 julio 1936-26 enero 1939, que, ya desde el título, identifica la República con la revolución y con la violencia extrema. Otras veces se recurre a términos de una connotación parecida, como el utilizado en el testimonio de Luis López de Medrano, «infierno» ²⁵ .

Pero también hallamos, junto a esta bibliografía testimonial, supuestos trabajos de estudio que mantenían esa línea: justificar esa violencia porque era el enfrentamiento entre el bien, que era la auténtica España, obviamente la franquista, y el mal, la anti-España, «los rojos», marxistas y separatistas. De nuevo podemos citar aquí a José María Carretero, «El Caballero Audaz» ²⁶ . Pero, desde luego, en esa teórica intención de ofrecer aportaciones que arrojaran luz sobre lo que había sido y significado el desarrollo de la Guerra Civil (nunca denominada así, obviamente), también el nuevo Estado franquista hizo su propio esfuerzo bibliográfico. El primero fue la publicación en 1939 de Dictamen de la Comisión sobre la ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936 ²⁷ . El título lo dice todo: de nuevo la justificación de la sublevación, o sea, de la violencia política ejercida contra el gobierno del Frente Popular, dado que era un poder «ilegítimo»... según este dictamen. Y esta acción justificadora del golpe de julio de 1936 se vio completada, desde el Estado franquista, en 1943, con la publicación de Causa General. La dominación Roja en España ²⁸ . Se trata de un libro publicado para resumir una inmensa «investigación» sobre las responsabilidades en la Guerra Civil afrontada por instancias del propio Estado, aunque no olvidemos (basta ver el título) que en realidad trata de justificar la actuación de los sublevados, luego vencedores. Ciertamente, constituye un conjunto documental enorme y de obligada consulta para cualquier investigador que se

acerque a la Guerra Civil, aunque conviene hacerlo desde una valoración y exégesis responsable y razonable y con extraordinaria prudencia, sin olvidar nunca por qué y para qué se elaboró, en qué condiciones prestaron su testimonio los que ahí figuran, a qué consecuencias se exponían y también cómo se aportó la documentación que se agregó a lo que acabó siendo el corpus final.

En el fondo, el resultado de considerar toda actuación del bando republicano como el mal acababa por negar a sus integrantes la condición de víctimas (caídos). No eran «caídos» porque la suya era una condición casi diabólica, se les atribuía una maldad casi caricaturesca, lo que los hacía merecedores de la eliminación; por tanto, no había por qué lamentarlo. Entra en la lógica de quienes querían prolongar el discurso de la guerra en los años siguientes a su final ²⁹. Así, la sublevación de julio de 1936 es en realidad la «Cruzada de Liberación Nacional», y su violencia se justifica porque su objetivo era detener el comunismo, la masonería, el separatismo o el judaísmo. Todo ello conformaba lo que se denominaba la «barbarie roja», ejecutada por hordas salvajes y asesinas que alcanzaron límites nunca antes vistos de perversidad ³⁰. Por tanto, la sublevación, y la violencia con la que se ejecutó, solo tenían como fin anticiparse a una revolución en ciernes, que pudo así ser frenada, y salvó a España del caos, del comunismo, de la anarquía... No se trataba de negar la violencia de los franquistas, algo por otra parte imposible y fuera de toda lógica, sino de explicarla como respuesta al «horror marxista» o «la orgía satánica» que convirtió el Madrid republicano, por ejemplo, en el «lugar de martirios jamás conocidos» ³¹. En esta línea, otro tema recurrente de estos libros testimoniales o memoriales —algunos aparecidos aun antes de terminar la guerra— es el paso por la cárcel, o por las checas, siempre horribles, o por tribunales de justicia, o incluso el asilo diplomático entendido también como una cautividad ³². Y, por supuesto, ignorando siquiera la posibilidad de que hubiera cárceles, centros irregulares de detención o igualmente pseudojuicios en la zona sublevada luego franquista.

Toda esta visión de los vencedores configura la guerra de España como una Cruzada de la que deriva, por tanto, la legitimación de una violencia contra aquellos enemigos de todo lo que se considera auténticamente español durante la contienda. Pero no olvidemos

que incluso en el momento en que se publican estos libros, se está ejecutando violencia y represión contra los vencidos que padecían la terrible justicia militar franquista de la posguerra.

Ciertamente, esta historiografía franquista está destinada a justificar y difundir la idea de la Guerra Civil como una «Cruzada» y una «Guerra de Liberación», pero es indudable que hubo martirio durante la contienda porque hubo persecución religiosa. Sin embargo, lo que no era verdad es que ni mucho menos todas las víctimas del lado sublevado, luego franquista, fueran mártires, ni toda la violencia política ejercida desde el lado republicano podría ser calificada de «terror», ni, al contrario, que toda la aplicada por los vencedores, con esa excusa de limpieza de la anti-España, tenía una justificación en virtud de la lógica de una guerra y del control del enemigo. Pero nos encontramos con una literatura «de mártires» que, en realidad, lo que consigue es desvirtuar este concepto. Se abusa de este término, incluso aún antes de 1939, con una bibliografía que participa de ese carácter panfletario carente de rigor y sobra de inquina y/o exageración pero que responde al uso también indiscriminado de la palabra «Cruzada». Son las obras testimoniales de sacerdotes como Aniceto Castro Albarrán o Carlos Vicuña Murguiondo ³³. De nuevo también José María Carretero hizo su aportación ³⁴. Y esa referencia frecuente a la violencia «roja» también se explica si nos atenemos a la autoría de muchas de estas obras, escritas, aparte de por propagandistas como Carretero, por policías, militares o miembros del clero (Castro o Vicuña, por ejemplo), que consolidan la adhesión de la iglesia al régimen y el halago al ejército.

En cualquier caso, esta interpretación maniquea que observa violencia justa de un lado y barbarie degenerada de otro tiene un ejemplo claro y rotundo, desde el mismo año 1939, cuando comienza a publicarse la monumental obra Historia de la Cruzada Española que dirigía Joaquín Arrarás. Son ocho volúmenes, publicados en cinco años hasta 1944, pero que dedican gran parte de su contenido al periodo inicial de la guerra. Lo que más interesa a Arrarás es la violencia política, pero mientras que la de los sublevados es heroica y destinada a salvar a España, la de la República es terror y propia de la más abyecta bajeza humana. Y cuando el ejército franquista conquiste, nunca se hará referencia a

sus represalias posteriores sobre la población.

No obstante, en los siguientes veinte años, y hasta al cambio historiográfico que se detecta en los sesenta, los postulados de estos propagandistas, reconvertidos a veces en historiadores de cabecera, no cambiarían sustancialmente, pero tampoco elaboraron un relato monolítico. No podemos hablar de variaciones espectaculares en el discurso, pero la propia evolución política, especialmente a partir de la segunda mitad de los cuarenta, sí introdujo matices. De entrada, el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, con el que en los primeros años de posguerra no se contaba, obligó a moderar los tonos narrativos y las justificaciones explicativas de según qué aspectos de la Guerra Civil. Desde luego, de todo aquello que se refería a la ejecución de la violencia política por el bando franquista y después por el régimen. En los nuevos tiempos de finales de los cuarenta y los cincuenta era necesario «lavar» la imagen de afinidad con las potencias del Eje derrotadas, y eso también se hacía con moderación. Por otro lado, la violencia política expresada en la tremenda represión de posguerra empezaba a remitir, primero porque ya quedaban muchos menos por castigar y, después, porque el régimen se afianzaba. Además, no olvidemos tampoco que en los últimos años de los cuarenta, y desde luego desde primeros de los cincuenta, la presión exterior contra la dictadura, más allá de la palabrería de líderes de Estado que tenían que mantener las formas, no se traducía en verdaderas acciones contra el franquismo. Es claro que el exilio había perdido la batalla ³⁵. El respaldo estadounidense de 1953 reforzaba al régimen, pero este también estaba obligado a presentar una cara más moderada y alejada de los planteamientos extremistas que habían sido expuestos sin tapujos en la primera mitad de los cuarenta.

Aunque tendremos que esperar a los sesenta para que esta actitud se generalice, porque el discurso de la guerra como Cruzada no había desaparecido en los años cincuenta, y de hecho continuaba presente en aquellos escenarios donde era necesario mantenerlo activo, que eran fundamentalmente los espacios de la vida política y pública. La guerra seguía siendo interpretada muchas veces como la lucha de un pueblo en armas contra los enemigos de España, tanto internos como extranjeros, porque aquella España de los años treinta que entonces estaba enferma todavía no estaba muerta, seguía solo

enferma. Y esos extranjeros continuaban siendo muchas veces los comunistas, a los que se responsabilizaba fundamentalmente de la violencia desatada en el 36³⁶.

No debemos olvidar tampoco la bibliografía llegada desde el exilio en la inmediata posguerra. El problema es que en general abundaba en justificaciones de actuaciones personales o de grupos u organizaciones, acompañadas de constantes recriminaciones de unos a otros sobre las responsabilidades en la derrota de 1939. Por tanto, la visión del exilio no era ni mucho menos monolítica. En realidad, lo que encontramos es un enfrentamiento entre los comunistas y el resto del exilio republicano, que acusa a los primeros de que el aplastamiento de la revolución fue el precio que pagó la República por recibir ayuda soviética. Por culpa de ese dominio soviético, los comunistas acabaron ejerciendo la violencia (política) contra las demás fuerzas, sobre todo los anarquistas y el POUM. Valga el ejemplo de Jesús Hernández Tomás, que, después de su expulsión del PCE en 1944, escribiría contra la injerencia soviética en España, responsable de la persecución y represión contra otras facciones del bando republicano, como el anarquismo y, sobre todo, el POUM. Hernández Tomás habla de las torturas y posterior asesinato de Andrés Nin a manos de los soviéticos. De hecho, en el prólogo de Yo fui un ministro de Stalin expone la intención del libro de «evidenciar los móviles secretos de la política del Kremlin en la guerra civil de España»³⁷.

No obstante, entre esas aportaciones del exilio hay una impresionante excepción. Se trata de la obra de Julián Zugazagoitia titulada Guerra y vicisitudes de los españoles, publicada en París en 1940, solo un año después de concluida la guerra. Se había ido publicando por entregas en un periódico argentino durante el año anterior. Lo sorprendente de este testimonio es la ecuanimidad y moderación con que relata los acontecimientos de la guerra que acababa de terminar alguien que pertenecía a la España derrotada. No duda en censurar la violencia indiscriminada de la primera etapa del conflicto, en valorar la superioridad de los sublevados o en ocuparse de los acontecimientos políticos de la España republicana sin ahorrar críticas cuando lo considera necesario. Su apuesta, y no olvidemos que la hace en 1939-1940, es la reconciliación. Fue tan importante que ochenta años después

continúa siendo un libro de obligada consulta para conocer el desarrollo de la Guerra Civil, especialmente en Madrid.

APERTURA DE LOS SESENTA: INFLUENCIA E IMPACTO DE LOS INVESTIGADORES FORÁNEOS

Llegados los años sesenta, un hecho trascendental en la bibliografía de la contienda es la irrupción de los primeros trabajos realmente académicos sobre la guerra elaborados por historiadores extranjeros, que acompañaban con la reclamación de una objetividad que había estado claramente ausente. Estas obras, además, introdujeron una idea nueva: la derrota republicana supuso el fracaso de la democracia española. Esta idea resultaba interesante, habida cuenta de que empezaba a pensarse con fundamento que la dictadura, o al menos su titular, Franco, caminaban hacia un final próximo por razones puramente biológicas a causa de la edad del dictador. Las principales investigaciones a este respecto son primero la de Hugh Thomas y después los trabajos de Gabriel Jackson o Herbert Rutledge Southworth ³⁸. Entre medias de estas publicaciones aparece traducido un libro de 1943, que en 1962 era editado en castellano por Ruedo Ibérico en París, *El laberinto español*, de Gerald Brenan, que, aun con carencias, aportaba explicaciones sociales y económicas sobre la Guerra Civil e ignoraba otras que derivaran de un supuesto carácter violento de los españoles.

Obviamente, todas estas aportaciones foráneas se alejan de los fines políticos y pretensiones justificativas —de los vencedores— sobre las actuaciones en la guerra, en especial el recurso a la violencia. Suponían la aparición de un grupo de historiadores que ya no se fundamentaban en la memoria o los recuerdos; por tanto, se abandonaba el análisis basado en la psicología criminal de los actores de la violencia y la consiguiente frecuente narración de páginas de horror y terror (eso sí, únicamente con responsabilidad de un bando) propios de la etapa anterior. Ahora se extraían conclusiones a partir de material investigado, aunque es verdad que las fuentes eran sobre todo hemerográficas y literatura testimonial; pero estos investigadores extranjeros al menos manifestaban una vocación de objetividad. Con esta premisa, estos analizan —ya no

justifican— el golpe y la violencia política desatada a raíz del fracaso de la sublevación. Esto significaba, en primer lugar, enfrentarse a la versión de la guerra que venían aportando los vencedores y sus afines en los últimos veinte años y, en segundo lugar, recurrir a una documentación sometida a rigurosos análisis cuyas conclusiones se exponían con una cuidada (y también rigurosa) narrativa: la consulta de publicaciones de los exiliados o los periódicos de la guerra o de la posguerra (especialmente en el caso de Jackson). No obstante, son trabajos que caen aún en demasiadas generalizaciones —tal vez no era posible otra postura—, y habría que esperar a la Transición para disponer de nuevas ediciones actualizadas y revisadas de estos mismos libros, algo más completos cuando sus autores ya habían podido acceder a más fuentes.

Pero en esos años sesenta, en la propia España también se empiezan a dejar sentir cambios. Por un lado, la llegada a la escena social de una generación de españoles que no había combatido en la guerra y que tendía más bien a considerar la guerra un conflicto fratricida cuyas responsabilidades había que repartir, una postura cercana a la idea de que «todos fuimos culpables». Por otro lado, también esos nuevos aires empezaban a cundir en la universidad. Por un lado, el control ideológico de la dictadura es cada vez menor; por otro, los historiadores, especialmente en el ámbito universitario, también empiezan a dejar sentir esa distancia generacional con respecto a la guerra. Además, la universidad es, entonces, el escenario principal de la lucha antifranquista, y la irrupción de esos analistas extranjeros de la contienda anima el interés por estudiar una guerra que permitía a los universitarios entender los acontecimientos. Fruto de ello es el incremento de los estudios sobre la Segunda República, la Guerra Civil o el movimiento obrero. No obstante, aunque la atención se fije ahora en esos periodos, no es la violencia política el mayor objeto de interés en esta etapa de los sesenta. Se prefiere el estudio de aspectos políticos, incluso socioeconómicos, o biografías de políticos ilustres.

Mientras, esas nuevas interpretaciones de la Guerra Civil, y sobre todo la irrupción de los trabajos firmados por investigadores foráneos, provocaron un cambio en la forma de afrontar la contienda por parte de la historiografía más cercana al franquismo.

Se comienza a abandonar, en gran parte de este sector historiográfico, el maniqueísmo tan presente en etapas anteriores para tratar de aportar unos análisis y estudios con más rigor desde el punto de vista de la ciencia histórica. La guerra civil empezaba, cada vez más, a ser presentada como un desastre que no se pudo evitar, eso sí —esto se mantiene—, por culpa de una República que había caído en manos de los extremismos, especialmente en los meses anteriores a julio de 1936. El resultado es que esos planteamientos de los historiadores (o periodistas) franquistas derivaron en trabajos más académicos también con la intención de hacer más creíbles sus versiones. Ello llegó de la mano de Fraga, que en el Ministerio de Información y Turismo propició el nacimiento del Centro de Estudios de la Guerra Civil, que es encargado a Ricardo de la Cierva ³⁹ y que trataba de dar una réplica, por ejemplo, al éxito de la editorial Ruedo Ibérico, y hacerlo desde una posición más académica. Y con ese objetivo, De la Cierva trata de aportar una explicación de las causas inmediatas al golpe de 1936, aunque dando prioridad a los aspectos políticos y descuidando el estudio de la violencia, aunque, cuando lo aborda, opta por el reparto de culpas en el desencadenamiento de los acontecimientos ⁴⁰. Pero, eso sí, en relación con la violencia, se van dejando atrás progresivamente aquellos años en que se hablaba de «barbarie roja» y se empieza a considerar que aquellos republicanos eran... «esos españoles equivocados». Y cuando toca analizar la violencia política y/o la represión del lado republicano, ya no se utilizan calificativos tan duros como antes.

Y en esta historiografía del entorno del régimen, bajo la batuta de De la Cierva, además, se manifiesta un ligero cambio de punto de vista. La bibliografía va abandonando paulatinamente los términos «Cruzada» o «Guerra de Liberación» y recurre a otros más asépticos como «guerra de España» o «paz» en lugar de «victoria». Y es que, precisamente, en el inicio de este periodo se produce la celebración de los «25 Años de Paz», que se cumplían en 1964. En torno a esa efeméride, la historiografía cambia la perspectiva en su forma de referirse a la violencia en la retaguardia republicana. Ahora, cuando Sánchez Silva y Sáenz de Heredia publican libro ⁴¹ y documental sobre Franco, la violencia es mostrada de forma más vaga. En ambos productos, la culpabilidad de la República se asienta en su responsabilidad por dejar una España en manos de las masas. Pero

hay cierta comprensión hacia la República, cuya culpabilidad en la violencia se matiza ahora desde ese planteamiento, y sin descartar el discurso de «Guerra de Liberación», se introduce un matiz: los franquistas y el propio Franco «liberan» a España de esas masas llenas de odio que, por ello, se habían escapado del control de una autoridad republicana que había sido incapaz de dominarlas.

No obstante, no toda la bibliografía filofranquista se ha moderado. En estos años sesenta aún encontramos bibliografía testimonial que parece de una época ya superada (las excepciones antes aludidas). Son textos que mantienen el tono en clave belicista propio de la inmediata posguerra. Encontramos a algún viejo conocido, como el periodista falangista Tomás Borrás, pero también a un uruguayo, Joaquín Martínez Arboleya, alias «Santicaten», que había pasado la guerra en España e incluso llegó a combatir con los franquistas. Este nos dejó dos libros memorialistas, ambos publicados en Uruguay. Uno, Porque [sic] luché contra los rojos, en el que, en 1961, testimonia la ejecución de José Antonio Primo de Rivera, que asegura que presencié y que, según afirma, le hizo convencerse de la «barbarie roja», y recupera así esta expresión que ya empezaba a estar en desuso. La otra publicación del uruguayo, de 1969, también tiene un título significativo: Caos. Guerra Civil española ⁴².

Mientras, la influencia de aquellos historiadores extranjeros antes citados se produce en dos direcciones. Hacia la izquierda europea, se minimiza el discurso de combate antifranquista, que había sido la norma, casi única, desde los años cuarenta. Pero también incide sobre el relato historiográfico franquista: el discurso sobre la violencia es más contemporizador, más científico y mucho menos propagandístico; ya no hay tanto maniqueísmo, aunque estamos todavía en una dictadura y aún se detecta una «obediencia» franquista en el relato, donde lo habitual es que la violencia republicana sea expuesta con mayor crudeza.

En los setenta irrumpe en la historiografía sobre la Guerra Civil otro autor foráneo que a partir de entonces constituye una referencia ineludible al repasar la bibliografía sobre el conflicto: Stanley Payne. En esta primera época, el historiador estadounidense no escondía sus simpatías por la causa republicana, y primero en 1972 y luego en 1977 publicaría dos trabajos en torno a la Guerra Civil

que, al resaltar la faceta revolucionaria del conflicto español, abordaban de lleno la violencia política ⁴³ . Payne había conseguido acceder a fuentes documentales y testimonios, algunos obtenidos en sus estancias en España, en los sesenta, y otros fuera del país, que beneficiaron el resultado de sus investigaciones.

Y en esos años setenta, cuando se ve cercano el fin del régimen (incluido físicamente el de su titular), los estudios sobre violencia y las víctimas se ven también afectados por el horizonte del final de la dictadura o, al menos, de su transformación cuando Franco falleciera (78 años en 1970). Y en la bibliografía que aborda la violencia, ya no se habla de rojos bárbaros, sádicos, inhumanos, etc. Además, en esos años, aun antes de la desaparición del dictador, la bibliografía memorialista empieza a recoger testimonios procedentes del lado republicano. Un excombatiente del Ejército Popular, Ángel María de Lera ⁴⁴ , no solo publica una novela autobiográfica elaborada a partir de su experiencia, especialmente durante el último periodo de la guerra en Madrid, sino que recibe por ella, Las últimas banderas, el premio Planeta de 1967. Y, al poco de morir Franco, también se publica el testimonio memorial de quien había ocupado un relevante cargo en la Junta de Defensa de Madrid, Gregorio Gallego ⁴⁵ . En esta línea de recuperación de los recuerdos vividos desde posiciones más mesuradas, y sin olvidar la sensibilidad del bando perdedor, es inevitable (e ineludible) citar los dos volúmenes que, en 1974, publicaría Rafael Abella sobre la vida cotidiana en ambas retaguardias de la guerra. Este gran trabajo ⁴⁶ , aparte de ofrecer en gran medida la verdadera realidad del conflicto para la mayoría de los españoles, de ambos bandos, expone cómo les afectó la violencia revolucionaria de un lado y la contrarrevolución del otro. Por todo ello, este trabajo es de obligada lectura para cualquiera que desee conocer lo que fue la Guerra Civil.

Este cambio de «clima» historiográfico también se aprecia en que se va abriendo paso el discurso, también en la historiografía, de la equiparación de la violencia en ambos bandos. Ahora la guerra era, más bien, una tragedia española, en la que todos fueron culpables, con dos retaguardias que eran ambas sangrientas y comparables, excepto, eso sí, en un capítulo: el religioso. Esta era única e incomparable con nada y únicamente se produjo en un bando, el

republicano. De esta violencia dejaba constancia años antes la minuciosa y bien elaborada investigación firmada por el obispo monseñor Antonio Montero Moreno ⁴⁷ y que se constituyó en obra de referencia sobre este tipo de crueldad de la guerra. Pero, al margen del espinoso asunto de la persecución religiosa, cuando se analiza la violencia no es inhabitual encontrar en ambos bandos rasgos de heroísmo en protagonistas de los acontecimientos. No obstante, este discurso, también de autores como Guillermo Cabanellas, presentaba el problema de que narraba la violencia de unos y de otros pero ignoraba un estudio de las causas, de los mecanismos, del contexto en el que se enmarcaba... No había explicación satisfactoria todavía ⁴⁸ .

Es cierto que, a mediados de la década de los setenta, cuando fallece el dictador, los estudios sobre aspectos de la guerra tuvieron un carácter más general, y probablemente debido al clima político del momento, se tendió a evitar temas comprometidos. En la historiografía más franquista se trató de eludir responsabilidades en el origen del conflicto, y en general los análisis trataron de evitar las referencias a comportamientos poco respetables, muchos relacionados con la violencia y con una materia tan delicada como la represión en ambos bandos.

El camino que se siguió fue el de equiparar la cuantificación de la violencia de ambas partes. En esta etapa asistimos a un acercamiento entre las cifras de víctimas de una y otra parte, algo totalmente cuestionable. Pero en lo que respecta al tratamiento de las víctimas de esa violencia, no se aportaba, en modo alguno, una aclaración específica de las responsabilidades. El único avance es que se variaba el tratamiento de esas víctimas porque ahora se eludían juicios de valor sobre las personas, ejecutores y ejecutados, algo que sí había sido frecuente en la bibliografía sobre este tema de la inmediata posguerra. Este asunto se aborda en el muy conocido trabajo Pérdidas de la Guerra, de Ramón Salas Larrazábal ⁴⁹ . Es verdad que esta conocida obra de Salas ha sido después muy cuestionada por lo que respecta a los datos numéricos que aporta, pero tuvo la utilidad de estimular la investigación empírica y documental sobre la cantidad de víctimas de la guerra. Y suscitó el interés por trasladar la violencia al debate político historiográfico, porque el libro de Salas es indudablemente un producto

historiográfico.

Pero el mayor inconveniente en estas aportaciones bibliográficas sobre la violencia radica en que tanto Cabanellas como Salas atribuían la culpa a una responsabilidad colectiva. De hecho, el general Salas, en 1977 y 1980, en sendos libros trata de adoptar una narrativa equiparadora, de modo que aporta menor desproporción en los datos cuantitativos de víctimas ⁵⁰ . El objetivo de estos planteamientos era (desde mediados de los setenta) evitar la confrontación política basándose en la premisa de que de la violencia de aquellos años treinta «todos eran culpables» y, por tanto, su manifestación en ambas retaguardias era proporcional y equiparable. Tal vez fruto de ello fue la aparición en la etapa del tardofranquismo y la posterior Transición de estudios que se centraban mucho en los recuentos de víctimas de la represión en ambos bandos. Lo que todavía persistía era la diferencia en el análisis cualitativo: la represión franquista era ordenada y según procedimientos, mientras que la republicana era caótica y generalizada.

Debido a ese mayor interés por la historia cuantitativa se amplió el ámbito de estudio al periodo inmediatamente anterior al inicio de la guerra para analizar la violencia política en época republicana y relacionarla con los problemas de su estabilidad como democracia; es el caso de Ramiro Cibrián ⁵¹ .

EN LA TRANSICIÓN, DEBATE HISTORIOGRÁFICO SOBRE VIOLENCIA POLÍTICA Y PRECISIÓN CUANTITATIVA DE LA REPRESIÓN

Aunque había formado parte de las investigaciones sobre la Guerra Civil desde el primer momento, el verdadero debate historiográfico sobre la violencia política adquiere relevancia a comienzos de los años ochenta, con algo de retraso con respecto al entorno occidental, tanto en el terreno de la historia social como en el de la historia política. En ese contexto, debemos destacar la figura de Julio Aróstegui, quien incorpora de forma explícita el análisis de la violencia como elemento clave al estudio de la Historia contemporánea de España para entender la crisis del régimen liberal. Fue en el contexto del I Coloquio de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid, en abril de 1983, cuando este maestro de historiadores presentó el primer estudio sobre esta materia. Frente a la habitual explicación fundamentada en que los conflictos y la violencia de la España de los treinta respondía a una crisis particular de nuestro país del siglo XX, Aróstegui afirmó que el caso español era la expresión de la misma crisis global del capitalismo que se producía también en el resto de Europa con el enfrentamiento entre la democracia liberal y los nacionalismos autoritarios y el socialismo. Fruto de esta reflexión es un conocido trabajo de 1984 ⁵² en el que Aróstegui dejaba claro que esa violencia política desatada en 1936 no tenía un carácter de excepcionalidad. Más bien presentaba los mismos caracteres generales de las causas originarias de comportamientos del periodo de entreguerras europeo: seguía una indiscutible lógica interna que le hacía ir de la desorganización al control, de la inorganicidad a la teorización, del voluntarismo a la racionalidad y, por fin, de los objetivos limitados a los globales. Sí se debe hablar de especificidad de la violencia en España, pero en ningún caso de excepcionalidad.

Asistimos a una renovación, fruto de un cambio de paradigma consistente en aplicar a los estudios de la violencia las teorías de la

acción colectiva que en otras ciencias, como la sociología y la política, ya habían impuesto en los setenta, y que ahora lo hacía en la historia. No era ajena a todo ello la influencia de Charles Tilly, que había afirmado que «el carácter de la violencia colectiva en un momento dado es uno de los mejores indicadores que tenemos de lo que está sucediendo en la vida política de un país»⁵³. De hecho, Tilly explicaba el tránsito a nuevas formas de acción colectiva que se expresa de forma concreta en el paso del motín a la huelga como manera habitual de protesta. Y en 1982 los profesores Álvarez Junco y Pérez Ledesma defendían en un artículo que la investigación sobre la violencia debía integrarse en esos estudios sobre la acción colectiva que contemplasen todas las protestas contra el poder y todos los intentos colectivos de cambio social⁵⁴.

Pero es Julio Aróstegui el que considera la violencia un elemento central del desarrollo de la Historia contemporánea de España, desde la crisis del régimen liberal iniciada en 1917 y que culmina en la Guerra Civil. Aróstegui aborda una definición clara de violencia que atendiera a sus aspectos sociales pero también a la práctica institucionalizada desde el poder. Pero, como hemos señalado antes, afirma que esa forma de protesta popular era ya la habitual en los sectores más ajenos al poder cuando hacían política, lo que manifiesta que España no era una excepción o una anomalía en la práctica de nuevas formas de protesta⁵⁵. Aróstegui expuso sus planteamientos sobre la violencia política en la Guerra Civil en el marco de su investigación sobre la intervención del carlismo en este conflicto, lo que le llevaría al análisis de fenómenos como la insurrección o las actitudes paramilitares, que apenas se habían analizado antes⁵⁶.

Por otro lado, el aumento destacado de bibliografía en esta década de los ochenta, con un incremento de obras, ensayos y estudios sobre la guerra, se vio favorecido por varios factores. Por un lado, la nueva realidad política de España incrementó el interés por el estudio de la Guerra Civil, a lo cual también contribuyó la posibilidad de acceder a una mayor cantidad de documentación que albergaban numerosos archivos tanto nacionales como locales. Entre los primeros debemos destacar el Servicio Histórico Militar, entonces con sede en Madrid⁵⁷, la que entonces se conocía como Sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional en Salamanca

⁵⁸ , los fondos de la Dirección General de Adquisiciones del Banco de España, el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y el de Hacienda. No obstante, aun con el significativo incremento de la cantidad de documentación disponible, todavía había muchas fuentes de muy difícil o imposible acceso. Esa proliferación de investigaciones también se vio estimulada por la coyuntura del cincuentenario del conflicto en 1986, junto con la aparición de un destacado número de revistas científicas de historia en estos años.

Ese contexto favoreció también el aumento de los trabajos sobre la violencia política desde comienzos de los ochenta. No obstante, no fue, ni mucho menos, el aspecto de la Guerra Civil que contó con mayor producción bibliográfica. La represión había sido, y continuaba siendo, uno de los temas más controvertidos de la guerra, y si el acceso a la documentación todavía no alcanzaba niveles del todo aceptables, en este ámbito las dificultades eran aún más importantes. Continuaba siendo un aspecto muy delicado y aún estaba reciente el final de la dictadura, al margen de que buena parte de las fuentes para el estudio de la violencia y de la represión se atesoraba en fondos militares cuyo acceso era todavía imposible o extremadamente complicado; los recelos persistían. Aun así, sí comenzaron a aparecer, ya en los ochenta, investigaciones sobre la represión. La posibilidad de avanzar en el estudio de la violencia o de la represión se materializó, como veremos, en el ámbito local.

Y cuando esto fue posible, poco a poco empezaron a reflejar una superación de las visiones extremas del conflicto en favor de una aproximación a un consenso entre los historiadores sobre las causas y la naturaleza de la violencia durante la guerra. Para alcanzar esos consensos, por ejemplo, fue fundamental la contribución de análisis de la guerra como un conflicto con varias caras; en palabras de Paul Preston, más que una, lo que había era varias guerras: de propietarios de tierra contra asalariados del campo (la más decisiva, según el hispanista británico), de católicos frente a anticlericales, de nacionalistas contra centralistas, de patronos contra obreros industriales ⁵⁹ . Años después, sería Julián Casanova ⁶⁰ el que interpretaría la violencia en la guerra como una lucha de clases o un conflicto por otras causas, religiosas, familiares, regionales, lingüísticas... A finales de siglo, en 1999, Santos Juliá ⁶¹ hablaría de guerra de religión, guerra entre dictadura y democracia, entre

revolución y contrarrevolución, entre nacionalismos... Álvarez Junco ⁶² reconocía varios conflictos: internacional, social, ideológico, nacionalista... Y además, en posiciones muy lejanas a las de los anteriores, el historiador José Andrés-Gallego ⁶³ también distinguía cuatro dimensiones en el enfrentamiento que suponía la guerra: la política, la religiosa, la social (vinculada a las diferencias de clase) y la regional. Esta visión coincidente entre estudiosos de una Guerra Civil compuesta por varios conflictos o guerras fue el punto de partida que permitió alcanzar ese citado consenso interpretativo en esta etapa de la historiografía sobre la contienda.

Por otro lado, a mediados de los ochenta el interés se dirigía en gran parte al análisis de la represión física, y hasta los noventa hubo dos líneas de trabajo en este tipo de estudios. Por un lado, los que abordaban un balance cuantitativo de la represión en las dos zonas en conflicto. Y, por otro, los que consideraban una naturaleza diferencial de la represión entre ambos lados: la franquista, muy ligada al uso y abuso de poder político, frente a la republicana, poco política, destructora del poder y, sobre todo, utilizando la expresión mágica del momento: ejecutada por «incontrolados». Ejemplo de esto último es el trabajo de Reig Tapia ⁶⁴ . Y desde ambas líneas tuvo la virtud de rescatar del olvido a los vencidos, además de rectificar con información concreta lo que se había impuesto como datos aceptados en la etapa del tardofranquismo, y, sobre todo, cuestionar las tesis cuantitativamente equiparadoras de los trabajos de Salas Larrazábal de la década anterior.

Para ello fue muy importante el gran desarrollo de la historia local o regional. En los ochenta, el acceso al poder nacional del PSOE fue seguido por el dominio de la izquierda en gobiernos autónomos, diputaciones o ayuntamientos. Y esos poderes locales impulsaron investigaciones en ámbitos territoriales reducidos. Entre los ejemplos más relevantes de esta tendencia destaca el trabajo de Francisco Moreno Gómez para Córdoba ⁶⁵ . Si anteriormente comentamos la apertura de nuevos fondos documentales en archivos nacionales, esta coyuntura favorece el acceso a los archivos regionales, provinciales y municipales, que revelan un muy útil acervo documental de interés para el estudio de la represión. Esto, unido a que se cumplen cincuenta años de los hechos analizados, obliga a permitir el acceso a muchos documentos

anteriormente vetados por la norma temporal restrictiva.

Y llegan también otro tipo de fuentes. Con el alejamiento de la guerra, se observa una mayor disposición de los españoles que sí participaron en el conflicto, en esos años ochenta como mínimo setentones ya, a contar su experiencia. Se empiezan a animar a prestar su testimonio oral, y en especial los de procedencia republicana, que hasta entonces habían sido mucho más reacios a hablar. Esto marca un apreciable incremento en el uso de las fuentes orales para estudiar la Guerra Civil, en especial para asuntos relacionados con la violencia represiva y, sobre todo, cuando se investiga sobre la represión franquista. En este ámbito y en este periodo el trabajo de referencia sobre la historia oral de la Guerra Civil sería el de Ronald Fraser ⁶⁶.

Así, con el auge de la fuente oral y el interés por la historia local o regional se impulsan las investigaciones sobre represión y violencia política. Resultan especialmente enriquecedoras las entrevistas a testigos de trágicas situaciones vividas en la guerra en la España rural, cuando todavía se podía contar con bastantes protagonistas de entonces. Su testimonio oral va a permitir contrastar recuerdos muy difíciles de olvidar (la muerte traumática o la violencia extrema sobre un ser querido o sobre uno mismo) con lo registrado en los papeles. Ello posibilitaría afinar aún más las cifras y los estudios cualitativos sobre formas, intenciones, explicaciones, análisis... de las razones de un acto represivo.

Pero en esos años ochenta, sobre todo a comienzos, el ambiente político acababa influyendo en el estudio de este pasado violento de los años treinta. A partir de ahí se planteaba que lo necesario era superar el trauma de la guerra, entendida como un fracaso colectivo de la convivencia del que todos eran (éramos, como españoles) culpables. La guerra había pasado de ser el relato épico de la primera posguerra a ser considerada ahora como una gran tragedia; además, se imponía la asunción de una culpa colectiva, y se abría paso la idea de la reconciliación. Pero de esto hablaba sobre todo la historiografía que procedía del lado de «los vencedores». No obstante, otros muchos historiadores no estaban cómodos con el planteamiento de repartir culpas por principio y defendían simplemente una historiografía que expusiera la Verdad. Estos

preferían una propuesta consistente en investigar, por encima de todo, analizar las fuentes, fueran escritas u orales, y sacar conclusiones, porque el objetivo debía ser buscar las causas, no las culpas; el historiador no es y no debía ser un juez, sino un intérprete del pasado, y, como cualquier investigador, buscar la Verdad.

Y, en general, esa fue la opción asumida por los historiadores, muchos de ellos, además, miembros de una generación que ya no había vivido la guerra. A finales de los ochenta, los estudios sobre represión y violencia se enfocarían hacia análisis que abordan la represión republicana ya no en contraste con la franquista, casi para comparar, sino porque presenta una dinámica interna propia. Es el caso del trabajo de Solé i Sabaté y Villarroya, que analiza la violencia interna republicana, en su caso en Cataluña, como una lucha por el poder y por el control social y político de su retaguardia, y que no tiene en cuenta, por tanto, la dinámica represiva de la otra zona ⁶⁷ .

El efecto de todo, con el impulso de los trabajos locales y regionales ya comentado, es una gran producción bibliográfica que, sobre la violencia política y represión, se traduce especialmente en estudios regionales que tratan de exponer con claridad cifras, lo más exactas posibles, de esa violencia de la guerra y no distribuir culpas. De la mano de ello, se avanza, poco a poco, en la progresiva corrección de las cifras que los libros de Salas Larrazábal habían aportado a finales de los setenta para toda España. Esta labor había comenzado con trabajos de historiadores como los citados Moreno para Córdoba o Solé i Sabaté y Villarroya para Cataluña, más los libros de Balsa y Hernández para Soria, el mismo Hernández para La Rioja, Nadal para Málaga, Vila para Extremadura, Cabrera Acosta para la isla del Hierro, Quiroga para Almería, Cobo Romero para Jaén (aunque este ya en los noventa) o una asociación de afines a la República en Asturias y otra en Navarra. Son los que empiezan a sentar las bases parciales sobre las que comenzar a corregir aquellas cifras totales de Salas ⁶⁸ .

Después, en los noventa, asistimos a un enorme crecimiento de la bibliografía sobre violencia y represión, especialmente la franquista, y tanto en la guerra como en la posguerra, derivado del cada vez

mayor interés y las enormes posibilidades que ofrecen las investigaciones locales y regionales. De esta forma, se continúa avanzando hacia la cada vez más completa matización de las cifras que aportó Salas Larrazábal. En esta década acaba por cubrirse un repaso casi completo de todas las comunidades autónomas de España. Y, además, empezamos a observar, con más frecuencia, que el mero análisis cuantitativo es completado con estudios cualitativos que profundizan más en las causas, características y efectos de esa represión. Citemos la tesis doctoral, en seguida publicada, de Javier Cervera Gil, que aborda un análisis exhaustivo de los conocidos como «paseos» en la ciudad de Madrid, centrado en dónde, quién, cómo o contra quiénes se ejecutaba esa violencia y dejando de lado la aportación de cifras ⁶⁹. Y ese mismo año sobresale, por otro motivo, el libro de Manuel Ortiz Heras ⁷⁰, que centra su estudio en la violencia política en Albacete y marca una senda de investigación al ampliar el marco temporal hasta 1950. Este trabajo pone de manifiesto la vinculación de la violencia política durante la guerra con la de la posguerra, por lo menos hasta esa fecha, en que se puede afirmar que hay un cambio interno en el franquismo, y que en el lado de los vencedores la violencia política no terminó con la guerra.

De todas formas, en la bibliografía aún quedaron ecos de etapas pasadas en obras de corte filofranquista que, por una parte, se empeñaban en primar únicamente lo cuantitativo cuando abordaban la represión y, además, recuperaban un tono o lenguaje propio de la inmediata posguerra, con alusiones a la violencia republicana, de nuevo, como «terror». Eran libros firmados por Ricardo de la Cierva ⁷¹ o por adeptos a «su escuela», como el general Rafael Casas de la Vega (que, de hecho, publicaba en una editorial de De la Cierva) ⁷². Este último publicaba en 1994 un libro dedicado al «terror» en Madrid, lamentable, centrado básicamente en un análisis cuantitativo de la represión y plagado de errores, hasta el punto de que incluía unas listas de supuestas víctimas de la violencia republicana que, aparte de duplicados ridículos, contenían nombres de personas que no murieron durante la guerra ⁷³.

Pero la investigación sobre la violencia política, centrada en la que se ejerció durante la Guerra Civil, continuaba en esa década de los

noventa, en gran parte liderada por el gran estudioso del tema, Julio Aróstegui, que se afanaba en dar consistencia a la conceptualización en la que llevaba trabajando una década. Ya en 1990 publicaba un trabajo en una obra colectiva coordinada por los investigadores sobre la guerra de la UNED de Madrid, Tusell, Altet y Mateos ⁷⁴ . Unos años después, él mismo reconocería, en 1994, que todavía era necesaria una conceptualización clara y rigurosa para un análisis histórico de la violencia política e incidía en que faltaban aportaciones de estudios de otras disciplinas (política, sociología, semántica, psicología, etnología...). Por ello, entonces, opta por trabajar el tema de la violencia en colaboración con otros historiadores, pero también con sociólogos y politólogos. Fruto de esa colaboración es el trabajo que publica en la revista *Ayer* en 1994. Aróstegui afirma que la violencia siempre se genera y siempre se cualifica en el seno de un conflicto, y surge cuando faltan o cuando fallan los mecanismos que regulan ese conflicto ⁷⁵ . Desde ese planteamiento, se le considera el primer historiador que estableció que había una relación significativa entre la violencia y la historia política del siglo XX . Ahora bien, en este terreno también aportaba un destacado y muy bien valorado trabajo otro investigador que ya llevaba tiempo interesado en la reflexión sobre la violencia política y también centrando su interés en la Guerra Civil, Alberto Reig Tapia ⁷⁶ .

Con todo este bagaje, cuando se acaba el siglo se aborda un estudio global de conjunto, para toda España, acerca de lo sucedido en lo que a violencia y represión se refiere, en una obra de síntesis que coordinó Santos Juliá y que fue muy renombrada en su momento, también por la participación en ella de historiadores prestigiosos y de acreditada solvencia como Julián Casanova, Josep Maria Solé i Sabaté, Joan Villarroya o Francisco Moreno. Abordaba el análisis de ambos bandos y además insistía en extender el ciclo de violencia política de la guerra al periodo de la posguerra ⁷⁷ . La obra también aportaba claramente análisis cualitativo y trabajo conceptual al definir y explicar de forma precisa qué se consideraba víctima de la guerra y juzgarlo como algo circunscrito a la retaguardia. Bien es cierto que también el tono en el tratamiento del contenido llama la atención: Casanova no escondía en su análisis una posición de clara condena al franquismo por su represión, y Espinosa exageraba con la aplicación de conceptos como «exterminio sistemático» o

«genocidio» para referirse a la violencia del bando vencedor, conceptos que son inadecuados desde el punto de vista histórico para aplicarlos a la realidad que se analiza. No obstante, este tono de clara militancia antifranquista, que probablemente podría haberse evitado, no invalidaba unos estudios sólidamente argumentados y que aportaron mucha luz cuantitativa y cualitativa sobre la represión franquista. Ese tono militante, especialmente en Espinosa, iría creciendo con el paso de los años, como referiremos más adelante y en relación con los movimientos de recuperación de la memoria histórica en los primeros años del siglo XXI .

Pero, además, en esta última década de siglo comenzamos a encontrar investigaciones sobre la represión que no se limitan a analizar la mera desaparición física de las personas y extienden su estudio a otros aspectos, como el control del entramado social en los ámbitos educativos, culturales, jurídicos, económicos, sociolaborales... mediante presiones, más o menos pequeñas o grandes, sobre personas en su vida cotidiana con coacción, marginación o desmovilización del represaliado. Michael Richards lo hace para el terreno cultural ⁷⁸ , y Glicerio Sánchez Recio es pionero en el análisis de la represión económica desde el bando republicano aún en guerra ⁷⁹ .

Durante los años noventa, todo este constatable resurgir bibliográfico sobre la Guerra Civil, en general, y más en concreto sobre la violencia política, continuó a un gran ritmo. Ciertamente, seguía habiendo, veinte años después de muerto Franco, dificultades de acceso a archivos, fundamentalmente los de ámbito militar, como los del Alto Estado Mayor o, muy importantes para el análisis de la violencia política, los judiciales de los Tribunales Territoriales militares depositarios de los Consejos de Guerra de posguerra. También los historiadores se encontraban vetos para acceder a los archivos de Franco o se detectaban bloques de documentación correspondientes al periodo de la Guerra Civil «misteriosamente» perdidos en archivos como el del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y por parte de los investigadores, había quienes se mostraban aún reticentes a estudiar temas como el de la represión. No obstante, es cierto que cada año que pasaba, poco a poco, era mayor la documentación archivística disponible que conservaban archivos de ministerios ⁸⁰ , de gobiernos civiles, de

prisiones..., y que facilitaron un mejor y más detallado conocimiento de esos datos que permitió cuantificaciones de la represión más precisas y análisis cualitativos más ajustados.

MEMORIA HISTÓRICA Y ESTÍMULO DE LOS ANÁLISIS CUALITATIVOS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA Y LA REPRESIÓN

En las últimas dos décadas, la historiografía sobre la Guerra Civil ha insistido en el tratamiento de viejos temas. Junto a los orígenes del conflicto (aunque este, lo veremos más adelante, desde algunos planteamientos trasnochados), se ha abordado también el desarrollo político en ambas zonas o la internacionalización de la guerra, y no podía faltar la represión y la violencia política. Y a pesar de que continuaron apareciendo publicaciones (que vendían mucho) que exponían planteamientos ya absolutamente desacreditados por la comunidad científica, en esta última etapa se ha avanzado mucho gracias al acceso a nuevas fuentes, sesenta años después, todavía inéditas. Algunas estaban en España, y hoy son accesibles gracias a la apertura de importantes conjuntos documentales de archivos militares, sobre todo en temas judiciales. Estos han aportado bastante luz sobre la represión y la violencia, especialmente del lado franquista. También en esta etapa se ha accedido a archivos del exterior, con mención especial a los exsoviéticos, gracias a la nueva realidad de los países del este de Europa.

Pero, a pesar de contar con mejores y mayores posibilidades para investigar con rigor y serenidad, cuando se inicia el siglo XXI aparecen una serie de libros, firmados por periodistas o meros publicistas que se atribuían la condición de historiadores (y no lo eran) y que recurrieron de nuevo a argumentos y planteamientos antiguos... y falsos. Uno muy habitual fue la guerra como respuesta a una supuesta (y ficticia) revolución comunista en preparación. De ahí que dibujaran una España, la republicana, en la que la convivencia se había ido deteriorando paulatinamente desde 1931 hasta llegar al momento crítico de octubre de 1934. De esta manera, presentaban como nueva una tesis que no lo era: la guerra había comenzado entonces, a partir de esa revolución. Por tanto, en función de este planteamiento, la culpa y la responsabilidad de que hubiera guerra era de la izquierda, no de los sublevados de julio de 1936. Estas ya eran unas viejas explicaciones justificativas del

franquismo (entre otras cosas, empleadas para excusar la barbaridad jurídica de juzgar y condenar por rebelión a aquellos que, precisamente, habían sido las víctimas de esa rebelión de julio de 1936). En otros casos, estos autores escogen episodios o espacios típicos y habituales de las referencias de la represión republicana en la guerra (las matanzas de Paracuellos del Jarama o las checas) para publicar libros carentes de rigor, que en ocasiones incluyen citas que no existen y afirmaciones hiperbólicas cuando se trata de juicios sobre la España republicana, además de aportar cifras o datos también habitualmente exagerados sobre todo en lo que a represión republicana se refiere. No obstante, es indudable que esta bibliografía tuvo su público y vendió muchos libros, pero su contribución a la historiografía de la Guerra Civil no debe ser tenida en cuenta porque carecían de rigor en sus afirmaciones y no aportaron novedades interpretativas. Más bien recuperaron argumentos ya antiguos y desacreditados. En otras ocasiones, para vestir de aparente seriedad sus textos, copiaban, fragmentaria o descontextualizadamente, partes de investigaciones de otros historiadores de forma incompleta o recogían, únicamente, lo que les podía servir para corroborar sus tesis. Por otra parte, estos autores también solían incluir notas a pie de página, muchas de ellas sin ningún sentido argumentativo con respecto a lo que se afirmaba en el texto, y citas de ideas o conclusiones de otros autores a los que no nombran y que se atribuyen como producto de sus investigaciones. Son las publicaciones, por ejemplo, de Pío Moa ⁸¹ o de César Vidal ⁸².

Superados esos planteamientos que no debemos considerar historiográficos, lo cierto es que en los últimos tiempos la auténtica historiografía sobre la violencia política sí ha experimentado significativas transformaciones. En algunos casos derivan, precisamente, de estos planteamientos trasnochados y desacreditados que acabamos de citar y les dan respuesta. Otro elemento transformador que incide es el citado acceso a nuevos e importantes fondos documentales dentro y fuera de España. Tampoco es desdeñable la incidencia y las consecuencias del interés por la recuperación de la memoria histórica, que se incrementa significativamente en torno al comienzo del siglo y que contribuye a una mayor precisión en la cuantificación de las víctimas, aunque solo fuera porque se ponía nombre y apellidos a los represaliados.

Ello, además, tiene una respuesta en sectores afines a tesis más proclives al franquismo y que provocan replanteamientos y, sobre todo, estímulo de análisis cualitativos más sustanciosos sobre la violencia y la represión que la mera relación de cifras de víctimas. Y, en ese análisis, también se amplía el estudio de la mera violencia física con investigaciones sobre la violencia económica, administrativa, social, cultural...

En relación con la represión, como ya se ha mencionado, desde los ochenta, y más en los noventa, se habían abordado muchos estudios locales o regionales que poco a poco iban corrigiendo los cada vez más claros errores de los trabajos del tardofranquismo sobre la cuantificación de la represión. De la mano de estas investigaciones locales, la historiografía de ese final de siglo trataba de derribar las imágenes, por un lado, de un equilibrio en la violencia y represión de ambas partes y, por otro, la de un dictador no tan malo. El problema llegaría en los comienzos de este siglo, cuando nos encontramos ciertos intentos historiográficos que, como contraste, se excedieron en sus juicios y valoraciones por el otro lado. Fueron los que presentaban una República sumida desde julio de 1936 en una «amable revolución», tan falsa o tan poco creíble como los intentos anteriores de edulcorar la violencia o la represión del bando franquista en la guerra y de su régimen vencedor después.

Esta deriva de cierta historiografía guarda relación con la aparición en el cambio de siglo, como ya se ha mencionado, del interés por la memoria histórica. Se partía de la consideración de que hay una parte de la violencia de la guerra, la que ejecutaron los franquistas, que a partir de 1939 fue ignorada y después de 1975 conscientemente olvidada para no poner en peligro el proceso político de la Transición. Entonces —se pensaba—, un cuarto de siglo después, era ya momento de recuperarla. La memoria de los de un lado ya había sido convenientemente recuperada y reparada por la dictadura. Ahora tocaba la de la España derrotada, y con ese objetivo había que localizar a víctimas del bando franquista enterradas en fosas comunes, darles la dignidad que indudablemente merecían e incluso hacerlas objeto de homenaje. Empezaron a proliferar los estudios locales o regionales patrocinados por instituciones culturales autonómicas que se centraban en recontar las víctimas y, a partir de ahí, instaurar

memoriales o celebrar actos conmemorativos. Esto conllevaba una lógica condena de las atrocidades cometidas en muchos pueblos de la España sublevada, especialmente en los primeros meses de la guerra, y no era difícil que derivara, en no pocas ocasiones, en interpretaciones excesivamente benévolas y bondadosas de lo que había significado la represión revolucionaria del otro bando en ese mismo periodo. Por otro lado, buena parte de la bibliografía procedía de los que en esos momentos constituían la generación de los nietos de quienes hicieron la guerra. Algunos de estos eran ahora historiadores y prestaban especial atención a la represión, preocupados por la suerte de sus abuelos combatientes, algunos de los cuales, por estar en el lado republicano, en muchos casos habían sido olvidados.

El punto de partida del interés por la memoria histórica es probablemente 1996, cuando aparece un libro pionero de Paloma Aguilar ⁸³. Poco más de veinte años después de muerto el dictador se empezaba a abordar este asunto. A partir de este despertar del interés por la memoria histórica se hizo hueco la afirmación de que en la Transición había habido un «pacto de silencio» con respecto a la violencia de los franquistas en la guerra y la de su dictadura posterior, y en esos momentos en que terminaba el siglo ese olvido ya no debía ser necesario. Pero esto no fue una opinión general. Santos Juliá ⁸⁴, por ejemplo, afirmaba con rotundidad que «más que olvido y silencio fue la memoria del pasado de guerra y dictadura lo que empujó al parlamento constituyente de 1977 a promulgar la Ley de Amnistía con el propósito de evitar el uso del pasado en el debate político». Y la propia Paloma Aguilar ⁸⁵ llegaría a defender en 2006 que la decisión de poner punto final a ese supuesto acuerdo de olvidar, en realidad, se había debido, en esos años de comienzo de siglo, a una estrategia política de quienes estaban en la oposición al gobierno del Partido Popular esos años, más que a una necesidad o a una reclamación de la sociedad. Es decir, nada que ver con planteamientos historiográficos.

Y en este campo de la violencia política, la irrupción de la memoria histórica que vino de la mano de la generación de los nietos de los que hicieron la guerra tuvo como consecuencia un incremento de la bibliografía sobre la represión. El interés por la necesaria dignificación de aquellas víctimas del franquismo olvidadas

miserable e indecentemente en las cunetas invitaba a realizar estudios sobre la represión de los franquistas, eso sí, muy cuantitativos. Eran trabajos producidos por quienes impulsaron estas asociaciones para la recuperación de la memoria histórica. Destacaron dos de las figuras más relevantes de este movimiento desde el principio, Emilio Silva y Santiago Macías ⁸⁶ , que no eran historiadores (el primero es periodista y sociólogo, y el segundo, concejal socialista en Ponferrada) pero que, como socios fundadores de la ARMH, se embarcaron en la búsqueda precisamente de familiares desaparecidos, víctimas nunca debidamente reconocidas por hallarse en fosas comunes, y publicaron los resultados de sus hallazgos. Y a raíz de las actividades de estas asociaciones han visto la luz muchas publicaciones que recogían episodios de represión en torno a la existencia de esas fosas de los represaliados republicanos asesinados por la violencia de los sublevados o franquistas en los comienzos de la guerra ⁸⁷ . Y el mismo Julio Aróstegui, en los últimos años de su vida, colaboró con estos movimientos memorialistas, lo que contribuyó a dejarnos unos sólidos trabajos sobre el alcance de estas asociaciones y a sacar a la luz episodios de la represión del franquismo que no habían sido estudiados ⁸⁸ .

Este auge de la recuperación de la memoria histórica, a su vez, provocó la respuesta de otros sectores que han sido etiquetados muchas veces de revisionistas y que, a su vez, replicaban esas aportaciones con relación de nombres de las víctimas del otro bando. Ciertamente no aportaban muchas novedades, salvo cuando incluían en sus libros listas sobre la represión, aunque en ocasiones había que depurarlas. Y, en cualquier caso, lo habitual era que, siendo largas, no alcanzaban la extensión de las cifras que esas mismas publicaciones declaraban como reales... porque probablemente no lo eran ⁸⁹ .

Pero el resultado ha sido una parte de la bibliografía sobre este tema centrada en la acumulación de hechos atroces y en el recuento de víctimas. De forma tal vez más moderada, esto ha derivado también en una historiografía, que ya habíamos visto en la etapa de la Transición, en la que se planteaba un reparto de culpas, un «todos fuimos culpables», aunque sin mucha profundidad en la reflexión sobre esa violencia, como el libro del hispanista francés Bartolomé Benassar ⁹⁰ . También se publican trabajos, como el de

Stanley Payne ⁹¹ , que consideran la violencia como el resultado de una situación desastrosa de la República, con un orden público totalmente deteriorado o inexistente. Se establece así una relación directa de la guerra con la situación enormemente conflictiva del periodo anterior a julio de 1936, que tendría su continuidad en la violencia revolucionaria posterior, ya durante la contienda. Es una manera de presentar (justificar) el golpe de Estado como una reacción razonable a la situación inestable, de violencia y desorden previa a la sublevación. Esto ya lo habíamos visto en historiografía de etapas anteriores.

El caso es que, por unos o por otros, la bibliografía sobre la violencia y la represión continuaba incrementándose con trabajos de recuento y relatos de hechos atroces y violentos. De esta forma, podríamos afirmar que, en este último periodo que analizamos, ya se conocen con bastante profundidad cuantitativa las consecuencias de la violencia y la represión durante la Guerra Civil y su posguerra por lo que respecta a las cifras. Se podrían matizar levemente esos números de víctimas, pero la connotación trágica de esta realidad estaba ya más que constatada.

Otra faceta de análisis son los estudios de una historiografía más centrada en el análisis de las causas de esa violencia, de sus características y de sus razones o su significado. Y en esa línea debemos recordar otra vez en este punto el magnífico trabajo de Julio Aróstegui ⁹² , publicado en 2006, en el que, tras explicar que la guerra es resultado de la incapacidad de imponerse un bando sobre otro en julio de 1936 y también de la imposibilidad de negociar una solución, la situación se ve abocada a una violencia extrema que tuvo caracteres arcaicos, y aunque se trataba de un conflicto sociopolítico perfectamente moderno y homologable a otros que se producían en el entorno europeo, en España condujo a la Guerra Civil. También en estos años proliferan las investigaciones con análisis cualitativos de esa violencia, y podemos citar trabajos de muy diverso signo firmados por Paul Preston, Julius Ruiz, Sánchez Recio y Moreno Fonseret, José Luis Ledesma o muy recientemente la tesis de Fernando Jiménez Herrera ⁹³ .

Sin embargo, la persistencia del interés por el recuento y por la narración de hechos violentos explica también que en la última

década hayan aparecido en la bibliografía sobre este tema títulos que incluían términos un tanto exagerados; no obstante, una vez abiertos, revelan un contenido valioso y bien trabajado y suponen avances significativos en las investigaciones y reflexiones sobre el tema. En 2008, Francisco Moreno ⁹⁴ se excedía atribuyendo a la represión franquista la dimensión de un genocidio. Unos años después, el gran hispanista Paul Preston ⁹⁵ publicaba un trabajo magnífico sobre la violencia política y la represión en la guerra en ambos bandos en cuya portada se podía leer la palabra «holocausto». O, más recientemente, los profesores Sánchez Recio y Moreno Fonseret ⁹⁶ titulaban un trabajo colectivo por ellos coordinado, con aportaciones muy valiosas de análisis cualitativos, no meramente cuantitativos, de la represión del franquismo recurriendo a la palabra «aniquilación» (de la República). Se trata de trabajos muy valiosos, con títulos que buscan el impacto; cabe pensar que el empleo de estos términos debió de responder (los historiadores sabemos que esto pasa mucho) a propuestas editoriales para que el libro obtuviera mayor impacto mediático y en consecuencia mayor rédito comercial.

Ciertamente, estos trabajos, al margen del uso en el título de esos términos, excesivos tal vez, aportaban análisis muy competentes sobre la violencia y la represión y, además, incorporaban matices que en etapas anteriores se habían ignorado o en los que no se había profundizado. Así, Preston hacía un análisis conjunto de la violencia en la guerra, detallado, reflexivo y bien ponderado, además de fundamentado. Por ello es hoy una obra de ineludible consulta. Además, en esos mismos años también encontramos bibliografía que se acerca al estudio de la represión en ambos bandos, pero con el matiz de un análisis comparado de la violencia que cada uno ejercía. Hay un trabajo colectivo ⁹⁷ en esas mismas fechas que merece ser tenido en consideración y en el que intervienen un grupo de historiadores que, como ya había planteado Heras en 1996, prolongaban el estudio hasta 1950. En él Francisco Espinosa analiza el estado de la historiografía sobre la represión franquista en la guerra y después, pero añade una reflexión sobre el papel de la recuperación de la memoria para deslizarse una crítica al manido tema del olvido desde 1976 hasta los noventa por la Transición. José María García Márquez destaca la dificultad para cuantificar las víctimas por la poca fiabilidad de los registros civiles

acerca de la causa de muerte. José Luis Ledesma investiga la represión republicana analizando fundamentalmente la Causa General, fuente ya muy trabajada. Y, por último, Pablo Gil Vico cuestiona la fiabilidad judicial de las sentencias de los consejos de guerra de posguerra y, además, compara ese periodo con la más dura violencia ejercida en la fase inicial de la guerra en 1936.

También aborda una comparación de ambas represiones, con el mérito que tiene un trabajo de esa magnitud para un solo investigador, el británico Julius Ruiz, que nos presentaba no uno sino dos estudios, en 2011 y 2012. Se trata de monografías en que, centrado en la capital de España, analizaba las represiones aplicadas por uno y otro bando en Madrid, obviamente la republicana durante la guerra y la de los vencedores en el tiempo inmediatamente después ⁹⁸ .

No obstante, se mantiene, y creciente, la tendencia a abordar el estudio de la violencia política y la organización de la represión en la España republicana durante la guerra. Pero, además de las investigaciones centradas en las tradicionales relaciones de víctimas, que no dejan de realizarse en estas últimas etapas, se añaden análisis de la violencia política desde un planteamiento dinámico entendido como el paso de una primera fase de mucha violencia en aquellos meses de 1936 a una progresiva recuperación del orden público por el Estado. En el caso de José Luis Ledesma Vera ⁹⁹ , su análisis está centrado en un área de esa zona, Aragón, y en el de Javier Cervera Gil ¹⁰⁰ , abarca el conjunto del Estado republicano. Su planteamiento se centra en la reconstrucción de ese estado en una nueva república que trataba de responder eficazmente, al principio, al desordenado ejercicio de la violencia con la articulación de un nuevo marco legal republicano, acorde a la nueva situación, para el orden público, la justicia y la cárcel.

Pero llegados a este punto, parece, pues, que la mayor atención historiográfica sobre la violencia política en la Guerra Civil se ha centrado en la que ejercieron los sublevados y la dictadura que establecieron desde su victoria final. Es decir, hay un claro desequilibrio en favor de la historia de la represión franquista. Pero ya en el tiempo de cerrar este trabajo, aparece en las librerías una última y magnífica aportación a la bibliografía sobre este capítulo

de la Guerra Civil española. Se trata de Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española, que firma Fernando del Rey Reguillo ¹⁰¹. Estamos ante una investigación de microhistoria sobre la violencia que se ejerció en la España republicana a partir del estudio de un territorio que, como el autor justifica, fue emblemático de esta realidad: la provincia de Ciudad Real. Por tanto, la que supone hasta ahora la última aportación bibliográfica a la violencia y represión en la Guerra Civil es un extraordinario libro, minuciosamente documentado, en el que se repasa desde el origen esa violencia surgida en julio de 1936, pasando por conceptualizaciones interesantes como la de «violencia caliente», su caracterización como racionalmente calculada o la evolución de esa realidad en la España republicana y su complejidad, hasta la «brutalización» a la que condujo el conflicto español.

Y ya camino de la conclusión, en estos años también han resurgido los análisis de la represión centrados en aspectos específicos (económicos, administrativos, culturales, sociales... o varios mezclados) o en sectores concretos de población. Por ejemplo, la represión económica, después de aquel trabajo pionero firmado por Glicerio Sánchez Recio en 1991. En esta última década se ha vuelto a retomar esa línea de investigación, aunque más en estudios locales o regionales. Así, en la lista de autores que han estudiado la represión económica nos encontramos desde 2011 a Antonio López Villa, la tesis doctoral de Pedro Jesús Fera López, el trabajo coordinado por Julián Casanova y Ángela Cenaarro o el de Julio Prada Rodríguez ¹⁰².

Otro capítulo cuya presencia historiográfica se ha incrementado apreciablemente ha sido el de la violencia política sobre las mujeres en la Guerra Civil, con la particularidad de que quienes se han ocupado de ello han sido investigadoras y ha habido estudios en los dos bandos. Es el caso de historiadoras ya reconocidas como Mary Nash o Ángeles Egido, junto a otras investigadoras, ambas doctoras recientemente, como Claudia Cabrero Blanco, que ha publicado su tesis sobre la represión de las mujeres en Asturias, o Laura Sánchez Blanco, que se ha centrado en mujeres falangistas y tradicionalistas asesinadas en la Guerra Civil ¹⁰³.

Este inicio del siglo XXI también nos ha aportado estudios sobre la

violencia política contra funcionarios. Por ejemplo, de 2009 es el trabajo dirigido por Josefina Cuesta, que abarca el amplio periodo del franquismo pero parte de 1936, y de 2015 la tesis doctoral de Aritz Ipiña Bidaurreazaga, sobre funcionarios públicos de la provincia y de los municipios de Vizcaya, y que también abarca toda la dictadura desde 1936. En este ámbito, también debemos incluir el ya citado libro colectivo, producto de un ciclo de conferencias organizado en la Universidad de Alicante, coordinado por Glicerio Sánchez Recio y Roque Moreno Fonseret ¹⁰⁴ . Otro ámbito, y con mucha aportación bibliográfica reciente, es el que analiza la represión en la enseñanza, como es el caso para Segovia del trabajo de Carlos de Dueñas y Lola Grimau ¹⁰⁵ ; para Ciudad Real, de Sol Benito ¹⁰⁶ ; para Zamora, de Lucio Martínez Pereda ¹⁰⁷ ; para León, de Beatriz Mayo ¹⁰⁸ ; para Castilla y León, de un grupo de investigadores leoneses ¹⁰⁹ ; para Cádiz, de José Pettenghi ¹¹⁰ ; para Málaga, de María del Campo Pozo ¹¹¹ , y para el conjunto de Castilla-La Mancha, de Sara Ramos ¹¹² . Y referidas a toda España, también hallamos investigaciones sobre la represión en la enseñanza desde la de 1997 de Francisco Morente Valero ¹¹³ hasta, en 2002, el trabajo de José Joaquín Martí Ferrándiz ¹¹⁴ .

En suma, la bibliografía sobre violencia política y represión en la Guerra Civil se inició hace ocho décadas, fundamentalmente con literatura de valor testimonial más que historiográfico y, por tanto, con una visión básicamente maniquea y terminología aún más propia del clima de guerra. Después, en los sesenta, aparecieron investigadores extranjeros, que influyeron hasta en la propia historiografía más profranquista. Desde los ochenta asistimos a grandes y brillantes aportaciones en las reflexiones sobre la violencia política por impulso especialmente de Julio Aróstegui, acompañado del mejor conocimiento cuantitativo de la represión gracias a la proliferación de estudios locales y regionales para dar paso después a más análisis cualitativos. Y ya en la última etapa, destaca la incidencia en el avance del conocimiento en esta materia del interés por recuperar la memoria histórica, en especial de los vencidos, con la consiguiente reacción de algún revisionismo neofranquista (que es discutible que podamos considerarlo historiografía), hasta completar los estudios de la represión. Además se hace mucho hincapié en la violencia física, con estudios sobre la represión en mayor variedad de aspectos: los económicos, los

culturales, los sociales, etc., o específicamente la ejercida sobre las mujeres. Pero la nómina de investigaciones sobre violencia, orden público y represión en la Guerra Civil ha culminado, a finales de 2019, con una última aportación del profesor Fernando del Rey Reguillo que, como se ha comentado líneas arriba, constituye un cierre brillante a la historiografía sobre este capítulo del conflicto hasta la fecha.

■

¹ Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto de investigación, con referencia HAR2015-70256-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España, en el marco del Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación 2013-2016. Proyecto cuyo objeto de estudio se centra en el análisis de ambas retaguardias de la Guerra Civil y el orden público.

² Francisco Alía Miranda, *La agonía de la República. El final de la guerra civil española (1938-1939)*, Madrid, Cátedra, 2015.

³ Luis Palacios Bañuelos, *Dos Españas en guerra (1936-1939)*, Madrid, Dilex, 2016.

⁴ Joaquín Riera, *La Guerra Civil y la Tercera España. De cómo unas minorías extremas nos llevaron a la guerra*, Córdoba, Almuzara, 2016.

⁵ Enrique Moradiellos, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Madrid, Turner, 2016.

⁶ Hernán Rodríguez Velasco, Una derrota prevista: el espionaje militar republicano en la Guerra Civil española (1936-1939), Granada, Comares, 2012. Este trabajo destaca la importancia de contar con una retaguardia saneada para el éxito en la guerra.

⁷ Para Madrid, lo más reciente es la obra colectiva de Gutmaro Gómez Bravo (coord.), Asedio. Historia de Madrid en la guerra civil (1936-1939), Madrid, Ediciones Complutense, 2018.

⁸ Para Alicante: Carlos Salinas, Alicante en guerra: la vida en la retaguardia (1936-1939), San Vicente del Raspeig, Publications de la Universitat d'Alacant, 2017, y Pablo Rosser Limiñana y Remedios Soriano, Alicante en guerra: de la ciudad republicana de retaguardia y refugios, a la ciudad destrozada, derrotada y franquista, Alicante, Concejalía de Memoria Histórica y Democrática Municipal, Ayuntamiento de Alicante, 2018. Y para Barcelona: Josep Antoni Pozo González, Del orden revolucionario al orden antifascista: la lucha política en la retaguardia catalana (septiembre de 1936-abril de 1937), Sevilla, Espuela de Plata, 2015.

⁹ Roberto Muñoz Bolaños, Fuerzas y cuerpos de seguridad en España (1900-1945), en la colección «SERGA. Historia militar del siglo XX », Madrid, Almena, 2000.

¹⁰ Francisco Aguado Sánchez, Historia de la Guardia Civil. Los agitados años treinta, vol. 5 de Historia de la Guardia Civil, 1972. Y Jaime J. Puig, Historia de la Guardia Civil, Barcelona, Mitre, 1984.

¹¹ Diego López Garrido, La Guardia Civil y los orígenes del Estado centralista, Madrid, Alianza, 2004.

¹² Miguel López Corral, *La Guardia Civil española: claves históricas para entender a la Benemérita y a sus hombres (1844-1975)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

¹³ El artículo se debe a Miguel López Corral, « El papel de la Guardia Civil en la guerra », en Miguel C. Gómez Oliver y Octavio Ruiz Manjón (coords.), *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil Española*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1990. Y los dos libros divulgativos son de Juan Blázquez Miguel, *La Guardia Civil durante la República y el 18 de julio*, Madrid, Tomás Pérez, 2010, y *La Guardia Civil en la Guerra de España*, Madrid, Barbarroja, 2012, sin un interés excesivo.

¹⁴ Manuel Pérez Rubio y Antonio Prieto Barrio, *Guardia Nacional Republicana. La Guardia Civil del Frente Popular*, Madrid, Actas, 2017.

¹⁵ Francisco Javier García Carrero, Manuel Gómez Cantos, *historia y memoria de un mando de la Guardia Civil*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2013.

¹⁶ Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio ... y después*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, pág. 283.

¹⁷ Javier Rodrigo, «Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación», *Ayer*, núm. 76, 2009, 13-36.

¹⁸ Javier Cervera Gil, *Contra el enemigo de la República... desde la Ley. Detener, juzgar y encarcelar en guerra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

¹⁹ Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977. La expresión «estado campamental» la utiliza Serrano en esta publicación.

²⁰ Análisis de estos conceptos en Julio Ponce Alberca, «Violencia política y orden público en la España de la primera mitad del siglo XX . Un ensayo interpretativo», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núm. 35, 2017, 109-134.

²¹ El repaso de la evolución en la historiografía sobre la Guerra Civil de las últimas ocho décadas lo hemos estructurado a partir de la lectura de un buen número de trabajos que abordan el tema total o parcialmente. Para evitar la continua cita en notas al pie que haría farragosa la estructura del texto, a continuación enunciamos la referencia de todos estos artículos que hemos consultado para elaborar este capítulo: Julián Chaves Palacios, «La historiografía reciente sobre la Guerra Civil de 1936-1939 en los umbrales del nuevo milenio», *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 16, 2000, 410-430; Enrique Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», *Ayer*, núm. 50, 2003, 11-39; Hugo García Fernández, «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», *Ayer*, núm. 62, 2006, 285-305; Manuel Pérez Ledesma, «La guerra civil y la historiografía: No fue posible el acuerdo», *Leer Historia*, núm. 51, 2006, 51-75; Juan Andrés Blanco Rodríguez, «La historiografía de la guerra civil», *Hispania Nova*, núm. 7, 2007; Eduardo González Calleja, «La violencia política en la España del siglo XX : un balance historiográfico», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 38-2, 2008, 213-240; Javier Rodrigo, «España era una patria enferma. La violencia de la Guerra Civil y su legitimación en la extrema derecha española: entre historia, representación y revisionismo», *Jerónimo Zurita (Dosier: Guerra Civil: las representaciones de la violencia)*, núm. 84, 2009, 189-230; Eduardo González Calleja, «La contribución de Julio Aróstegui al debate historiográfico sobre la

violencia política en la España contemporánea», *Hispania Nova*, núm. 12, 2014; Gutmaro Gómez Bravo y Ainhoa Campos Posada, «Nuevas tendencias en el estudio de la Guerra Civil. La violencia y los estudios urbanos: el caso específico de Madrid», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, núm. 38, 2016, 107-126; Julio Ponce Alberca, «Violencia política y orden público en la España de la primera mitad del siglo XX. Un ensayo interpretativo», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núm. 35, 2017, 109-134.

²² Francisco Ferrari Billoch, *Mallorca contra los rojos: Fracaso de los desembarcos marxistas en la isla. (Diario de un combatiente)*, Palma de Mallorca, Amengual y Muntaner, 1936; Sr. Smith, *Cinco meses con los rojos en Barcelona*, Palma de Mallorca, Amengual y Muntaner, 1937; Ana María de Foronda, *Nueve meses con los rojos en Madrid, Ávila*, Imprenta Católica de Sigirano Díaz, 1937, y Adelardo Fernández Arias («El Duende de la Colegiata»), *Madrid, bajo el terror. 1936-1937. (Impresiones de un evadido, que estuvo a punto de ser fusilado)*, Zaragoza, Librería General, 1937.

²³ Antonio Cobanela Caamaño («El Duende Azul»), *Emocionario íntimo de un cautivo. Los cuatro meses de la Modelo*, Madrid, Gráfica Administrativa, 1939; o José María Carretero («El Caballero Audaz»), *La ciudad inmolada, volumen 5 de la Revolución de los patibularios*, Madrid, Ediciones El Caballero Audaz, 1940.

²⁴ Francisco Lacruz, *El alzamiento, la Revolución y el terror en Barcelona. 19 julio 1936-26 enero 1939*, Barcelona, Arysael, 1943.

²⁵ Luis López de Medrano, *986 días en el infierno*, Madrid, Imprenta Juan Bravo, 1939.

²⁶ José María Carretero («El Caballero Audaz»), *Frente rojo contra*

España, Madrid, Ediciones ECA, 1946.

²⁷ Estado Español, Ministerio de la Gobernación, Dictamen de la Comisión sobre la ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936, Madrid, Editora Nacional, 1939.

²⁸ Causa General. La dominación Roja en España, Madrid, Ministerio de Justicia, 1943.

²⁹ Santos Juliá, «Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura», en Santos Juliá (dir.), Memoria de la guerra y del franquismo, Madrid, Taurus, 2006, pág. 33.

³⁰ Ciriaco Pérez Bustamante, Síntesis de historia de España, Madrid, Ediciones Españolas, 1939.

³¹ Manuel Aznar, Guerra y victoria de España (1936-1939), Madrid, Editora Magisterio Español, 1942.

³² Tomás Borrás, Checas de Madrid, 1939; Francisco Casares, Argentina-España. 1936-1937. Apuntes y recuerdos de un asilado en la Embajada de Argentina de Madrid, Buenos Aires, Poblet, 1937; Jesús Galíndez, Los vascos en el Madrid sitiado, Buenos Aires, Ekin, 1954; Enrique Huidobro Pardo, Escarmientos... meditaciones de un refugiado, con epílogo de asalto al consulado, Madrid, Fox, 1940; Arsenio de Izaga y Ojembarrena («Modestinus»), Los presos de Madrid. Recuerdos e impresiones de un cautivo en la España Roja, Madrid, Imprenta Martosa, 1940, y Félix Ros, Preventorio D. Ocho meses en el SIM, Barcelona, Yunque, 1939.

³³ Aniceto Castro Albarrán, *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada Española*, Salamanca, Talleres Gráficos Cervantes, 1938, y *La gran víctima. La Iglesia española, mártir de la revolución roja*, Salamanca, Talleres Gráficos Cervantes, 1940, y Carlos Vicuña Murguiondo, *Mártires agustinos de El Escorial*, San Lorenzo de El Escorial, Imprenta del Monasterio, 1943.

³⁴ José María Carretero («El Caballero Audaz»), *Nosotros los mártires*, volumen 3 de la *Revolución de los patibularios*, Madrid, Ediciones El Caballero Audaz (Colección *Al Servicio del Pueblo*, 2.^a época), 1940.

³⁵ Véase explicación de esta realidad en Javier Cervera Gil, *La Guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944-1953*, Madrid, Taurus, 2007.

³⁶ Véase en Tomás Borrás, *Contra la Antiespaña*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1954; Mauricio Carlavilla, *Antiespaña 1959: autores, cómplices y encubridores del comunismo*, Madrid, Nos, 1959.

³⁷ Jesús Hernández Tomás, *Negro y Rojo. Los anarquistas en la Revolución española*, México D.F., La España Contemporánea, 1946, o *Yo fui ministro de Stalin*, México, Editorial América, 1953.

³⁸ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Harmondsworth, Penguin, 1961; Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War (1931-1939)*, Princeton, Princeton University Press, 1965, y Herbert R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, París, Ruedo Ibérico, 1963. Los dos primeros fueron traducidos al castellano muy

pronto en ambos casos.

³⁹ Ricardo de la Cierva, *Historia de la guerra civil española*, Madrid, San Martín, 1969.

⁴⁰ Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*, Madrid, Secretaría General Técnica, Sección de Estudios sobre la Guerra de España, 1967.

⁴¹ José María Sánchez Silva y José Luis Sáenz de Heredia, *Franco... ese hombre (1893-1965)*, Madrid, LIDISA, 1964.

⁴² Tomás Borrás, *Madrid, teñido de rojo*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, Sección Cultura, 1962; Joaquín Martínez Arboleya («Santicaten»), *Porque [sic] luché contra los rojos*, Montevideo, 1961, y *Caos. Guerra Civil española*, Montevideo, 1969.

⁴³ Stanley Payne, *La revolución española*, Barcelona, Ariel, 1972, y *La revolución española y la guerra civil*, Gijón, Júcar, 1977.

⁴⁴ Ángel María de Lera, *Las últimas banderas*, Barcelona, Planeta, 1967.

⁴⁵ Gregorio Gallego, *Madrid, corazón que se desangra*, Madrid, G. del Toro Editor, 1976.

⁴⁶ Rafael Abella Bermejo, *La vida cotidiana durante la guerra civil* (vol. 1, *La España nacional*, y vol. 2, *La España republicana*), Barcelona, Planeta, 1974.

⁴⁷ Antonio Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid, BAC, 1961.

⁴⁸ Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la Segunda República Española*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

⁴⁹ Ramón Salas Larrazábal, *Pérdidas de la Guerra*, Barcelona, Planeta, 1977.

⁵⁰ *Ibíd.*, y Ramón Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la Guerra Civil*, Barcelona, Rioduero, 1980.

⁵¹ Ramiro Cibrián, «Violencia política y crisis democrática: España en 1936», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1978, págs. 81-115.

⁵² Julio Aróstegui, «Conflicto social e ideología de la violencia. España, 1917-1939», en Manuel Tuñón de Lara et al., *España, 1898-1936: estructuras y cambio*, Madrid, UCM, 1984, págs. 309-343.

⁵³ Charles Tilly, «Collective violence in European perspective», en I. K. Feierabend et al., *Anger violence and politics: Theories and*

research, Englewood Cliffs (NJ), Prentice Hall, 1972, pág. 372.

⁵⁴ José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, núm. 12, 1982, 19-41.

⁵⁵ Julio Aróstegui, «Conflicto social...», *op. cit.*

⁵⁶ Julio Aróstegui, «El voluntariado de Navarra en el Ejército de Franco, 1936-1939. Fundamentos sociohistóricos de un comportamiento ideológico», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 47, marzo de 1982, 77-109.

⁵⁷ Hoy es el Archivo General Militar de Ávila.

⁵⁸ Hoy Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca.

⁵⁹ Paul Preston, «La guerra agraria en el Sur», en Paul Preston (ed.), *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Madrid, Alianza, 1986.

⁶⁰ Julián Casanova, «Guerra Civil, ¿lucha de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, núm. 20, 1994.

⁶¹ Santos Juliá, *Un siglo de España. Política y sociedad*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

⁶² José Álvarez Junco, «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, págs. 35-68.

⁶³ José Andrés-Gallego, «Españoles en guerra», en J. Andrés-Gallego, L. de Llera, J. Velarde y N. González, *Historia de España*, vol. 13.1, *España actual. La guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Gredos, 1989, págs. 39-50.

⁶⁴ Alberto Reig Tapia, *Ideología e historia sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 1984.

⁶⁵ Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba, 1936-1939*, Madrid, Alpuerto, 1985.

⁶⁶ Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, vols. I y II, Barcelona, Crítica, 1979.

⁶⁷ Josep Maria Solé i Sabaté y Joan Villarroja, *La repressió a la rera guarda de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1989, 2 vols. Ambos también habían publicado años antes: *La repressió a la guerra i a la postguerra a la comarca del Maresme (1936-1945)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1983.

⁶⁸ Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba...*, op. cit.; Josep Maria Solé i Sabaté y Joan Villarroja, *La repressió...*, op. cit.; Gregorio Herrero Balsa y Antonio Hernández García, *La represión en Soria durante la Guerra Civil*, Soria, Ediciones Autores, 1982;

Antonio Nadal Sánchez, Guerra Civil en Málaga, Málaga, Arguval, 1984; Antonio Hernández García, La represión en La Rioja durante la Guerra Civil, Logroño, Edición del autor, 1984; Asociación de Viudas de los Defensores de la República y del Frente Popular de Asturias, Fosa común del cementerio de Oviedo, Oviedo, 1984; Justo Vila Izquierdo, Extremadura: la Guerra Civil, Badajoz, Universitas Editorial, 1984; Miguel Ángel Cabrera Acosta, La represión franquista en El Hierro (1936-1944), Santa Cruz de Tenerife, Tagoror de Ediciones, 1985; Rafael Quirosa-Cheyrouze, Política y guerra civil en Almería, Almería, Cajal, 1986; Francisco Cobo Romero, Labradores, campesinos y jornaleros. Protesta social y diferenciación interna del campesinado jiennense en los orígenes de la Guerra Civil (1931-1936), Córdoba, Libros de la Posada, 1992, y Conflicto rural y violencia política. El largo camino de la dictadura. Jaén, 1917-1950, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, y Altaffaylla Kultur Taldea, Navarra 1936. De la esperanza al terror, Pamplona, Txalaporta, 1986.

⁶⁹ Javier Cervera Gil, Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939, Madrid, Alianza, 1996.

⁷⁰ Manuel Ortiz Heras, Violencia política en la II República y el primer franquismo: Albacete, 1936-1950, Madrid, Siglo XXI, 1996.

⁷¹ Ricardo de la Cierva y Hoces, Carrillo miente. 156 documentos contra 103 falsedades, Madrid, Fénix (Serie Máxima), 1994, e Historia esencial de la Guerra Civil Española. Todos los problemas resueltos sesenta años después, Madrid, Fénix (Serie Máxima), 1996.

⁷² Rafael Casas de la Vega, El Terror. Madrid 1936, Madrid, Fénix (Serie Máxima), 1994.

⁷³ El autor de este capítulo puede afirmar que ha constatado esa circunstancia con documentos... pero también personalmente, puesto que en un caso llegué a conocer, en los años ochenta y noventa, a una de las personas que supuestamente habían sido asesinadas durante la Guerra Civil.

⁷⁴ Julio Aróstegui, «La oposición al franquismo. Represión y violencia políticas», en Javier Tusell, Alicia Alted y Abdón Mateos (coords.), La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación, Madrid, UNED, 1990, tomo I, vol. 2, págs. 249-252.

⁷⁵ Julio Aróstegui, «Violencia y sociedad política: la definición de la violencia», en Julio Aróstegui (ed.), Violencia y política en España, Ayer, núm. 13, Madrid, Marcial Pons, 1994.

⁷⁶ Alberto Reig Tapia, Violencia y terror. Estudios sobre la Guerra Civil Española, Madrid, Akal (Serie Historia Contemporánea), 1990.

⁷⁷ Santos Juliá (coord.), Víctimas de la guerra civil, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

⁷⁸ Michael Richards, Un tiempo de silencio. La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945, Barcelona, Crítica, 1999.

⁷⁹ Glicerio Sánchez Recio, La República contra los rebeldes y desafectos: la represión económica durante la guerra civil, Alicante,

Universidad de Alicante, 1991.

⁸⁰ A comienzos de los noventa, aún era preceptiva la autorización de la Fiscalía General del Estado para consultar los fondos de la famosa Causa General (dependiente del Ministerio de Justicia) que conservaba el Archivo Histórico Nacional en su sede de Madrid, pero ya era un mero trámite que se resolvía en unas horas.

⁸¹ Títulos nuevos con planteamientos viejos (y muy desacreditados ya) como tres firmados por Pío Moa: Los orígenes de la guerra civil española, Madrid, Encuentro, 1999; El derrumbe de la Segunda República y la guerra civil, Madrid, Encuentro, 2001, o, el más lamentable de todos, Los mitos de la guerra civil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003.

⁸² César Vidal, Paracuellos Katyn. Un ensayo sobre el genocidio de la izquierda, Madrid, Libros Libres, 2005, o Checas de Madrid, Barcelona, Planeta, 2007.

⁸³ Paloma Aguilar, Memoria y olvido de la Guerra Civil española, Madrid, Alianza, 1996.

⁸⁴ Santos Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la Transición», Claves de Razón Práctica, núm. 129 (enero-febrero de 2003), 14-24.

⁸⁵ Paloma Aguilar, «Presencia y ausencia de la guerra civil y el franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del pacto de silencio», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), Guerra Civil: mito y memoria, Madrid,

⁸⁶ Emilio Silva y Santiago Macías, *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

⁸⁷ Las referencias bibliográficas de publicaciones sobre este tipo de violencia represiva se han debido, fundamentalmente, a la actividad de las asociaciones de recuperación de la memoria histórica, y serían muchas. En los últimos quince años podemos encontrar muchos trabajos editados por estas asociaciones, de casi todas las comunidades autónomas de España. Por un lado, plantean sus posicionamientos en torno a lo que habitualmente se denomina las «políticas de la memoria», en las que suelen reclamar atención de los poderes públicos. En otros casos, y es lo que a nosotros más nos interesa, publican trabajos que cuentan y analizan episodios de represión cuyo resultado fue el asesinato de personas que durante demasiado tiempo han estado enterradas (¿y olvidadas?) en alguna fosa común y, cuya memoria y, sobre todo dignidad, ahora han sido recuperadas por la asociación que patrocina la publicación.

⁸⁸ Julio Aróstegui, *España en la memoria de tres generaciones. De la esperanza a la reparación*, Madrid, Ediciones Complutense / Fundación Francisco Largo Caballero, 2007, y Julio Aróstegui y Sergio Gálvez Biesca, *Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011.

⁸⁹ Pío Moa, *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004; Ángel D. Martín Rubio, *Los mitos de la represión en la guerra civil*, Baracaldo, Grafite, 2005; Rafael Casas de la Vega, *Masacre. Asesinados en la zona republicana durante la guerra civil (1936-1939)*, Valladolid, AF

Editores, 2006.

⁹⁰ Bartolomé Benassar, *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil Española (1936-1942...)*, Madrid, Taurus, 2005.

⁹¹ Stanley Payne, *El colapso de la República. Los orígenes de la guerra civil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

⁹² Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio... y después*, Barcelona, Flor del Viento, 2006.

⁹³ Fernando Jiménez Herrera, *Los comités madrileños en 1936. Un análisis microhistórico de la represión*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2018.

⁹⁴ Francisco Moreno Gómez, *El genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008.

⁹⁵ Paul Preston, *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debate, 2011.

⁹⁶ Glicerio Sánchez Recio y Roque Moreno Fonseret (eds.), *Aniquilación de la República y castigo a la lealtad*, Alicante, Publicacions de la Universitat d'Alacant, 2015.

⁹⁷ Francisco Espinosa Maestre (ed.), *Violencia roja y azul. España 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010.

⁹⁸ Julius Ruiz, *El terror rojo*: Madrid, 1936, Barcelona, Espasa, 2011, y *La justicia de Franco: la represión en Madrid tras la guerra civil*, Barcelona, RBA, 2012.

⁹⁹ José Luis Ledesma Vera, *Los días de llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004.

¹⁰⁰ Javier Cervera Gil, *Contra el enemigo...*, op. cit.

¹⁰¹ Fernando del Rey Reguillo, *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.

¹⁰² Antonio López Villa, *La represión económica de los vencidos: el tribunal de responsabilidades políticas en la sierra sur de Sevilla (1939-1945)*, Sevilla, APSCII, 2011; Pedro Jesús Fera López, *La represión económica en la provincia de Huelva durante la guerra civil española y la posguerra (1936-1945)*, tesis doctoral, Huelva, 2013; Julián Casanova y Ángela Cenarro (eds.), *Pagar las culpas: la represión económica en Aragón (1936-1945)*, Barcelona, Crítica, 2014, y Julio Prada Rodríguez, *Marcharon con todo: la represión económica en Galicia durante el primer franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016.

¹⁰³ Mary Nash, *Las mujeres republicanas en la guerra civil*, Madrid, Taurus, 1999; Ángeles Egido León, *El perdón de Franco: la represión de las mujeres en el Madrid de la posguerra*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2009; Claudia Cabrero Blanco, *Mujeres contra*

el franquismo (Asturias 1937-1952): vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK, 2006, y Laura Sánchez Blanco, Rosas y margaritas: mujeres falangistas, tradicionalistas y de Acción Católica asesinadas en la Guerra Civil, Madrid, Actas, 2016.

¹⁰⁴ Josefina Cuesta (dir.), La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975), Madrid, Fundación Largo Caballero, 2009; Aritz Ipiña Bidaurrezaga, La depuración de funcionarios y empleados públicos provinciales y municipales en Bizkaia [sic] durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, 1936-1975, tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 2015, y Glicerio Sánchez Recio y Roque Moreno (eds.), Aniquilación de la República..., op. cit.

¹⁰⁵ Carlos de Dueñas Díez y Lola Grimau Martínez, La represión franquista de la enseñanza en Segovia, Valladolid, Ámbito, 2004.

¹⁰⁶ María Sol Benito Santos, La depuración del Magisterio en la provincia de Ciudad Real, Ciudad Real, Centro de Estudios de Castilla-La Mancha, 2006.

¹⁰⁷ Lucio Martínez Pereda, La depuración franquista del Magisterio Nacional en el norte de Zamora, 1936-1943, Zamora, C.E.B. Ledo del Pozo, 2008.

¹⁰⁸ Beatriz Mayo Redondo, La represión de maestros en la provincia de León durante la guerra civil, León, EOLAS Ediciones, 2014.

¹⁰⁹ Enrique Berzal de la Rosa, Juan A. Blanco Rodríguez, Severiano Delgado Cruz, Jesús Gutiérrez Flores, Adoración Martín Barrio,

Eduardo Martín González, Ignacio Martín Jiménez, Carlos de Pablo Lobo, Javier Rodríguez González, Rafael Sánchez, Carlos de la Sierra y Santiago Vega Sombria, Muerte y represión en el magisterio de Castilla y León, León, Fundación 27 de Marzo, 2010.

¹¹⁰ José Pettenghi Lachambre, La escuela derrotada: depuración y represión del magisterio en la provincia de Cádiz (1936-1945), Cádiz, Quorum Libros, 2005.

¹¹¹ María del Campo Pozo Fernández, Depuración del Magisterio Nacional en la ciudad de Málaga (1936-1942), Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 2001.

¹¹² Sara Ramos Zamora, La represión del magisterio: Castilla-La Mancha, 1936-1945, Ciudad Real, Biblioteca Añil, 2006.

¹¹³ Francisco Morente Valero, La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del magisterio nacional (1936-1943), Valladolid, Ámbito, 1997.

¹¹⁴ José Joaquín Martí Ferrándiz, Poder político y educación: el control de la enseñanza (España, 1936-1975), Valencia, Universitat de València, 2002.

CAPÍTULO 6

Cultura, prensa y propaganda: guerra escrita, guerra total. Balance
de nuestra década

MANUELA AROCA MOHEDANO

CONSIDERACIONES GENERALES Y NUMÉRICAS

La Guerra Civil española ha hecho correr ríos de tinta, dentro y fuera de nuestras fronteras. Los cómputos de publicaciones sobre la contienda han sido objeto de estudio en diversas ocasiones. El historiador Enrique Moradiellos hablaba de estimaciones bibliométricas fidedignas que arrojan una cifra entre quince y veinte mil libros publicados sobre este pasaje de nuestra historia en 1986 ¹ . Un trabajo cuantitativo posterior, de los profesores Juan Andrés Blanco, Sergio Riesco y María del Rosario Ruiz Franco, cifraba la producción sobre la Guerra Civil, entre los años 1975 y 1995, en 3.597 referencias bibliográficas ² . En 2007, el mismo Juan Andrés Blanco aportaba un número global aproximado de 40.000 publicaciones referidas a la Guerra Civil ³ .

Si buscamos guarismos sobre las publicaciones relativas a la temática que nos ocupa en este artículo —cultura, prensa y propaganda—, los datos más concretos son aportados por los tres autores antes mencionados en el mismo estudio: 87 trabajos sobre prensa y propaganda (30 monografías y 57 artículos aparecidos en revistas), que representan un 3,8 por 100 de los estudios generales sobre la guerra aparecidos en el lapso de tiempo comprendido entre 1975 y 1995, y 455 publicaciones sobre aspectos culturales e intelectuales (234 monografías y 221 trabajos aparecidos en revistas), lo que representa un 19,8 por 100 de la producción total sobre la guerra.

Los porcentajes de publicaciones referidas a cuestiones culturales son similares a los de las dedicadas a política interior o a contenidos internacionales y superiores a los que han generado, por ejemplo, los aspectos militares del conflicto, incluido el desarrollo de operaciones militares, ejércitos y milicias (12,6 por 100) ⁴ . Pero no hay que olvidar que en el apartado cultural, los autores incluyeron también obras de ficción sobre la Guerra Civil o ambientadas en ella ⁵ .

En el presente trabajo nos proponemos analizar los resultados historiográficos de las investigaciones que se han desarrollado a partir del año 2007. En esa fecha, los diferentes estudios que generó el setenta aniversario del comienzo de la guerra, celebrado en 2006, permiten establecer una nueva etapa en lo que a balances interpretativos y bibliográficos se refiere. También en 2007, otro hito venía a influir en la investigación general sobre la Guerra Civil: la promulgación de la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, comúnmente conocida como «Ley de Memoria Histórica». Las consecuencias fundamentales derivadas de esta nueva normativa, en lo que a la investigación histórica respecta, son a grandes rasgos las tres que siguen.

En primer lugar, el tránsito desde los estudios globales hasta los análisis locales, regionales o de niveles mucho más abarcables. En ellos es posible trabajar sobre aspectos numéricos o de recuperación de secuencias más detalladas o incluso de trayectorias individuales. Este aspecto ha sido muy relevante en lo que se refiere al estudio de la represión de retaguardia, en la que los avances locales y regionales han sido numerosos.

En segundo lugar, la Ley de Memoria propició la incorporación masiva —a veces indiscriminada— de fuentes orales y la publicación de muchas de ellas en formato de memoria comentada o sin aderezos.

En último lugar, la consolidación de una materia que ya habían apuntado algunos autores —quizá el profesor Aróstegui había sido hasta ese momento su máximo exponente— que podemos considerar la «memoria de la guerra». Es posible definirla como el estudio de las relaciones de la Historia con la Memoria Democrática, a partir de formulaciones propias del método histórico.

Las tres consecuencias antes descritas, con la promulgación de la llamada Ley de Memoria Histórica, han tenido idénticos resultados en los estudios que tienen que ver con la prensa, la propaganda y la cultura. Especialmente significativa ha sido la evolución del conocimiento hasta niveles de detalle muy superiores, sobre todo en lo referido al ámbito local o regional, o al análisis de aspectos muy concretos, como lo relacionado con la propaganda de los dos

bandos en el exterior de España, el análisis de la prensa de los elementos políticos que componían el bando sublevado o el desarrollo de numerosísimos estudios sobre la protección del tesoro artístico contra la destrucción de la guerra.

En 2014, el número 32 de la revista *Studia Historica. Historia Contemporánea* realizó un nuevo balance historiográfico. En él las cuestiones relacionadas con la cultura no tuvieron un apartado específico, aunque sí lo tuvo la propaganda, como hacedora de una cultura de guerra ⁶ . Sin embargo, en el mismo ejemplar, el artículo de Miguel Íñiguez Campos ⁷ señalaba un incremento en las publicaciones sobre temas culturales, incluyendo los literarios, que según el autor no habían sido objeto de una especial atención hasta fechas muy recientes. En 2017, el balance historiográfico de Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco ⁸ tampoco concedía un apartado específico a ninguno de estos aspectos. Solo dos capítulos tratan, de manera colateral, la historiografía referida a determinados contenidos culturales ⁹ .

EL PESO DE LA IDEOLOGÍA: ENTRE LA CULTURA Y EL COMBATE

El primer elemento que hay que tener en cuenta para estudiar la bibliografía sobre cultura, prensa y propaganda es la capacidad individual y conjunta de estos tres elementos para dar cauce a la ideología. La Guerra Civil española fue un conflicto ideológico que enfrentó a dos grandes bloques, dos formas de entender e interpretar el mundo político, económico y social, trasunto de lo que estaba sucediendo en Europa. Por lo tanto, el estudio conjunto de los tres ámbitos permite analizar los instrumentos de canalización de la ideología en los bandos. Sin embargo, la mayoría de los estudios optan por análisis individualizados que separan ambos enfoques, bien desarrollando las tres temáticas por separado, bien, con mayor frecuencia, agrupando los trabajos sobre prensa y propaganda.

Entre los estudios que desarrollan un análisis global de estas tres vertientes, es destacable la aportación de Emilio Peral, resultado de un proyecto de investigación de I + D, sobre los métodos de propaganda activa que se implementaron en la Guerra Civil española. Entre estos métodos, los autores y componentes del equipo de investigación contemplan la literatura, el arte, la música, la prensa y la educación, como «vetas propagandísticas que, en apoyo de ideologías dispares, fueron utilizadas en la guerra civil en los dos bandos». Como resultado del trabajo de este grupo de investigación, que integra a especialistas de diversas disciplinas, dos publicaciones —de los años 2015 y 2016¹⁰— buscan arrojar luz sobre las diversas empresas que trataron de encauzar, a través de la cultura y la prensa, la adhesión ideológica.

Otra de las características generales de los estudios aparecidos en los últimos años es que aquellos que han centrado su atención en las manifestaciones culturales durante el conflicto han sido en su mayoría abordados por especialistas en disciplinas no estrictamente historiográficas, como es el caso de filólogos, historiadores de la literatura o del arte. La consecuencia es un conjunto de obras que

analizan la producción literaria y artística durante la guerra con la perspectiva de su aportación a la historia del arte, pero que desatienden otros contenidos propios de la historia. Suelen ser obras donde priman aspectos como la valoración de la calidad de la producción y estructuradas en torno a las diferencias que se constatan en este terreno entre los dos bandos contendientes. En su mayor parte, no cuentan con un aparato crítico suficiente que nos permita hacer una evaluación de sus fuentes.

Por el contrario, las obras que se han acercado a las temáticas relacionadas con la prensa y su discurso propagandístico han sido elaboradas en su mayoría por historiadores, por lo que la metodología y los resultados permiten una mejor interpretación historiográfica.

Otra de las características esenciales de las investigaciones sobre cultura, prensa y propaganda durante esta última década ha sido que el grueso de los estudios se ha inclinado por el análisis de estas manifestaciones en el bando sublevado. La eclosión de los primeros estudios, que se desencadenó a partir de la década de los ochenta, estuvo mayoritariamente dedicada a la producción realizada por el bando republicano y sus partidarios. Sin embargo, los últimos trabajos han tendido a compensar el vacío historiográfico, atendiendo el mismo proceso en el bando franquista.

En esta línea —sociología cultural del franquismo—, el trabajo publicado en 2015 por José Ángel Ascunce Arrieta ¹¹ aborda la cultura del nacionalcatolicismo, como conjunto de códigos ideológicos y simbólicos, durante la totalidad de la dictadura. De su estudio nos interesa especialmente resaltar que el autor considera que el patrón de los elementos ideológico-culturales del régimen se construye durante los años 1936-1939 y, a partir de ese último año, se mantendrá inalterable durante todo el resto de la dictadura.

Ascunce dedica un espacio de análisis a la construcción del Servicio de Prensa y Propaganda de Falange y del Estado franquista, a la creación del organigrama cultural y al cuerpo de intelectuales que apoyan el nuevo Estado, partiendo de la aportación que hacen los miembros de la Iglesia, como el sacerdote Fermín Yzurdiaga. Entre los temas que trata está la creación del Instituto de España durante la guerra, la Ley de Prensa de 1938, la cultura infantil, la creación

de la radio del régimen, la censura, el teatro... En suma, la globalidad de la cultura como un mecanismo de construcción de la identidad del régimen. El autor concluye que la cultura del franquismo no es plana ni transparente, a pesar de la simplicidad de sus enunciados ideológicos. Es una cultura dirigida a la socialización de la población, a través de tres facetas complementarias y de idéntica trascendencia: la primera de ellas es la cultura del terror, entendida como la extensión de un estado de permanente coerción sobre los potenciales disidentes; la segunda está configurada por la cultura del adoctrinamiento, en la cual los elementos clásicos de la difusión cultural están al servicio de la ideología, y finalmente la cultura de la banalización, que llevó a simplificar el mundo cultural español hasta unos extremos inusitados. Todo ello corresponde a la transposición del arquetípico modelo de los regímenes totalitarios y surgió como consecuencia de la profunda hecatombe que fue para la cultura la Guerra Civil española.

En materia de estudios literarios de la zona rebelde, existía el precedente de la obra del historiador de la literatura José María Martínez Cachero. Este autor, ya fallecido, venía abordando esta cuestión desde la década de los años ochenta, con trabajos sobre la novela y el teatro en la Guerra Civil, con algunas interesantes aportaciones como la producción literaria de los autores refugiados en las embajadas extranjeras en suelo español o con atención específica a la vida y obra de literatos como el falangista Jacinto Miquelarena ¹² . Sin embargo, su libro *Liras entre lanzas* ¹³ ..., publicado en 2009, hace un compendio de la literatura producida en territorio franquista y realiza algunas interpretaciones que deben ser destacadas.

En primer lugar, la necesidad de cubrir el vacío de investigaciones relativas a la literatura escrita y publicada en el bando sublevado, rompiendo con lo que el autor considera un tratamiento maniqueo. Según Martínez Cachero, los estudios realizados hasta esa fecha atribuían, de manera sistemática, mejores calidades y mayor volumen de producción a la obra literaria de la zona republicana. La guerra propició en las dos zonas, según la tesis de Martínez Cachero, una producción literaria de ínfima calidad, en la que no solo los autores desconocidos y de menor nivel fueron responsables

de obras manifiestamente mejorables. Autores reconocidos y experimentados, por influjo de la guerra —de la conversión de la literatura en un cauce para la ideología, podría decirse—, también añadieron mediocridad, incorrecciones y futilidad a sus obras de guerra. Es destacable la idea de que la contienda produjo una reactivación literaria de la «provincia», en detrimento de las grandes ciudades. Antes de la guerra prácticamente no se editaba nada de un cierto nivel fuera de Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao. Por el contrario, el conflicto reavivó las publicaciones y el ambiente literario en lugares «liberados» ¹⁴ como Ávila, Burgos, las capitales y pueblos de Andalucía, Salamanca, Pamplona —a la que denomina, emulando al poeta Miguel Sánchez-Ostiz, la «Atenas militarizada»—, Zaragoza, Sevilla, Valladolid... El autor rebate también la idea de que la producción literaria republicana fue más numerosa, aunque dictamina que la urgencia de las circunstancias bélicas y políticas tuvo como resultado una producción literaria «nacional» abundantísima, pero provinciana, adoctrinadora y de bajo nivel literario.

A propósito del teatro, hay que destacar las obras de Nigel Dennis y Emilio Peral sobre la producción y representación dramática ¹⁵ . Estas obras tienen un marcado carácter literario y, junto a un prólogo en el que se estudian las características más destacadas del género en los dos bandos, lo sustancial es la reproducción de una selección de obras emblemáticas del momento.

En los márgenes del periodo fijado para nuestro análisis, contamos con las aportaciones de Francesc Foguet, fundamentales para entender la evolución del teatro catalán durante la guerra y, en menor medida, el desarrollo del teatro de guerra en la totalidad del territorio republicano ¹⁶ .

En la mayoría de las investigaciones sobre la literatura de la guerra subsiste la tendencia a la comparación de la actividad en ambas zonas. Es el caso de los estudios, publicados en 2015 y 2016, dirigidos por Emilio Peral ¹⁷ , quizá los dos ejemplos más sólidos de interpretación general de cultura, prensa y propaganda en todo el territorio español que se han publicado en los últimos años. A rasgos generales, en el capítulo comparativo la conclusión que obtienen los autores viene a consolidar la tesis general de

superioridad cultural y propagandística para la España republicana, que trató de compensar, con la creación y protección de la cultura, y utilizándola como medio de propaganda nacional e internacional, las graves deficiencias que sufría en el terreno militar y de la política internacional. La eclosión de la cartelería, como género casi específico de guerra sobre todo en territorio leal, fue uno de los ejemplos de esta superioridad republicana en cantidad y calidad.

Estos mismos autores consideran que, en el territorio de la propaganda (que recoge también la cultura), para los leales fue apremiante realizar una fuerte campaña propagandística que incluyó la producción cultural. Por ello, la propaganda fue fundamental desde el inicio de la guerra. Sin embargo, los sublevados no necesitaban una propaganda nacional para buscar una adhesión urgente. La superioridad militar retardó, en este sentido, la aparición global de una política propagandística. Pero en 1937, cuando se desarrolla plenamente este concepto, a través de un conjunto de acciones culturales, se busca una reafirmación ideológica y religiosa que alcanzará su máximo desarrollo ya durante la dictadura de Franco. Así, mientras la propaganda de los rebeldes fue, sobre todo, prospectiva, la republicana fue urgente y apremiante.

Las temáticas que Peral y Francisco Sáez Raposo desarrollan en estos volúmenes son muy variadas. Pongamos como ejemplo el análisis de la propaganda republicana a través del Pabellón de España en la Exposición Internacional de París, de 1937, el papel de los intelectuales republicanos entre los propagandistas de partido y los intelectuales, la poesía como modelo de propaganda, la defensa de Madrid en su relación con la República, experiencias educativas, cartelería, cine, análisis concreto de autores y responsables de la propaganda ¹⁸, con un capítulo dedicado específicamente a Dionisio Ridruejo y su papel como jefe de la propaganda «nacional».

También en esta última década ha aparecido una reedición, revisada y ampliada, del ya clásico libro de Andrés Trapiello *Las armas y las letras* ¹⁹. La reedición se reafirma en las tesis básicas que ya estaban contenidas en la misma publicación de 1993, es decir, que la literatura de la guerra, frente a lo que la mayoría de la historiografía ha venido defendiendo, no vivió un periodo de

eclosión y exuberancia, sino que fue mediocre, empapada de retórica y, como toda la literatura política de los años treinta, imposible de digerir. Trapiello trata también de disipar las dudas sobre su adscripción ideológica, apostillando que la razón estuvo solo de parte de la República, pero en el análisis pormenorizado se inclina por mejorar la visión historiográfica de los autores franquistas y falangistas, a costa de contrarrestar la tradicional visión idílica sobre la literatura republicana durante el tiempo de la guerra.

La aportación de Trapiello, especialmente la publicación de 1993, fue fundamental para reconstruir lo acaecido en el terreno literario en España desde el comienzo hasta el fin de la guerra. Sin embargo, el autor da excesivo protagonismo a «chismes» y comentarios, cuya procedencia se desconoce, para juzgar y analizar la actuación de los literatos. La falta de referencia a las fuentes y la entrada de numerosos comentarios vertidos por algunos personajes sobre otros enturbian, especialmente, las valoraciones críticas de aspectos morales que el autor realiza sobre los autores literarios.

Respecto al estudio de los carteles como fórmula artística y expresión propagandística, podemos incorporar las recopilaciones de Jesús de Andrés ²⁰ y la tesis doctoral de Dolores Cabral Martín ²¹, enfocada desde el punto de vista de las conexiones entre la imagen y la comunicación y sin apenas nociones historiográficas, entre otra buena cantidad de artículos de revista, comunicaciones o ponencias en congresos o, incluso, catálogos de exposiciones.

El cine de la guerra y su utilización como instrumento propagandístico, no solo por los bandos contendientes sino por las ideologías enfrentadas en el ámbito europeo, han sido objeto de estudio en los trabajos de Vicente Sánchez-Biosca ²² y Rafael Tranche ²³ y la más moderna aportación de Sonia García López ²⁴, sobre una tesis doctoral de 2007. El primero de los autores propone el término de «mitografía» para suplantar a «propaganda», aduciendo que este último resulta insuficiente e inexacto en el intento de dar cuenta del esfuerzo de las distintas ideologías (comunismo, anarquismo, democracia, nacionalismo...) por justificarse y encontrar su sentido en la guerra.

En un trabajo posterior coordinado por Nancy Berthier y Vicente

Sánchez-Biosca ²⁵ se compilan una serie de textos, bastante heterogéneos, en los que el miedo, presente en la guerra, se convierte en el elemento común de todos ellos. Varios de los artículos, sin embargo, se ocupan de la transmisión de esta emoción a través de los instrumentos audiovisuales durante la guerra. En esta línea, el capítulo de Pierre Sorlin analiza diversos noticiarios, aunque centra su estudio en un número del republicano España al día y otro del franquista Noticiario español . El análisis de Sánchez-Biosca desarrolla la representación del «terror rojo» en el discurso cinematográfico y su codificación durante la Guerra Civil. Asimismo, el capítulo de Santiago de Pablo está destinado a la producción documental y cinematográfica del gobierno vasco antes de la caída del Norte en 1938.

Los estudios sobre el tratamiento que se dio al arte y al tesoro artístico nacional durante la Guerra Civil merecen un capítulo específico. En general, desde los primeros análisis sobre la contienda, la gesta realizada por el Estado republicano para proteger, salvar y, en último término, devolver el tesoro artístico a la España de Franco ha cautivado a los historiadores e historiadores del arte. En esta temática, la inmensa mayoría de los autores han estudiado lo sucedido en el bando republicano, despreciando lo ocurrido en las filas franquistas con algunas excepciones. Así, el trabajo de Alicia Alted, objeto de su tesis doctoral, sobre la política educativa y cultural del bando insurgente trataba ya de este extremo ²⁶ . La autora desarrollaría en profundidad este aspecto en el catálogo de una exposición realizada en 2003, de vital importancia para el análisis de la protección del tesoro artístico ²⁷ . Este catálogo está entre los hitos de su estudio, como lo estuvo también la propia muestra. Sin embargo, solo contiene el artículo de Alicia Alted referido al bando nacional, en el que desmenuza la acción de la autoridad competente en esta materia en el territorio nacional y en cada una de sus subdivisiones locales, llegando a la conclusión de que los resultados obtenidos en esta materia por los sublevados fueron muy escasos.

En los estudios sobre esta cuestión en el bando republicano, como hemos adelantado, los trabajos son incontables. Comenzó el estudio de esta temática José Álvarez Lopera, a partir de 1982 ²⁸ , desarrollando numerosos aspectos como la política de bienes

culturales del gobierno republicano o la protección de los archivos y bibliotecas en Madrid ²⁹ . Las obras más importantes de la última década podemos incardinarlas en los trabajos de Arturo Colorado Castellary ³⁰ . La tesis que plantea Colorado Castellary en este y otros desarrollos posteriores es, por otra parte, asumida por gran parte de la comunidad académica. El autor viene a corroborar que, ante la ausencia de otros elementos, las obras de arte se convirtieron en un símbolo de la legitimidad republicana y, por ese motivo, se dictaminó la obligatoriedad de que acompañaran al gobierno en todas sus ubicaciones. El tratamiento que, en consecuencia, los dirigentes republicanos dieron al tesoro artístico tuvo, además del valor de la asunción de la responsabilidad patrimonial de los dirigentes, un componente propagandístico bien dirigido y orquestado por la intelectualidad republicana. Por otra parte, expone el autor, sirvió de antesala para las medidas que los diferentes Estados contendientes e implicados hubieron de adoptar durante la Segunda Guerra Mundial. El catálogo de la exposición realizada en 2010 ³¹ , dirigido por el mismo autor, resume una parte fundamental de las investigaciones en esta materia.

Un apartado interesante dentro del conglomerado cultural es la música producida durante la guerra. Sin embargo, la investigación más cerrada sobre este tema no ha sido desarrollada en el territorio nacional, sino por los autores franceses Bruno Giner y François Porcile ³² , en 2015.

Por último, se ha constatado también una reciente tendencia a descifrar el proceso de creación y producción cultural en ámbitos locales. Entre los muchos autores que han estudiado estas temáticas, hay que destacar los trabajos que han desarrollado autores como Manuel Aznar sobre la cultura en la Comunidad Valenciana ³³ y otros como el de José Ramón Valero Escandell sobre fotografía y fotógrafos en Alicante ³⁴ , o los dedicados a la recuperación del tesoro artístico en diferentes provincias.

PRENSA Y PROPAGANDA: EL ANCHO CAUCE PARA LA IDEOLOGÍA

El primer rasgo definitorio sobre los estudios referidos de manera específica a prensa y propaganda es que la práctica totalidad han sido realizados por historiadores. Esta circunstancia incide en la profusión de los aparatos críticos y, por lo tanto, permite un análisis de las fuentes que, en el caso de los referidos a cultura, es casi imposible realizar. En general, la gran mayoría de los trabajos realizados sobre prensa y propaganda durante los últimos diez años se caracterizan por dos aspectos: en el terreno temático, por su interés casi exclusivo en los aparatos de prensa y propaganda sublevados, y en una mayor solvencia metodológica, si nos atenemos a parámetros historiográficos.

Como en el caso de la cultura, lo sucedido en zona republicana en el ámbito de la prensa, la propaganda y la política informativa fue prioritario en los estudios históricos de la década de los ochenta y los noventa, con obras voluminosas como la desarrollada por Mirta Núñez Díaz-Balart, sobre la prensa de guerra en zona republicana ³⁵. En ella, la autora analizaba todas las publicaciones periódicas conocidas que tenían como destino las unidades militares del ejército republicano, desde la etapa miliciana hasta sus últimas fases, caracterizadas por la configuración de un ejército regular. Se analizaron 454 publicaciones que han podido ser encontradas, cifrando en 23 aquellas que no han aparecido. En esta obra, además del recuento exhaustivo y de la detallada información que proporciona, resulta interesante y original la adaptación de la investigación al esquema de la evolución del propio ejército, desde las milicias hasta la consolidación de un ejército profesional, y el estudio del comportamiento de las organizaciones sindicales y políticas y su infraestructura comunicativa.

A partir de mediados de la década de los noventa, también en este terreno, el estudio del bando sublevado ha sido prioritario en una buena parte de las líneas de investigación.

La mayor parte de las investigaciones sobre el modelo de información franquista parten de las tesis que Sara Núñez del Prado planteó ya en 1995 ³⁶ . La autora venía a exponer, como hemos apuntado anteriormente, que los militares franquistas despreciaron la información y la propaganda durante los años 1936 y 1937. Sin embargo, desde 1938 fueron perfectamente conscientes de las ventajas de contar con una política informativa planificada desde el poder. Y a partir de ese momento, fue programada desde la cúpula y se caracterizó por su rigidez y su solidez. El modelo informativo que se puso en marcha en la Guerra Civil fue el que se implantó de manera plena durante el franquismo, y sufrió escasas modificaciones hasta el final de la dictadura.

En esta misma línea, se suceden los trabajos de César Moreno Cantano, que han centrado su interés en la propaganda exterior llevada a cabo por Falange y por el bando sublevado ³⁷ . Tres publicaciones en la última década exploran la labor desarrollada entre 1936 y 1945 por el franquismo y por su partido único para conseguir una adhesión internacional a los principios de su régimen, en un contexto específico. El uso de las redes diplomáticas y de las delegaciones y oficinas de prensa de Falange fue, según el autor, decisivo para intentar superar el aislamiento que durante esa época sufrió el franquismo. Moreno Cantano ha trabajado con fuentes primarias recogidas en el Fondo de la Secretaría General del Movimiento, del Archivo General de la Administración y con alguna documentación del Archivo General de Navarra, así como con una bibliografía interesante y actualizada.

La tesis fundamental que subyace en los libros de Moreno Cantano —coordinados o de autoría única— es que hasta 1939 el ejército mantuvo una enorme influencia sobre todas las publicaciones del territorio franquista, pero desde 1938 hasta el final de la conflagración mundial los auténticos responsables de las competencias de prensa y propaganda, tanto en el interior como en el exterior, fueron los hombres de Falange. Utilizaron para ello radio, arte, cultura; los temas que emplearon fueron reiterativos, todos aptos para la criminalización del contrario, con técnicas propagandísticas basadas en la simplificación del enemigo, la exageración, la desfiguración y la repetición. El autor resalta la ideología que subyace en el léxico, los conceptos, las construcciones

sintácticas, que fueron los elementos con los que se articuló el discurso antimarxista.

A la tesis del dominio militar de los aparatos de prensa y propaganda del bando sublevado hasta enero de 1938 se suma también el profesor de la Université Paris XIII / CRESC Javier Domínguez Arribas, que, además del estudio de estos medios, ha descendido en su análisis a los mecanismos de control de la información, de manera específica al estudio de la censura y el sistema de consignas durante la guerra ³⁸. El mismo autor ha realizado diversos acercamientos al tratamiento específico que el régimen dio a su enemigo propagandístico por antonomasia, nacido ya en la Guerra Civil: «el enemigo judeo-masónico». Todos ellos han confluído en una publicación monográfica en 2009 que desgrana aspectos tan importantes como el sistema de consignas, la influencia de la propaganda alemana sobre la creación del mito negativo del «judeo-masonismo» y el diferente reflejo de la obsesión antisemita y antimasónica en los distintos organismos de prensa y propaganda. Concluye el autor que los habitantes de la zona sublevada sufrieron un auténtico bombardeo antijudeomasónico entre 1936 y 1939. Organismos muy diversos, subordinados al ejército, al partido único e incluso a los aliados extranjeros de Franco, se aplicaron de manera concienzuda —según el autor— en esta tarea, que, a medida que avanzaba la guerra, estuvo cada vez más centralizada en los servicios dependientes del nuevo Estado. La prensa fue el principal instrumento de transmisión del discurso franquista, que dio un corpus de consignas destinado a tal efecto. Pero también son objeto de análisis los carteles, la radio, el cine y la propaganda oral en discursos y mítines. Presta un interés especial al análisis del papel que durante la guerra tuvo el editor y sacerdote Juan Tusquets y su editorial Ediciones Antisectarias ³⁹.

En el terreno de la prensa y la propaganda, un libro de reciente aparición de Alberto Pena ⁴⁰ pone de relevancia la colaboración propagandística, en todos los niveles, entre franquismo y salazarismo, revelando una compenetración extrema de ambos regímenes para conseguir una victoria del fascismo. El autor considera que la guerra española marca un antes y un después en la utilización de la propaganda como instrumento de persuasión y control social. La obra aborda las campañas de propagandas

nacionales e internacionales desarrolladas a favor del franquismo por la dictadura portuguesa, analiza la retórica periodística de la prensa lusa para la creación de los mitos de Franco y Salazar como héroes resistentes del comunismo internacional y, finalmente, indaga en la relevante función de los intelectuales salazaristas como legitimadores del franquismo. El autor constata que el enfrentamiento bélico español fue el acontecimiento histórico al que la prensa portuguesa envió más corresponsales portugueses desplazados en toda la historia. Pero la ayuda no quedó ahí. Alberto Pena desarrolla la propaganda radiofónica portuguesa durante la guerra de España y la decisiva ayuda que Salazar prestó a Franco en materia cinematográfica para que el dictador español pudiera producir sus propias películas propagandísticas. La colaboración en materia de propaganda entre ambos Estados fue tan decisiva, según el autor, como la diplomática.

En el bando republicano, Hugo García ha estudiado la propaganda exterior de la República en Francia ⁴¹. En su investigación, ha utilizado diversas fuentes procedentes de archivos franceses y españoles. El autor destaca las dificultades que enturbiaron la campaña propagandística que desató la República, entre las cuales señala de manera especial los conflictos de competencias entre los responsables de la diplomacia y de propaganda y la tendencia a utilizar métodos alternativos como la acción sobre la Internacional Comunista. Un estudio anterior del mismo autor, resultado de una tesis doctoral, en 2008, continuaba el estudio iniciado por Enrique Moradiellos en las décadas anteriores ⁴², centrando su interés en la lucha encarnizada de los dos bandos por influir sobre la opinión pública británica ⁴³. Según Hugo García, los esfuerzos realizados por cada sector contendiente perseguían fines muy diferentes: los republicanos buscaban la mediación de Londres en el conflicto, mientras que los franquistas trabajaron propagandísticamente para asegurar la continuidad de su política de No Intervención, tratando de neutralizar las presiones que podían surgir desde la base social y los sectores de izquierda.

En el análisis de la prensa británica han incidido el británico David Deacon ⁴⁴ y, más recientemente, Elena Osorio Alonso, con un artículo sobre la actitud de la prensa británica en los primeros meses de la guerra, analizando el material de hemeroteca que el

embajador republicano, Pablo de Azcárate, recopiló para testar la posición de la opinión pública, los grupos de poder y el gobierno británico durante la primera fase del conflicto ⁴⁵ .

Sobre la prensa carlista y falangista, Eduardo González Calleja viene desarrollando una investigación sostenida que se ha materializado en numerosos artículos ⁴⁶ , en los que ha consultado una amplia documentación hemerográfica, así como archivos variados (Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo General de la Administración, Archivo Histórico Nacional, archivos militares...). Sostiene el autor que los dos partidos que configuraron Falange tenían estrategias de propaganda muy diferentes. Mientras que Comunión Tradicionalista llevaba más de medio siglo articulando una red de comunicación y difusión, que perfeccionó durante la Segunda República, la prensa y propaganda falangistas tuvieron un desarrollo mucho más modesto. Sin embargo, en la guerra los aparatos de propaganda alcanzaron una espectacular evolución y el falangismo, que en julio de 1936 partía casi de cero, construyó una densa red de prensa y propaganda gracias a la incautación de empresas periodísticas republicanas y obreras, a la adhesión de numerosos profesionales intelectuales de derechas y al apoyo técnico procedente de Italia o Alemania. Una vez desatado el conflicto, Falange empleó al completo su recién nacida red de difusión para obtener la hegemonía política e ideológica frente a las demás organizaciones de derecha, convirtiéndose así en el instrumento de control también en el nuevo Estado que estaba naciendo.

Sin embargo, la prensa y propaganda de cada uno de los partidos o corrientes ideológicas que integraron el bando republicano no ha sido objeto de una atención tan específica en los últimos tiempos. La prensa y propaganda de los anarquistas no ha alentado una investigación exhaustiva durante la Guerra Civil. La tesis doctoral de Francisco Madrid Santos cubrió, en la década de los noventa del pasado siglo, el estudio de la prensa libertaria desde su aparición hasta el final de la Guerra Civil ⁴⁷ . En 2007 se publicó un estudio del mismo autor sobre el periódico Solidaridad Obrera a lo largo de su historia, sin desarrollar un análisis concreto sobre lo acontecido durante el enfrentamiento bélico ⁴⁸ . En la misma línea, otros artículos de Rocío Navarro y Comas y Susanna Tavera, publicados

durante la década de los noventa y primeros años del presente siglo, prestaron atención a esta cuestión. En 2010, un artículo de Isaac Martín Nieto se ocupaba de lo acontecido en el seno de la Comisión de Propaganda Confederal Anarquista durante los últimos años de la guerra, considerando que las dialécticas de enfrentamiento y pugna por el poder que se desarrollaron en su seno están en relación con la fractura que se abrió en el movimiento anarquista a propósito del apoyo a la política de resistencia de Negrín ⁴⁹. En este trabajo, pese a la concreción del contenido que el autor aborda, este ha manejado una documentación amplia e interesante.

Las prensas socialistas y republicanas, que han generado trabajos interesantes y exhaustivos para los periodos republicanos y anteriores ⁵⁰, no han suscitado el interés necesario para la publicación de monografías específicas sobre la etapa de la guerra. Hay, sin embargo, algunos acercamientos puntuales a la prensa y comunicación del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), en un capítulo dedicado a tal efecto en una obra colectiva del año 2011 ⁵¹. La autora, Cindy Coignard, profesora de la Université Paris 8-Vincennes-Saint-Denis, ha analizado los dibujos aparecidos en los periódicos poumistas *La Batalla* (Barcelona), *Front* (Terrassa, Sitges), *L'Espurna* (Girona), *Avant* (Figueres) e *Impuls* (Sabadell) para descifrar, a través de sus imágenes, los códigos de comunicación del POUM y su interpretación de contenidos como el fascismo, la religión, la visión de las diferentes fuerzas de izquierdas —con algunas de las cuales el POUM se hallaba en una abierta dialéctica de enfrentamiento— o la visión del papel de la retaguardia en la guerra.

En general, destaca la escasa atención que se ha dispensado a la prensa y la comunicación partidaria en las organizaciones integrantes del bando republicano, en oposición a los muchos y sistemáticos trabajos aparecidos sobre el bando rebelde.

El autor francés Michel Lefebvre-Peña, en su obra de 2013 sobre la guerra gráfica ⁵², incorpora la imagen ⁵³ como elemento fundamental de su estudio, considerando que se convirtió en un elemento primordial del combate. Centra su análisis en la aportación de la imagen a la propaganda republicana y, más específicamente, en tres protagonistas que desarrollaron una acción

excepcional en la «guerra gráfica»: el jefe de propaganda de la Comintern, Willi Münzenberg, quien desde su pequeña oficina de Montparnasse acumuló, junto a sus colaboradores, un abrumador material gráfico para la propaganda, unido a variada documentación acusatoria. Este material alimentará a agencias similares en Nueva York, Ámsterdam o Londres, trazando así una fabulosa red de propaganda que trabajó con el dinero de la República española y con sus embajadores; el segundo de los autores de la propaganda antifranquista a quien Lefebvre presta atención es Jaume Miratvilles, que en su calidad de comisario de Propaganda de la Generalitat de Cataluña desarrolla desde Barcelona una acción de propaganda espectacular que utiliza técnicas modernas: la película, la edición, los periódicos, las revistas, las exposiciones, la cartelería y la distribución de textos e imágenes a través de su propia agencia de prensa; y finalmente, la última figura es la del fotoperiodista Robert Capa, cuya obra fue distribuida en todo el mundo.

Las personas, los periodistas, los «hacedores» de la información han sido también fuente de argumentos de diversas obras. En este caso, han sido los periodistas republicanos quienes han acaparado la atención de historiadores y profesionales del periodismo. Uno de los trabajos más recientes ha sido la tesis doctoral del periodista Rafael Cordero, presentada en 2017 y aún inédita, sobre periodismo y periodistas republicanos en el Madrid de la guerra ⁵⁴. En esta misma línea, hay numerosos estudios biográficos sobre periodistas entre los que destacan Chaves Nogales, Elena Fortún, Josefina Carabias y Fabián Vidal, todos ellos republicanos.

Pero quizá el campo que más interés ha provocado ha sido el estudio de los corresponsales de guerra, llegados a España para transmitir una visión idílica de la lucha española o para dejar constancia ante el mundo de la barbarie del bando contrario. Si hay una certificación del contenido ideológico de la guerra, del enfrentamiento de dos maneras de entender el mundo, en su cumbre informativa están los corresponsales extranjeros, que transmitieron al resto del planeta una visión ideológica del conflicto que, en su abrumadora mayoría, no aspiró a ser neutral y viene a demostrar el contenido internacional del conflicto civil español.

Nuevamente, en este tipo de investigaciones, profesionales de otros campos han arrebatado a los historiadores el protagonismo. En este caso, son los periodistas quienes han firmado la mayoría de las publicaciones sobre esta materia, desde que, en plena Transición, el entonces presidente de la agencia de noticias Europa Press, José Mario Armero, escribiera la obra que dio el pistoletazo de salida al análisis recurrente de la labor de los corresponsales extranjeros en la guerra de España ⁵⁵. En el límite de nuestro tiempo de análisis, el periodista Carlos García Santa Cecilia fue el comisario de una exposición organizada por el Instituto Cervantes y la Fundación Pablo Iglesias, cuyo catálogo ⁵⁶ se convirtió en una síntesis de los conceptos que se han manejado en este ámbito. En 2007, Paul Preston se acercó desde el mundo de la Historia con el voluminoso trabajo *Idealistas bajo las balas* ⁵⁷, cuyo título no deja lugar a dudas sobre el carácter de la participación de los corresponsales extranjeros en la guerra española. Con la misma tesis, pero ampliando la información, el también periodista Daniel Arasa publicó en 2016 la última gran obra: *De Hemingway a Barzini* ⁵⁸. En ella abunda en la falta de neutralidad, en la «muerte del periodismo» como información y en la exaltación de la crónica militante ⁵⁹, en detrimento de la objetividad. Analiza el control-censura de las crónicas de los corresponsales que realizaron ambos bandos y concluye que los sistemas de censura del bando republicano permitieron mayor libertad a sus corresponsales. También centra su atención en la posición de varios de los periodistas internacionales que cubrieron el conflicto, simbolizados en el título de la obra por los apoyos de Hemingway a los republicanos y Barzini a los franquistas.

Arasa había publicado ya otro trabajo interesante sobre información periodística y Guerra Civil, concretamente sobre el papel de la radio como canal de información durante la contienda, en cuya materia puede considerarse quizá el más completo, aunque dedica su última parte a una inmersión en lo que sucedió en este ámbito en una de las batallas más emblemáticas del conflicto: la batalla del Ebro. La radio fue, sin duda, otro elemento fundamental en el control de la información, pero en los últimos tiempos no ha generado muchas más investigaciones que los clásicos trabajos de las décadas precedentes y la obra de Arasa, excepción hecha del análisis puntual que dedica José Ángel Ascunce Arrieta al nacimiento de la

radio de la dictadura durante la Guerra Civil, en su obra antes referida ⁶⁰ .

Muchos otros aspectos de la prensa y propaganda de la guerra, como la música, el reflejo en la prensa extranjera de prácticamente todos los países de la contienda, han sido y siguen siendo objeto de análisis, pero quizá una de las características de las nuevas investigaciones es el descenso a lo sucedido en el ámbito de lo local. Como vimos con anterioridad, la promulgación de la conocida como Ley de Memoria Histórica ha estimulado una investigación del ámbito regional y local que tiene también mucho de análisis numérico. Por citar solo unos cuantos, tenemos los trabajos referidos a la prensa asturiana de Álvaro Fleites Marcos ⁶¹ , malagueña ⁶² , almeriense ⁶³ , valenciana ⁶⁴ , vasca ⁶⁵ , etc.

Mención aparte en los estudios que descienden a la acción regional merecen los dedicados al análisis del Comisariado de Guerra de Cataluña, dirigido por Jaume Miratvilles. Con la participación de intelectuales, académicos y artistas de primera fila, Miratvilles consiguió una extensa actividad cultural (cartelería, teatro, narrativa, fotografía) que ha sido objeto de atención de numerosos estudios ⁶⁶ .

CONCLUSIONES

El concepto de «guerra total» nació en el marco de la Primera Guerra Mundial para definir un conflicto cuyos contendientes solo admiten la victoria o la derrota y movilizan, en aras de este objetivo, la totalidad de sus medios para alcanzarlo. La Gran Guerra se ajusta solo parcialmente a esta definición —con la primera movilización económica, social y política global de la Historia para la guerra. En cambio, el término define mucho mejor el enfrentamiento bélico español de los años treinta. Nunca antes de la lucha española dos bandos beligerantes habían situado en primera línea del enfrentamiento armas como la cultura, la prensa y la propaganda.

Esta circunstancia ha motivado la aparición de una abundante y variada bibliografía sobre la práctica totalidad de los aspectos culturales y propagandísticos del conflicto. El análisis de las publicaciones de los últimos años referidas a propaganda, cultura e información periodística durante la Guerra Civil nos lleva a una primera conclusión: el interés por estas líneas de investigación no solo no ha decaído sino que continúa en ascenso.

Hay una práctica unanimidad por parte de los autores que han tratado estas temáticas en considerar que cultura, propaganda y prensa llegaron prácticamente a identificarse. Y no solo lo hicieron los implicados directamente en el conflicto. Los corresponsales extranjeros, algunos de ellos —cuyo máximo exponente sería, sin duda, Hemingway— representantes a su vez de la alta cultura internacional, también entraron en esta dinámica. En definitiva, la guerra de España venía a materializar en la práctica el choque entre ideologías que se estaba produciendo también en Europa y en el mundo. También en su vertiente cultural, informativa y propagandística, la Guerra Civil española fue un avance de lo que estaba por venir.

Otra de las conclusiones básicas que podemos extraer del estudio de

la producción editorial reciente sobre esta cuestión es que, mientras que las investigaciones referidas a la prensa de la Guerra Civil han sido realizadas por historiadores, con métodos y resultados historiográficos de buen nivel, las que han abordado las cuestiones literarias, culturales y artísticas han sido mayoritariamente llevadas a cabo por especialistas de otras materias. Esta circunstancia posibilita que, en algunos casos, los resultados tengan más vinculación con trabajos de crítica artística —casi siempre comparativa entre los bandos— que con una reconstrucción histórica aplicada con rigor. Aunque constituyen, no obstante, aportaciones de primer nivel, sería aconsejable una visión específicamente historiográfica que permitiera completar el acercamiento con los parámetros la disciplina histórica.

En último lugar, el predominio de los estudios centrados en el bando sublevado viene a compensar la eclosión de décadas anteriores sobre el desarrollo en el bando gubernamental, descendiendo incluso la tendencia a los análisis comparativos entre ambos. En este aspecto, podemos situar uno de los vacíos de esta línea historiográfica: una historia cultural-ideológica de los diversos integrantes del conglomerado ideológico-político del bando republicano, que permitiera un análisis pormenorizado de las diferencias que no solo en la representación ideológica, sino también en materia de cultura, prensa y propaganda, adoptaron anarquistas, socialistas, comunistas, poumistas, republicanos...

La Guerra Civil española continúa manteniendo su atractivo historiográfico, y los aspectos relacionados con la cultura, la prensa y la propaganda no han perdido interés en la última década. El descenso a niveles de detalle locales o muy parciales está permitiendo completar un panorama casi radiográfico de lo acontecido en España durante los tres años de la conflagración, pero es quizá hora ya de abordar una sistematización de lo conseguido.

■

¹ Enrique Moradiellos, «La historiografía de la guerra civil española. Una perspectiva valorativa», *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LXVII, núm. II, 2011, 595-628.

² Juan Andrés Blanco, Sergio Riesco y María del Rosario Ruiz Franco, *Bibliografías de Historia de España. VII. La guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Centro de Información y Documentación Científica / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996, 2 vols.; María del Rosario Ruiz Franco y Sergio Riesco, «Veinte años de producción histórica sobre la Guerra Civil española (1975-1995): una aproximación bibliométrica», *Revista Española de Documentación Científica*, vol. 22, núm. 2, 1999, 174-197.

³ Juan Andrés Blanco, «La historiografía de la guerra civil española», *HISPANIA NOVA. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 7, 2007, <http://hispanianova.rediris.es> .

⁴ Juan Andrés Blanco, Sergio Riesco y María del Rosario Ruiz Franco, *Bibliografías ...* , op. cit.

⁵ Enrique Moradiellos, «La historiografía de la guerra civil...», art. cit., 595-628.

⁶ Francisco Sevillano, «La propaganda y la construcción de la cultura de guerra en España durante la guerra civil», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, 2014, 225-257.

⁷ Miguel Íñiguez, «Nuevos enfoques, nuevas perspectivas», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, 2014, 321-331.

⁸ Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española: una visión bibliográfica*, Madrid, Marcial Pons, 2017

(libro digital).

⁹ Estos son los trabajos de Francisco Sevillano, «La propaganda y la construcción de la cultura de guerra en España durante la Guerra Civil», y de Fernando Larraz, «La Guerra Civil en la última ficción narrativa española», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española...*, op. cit.

¹⁰ Emilio Peral y Francisco Sáez (eds.), *Métodos de propaganda activa en la Guerra Civil española. Literatura, arte, música, prensa y educación*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2015, y Emilio Peral (dir.), *Cultura y Guerra Civil: formas de propaganda dentro y fuera de España*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016.

¹¹ José Ángel Ascunce, *Sociología cultural del franquismo (1936-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

¹² Entre otras obras destacables, anteriores a 2007, me gustaría reseñar sus artículos «Talía en la guerra civil: sobre el teatro de la zona nacional», *Stadium Ovetense*, núm. 14, 1986; «Literatura y cautiverio: el caso de las embajadas madrileñas durante la guerra civil», *Archivum*, tomo 37-38, 1987-1988, 101-120, y «Miquelarena: un escritor en la guerra civil», *Razón Española*, núm. 29, 1988, 281-300.

¹³ José María Martínez Cachero, *Liras entre lanzas. Historia de la literatura «nacional» en la guerra civil*, Madrid, Castalia, 2009.

¹⁴ Sin comillas en el texto de Martínez Cachero.

¹⁵ Nigel Dennis y Emilio Peral (eds.), Teatro de la guerra civil: el bando republicano, Madrid, Espiral, 2009, y Teatro de la guerra civil: el bando nacional, Madrid, Espiral/Fundamentos, 2010.

¹⁶ Francesc Foguet, Teatre en temps de guerra i revolució, Lleida, Punctum, 2008.

¹⁷ Emilio Peral y Francisco Sáez (eds.), Métodos de propaganda activa..., op. cit., y Emilio Peral (dir.), Cultura y guerra civil..., op. cit.

¹⁸ Véase el capítulo de José Luis de Micheo, «Dionisio Ridruejo, propagandista (1937-1939)», en Emilio Peral y Francisco Sáez (eds.), Métodos de propaganda activa..., op. cit., págs. 239-278.

¹⁹ Andrés Trapiello, Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939), Madrid, Destino, 2010, nuevamente reeditado en 2011.

²⁰ Jesús de Andrés, Carteles de la guerra civil española, Madrid, Susaeta, 2012.

²¹ Dolores Cabral, La guerra española en imágenes: una lectura simbólica del lenguaje propagandístico de los carteles de la Guerra Civil española, tesis doctoral, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015.

²² Vicente Sánchez-Biosca, *Cine y guerra civil española: del mito a la memoria*, Madrid, Alianza, 2006, y «Propaganda y mitografía en el cine de la guerra civil española (1936-1939)», *Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 12, 2007, 75-94.

²³ Rafael R. Tranche y Vicente Sánchez-Biosca, *El pasado es el destino: propaganda y cine del bando nacional en la Guerra Civil*, Madrid, Filmoteca Española / Cátedra, 2011.

²⁴ Sonia García López, *Spain is us: la Guerra Civil Española en el cine del «Popular Front» 1936-1939*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013.

²⁵ Nancy Berthier y Vicente Sánchez-Biosca (eds.), *Retóricas del miedo. Imágenes de la guerra civil española*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.

²⁶ Alicia Alted, *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.

²⁷ Alicia Alted, «Recuperación y protección de los bienes patrimoniales en la zona insurgente: el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional», en Judit Ara e Isabel Argerich (eds.), *Arte protegido. Memoria de la Junta del Tesoro Artístico durante la guerra civil*, Madrid, Instituto del Patrimonio Histórico Español / Museo del Prado, 2003 (edición corregida en 2009), págs. 97-124.

²⁸ El más importante de los estudios está contenido en la obra de

1982, José Álvarez Lopera, La política de bienes culturales del Gobierno republicano durante la guerra civil española, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, 2 vols.

²⁹ José Álvarez Lopera, «La protección de los archivos y bibliotecas en el Madrid de la guerra civil», Cultura Escrita y Sociedad, núm. 6, 2008, 151-157.

³⁰ La más destacada, Arturo Colorado Castellary, Éxodo y exilio del arte español. La odisea del Museo del Prado durante la guerra civil , Madrid, Cátedra, 2008.

³¹ Arturo Colorado Castellary, Arte salvado: 70 aniversario del salvamento del patrimonio artístico español y de la intervención internacional, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2010.

³² Bruno Giner y François Porcile, Les musiques pendant la guerre d'Espagne, París, Berg International, 2015.

³³ Manuel Aznar, La cultura, arma de guerra: sobre la guerra civil en la Comunidad Valenciana, Valencia, Prensa Valenciana, 2007.

³⁴ José Ramón Valero, «Fotografías y fotógrafos en el Alicante de la guerra civil», Canelobre, núm. 61, 2013, 46-65.

³⁵ Mirta Núñez Díaz-Balart, La prensa de guerra en la zona republicana durante la guerra civil española (1936-1939), Madrid,

Ediciones de la Torre, 1992.

³⁶ Sara Núñez del Prado, «Hipótesis interpretativa del modelo de información franquista: 1936-1939 y su proyección posterior», *Revista de Historia Contemporánea*, 1995.

³⁷ Antonio César Moreno Cantano (coord.), *El ocaso de la verdad. Propaganda y prensa exterior en la España franquista (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2011; *Propagandistas y diplomáticos al servicio de Franco (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2012, y *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2013.

³⁸ Javier Domínguez Arribas, «L'organisation de la presse et de la propagande dans l'Espagne rebelle (1936-1939)», *El Argonauta Español* [en línea], 7, 2010, publicado el 15 de enero de 2010, consultado el 10 de mayo de 2018; <http://journals.openedition.org/argonauta/314>.

³⁹ Javier Domínguez Arribas, *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

⁴⁰ Alberto Pena, *Salazar y Franco. La alianza del fascismo ibérico contra la España republicana. Diplomacia, prensa y propaganda*, Gijón, Trea, 2017.

⁴¹ Hugo García Fernández, «La propaganda exterior de la República durante la Guerra Civil. Origen, éxitos y miserias de los servicios de París», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 39-1, 2009, 215-240.

⁴² Enrique Moradiellos, «Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante el conflicto español», *Sistema*, núm. 164, 2001, 69-97.

⁴³ Hugo García Fernández, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008 (versión traducida al inglés en 2010).

⁴⁴ David Deacon, *British news media and the Spanish Civil War: Tomorrow may be too late*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2008.

⁴⁵ Elena Osorio, «Actitud de la prensa británica en los primeros meses de la guerra civil española (julio-diciembre de 1936)», *Estudios Humanísticos. Historia*, núm. 12, 2013, 309-326.

⁴⁶ Entre los últimos, Eduardo González Calleja, «La prensa carlista y falangista durante la Segunda República y la Guerra Civil (1931-1937)», *El Argonauta Español*, núm. 9, 2012, y «La propaganda exterior de FET y de las JONS (1936-1945)», en Antonio César Moreno Cantano (coord.), *El ocaso de la verdad...*, op. cit., págs. 157-190.

⁴⁷ Francisco Madrid, *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la guerra civil*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1991.

⁴⁸ Francisco Madrid, *Solidaridad Obrera y el periodismo de raíz ácrata*, Barcelona, Solidaridad Internacional, 2007.

⁴⁹ Isaac Martín Nieto, «Anarcosindicalismo, resistencia y grupos de afinidad. La Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista (1937-1939)», *El Futuro del Pasado*, núm. 1, 2010, 597-611.

⁵⁰ Véanse, por ejemplo, los de Juan Carlos Sánchez-Illán, para la prensa republicana, y Mariano Esteban, para la socialista, entre otros.

⁵¹ Cindy Coignard, «Las imágenes también hablan: la prensa del POUM en la guerra civil», en Nathalie Ludec y Aránzazu Sarriá (eds.), *Prensa, Política e Historia*, París, PILAR, 2011.

⁵² Michel Lefebvre-Peña, *Guerra gráfica: fotógrafos, artistas y escritores en guerra*, Madrid, Planeta, 2013.

⁵³ Más de 500 fotografías reproducidas.

⁵⁴ Rafael Cordero, *Periodismo y periodistas republicanos en el Madrid de la Guerra Civil (1936-1939)*, tesis doctoral inédita (disponible en línea en: <http://eprints.ucm.es/46417/1/T39580.pdf>).

⁵⁵ José Mario Armero, *España fue noticia: corresponsales extranjeros en la Guerra Civil española*, Madrid, Sedmay, 1976.

⁵⁶ Carlos García Santa Cecilia, *Corresponsales en la guerra de España, 1936-1939*, Madrid, Instituto Cervantes / Fundación Pablo Iglesias, 2006.

⁵⁷ Paul Preston, *Idealistas bajo las balas: corresponsales extranjeros en la guerra de España*, Barcelona, Debate, 2007.

⁵⁸ Daniel Arasa, *De Hemingway a Barzini: corresponsales extranjeros en la Guerra Civil*, Barcelona, Stella Maris, 2016.

⁵⁹ Daniel Arasa, *La batalla de las ondas en la Guerra Civil Española: protagonistas de la guerra psicológica en la radio. Día a día de la información-propaganda en la Batalla del Ebro, Maçanet de la Selva (Girona)*, Gregal, 2015.

⁶⁰ José Ángel Ascunce, *Sociología...*, op. cit., págs. 349-351.

⁶¹ Álvaro Fleites, «Las transformaciones de la prensa a consecuencia de la Guerra Civil. Una aproximación al paradigma asturiano», *El Argonauta Español*, número 7, 2010, y «Una prensa como instrumento de agitación: los periódicos republicanos asturianos durante la Guerra Civil», en Nathalie Ludec y Aránzazu Sarría (eds.), *Prensa, Política...*, op. cit.

⁶² Elías de Mateo, «La prensa malagueña durante la Guerra Civil: nuevas aportaciones», *Jábega*, núm. 99, 2009, 85-94.

⁶³ Antonio Ramírez Navarro, «La verdad y otras víctimas: la prensa almeriense durante la guerra civil», *Hespérides*, núm. 23-24, 2015-2016, 417-428.

⁶⁴ Inmaculada Rius, «La prensa valenciana, trinchera de la retaguardia: 1936-1939», en Alfonso Bullón de Mendoza y Luis Eugenio Togores (coords.), *La República y la Guerra Civil setenta años después*, San Sebastián de los Reyes (Madrid), Actas, 2008, págs. 804-818.

⁶⁵ Severiano Rojo, *Une guerre de papier: la presse basque antifasciste dans les années trente*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011.

⁶⁶ Avelina Miquel Lara y Francisca Comas Rubía, «Fotografía, escuela y propaganda durante la guerra civil: una aproximación desde Nova Iberia», *Historia y Memoria de la Educación*, núm. 8, 2018, 231-269. Aunque centrado en uno de sus frutos, la revista Nova Iberia hace un repaso interesante sobre la obra del Comisariado y la acción cultural-propagandística de Jaume Miratvilles. La primera obra colectiva de peso en esta materia es la de Rafael Pascuet y Enric Pujol (dirs.), *La revolució del bon gust: Jaume Miravittles i el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya (1936-1939)*, Sant Cugat del Vallès, Arxiu Nacional de Catalunya, 2006. Referida a la figura de Miratvilles, la tesis doctoral de Ramon Batalla i Galimany, *Jaume Miravittles i Navarra. Intel·lectual, revolucionari i home de govern. Els anys joves, 1906-1939*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2010, publicada en 2016 por el Ayuntamiento de Figueres.

CAPÍTULO 7

Las mujeres en la Guerra Civil española: una participación menos invisible en la Historia

1

ROSARIO RUIZ FRANCO

La investigación sobre la Guerra Civil española ha sido un asunto recurrente para los historiadores desde la finalización del conflicto, con una eclosión de los estudios sobre el tema desde la década de los ochenta del siglo XX, coincidiendo con el cincuenta aniversario del inicio de la contienda y su finalización. La ingente producción bibliográfica, los numerosos encuentros académicos y los debates que siguen provocando algunos aspectos del conflicto entre la opinión pública evidencian que nos encontramos con uno de los temas de la Historia de España con más vitalidad, con un destacado número de publicaciones, y una notoria proyección internacional ². En el desarrollo de la investigación histórica sobre la Guerra Civil española ha sido imprescindible la apertura de nuevos fondos documentales en los archivos, la progresiva automatización de sus catálogos y su consulta virtual, la disponibilidad de recursos orales y audiovisuales, así como la utilización de las nuevas tecnologías que ha permitido localizar un mayor volumen de información de una forma más rápida y sencilla, y ha facilitado el acceso de los investigadores a un variado volumen de fuentes históricas ³.

Los investigadores extranjeros fueron los pioneros en reflexionar sobre la «guerra de España», como constatan las obras de Raymond Carr, Pierre Vilar y, muy especialmente, las investigaciones de Gabriel Jackson, Stanley Payne, Paul Preston y Hugh Thomas. Ese testigo fue continuado desde los años finales del franquismo y los

primeros de la democracia en España por una generación de historiadores españoles que, alentados por el cambio político y con mayores posibilidades de acceso a las fuentes, profundizaron en diversos temas del conflicto armado, iniciaron interesantes líneas de investigación y se convirtieron en sólidas referencias para las siguientes generaciones de historiadores. Nos referimos especialmente a Julio Aróstegui, Ángel Bahamonde, Julián Casanova, Enrique Moradiellos, Manuel Tuñón de Lara, Javier Tusell o Ángel Viñas, entre otros. En esos estudios generales se ha hecho referencia, en muy contadas ocasiones, a la presencia y participación de las mujeres en la guerra, a pesar de que su movilización fue imprescindible para sustentar el esfuerzo bélico.

El inicio del interés por las mujeres como sujetos históricos del conflicto armado vino de la mano de historiadoras e investigadoras desde mediados de la década de los años setenta, la mayoría de ellas hispanistas y vinculadas al movimiento de mujeres de carácter feminista. Sus trabajos fueron un estímulo y un referente para el estudio de este tema para la generación de mujeres españolas que iniciaban sus investigaciones, mientras en España se daban los primeros pasos hacia la transición a la democracia. Nos referimos a Marie Aline Barrachina, Giuliana Di Febo y Mary Nash, principalmente. Desde la década de los años ochenta del siglo XX y hasta nuestros días los trabajos desde una perspectiva de género sobre la Guerra Civil española han tenido una evolución destacable, tanto en el número de estudios como en las cuestiones analizadas, y aunque todavía hay carencias temáticas se ha producido un avance tanto en el conocimiento sobre la participación de las mujeres en la guerra como en su consideración como sujetos del conflicto. La incorporación de la perspectiva de la historia de las mujeres y del género ha supuesto también una relectura de las fuentes y la integración específica de otras como las fuentes orales, nuevas miradas a la historia del conflicto, el establecimiento de nuevos modelos interpretativos y criterios de investigación y la formulación de nuevas categorías conceptuales en su análisis. La renovación historiográfica, la interdisciplinariedad, y la incorporación de enfoques de la historia social y de la historia cultural han estado presentes en las distintas formas de construir historia desde la historia de las mujeres y del género. Por todo ello, no es una afirmación desmedida señalar que las investigaciones realizadas

desde la perspectiva de género han permitido avanzar en el conocimiento general sobre la Guerra Civil española.

El reconocimiento académico y la integración de los estudios sobre las mujeres en la Guerra Civil en encuentros científicos y en las obras generales han recorrido una larga travesía. La conmemoración de los diferentes aniversarios del inicio y/o finalización de la guerra ha impulsado su estudio y su divulgación, y en ese sentido también la presencia de los estudios sobre las mujeres ha sido inexistente o escasa hasta hace pocos años, como queda reflejado en dos de los principales encuentros académicos celebrados con motivo de la conmemoración del cincuenta aniversario del inicio y la finalización de la guerra, y muy especialmente en el congreso organizado en la Universidad de Granada en el que, a pesar del sugerente título *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*, no se recoge ningún trabajo de una perspectiva de estudio «nueva» que ya estaba teniendo sus primeros frutos ⁴ . Esa invisibilidad también la encontramos en los balances historiográficos generales publicados sobre la guerra, pues en unos casos la han obviado y en otros ha sido mencionada sucintamente ⁵ .

En ese proceso de reconocimiento académico hay que hacer una mención especial a la contribución que han realizado instituciones nacionales centradas en la investigación histórica de las mujeres e institutos universitarios de estudios de género que han fomentado encuentros académicos, impulsado investigaciones y promovido la edición de las mismas ⁶ . Y es precisamente en el ámbito de las publicaciones donde también podemos comprobar la integración creciente que estos estudios están teniendo en los últimos años, con una mayor presencia en revistas científicas y en editoriales académicas. Todo ello ha permitido una mayor visibilidad de esas investigaciones en el panorama historiográfico general sobre la Guerra Civil.

Una vez señaladas estas premisas historiográficas, a continuación nos vamos a centrar en analizar las investigaciones y las líneas historiográficas más destacadas sobre el papel de las mujeres durante la Guerra Civil española, desde los primeros trabajos publicados en las últimas décadas del siglo XX hasta la actualidad.

Centraremos el grueso del estudio en las investigaciones que han abierto y consolidado diferentes líneas historiográficas ⁷ . Antes de adentrarnos en el objeto de nuestro trabajo conviene hacer una matización sobre el marco cronológico de los estudios sobre la guerra. Algunas investigaciones dan comienzo en la etapa republicana o se prolongan a la inmediata posguerra por lo que, dado el elevado volumen de publicaciones existente, solo destacaremos aquellas que cubren un amplio periodo de estudio si han supuesto un avance en el conocimiento sobre el tema o han abierto nuevas líneas de investigación.

CONSTRUYENDO SU HISTORIA: LAS MUJERES REPUBLICANAS Y LAS MUJERES FRANQUISTAS EN LA GUERRA

La división de España en dos bandos opuestos tras la sublevación militar de julio de 1936 y el estallido de la Guerra Civil también se materializó en el desarrollo de dos modelos de mujeres, y su participación de forma diversa en los dos Estados creados. La guerra supuso una transformación de las estructuras patriarcales, y una destacada presencia y participación de las mujeres en ellas, muy especialmente en la zona bajo control republicano. El conflicto armado alteró la vida cotidiana de las mujeres, y fue determinante en la construcción de las identidades femeninas y masculinas en ese periodo ⁸ .

Las investigaciones sobre las mujeres durante la Guerra Civil han sido realizadas a partir de la década de los años setenta del siglo XX, y desde esa fecha hasta nuestros días han tenido una evolución destacable tanto en el número de estudios como en los temas analizados, lo que nos permite por un lado conocer de una forma más poliédrica el conflicto y, por otro, señalar aspectos no resueltos todavía sobre la participación femenina. La bibliografía sobre las mujeres en el conflicto español es desigual en diferentes aspectos desde sus inicios y hasta el día de hoy. En primer lugar, entre los modelos de género presentes en la guerra. El elevado número de estudios que han analizado a las mujeres republicanas contrasta con el menor número sobre las mujeres de la zona bajo control franquista. Las razones de esta descompensación historiográfica son varias. En primer lugar, el mayor interés de los investigadores por las mujeres que tuvieron más protagonismo en los años de la contienda militar además de que, por otro lado, en esa zona se desplegó una mayor diversidad de actuaciones, y con diversos procedimientos de lucha y resistencia. Por otro lado, las propias inclinaciones e intereses personales por determinados acontecimientos, así como el apoyo institucional a nivel estatal o en el ámbito local, han favorecido el desarrollo de un mayor número de investigaciones sobre las mujeres republicanas, muy

especialmente a partir de la aprobación de la conocida como «Ley de Memoria Histórica»⁹.

Por otro lado, existe un desequilibrio entre los ámbitos geográficos sobre los que se ha investigado. En esta cuestión influyen varios aspectos: el mayor interés por las zonas que permanecieron más tiempo bajo control republicano y el apoyo de instituciones locales políticas, de carácter cultural o académico que han financiado la publicación de investigaciones llevadas a cabo. En lo que se refiere a las fuentes, conviene destacar que la utilización de las orales o iconográficas, así como la apertura de nuevos fondos documentales en los archivos, han contribuido al desarrollo de estos estudios. Por último, nos encontramos a día de hoy con un perfil de investigadores más amplio, con una mayor presencia de varones y con diversos planteamientos metodológicos y conceptuales.

En los años setenta del siglo XX se inició el nuevo eje interpretativo sobre la Guerra Civil desde la perspectiva de la historia de las mujeres y de género, y a finales de esa década se publicaron los primeros estudios centrados en rescatar la experiencia colectiva de las mujeres como elemento fundamental de la historia del conflicto, lo que en palabras de una de las historiadoras pioneras en ese tema «fue una tarea extraordinariamente difícil»¹⁰. No eran unos tiempos favorables para la apertura de nuevos modelos interpretativos sobre determinados acontecimientos históricos. Hay que recordar que a la visión androcéntrica de la Historia en esos años se sumaba la imposición de una amnesia histórica colectiva desde el poder franquista y sus herederos ideológicos sobre la Segunda República y la Guerra Civil. En este contexto la labor de recuperar la historia olvidada y silenciada de las mujeres durante los años de la contienda fue llevada a cabo por mujeres con diversos perfiles académicos, y con un «enfoque político y un planteamiento heroico» en consonancia con las pautas historiográficas de los años de la Transición¹¹. Las investigadoras, especialmente las vinculadas al feminismo, se propusieron rescatar y reconstruir la historia de las mujeres en ese conflicto armado, bien a través de estudios biográficos sobre algunas de sus protagonistas, bien investigando sobre las organizaciones y el movimiento colectivo de resistencia antifascista. Nos referimos, principalmente, a los trabajos de Carmen Alcalde y Lola Iturbe o las pioneras investigaciones de

Mary Nash sobre Mujeres Libres y el estudio de Giuliana Di Febo sobre la resistencia antifascista ¹² . En el caso de la recuperación de las trayectorias vitales de responsables políticas en los años del conflicto, cabe mencionar los estudios sobre Dolores Ibárruri o Federica Montseny, las dos dirigentes con mayor responsabilidad política y visibilidad pública en el bando republicano que a fecha de hoy cuentan con un mayor número de estudios ¹³ .

El interés histórico sobre las mujeres de la zona franquista fue menor en estos primeros años. Los trabajos que se llevaron a cabo se centraron en el análisis del papel de la Sección Femenina de FET y de las JONS, su ideología o su actuación en determinados ámbitos geográficos. Se trata de estudios específicos que no han tenido una continuación, y que fueron recogidos en publicaciones de carácter divulgativo o de ámbito local ¹⁴ . En un contexto cronológico y temático de análisis más amplio que el circunscrito a la Guerra Civil, cabe destacar el libro de M.^a Teresa Gallego Mujer, Falange y Franquismo, que se ha convertido en un referente en el estudio sobre la Sección Femenina y el que abrió el camino a nuevas investigaciones sobre la organización femenina falangista desde una nueva perspectiva ¹⁵ .

La conmemoración del cincuenta aniversario del inicio y de la finalización de la Guerra Civil permitió aportar una nueva luz al estudio de un acontecimiento medular de la historia reciente de España, y en el caso concreto de los estudios sobre las mujeres significó un apreciable impulso que se materializó en algunos encuentros académicos y en determinadas publicaciones. En este sentido, es de obligada referencia la celebración de las jornadas sobre mujeres en la guerra junto con la exposición monográfica sobre el mismo tema celebradas en Salamanca y cuya comisaria fue Mary Nash ¹⁶ . Los frutos del encuentro académico se plasmaron en la edición de un libro que recoge más de cincuenta estudios que desgranar aspectos tan diversos como los vacíos historiográficos existentes sobre el tema, el análisis sobre el alcance real del papel de las mujeres en el frente, el asociacionismo femenino, la relación de las mujeres con los partidos políticos y la participación de mujeres extranjeras, entre otros. Los trabajos incluidos en la publicación son muy desiguales pues no todos tienen el carácter y los criterios académicos propios de la investigación histórica, pero

hay que destacar el valor intrínseco de las aportaciones realizadas, por lo que la obra en su conjunto es de obligada reseña al hablar sobre la historiografía de la guerra. En este sentido hay algunos estudios que han sido una referencia para investigaciones posteriores sobre el ámbito objeto de estudio. Nos referimos, en el caso de las mujeres franquistas, entre otros, al trabajo de Marie Aline Barrachina, quien tipificó los dos modelos de mujer falangista, «ideal de la mujer falangista e ideal falangista de la mujer», y las contradicciones inherentes entre ambos, y al estudio de Giuliana Di Febo, quien ahondó en los modelos de género franquistas ¹⁷. En lo que se refiere a las mujeres republicanas, hay que destacar los trabajos de Mary Nash y Martha Ackelsberg sobre Mujeres Libres y el papel de las milicianas en el conflicto, líneas de investigación que serán continuadas por ambas historiadoras en posteriores estudios ¹⁸.

La publicación de esa obra de referencia en la historiografía sobre la Guerra Civil en el año 1991 coincide con el inicio del desarrollo, durante esa década, de los estudios sobre el conflicto desde una perspectiva de la historia de las mujeres, proceso que transcurre en paralelo al afianzamiento de estos estudios en el ámbito historiográfico nacional ¹⁹. En esos años se va a desarrollar una línea de investigación centrada en la participación de mujeres en organizaciones políticas que tendrá destacados resultados. Cabe recordar que la Guerra Civil contribuyó a una mayor politización de las mujeres de entonces y que durante la contienda asistimos no solo a una importante movilización política femenina sino también a la consolidación de organizaciones específicas de mujeres, que suponían una continuidad de su presencia en el espacio público y la conquista de la ciudadanía durante la Segunda República. Es interesante destacar en este sentido que el estudio de la participación femenina en la política se ha impulsado gracias a las categorías analíticas de género, que han roto la división tradicional entre la esfera privada y la esfera pública y destacan la interdependencia entre ambas esferas de la vida social. En este ámbito nos encontramos con un importante desarrollo de estudios centrados en las culturas políticas republicanas y la relación entre ciudadanía, mujeres e identidades de género, muy especialmente sobre las dos principales organizaciones femeninas de masas: la Asociación de Mujeres Antifascistas y Mujeres Libres, que tendrán

un protagonismo indiscutible en la canalización de la actuación política y social de las mujeres en la zona bajo control republicano.

Las investigaciones sobre el ámbito del anarquismo que se han centrado en las connotaciones de género en su propio pensamiento, y en sus prácticas políticas y sindicales no han sido muy prolíficas ²⁰. De ahí que en ese exiguo panorama historiográfico destaquen las investigaciones centradas en el papel de las mujeres en el anarquismo durante la Segunda República y la Guerra Civil, y muy especialmente sobre la organización Mujeres Libres, que a día de hoy cuenta con una larga trayectoria historiográfica iniciada en los años setenta con la pionera y extensa investigación de Mary Nash, referente para el estudio de la organización anarquista y en la utilización de las fuentes orales en los estudios de género de la guerra ²¹. Hay que destacar el papel de Mujeres Libres como primera organización de mujeres que en España planteó la problemática de la mujer desde una perspectiva de clase, es decir, entendiendo la liberación de la mujer como parte de la emancipación de la clase obrera, y con un activo papel durante toda la guerra, asuntos que centran las investigaciones que con distintos enfoques se han realizado desde la década de los años setenta del siglo XX, y en las que destaca la aportación de la historiadora estadounidense Martha Ackelsberg, autora de una obra de referencia sobre este tema de gran eco en el ámbito internacional ²². Con una perspectiva más amplia, que engloba anarquistas y comunistas en su lucha antifascista, destaca el estudio de la historiadora británica Frances Lannon ²³.

El estudio de las mujeres republicanas ha centrado las investigaciones de Mary Nash a lo largo de la década de los años noventa, y la publicación en 1999 de su obra *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil* es el máximo exponente de una sólida línea de trabajo que ha visibilizado a las mujeres del bando republicano en sus diversas facetas y ha abierto nuevas líneas de análisis ²⁴. Unos años antes la historiadora irlandesa publicó algunos estudios sobre el tema y una primera versión en inglés de lo que luego sería la publicación en español, lo que permitió difundir el conocimiento sobre la participación de las mujeres republicanas en la guerra en el ámbito internacional ²⁵. La publicación de *Rojas*, como ha destacado recientemente Ángela Cenarro, «marcó un hito

en la historiografía de las mujeres» y «abrió nuestro conocimiento a las experiencias colectivas de las mujeres republicanas durante la Guerra Civil» ²⁶ . Los estudios de Mary Nash han destacado el importante papel de las mujeres en la retaguardia, tanto de forma individual como colectiva, en un contexto de grandes dificultades para la población civil, así como en el frente, en donde tuvieron una presencia efímera por la prohibición de su participación militar por el gobierno republicano. La historiadora resalta la transformación que la guerra supuso para las mujeres y el hecho de que muchas de ellas empezaran a cuestionar el modelo de género tradicional impuesto. Sus estudios se han convertido en obras de obligada lectura para la investigación sobre las mujeres republicanas y en un claro referente para la historiografía sobre la guerra.

Otras líneas de investigación que tendrán un importante desarrollo a partir de este momento son las referidas al exilio, la resistencia antifascista y la represión, y las biografías. El papel de las mujeres en la actividad pública del exilio republicano ha sido analizado con un claro retraso, y en menor medida que el desempeñado por los varones, pero las investigaciones llevadas a cabo desde una perspectiva de género han permitido constatar la heterogeneidad de las realidades de los exiliados, revalorizar la identidad de las expatriadas, su actividad política, su papel entre la comunidad de exiliados españoles en cada uno de los destinos, el protagonismo de mujeres anónimas y aspectos menos conocidos de su vida privada, como las dificultades que tuvieron que afrontar en cada una de las sociedades de acogida ²⁷ . Los estudios existentes son numerosos, por lo que mencionamos los más destacados realizados por Alicia Alted, Pilar Domínguez y Antonina Rodrigo, quienes han aportado interesantes metodologías y perspectivas gracias a la utilización de las fuentes orales; en el caso de Pilar Domínguez, sus trabajos son un referente sobre el exilio republicano en México ²⁸ . Por otro lado, cabe destacar el valor intrínseco del relato autobiográfico de las expatriadas para los estudios sobre el exilio femenino, como ha quedado reflejado en las interpretaciones que han hecho Giuliana Di Febo y Shirley Mangini ²⁹ .

El estudio de la represión que sufrieron las mujeres en estos años cuenta con una destacable aportación desde el ámbito de la autobiografía, fuente imprescindible para las investigaciones

posteriores sobre este tema. Nos referimos a los testimonios de algunas de sus protagonistas, como es el caso de Tomasa de Cuevas, Carlota O'Neill, Juana Doña y Anna Delso, y a la investigación de Fernanda Romeu, que inició la visibilización de las represaliadas por el franquismo en un trabajo que evidenció la utilidad de las fuentes orales para la recuperación del testimonio de las mujeres que vivieron y sufrieron la guerra ³⁰. Desde el punto de vista de las dimensiones sexuales de la represión, es de interés la reflexión de Yannick Ripa sobre la violencia utilizada por los hombres hacia las mujeres en los conflictos armados como una estrategia de castigo sexual específico. Por otro lado, se publicó el primer trabajo especializado sobre las condiciones de vida de las mujeres y la represión ejercida sobre ellas en la cárcel de Málaga, obra que inició una línea de investigación sobre las cárceles de mujeres que será continuada años después con destacadas aportaciones, como veremos seguidamente ³¹.

La recuperación de las trayectorias biográficas de algunas de las protagonistas durante la guerra ha sido una de las líneas historiográficas que ha tenido continuidad. En esta línea resulta interesante el enfoque que hace el hispanista Paul Preston sobre las biografías de dos mujeres tan contrapuestas como Dolores Ibárruri y Pilar Primo de Rivera ³². Por último, no podemos cerrar el análisis de las aportaciones historiográficas en la última década del siglo XX sin mencionar el estudio sobre las mujeres y la ficción narrativa de Maryse Bertrand de Muñoz que abrió una línea de investigación de gran interés sobre un tema sin explorar en esas fechas, y que permitió completar el universo sobre las escritoras y la literatura de esa época ³³. En contraposición al impulso de los estudios sobre las mujeres republicanas, las investigaciones sobre las mujeres de la zona franquista fueron sustancialmente menos numerosos en la década de los años noventa. Entre los estudios publicados cabe destacar el libro de Rosario Sánchez, fruto de su investigación doctoral, que trata sobre los aspectos ideológicos y doctrinales de la Sección Femenina a lo largo de su historia; el de Mónica Orduño, sobre Auxilio Social, centrado en su génesis y en el papel desempeñado en él por Mercedes Sanz Bachiller ³⁴, y el estudio sobre Lleida de Antonieta Jarne.

CONSOLIDACIÓN E INICIO DE NUEVAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

En las dos primeras décadas del siglo XXI los estudios sobre las mujeres en la Guerra Civil han tenido un desarrollo muy dinámico, con una multiplicidad de enfoques que ha permitido profundizar en temas menos conocidos, consolidar otros y abrir nuevas líneas de investigación. La posibilidad de acceso a nueva documentación, así como el interés por la recuperación de la memoria histórica, han contribuido a la elaboración de nuevas investigaciones y el planteamiento de nuevos enfoques, como es el caso de la línea historiográfica que analiza la represión y la depuración como un mecanismo de control y de sanción contra las mujeres, y que está en plena expansión. Las especialistas en el tema, sobre todo Maud Joly e Irene Abad, coinciden en señalar el carácter específico y diferenciado que la violencia tiene en el contexto de la guerra cuando va dirigida a las mujeres y han acuñado diferentes términos para referirse a ella: «castigos de género», «represión sexuada» o «violencias sexuadas»³⁵. Se trata de una doble represión por razones ideológicas y de género, una violencia específica, muy diversa y cruel. El acceso progresivo a nueva documentación, así como la integración de los relatos de vida de las víctimas, está permitiendo profundizar y perfilar mejor la investigación sobre un tema que, a causa de la ocultación, la desaparición o la destrucción de fuentes, había estado vedado. En la actualidad podemos afirmar que ha dejado de ser el «ángulo muerto» de la historia de la guerra, y que está cobrando vitalidad gracias al interés por la recuperación de la memoria de las víctimas³⁶. La mayoría de los estudios abarcan un periodo cronológico amplio, por lo que destacaremos los más representativos sobre la guerra, conscientes de la dificultad de consignar los numerosos trabajos existentes debido a la nutrida producción bibliográfica, especialmente en el ámbito local, en donde destacan los trabajos sobre Andalucía, Baleares, Zaragoza y Asturias realizados por Pura Sánchez, Antoni Tugores, Irene Murillo y Claudia Carrero, respectivamente³⁷.

Otra línea de investigación que está teniendo un notable desarrollo es la que analiza la situación de las mujeres en las cárceles con un doble enfoque: como espacio de represión y como ejemplo de resistencia y de lucha. En este sentido cabe destacar los estudios recogidos en el número monográfico publicado en *Studia Historica* en el año 2011 sobre «Cárceles de mujeres», coordinado por Ángeles Egidio León, y que incluye diversas investigaciones sobre las principales cárceles de mujeres durante la guerra y la dictadura de Franco. Los trabajos centrados en los años de la guerra están realizados por Anna Aguado y Vicenta Verdugo sobre la cárcel provincial de Valencia, y la prisión del convento de Santa Clara; Encarnación Barranquero y Matilde Eiroa sobre la cárcel de Málaga, y David Ginard sobre la cárcel de Mallorca ³⁸ . La cárcel de Ventas, símbolo de la política penitenciaria republicana durante la época de Victoria Kent al frente de la Dirección General de Prisiones, ha sido analizada en un completo estudio fruto de su tesis doctoral por Fernando Hernández Holgado ³⁹ . Todas estas investigaciones están tejiendo una amplia red sobre las cárceles como eje del sistema de represión franquista, pero también como espacios para la puesta en marcha de estrategias y mecanismos de las mujeres presas contra la dictadura desde la Guerra Civil que se complementan con las que se centran en la dictadura de Franco.

Otros ámbitos sobre la represión hacia las mujeres durante la Guerra Civil están empezando a dejar de ser campos inexplorados, como es la represión llevada a cabo en la retaguardia republicana. En este sentido la investigación de Adriana Cases se presenta como una sugestiva propuesta para ahondar en ella, y poder completar la diversidad de experiencias represivas que sufrieron las mujeres en ambas zonas durante el conflicto armado ⁴⁰ . Por otro lado, conviene destacar los estudios sobre la represión hacia las mujeres gitanas, un colectivo sobre el que hasta fechas muy recientes no se había visibilizado la violencia que había sufrido, y las depuraciones profesionales hacia las maestras, cuya situación se va conociendo mejor gracias a estudios locales que nos permiten aproximarnos a la realidad de un grupo que padeció especialmente la represión por su mayoritaria vinculación ideológica con la República ⁴¹ .

Otra línea de investigación con notable revitalización es la biografía. El interés por las mujeres republicanas ha seguido

predominando, por lo que podemos hablar de la existencia de una genealogía de mujeres republicanas que resulta imprescindible para el conocimiento de su participación en la guerra ⁴². Los estudios sobre las mujeres franquistas se circunscriben a los centrados en las que tuvieron un papel más relevante en el ámbito político ⁴³, y los que han tratado el enfrentamiento de algunas dirigentes por asumir el poder en las filas sublevadas ⁴⁴. De especial interés para el análisis de modelos contrapuestos de mujeres en el contexto de la guerra son los trabajos de Paul Preston, Carmen Domingo e Inmaculada de la Fuente ⁴⁵. Esta última es autora de un interesante estudio de dos hermanas, Marichu y Constanacia de la Mora, con un destacado protagonismo político pero con perfiles ideológicos contrapuestos.

El exilio republicano femenino ha seguido siendo una fecunda línea de investigación que se ha centrado principalmente en visibilizar a algunas de las mujeres exiliadas y en ahondar en las actividades que realizaban con el objetivo de mantener viva la cultura republicana y poder recuperarla en una futura España democrática ⁴⁶. El estudio de los diferentes ámbitos geográficos del exilio femenino es incompleto a día de hoy, siendo México, Francia y Colombia los más investigados ⁴⁷. Una continuidad parecida ha tenido la línea de investigación centrada en Mujeres Libres y las asociaciones y grupos políticos de la izquierda republicana, con la publicación de trabajos muy diversos centrados en las actividades llevadas a cabo, así como en los aspectos ideológicos de las diferentes organizaciones ⁴⁸. En la actualidad sigue siendo una línea de estudio de interés para investigadores extranjeros, muy especialmente la figura de la miliciana ⁴⁹. Con un destacable valor documental cabe mencionar la obra de Conchita Liaño por la interesante recopilación que hace de escritos de líderes de Mujeres Libres, documentos y fotografías de la organización libertaria. Un material de sumo interés para la investigación histórica ⁵⁰. La última aportación en el estudio sobre las milicianas ha sido realizada por Ana Martínez Rus, quien partiendo del mito creado en torno a estas mujeres rescata las trayectorias vitales y las experiencias en las trincheras de un grupo de ellas que representaron por excelencia el modelo de mujer emancipada de la época ⁵¹. A pesar de que el tema de las milicianas es uno de los más analizados sobre la presencia femenina en la Guerra Civil, todavía quedan ámbitos sin explorar, como señala

Martínez Rus, sobre su presunta eficiencia bélica, más allá de la propaganda, y las opiniones de los dirigentes políticos y militares republicanos sobre su participación. Falta también conocer si la aparición de estas mujeres en la escena bélica respondía a las políticas igualitarias republicanas o se debió al colapso republicano a comienzos de la guerra ⁵² .

La presencia y participación de mujeres extranjeras en la guerra española es uno de los aspectos sobre los que se ha arrojado nueva luz en los últimos años con diversos enfoques. Hay que recordar que a España llegaron un elevado número de mujeres de muy diferentes ámbitos socioeconómicos y culturales, de procedencias geográficas dispares, que, conmocionadas por la encrucijada ideológica española en el complejo clima político y social europeo de los años treinta, no quisieron permanecer al margen. Esa presencia es menos conocida que la masculina, y la labor de los investigadores se ha centrado por un lado en recuperar trayectorias biográficas de algunas de estas mujeres y por otro en recopilar testimonios, principalmente textos escritos por mujeres a propósito del conflicto armado. El minucioso trabajo de Aránzazu Usandizaga ha permitido recuperar los testimonios de mujeres de distinta procedencia, mientras que la interesante y completa investigación de Angela Jackson, basada en testimonios orales y fruto de su tesis doctoral publicada en inglés en el año 2002, se centra en las mujeres británicas anónimas que tuvieron una participación muy diversa como resultado de una elección personal y en las repercusiones que su actividad en la guerra tuvo en su vida ⁵³ . La implicación de las británicas en la guerra de España fue muy diversa, como ha estudiado Roseanna Webster en su interesante investigación, centrada en el grupo de inglesas que colaboraban en defender la causa republicana desde su propio país. La tesis doctoral de Rosa María Pérez Alonso analiza la influencia del discurso propagandístico de los dos bandos beligerantes en muchas de las obras de autoras británicas durante el tiempo que duró la guerra, así como el posicionamiento político y la actuación propagandística de esas mujeres ⁵⁴ .

En el ámbito de la participación armada, es interesante el estudio de las brigadistas realizado por Renée Lugschitz, ya que arroja luces sobre una presencia femenina totalmente eclipsada por la de los

varones y sobre la que la investigación histórica debería seguir profundizando ⁵⁵ . Otras líneas de trabajo han ahondado en la dimensión internacional de la guerra. Por ejemplo el ámbito de la solidaridad femenina antifascista ha sido analizado por Laura Branciforte, cuya investigación doctoral se centra en el Socorro Rojo Internacional y en el papel que tuvieron mujeres como Tina Modotti y Flor Cernuda ⁵⁶ . El interés por la guerra de figuras como Modotti y otras escritoras y artistas como Elena Garro ha sido estudiado por Carmen M. Rivera, quien ha examinado sus textos relacionados con la contienda y el impacto que esta les ocasionó ⁵⁷ .

La construcción de las imágenes de las mujeres en los años de la Guerra Civil es especialmente significativa en el proceso de cambio de parámetros con respecto a su representación cultural en la época contemporánea. La representación de la mujer adquirió dimensiones innovadoras y surgieron imágenes sociales nuevas que modificaban y renovaban la imagen tradicional. La figura de la miliciana fue utilizada como símbolo revolucionario y de lucha antifascista, si bien quedó circunscrita a la fase inicial de la guerra con un claro componente propagandístico para obligar a los hombres a alistarse. La imagen de la mujer miliciana fue sustituida por la de una mujer más tradicional que se ha interpretado como «madre colectiva» ⁵⁸ .

El apoyo de instituciones locales o el desarrollo de encuentros académicos han permitido la publicación de investigaciones realizadas en los últimos años sobre la situación de las mujeres durante la guerra, de forma particular en la zona bajo control republicano en diferentes ámbitos geográficos y más concretamente en la costa mediterránea, en donde el gobierno republicano fue más prolongado ⁵⁹ .

En estos últimos años se ha producido un incremento en las investigaciones sobre las mujeres franquistas, algunas fruto de tesis doctorales, como es el caso de Sofía Rodríguez y Beatriz Delgado, que han profundizado en diversos temas: la construcción de su modelo de género; la actividad en la retaguardia; el papel de la Sección Femenina en ámbitos locales (entre los que destacan diversos trabajos de Sofía Rodríguez en Almería), y la proyección internacional de las falangistas. El Auxilio Social cuenta con un completo estudio de Ángela Cenarro centrado en sus funciones

ideológicas y propagandísticas durante la Guerra Civil y los años de la posguerra ⁶⁰ . Otra línea de estudio ha incidido en el análisis de las revistas falangistas femeninas, y de forma específica en Y. Revista para la Mujer, por su destacado papel en la política de adoctrinamiento ideológico franquista y en la propaganda del bando sublevado durante la Guerra Civil. Entre los estudios sobre las revistas femeninas falangistas es especialmente interesante la aportación realizada por Ángela Cenarro, quien defiende la tesis de la existencia de «tensiones y contradicciones» en el proceso de construcción de los ideales de género frente al pensamiento de uniformidad ideológica franquista ⁶¹ . Por último, cabe destacar los estudios de Antonio Morant sobre las relaciones entre la Sección Femenina y las organizaciones femeninas nazis en la búsqueda, por parte de las falangistas españolas, de modelos que les sirvieran de referencia en la construcción de su política de feminización ⁶² .

La vitalidad de los estudios sobre las mujeres en la guerra se concreta en el desarrollo en los últimos años de nuevas líneas de investigación que abren interesantes vías de análisis, algunas poco exploradas, como la participación de las mujeres en los gobiernos locales, que han permitido recuperar trayectorias públicas y políticas de alcaldesas y concejales durante la Guerra Civil. En el caso concreto de las republicanas, resultan muy interesantes sus perfiles profesionales y políticos, las circunstancias históricas en el contexto armado que las condujeron a asumir dichas responsabilidades en los ayuntamientos y las políticas llevadas a cabo, como han resaltado en su estudio Gloria Nielfa Cristóbal y Rosario Ruiz Franco ⁶³ .

Otras líneas historiográficas con vitalidad en estos años se han centrado en las políticas educativas específicas hacia las mujeres, la situación de las maestras, la literatura de guerra escrita por mujeres y la participación en la lucha antifranquista ⁶⁴ . Igualmente cabe destacar los trabajos que se han centrado en el análisis de la imagen de la mujer durante el conflicto armado a través del estudio de la prensa, la fotografía y el papel de las fotógrafas y las corresponsales de guerra, lo que nos permite conocer la resonancia que sus informaciones tenían fuera de España y su contribución a la consolidación de un estado de opinión internacional favorable a la causa republicana ⁶⁵ . Por último, es interesante reseñar trabajos

que han ahondado en aspectos presentes en ambos bandos, como es el caso de las madrinas de guerra, en el que destaca el estudio realizado por Manuel de Ramón Carrión, que rastrea los orígenes de esa figura creada para prestar apoyo moral a los combatientes, establece las diferencias entre las madrinas de una zona y otra y reflexiona sobre la importancia que las autoridades franquistas les concedieron ⁶⁶ .

CONCLUSIONES

La ausencia del análisis de género en los ejes interpretativos mayoritarios sobre la Guerra Civil española predominó en la producción historiográfica hasta fechas recientes. Esa tendencia empezó a cambiar de una forma gradual y sólida con la consolidación de los estudios que, desde la perspectiva de la historia de las mujeres y del género, comenzaron a desarrollarse en las últimas décadas del siglo XX sobre la guerra. El reto que se presentaba era en primer lugar visibilizar una presencia y una participación para posteriormente profundizar en las dinámicas sociales y políticas abiertas durante el conflicto, en las que las mujeres tenían un protagonismo innegable.

A la luz de las aportaciones historiográficas que hemos ido pormenorizando en este estudio, y como síntesis de las reflexiones realizadas, podemos afirmar que el conocimiento sobre las mujeres en la Guerra Civil ha experimentado un crecimiento cuantitativo y cualitativo desde los primeros estudios hasta nuestros días, con un desarrollo muy dinámico en las últimas décadas y con una multiplicidad de enfoques, si bien, como ya señaló hace unos años Mary Nash, nuestros conocimientos sobre ese ámbito «siguen siendo fragmentarios y permanece la necesidad de revisar las perspectivas de género y avanzar en la investigación de ese campo» ⁶⁷. De ahí

que se presente como un reto para los futuros trabajos sobre la presencia y participación femenina en la Guerra Civil potenciar el estudio de temas todavía sin analizar y profundizar en ámbitos de investigación historiográfica que han tenido escaso desarrollo hasta hoy o aspectos que necesitan ser revisados a la luz de las aportaciones metodológicas y conceptuales que la renovación historiográfica de los estudios de las mujeres y del género ha permitido. Por otro lado, es un hecho constatable que la integración de las mujeres como objeto de estudio sobre la guerra de España ha supuesto avances en el conocimiento sobre el conflicto, ha redundado en una mayor comprensión sobre él y ha contribuido a la renovación historiográfica de ese tema. En la actualidad la historiografía de la Guerra Civil sigue creciendo y abriendo nuevas líneas de investigación, tanto por historiadores españoles como por extranjeros, y en ese contexto los estudios realizados desde la perspectiva de género pueden y deben de tener una sólida presencia que contribuya a un mejor y mayor conocimiento de la guerra de España.

■

¹ Este trabajo se enmarca en el desarrollo de dos líneas de investigación desarrolladas por la autora: Discursos e identidades de género en las culturas políticas de la derecha española (1875-1975) (HAR2012-325539) y Género, compromiso y transgresión en España (1890-2016) (FEM 2016-76675P).

² Juan Andrés Blanco, Sergio Riesco y Rosario Ruiz Franco, Bibliografías de Historia de España. VII. La guerra civil (1936-1939), Madrid, Centro de Información y Documentación Científica /

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996, 2 vols.; Rosario Ruiz Franco y Sergio Riesco, «Veinte años de producción histórica sobre la Guerra Civil española (1975-1995): una aproximación bibliométrica», *Revista Española de Documentación Científica*, núm. 22/2, 1999, págs. 74-197, y Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), *La Guerra Civil española: una visión bibliográfica*, Madrid, Marcial Pons, 2017 (libro digital).

³ M.^a Cruz Rubio Liniers y Rosario Ruiz Franco, «Las fuentes históricas sobre la guerra civil española: recursos tradicionales y nuevas tecnologías», en Alfonso Bullón de Mendoza y Luis Eugenio Togores (coords.), *Revisión de la guerra civil española*, Madrid, Actas, 2002, págs. 191-202.

⁴ Miguel Gómez y Octavio Ruiz-Manjón, *Los nuevos historiadores ante la Guerra Civil española*, Granada, Diputación de Granada, 1990. En otro de los más destacados encuentros académicos organizados para conmemorar el cincuenta aniversario del inicio de la guerra solo hay un estudio entre los 39 publicados: Covadonga Balbás et al., «La mujer en la Guerra Civil: el caso de Madrid», en Julio Aróstegui (coord.), *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, págs. 135-182.

⁵ Julián Chaves, «La historiografía reciente sobre la Guerra Civil de 1936-1939 en los umbrales del nuevo milenio», *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 16, 2000, págs. 409-430; Joan Sagués, «La historia de la Guerra Civil española, un campo con puertas aún por abrir», *Ayer*, núm. 43, 2001, págs. 277-289; Juan Andrés Blanco, «El registro historiográfico de la Guerra Civil, 1936-1939», en Julio Aróstegui y François Godicheau (eds.), *Guerra Civil: mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons / Casa de Velázquez, 2006, págs. 373-406; Juan Andrés Blanco, «La historiografía de la Guerra Civil española», *Hispania Nova*, núm. 7, 2007, <http://hispanianova.rediris.es> ; Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.),

La Guerra Civil española..., op. cit.

⁶ Concretamente hablamos de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM), la Asociación Universitaria de Estudios de la Mujer y los institutos universitarios de estudios de género.

⁷ A día de hoy se han publicado algunos análisis bibliográficos e historiográficos desde distintos enfoques y contextos cronológicos. Por fecha de publicación nos referimos a: M.^a Carmen García-Nieto, «Las mujeres en la guerra civil de España: nueva perspectiva», en Nuevas perspectivas sobre la Mujer. Actas de las primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinar, Madrid, Universidad Autónoma, 1982, páginas 184-189; Sofía Rodríguez, «La historiografía de las mujeres en la Guerra Civil española: una revisión», en M.^a Isabel del Val et al. (coords.), La Historia de las Mujeres: una revisión historiográfica, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, págs. 421-437; Mary Nash, «Mujeres en guerra: repensar la Historia», en Julián Casanova y Paul Preston (coords.), La Guerra Civil española, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2008, págs. 61-84, y Ana Martínez Rus, «Mujeres y Guerra Civil: un balance historiográfico», Studia Historica. Historia Contemporánea, vol. 32, 2014, págs. 333-343, y «Mujeres y Guerra Civil: nuevas aportaciones», en Ángel Viñas y Juan Andrés Blanco (dirs.), La Guerra Civil española..., op. cit. (se trata de una actualización del trabajo publicado en Studia Historica en formato digital).

⁸ Ángela Cenarro, «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939): un ejercicio comparativo», Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales, núm. 16, 2006, págs. 159-182.

⁹ Ley 52/2007, de 26 de diciembre, Boletín Oficial del Estado , núm. 310, 27 de diciembre de 2017, págs. 53410-53416.

¹⁰ Mary Nash, «Mujeres en guerra...», op. cit., pág. 65.

¹¹ Ibíd., pág. 68.

¹² Carmen Alcalde, *La mujer en la guerra civil española*, Madrid, Cambio 16, 1976; Lola Iturbe, *La mujer en la lucha social. La guerra civil de España*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1974; Mary Nash, *Mujeres Libres: España, 1936-1939*, Barcelona, Tusquets, 1975, y Giuliana Di Febo, *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979.

¹³ Carmen Alcalde, Federica Montseny. *Palabra en rojo y negro*, Barcelona, Argos Vergara, 1983; Mercedes Sánchez, Federica Montseny. *Una contribución al estudio de la participación de las mujeres en la Guerra Civil*, Madrid, Ed. del autor, 1987, y Teresa Pamies, *Una española llamada Dolores Ibárruri*, Barcelona, Martínez Roca, 1976.

¹⁴ Mercedes García Basauri, «La Sección Femenina en la Guerra Civil española», *Historia* 16, núm. 5/50, 1980, págs. 45-56; María Teresa Becerra, «La Sección Femenina de FET y de las JONS en Málaga, 1937-1939», *Jábega*, núm. 58, 1987, págs. 60-71; Elena Posa, «Una dona portadora de valors eterns. La Sección Femenina, 1934-1952», *Taula de Canvi*, núm. 5, 1977, págs. 121-133, y María Fernanda del Rincón, «Mujeres azules en la Guerra Civil», *Estudis D'Història Contemporània del País Valencià*, núm. 7, 1986, págs. 45-67.

¹⁵ M.^a Teresa Gallego, *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, Taurus, 1983.

¹⁶ Las mujeres y la guerra civil española, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991.

¹⁷ Marie Aline Barrachina, «Ideal de la mujer falangista e ideal falangista de la mujer», y Giuliana Di Febo, «El “monje guerrero”: identidad de género en los modelos franquistas durante la Guerra Civil», en Las mujeres y la guerra civil española, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991, págs. 211-215 y págs. 202-210, respectivamente.

¹⁸ Martha Ackelsberg, «Captación y capacitación: el problema de la autonomía en las relaciones de Mujeres Libres con el movimiento libertario», y Mary Nash, «La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista», en Las mujeres y la guerra..., op. cit., págs. 35-40 y págs. 97-108, respectivamente.

¹⁹ Esa década es especialmente prolífica en ese sentido. Algunos ejemplos de lo dicho son la fundación de la AEIHM, de Arenal. Revista de Historia de las Mujeres, la publicación de la colección «Feminismos» de la editorial Cátedra, la creación de diversos institutos universitarios y la publicación de destacadas obras generales sobre la historia de las mujeres.

²⁰ Gloria Espigado, «Las mujeres en el anarquismo español, 1869-1939», Ayer, núm. 45 (1), 2002, pág. 39.

²¹ Mary Nash, Mujeres Libres: España..., op. cit .

²² M.^a Asunción Gómez, «Feminismo y anarquismo: el papel de

Mujeres Libres en la Guerra Civil española», en Lisa Wollendorf (ed.), *Literatura y feminismo en España (siglos xv-xxi)*, Barcelona, Icaria, 2005, págs. 267-284; Silvia Ramírez, «Las organizaciones de mujeres durante la Guerra Civil en Alicante (1936-1939)», *Ayudas a la Investigación*, 1986-1987, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, págs. 111-123, y Martha Ackelsberg, *Free women of Spain: Anarchism and the struggle for the emancipation of women*, Bloomington, Indiana University Press, 1991. En España, la obra de Ackelsberg se publicó en el año 2000 la primera edición, y en el año 2017, la cuarta. Tiene traducciones al francés y al italiano.

²³ Frances Lannon, «Women and images of women in the Spanish Civil War», *Transactions of the Royal Historical Society*, núm. 1, 1991, págs. 213-228.

²⁴ Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999.

²⁵ Mary Nash, «Women in war. Milicianas and Armed Combat in Revolutionary Spain, 1936-1939», *The International History Review*, núm. 2/15, 1993, págs. 269-282, y *Defying male civilization: Women in the Spanish Civil War*, Denver, Arden Press, 1995.

²⁶ Ángela Cenarro, «Las mujeres en la Guerra Civil española: sujeto, acción y representación», en Teresa M.^a Ortega et al. (eds.), *Mujeres, Dones, Mulleres, Emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género*, Madrid, Cátedra, 2018, pág. 161.

²⁷ Mónica Moreno, «Las exiliadas, de acompañantes a protagonistas», *Ayer*, núm. 81, 2011, págs. 265-281.

²⁸ Alicia Alted, «El exilio republicano español de 1939 desde la perspectiva de las mujeres», Arenal. Revista de Historia de las Mujeres, núm. 4/2, 1997, págs. 223-238; Antonina Rodrigo, *Mujer y exilio*, Madrid, Compañía Literaria, 1999; Pilar Domínguez, *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1992, y *Voces del exilio: mujeres españolas en México (1939-1950)*, Madrid, Dirección General de la Mujer, 1994; véase también para el exilio en México: Concepción Ruiz-Funes y Enriqueta Tuñón, «Este es nuestro relato... Mujeres españolas exiliadas en México», en «Médulas que han gloriosamente ardido». El papel de la mujer en el exilio español, México, Claves Latinoamericanas / Ateneo Español de México, 1994, págs. 31-56.

²⁹ Giuliana Di Febo, «Memorialistica dell'esilio e protagonismo femminile degli anni Trenta», en Giuliana Di Febo y Claudio Natoli (eds.), *Spagna anni Trenta. Società, cultura, istituzioni*, Milán, Franco Angeli, 1993, págs. 367-380; Shirley Mangini, *Recuerdos de la Resistencia. La voz de las mujeres en la guerra civil española*, Barcelona, Península, 1997.

³⁰ Tomasa de Cuevas, *Cárcel de mujeres (1939-1945)*, Barcelona, Siroco, 1985; Anna Delso, *Trescientos hombres y yo. Estampa de una revolución*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 1998; Juana Doña, *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978; Carlota O'Neill, *Una mujer en la guerra de España*, Madrid, Turner, 1979; Antonina Rodrigo, «Rosario Sánchez Mora "la dinamitera"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 503, 1992, págs. 13-26; Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987, y Fernanda Romeu, *El silencio roto. Mujeres contra Franco*, s.l., F. Alfaro, 1994.

³¹ Yannick Ripa, «Armes d'homme contre femmes désarmées: de la

dimension sexuée de la violence dans la guerre civile espagnole», en Cécile Dauphin y Arlette Farge (dirs.), *De la violence et des femmes*, París, Albin Michel, 1997, págs. 131-145; Encarnación Barranquero, Paloma Navarro y Matilde Eiroa, *Mujer, cárcel, franquismo: la prisión provincial de Málaga (1937-1945)*, Málaga, D.L. 1994.

³² «Pilar Primo de Rivera. El fascismo y los arreglos florales» y «Dolores Ibárruri. Pasionaria de acero», en Paul Preston, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, págs. 143-176 y págs. 339-383, respectivamente; M. José Capellín, *De la casa al compromiso político. Dolores Ibárruri, mito del pueblo. 1916-1939*, Madrid, Fundación Dolores Ibárruri, 1996; Antonina Rodrigo, *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, y Mary Nash, «Federica Montseny: dirigente anarquista, feminista y ministra», *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, núm. 1/2, 1994, págs. 259-271.

³³ Maryse Bertrand de Muñoz, «Las mujeres, la ficción narrativa y la guerra española de 1936-1939», en Mercedes Samaniego, *Historia, Literatura, Pensamiento : estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, Salamanca, Narcea, 1990, vol. V, págs. 233-248.

³⁴ Rosario Sánchez, *Mujer española, una sombra de destino en lo universal*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990; Mónica Orduño, *El Auxilio Social (1936-1940): la etapa fundacional y los primeros años*, Madrid, Escuela Libre, 1996, y Antonieta Jarne, *La Secció Femenina a Lleida: els anys triomfals*, Lleida, Pagès, 1991.

³⁵ Maud Joly, «Las violencias sexuadas de la Guerra Civil española: paradigma para una lectura cultural del conflicto», *Historia Social*, núm. 61, 2008, págs. 89-107; Irene Abad, «Represión sexuada: la victimización de la mujer republicana durante la guerra civil y el franquismo», en Carmen Méndez et al., *Estudios de mujeres*, vol.

VII, Diferencia, (des)igualdad y justicia, Madrid, Fundamentos, 2010, páginas 263-272, y Sofía Rodríguez, «La violencia de género como arma de guerra», en Encarnación Barranquero (ed.), Mujeres en la Guerra Civil y el Franquismo . Violencia, silencio y memoria de los tiempos difíciles, Málaga, Diputación Provincial, 2010, págs. 23-46.

³⁶ José Luis Ledesma, «Las mujeres en la represión republicana: apuntes sobre un ángulo muerto de la guerra civil española», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea, Barcelona, Icaria, 2003, págs. 441-458.

³⁷ Antoni Tugores, Víctimes invisibles. La repressió de la dona durant la Guerra Civil i el franquisme a Mallorca, Barcelona, Tría, 2011; Pura Sánchez, La represión de las mujeres en Andalucía (1936-1949): «individuas de dudosa moral», Sevilla, RD Editores, 2008; Irene Murillo, En defensa de mi hogar y mi pan: estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra (1936-1945), Zaragoza, PUZ, 2013; Claudia Carrero, Mujeres contra el franquismo (Asturias 1937-1952): vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK Ediciones, 2006, y Encarnación Barranquero (ed.), Mujeres en la Guerra Civil..., op. cit.

³⁸ Ángeles Egido (coord.), Cárceles de mujeres. La prisión femenina en la posguerra, Madrid, Sanz y Torres, 2017; Ana Aguado y Vicenta Verdugo, «Las cárceles franquistas de mujeres en Valencia: castigar, purificar y reeducar», Studia Historica. Historia Contemporánea , vol. 29 , 2011 (ejemplar dedicado a «Cárceles de mujeres»), págs. 55-85; Encarnación Barranquero y Matilde Eiroa, «La cárcel de mujeres de Málaga en “la paz de Franco”», Studia Historica. Historia Contemporánea, vol. 29, págs. 119-137, y David Ginard, « Entre el castigo y la redención : las mujeres encarceladas en las Islas Baleares (1936-1943)», Studia Historica. Historia Contemporánea, vol. 29, págs. 237-266.

³⁹ Fernando Hernández Holgado, *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo, 1931-1941*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

⁴⁰ Adriana Cases, «La violencia sexual en la retaguardia republicana durante la Guerra Civil», revista electrónica *Historia Actual Online*, núm. 34, 2014, págs. 69-80.

⁴¹ M.^a Dolores Fernández, «La mujer gitana y la Guerra Civil», *Revista Trimestral de Investigación Gitana*, núm. 70, 2010, págs. 14-19; Eusebio Rodríguez, *Mujeres gitanas represaliadas en la provincia de Granada durante la Guerra Civil y la posguerra*, Almería, Arráez, 2010; Consuelo Flecha García, «Depuración de profesoras en la guerra civil española», *Entretejiendo saberes*, Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudios de Mujeres (AUDEM), Sevilla, 17 al 19 de octubre de 2002, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2003, vol. 2, págs. 1-2; Sara Ramos, «Maestras represaliadas por el gobierno franquista», *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 2005, vol. 12:1, págs. 113-145; M.^a del Campo Pozo, «La depuración de maestras nacionales en la ciudad de Málaga (1936-1942)», en Lucía Prieto y Encarnación Barranquero (coords.), *Mujeres en la contemporaneidad : educación, cultura, imagen*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000, págs. 29-90, y Olegario Negrín, «La represión de maestras republicanas en la provincia de Las Palmas durante la Guerra Civil: estudios de casos», en Elena Sánchez de Madariaga (coord.), *Las maestras de la República*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2012, págs. 166-183.

⁴² Miren Llona, «La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la guerra civil», *Historia y Política*, núm. 36, 2016, págs. 263-287; Carlos Fonseca, *Rosario Dinamitera: una mujer en el frente*, Madrid, Temas de Hoy,

2006; Mary Nash, «Amparo Poch y Gascón (1902-1968): el anarcofeminismo de Mujeres Libres», y Laura Branciforte, «Encarnación Fuyola (1907-1982): del internacionalismo antifascista al exilio en México», en Ángela Cenarro y Régine Illion (eds.), *Feminismos. Contribuciones desde la historia*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, págs. 189-211 y págs. 213-238; Mónica Carabias, *Historia de una mujer soldado en la Guerra Civil*, Madrid, Orto, 2001; Matilde Eiroa, Isabel de Palencia. *Diplomacia, periodismo y militancia al servicio de la República*, Málaga, Universidad de Málaga, 2013; Antoni Fontanillas y Sonya Torres, *Lola Iturbe. Vida e ideal de una luchadora anarquista*, Barcelona, Virus, 2006; Soledad Fox, *Constancia de la Mora. Esplendor y sombra de una vida española del siglo xx*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008; David Ginard, *Matilde Landa: de la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Barcelona, Flor del Viento, 2005; Susanna Tavera, *Federica Montseny. La Indomable*, Madrid, Temas de Hoy, 2005; Mónica Moreno, « Republicanas y República en la Guerra Civil : encuentros y desencuentros », *Ayer* , núm. 60, 2005, págs. 165-195, y « Las mujeres de la República y la Guerra Civil desde la perspectiva democrática actual », *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea* , núm. 6, 2007, págs. 73-94, y Mary Nash (coord.), *Ciudadanas y protagonistas históricas: mujeres republicanas en la Segunda República y la Guerra Civil* , Madrid, Congreso de los Diputados, 2009.

⁴³ M.^a Jesús Pérez Espí, Mercedes Sanz Bachiller, aproximación a su biografía política, tesis doctoral, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 2017; Inbal Ofer, «Pilar Primo de Rivera», en José Álvarez et al. (coords.), *Nueva historia de la España contemporánea (1808-2018)*, Barcelona, Galaxia, 2018, págs. 774-784, y M.^a Antonia Fernández, *Pilar Primo de Rivera: el falangismo femenino* , Madrid, Síntesis, 2008.

⁴⁴ J. Manuel Alfonso y Laura Sánchez, «Las mujeres del nacionalsindicalismo: poder y rivalidad entre Pilar Primo de Rivera y Mercedes Sanz Bachiller», *Historia de la Educación*, núm. 27,

2008, págs. 433-455; Antonio del Moral, «Auge y caída de una líder carlista en el franquismo: María Rosa Urraca Pastor», *Aportes*, núm. 81, 2013, págs. 63-96, y Laura Sánchez, «Conflictos en la retaguardia nacional: Sección Femenina, Auxilio Social y Frentes y Hospitales en la Guerra Civil española», en Lucía Prieto (ed.), *Encuadramiento femenino, socialización y cultura en el franquismo*, Málaga, Diputación de Málaga, 2010, págs. 75-94.

⁴⁵ Paul Preston, *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001; Carmen Domingo, *Nosotras también hicimos la guerra. Defensoras y sublevadas*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, e *Inmaculada de la Fuente, La roja y la falangista. Dos hermanas del 36*, Barcelona, Planeta, 2006.

⁴⁶ Mónica Moreno, «Entre el compromiso y la privacidad : Memorias de guerra y exilio de mujeres y hombres», *Espacio, Tiempo y Forma* , núm. 21, 2009, págs. 249-266.

⁴⁷ Pilar Domínguez, «Exiliadas de la Guerra Civil en México», *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, núm. 6/2, 1999, págs. 295-312, y «Ellas nos cuentan : los relatos de vida en la historia del exilio republicano en México», en Miren Llona (coord.), *Entreverse : teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012, págs. 161-186; Mar Trallero, «La cotidianidad como expresión de un exilio: las mujeres exiliadas en México», *Congreso Internacional La Guerra Civil Española*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006, pág. 8, http://secc.es/media/docs/30_3_TRAYERO.pdf; Mercedes Yusta, «Historia, identidad y militancia política: Mujeres Antifascistas en el exilio francés (1946-1950)», en Carlos Forcadell et al. (coords.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2004, págs. 305-326; Mónica Moreno, «L'exil au féminin: républicaines et antifranquistes en France», en B. Vargass (dir.), *La Seconde République espagnole en exil en France*

(1939-1977), Albi, Presses Universitaires de Champollion, 2008, págs. 163-181.

⁴⁸ Gina Herrmann, «Mujeres de la izquierda radical en la guerra civil española», en M.^a Ángeles Millán y Carmen Peña (eds.), *Las mujeres y los espacios fronterizos*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2007, págs. 145-163; Aurora Morcillo, «Feminismo y lucha política durante la II República y la Guerra civil», en Pilar Folguera (coord.), *El feminismo en España: dos siglos de historia*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2007, págs. 89-122; Giuliana Di Febo, «Republicanas en la Guerra Civil Española: protagonismo, vivencias, género», en Julián Casanova (comp.), *Guerras civiles en el siglo xx*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2001; Helena Andrés, «Queremos escribir de nuevo la palabra mujer: Mujeres Libres y la construcción de una nueva identidad femenina», en M.^a Ángeles Millán y Carmen Peña (eds.), *Las mujeres y los espacios fronterizos*, op. cit., págs. 165-188; Luz Sanfeliu, «Mujeres y cultura libertaria: respuestas sociales de Mujeres Libres durante la Guerra Civil española», en Manuel Aznar et al., *Valencia, capital cultural de la República (1936-1937)*, Congr s internacional, 2008, págs. 609-632; Inmaculada Blasco y Régine Illion, «Republicanas aragonesas en la lucha antifascista», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., págs. 371-385; Mary Nash, «Ciudadanes en guerra: les dones republicanes en la lluita antifeisita», en David Ginard (coord.), *Dona, Guerra Civil i franquisme*, Palma de Mallorca, Edicions Documenta Balear, 2011, págs. 45-65.

⁴⁹ Lisa Lines, *Milicianas: Women in Combat in the Spanish Civil War*, Lanham, Lexington Books, 2012; Vera Bianchi, *Feministinnen in der Revolution: die Gruppe Mujeres Libres im Spanischen Bürgerkrieg*, Münster y Budapest, Unrast/Interpress, 2003.

⁵⁰ Conchita Liaño, *Mujeres Libres: luchadoras libertarias*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1999.

⁵¹ Ana Martínez Rus, *Milicianas. Mujeres republicanas combatientes*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018.

⁵² *Ibíd.*, pág. 118.

⁵³ Aránzazu Usandizaga, *Ven y cuenta lo que pasó en España. Mujeres extranjeras en la guerra civil: una antología*, Barcelona, Planeta, 2000, y Angela Jackson, *Las mujeres británicas en la guerra civil española*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010.

⁵⁴ Roseanna Webster, «A Spanish housewife is your next door neighbour: British women and the Spanish Civil War», *Gender & History*, núm. 27/2, 2015, págs. 397-416, y Rosa María Pérez Alonso, *Ellas toman partido: el discurso propagandístico de la guerra civil española en los escritos de mujeres británicas (1936-1939)*, tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2012.

⁵⁵ Renée Lugschitz, *Spanienkämpferinnen: Ausländische Frauen im spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Berlín, Lit Verlag, 2012.

⁵⁶ Laura Branciforte, *El Socorro Rojo Internacional, 1923-1939. Relatos de la solidaridad antifascista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

⁵⁷ Carmen M. Rivera Villegas, «Otras miradas sobre la Guerra Civil española: Tina Modotti y Elena Garro», *Bulletin of Hispanic Studies*,

⁵⁸ Mary Nash, «Milicianas and Homefront Heroines: Images of women and revolution, 1936-1939», *History of European Ideas*, vol. 11, 1989, págs. 235-244, y «De “ángel del hogar” a “madre militante” y “heroína de la retaguardia”: imágenes de mujeres y la redefinición de las relaciones sociales de género», en Rita Radl et al. (coords.), *A muller e súa imaxe*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1993, págs. 13-28, y Mónica Carabias, «Las madonnas se visten de rojo: imágenes de paganismo y religiosidad en la guerra civil española», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., págs. 229-238.

⁵⁹ Anna Aguado, «Las mujeres valencianas en la guerra civil (1936-1939)», en Marion Reder Gadow y María Paz Torres (coords.), *Realidades y símbolos sobre las mujeres en el islam y occidente*, Málaga, Universidad de Málaga, 2002, págs. 97-112; Mónica Moreno, «Mujeres y Guerra Civil en el País Valenciano », en Albert Girona y Javier Navarro (coords.), *Fa setanta anys : la Guerra Civil al País Valencià (1936-1939)*, 2009, págs. 153-168; Margalida Capellá, *Dones republicanes. Memòria de la guerra civil a Mallorca (1936-1939)*, 2 vols., Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner, 2009 y 2010; Eva Alcón y Alejandro A. Núñez Silvestre, *La mujer de la República en las comarcas de Castellón (1931-1939)*, Onda, Ajuntament d'Onda, 2005; Cristina Escrivá, *València i les dones republicanes. Un somni igualitari fet realitat. El carrer de la pau en la mirada de les dones republicanes*, Valencia, L'Eixam, 2007; Marc Estévez, *Una guerra amb veu de dona: els relats de 12 dones de Castellar de la Ribera que van viure la Guerra Civil al món rural*, Castellar de la Ribera, Ajuntament de Castellar de la Ribera, 2010; Maite Fariña Vargas, *La dona santboiana durant la Segona República, la Guerra Civil y la posguerra*, Sant Boi de Llobregat, Ajuntament de Sant Boi de Llobregat, 2009; Teresa González, «Vivencias de mujeres canarias durante la guerra civil», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., páginas 404-425, y Francisco Cabo, «Mujeres, movilización y

Guerra Civil en Andalucía», en Salvador Cruz (coord.), *La mujer trabajadora en la Andalucía contemporánea (1931-2007)*, Jaén, UGT / Junta de Andalucía, 2009, págs. 71-89.

⁶⁰ María Jesús Dueñas, «La construcción de las relaciones de género en la ideología de la Sección Femenina, 1934-1977», en Lucía Prieto (ed.), *Encuadramiento femenino...*, op. cit., págs. 23-73; Susanna Tavera, «Las mujeres de la Sección de Falange: una afirmación entre el activismo político y la sumisión patriarcal, 1934-1939», en Anna Aguado y Teresa Ortega (coords.), *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo xx*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, págs. 207-228; Vanessa Tessada, «La fundación de las Secciones Femeninas exteriores en América Latina: retaguardia de mujeres durante la Guerra Civil española», en Juan Luis Carrellán (coord.), *La Guerra Civil española: estudios y reflexiones desde Chile*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2017, págs. 65-90; Beatriz Delgado Bueno, «La Sección Femenina en Salamanca y Valladolid durante la guerra civil. Alianzas y rivalidades», tesis doctoral, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009; Sofía Rodríguez López, *Mujeres en guerra. Almería, 1936-1939*, Sevilla-Granada, Fundación Blas Infante-Arráez, 2003; de la misma autora, *Quintacolumnistas: las mujeres del 36 en la clandestinidad almeriense*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2008; de la misma autora, «El papel de las mujeres trabajadoras durante la guerra», en Rosa M.^a Capel (coord.), *Cien años trabajando por la igualdad*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008, págs. 131-148; de la misma autora, *El patio de la cárcel: la Sección Femenina de FET-JONS en Almería (1937-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010; Mónica Orduña, «El voluntariado femenino en La Rioja en los inicios de la guerra civil», *Berceo*, núm. 147, 2004, págs. 119-148; Raquel Flores, «Género en los carteles del bando nacional en la guerra civil española», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., págs. 206-228, y Ángela Cenarro, *La sonrisa de Falange: Auxilio Social en la guerra civil y la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2005.

⁶¹ Mónica Carabias, *Mujeres modernas de Falange, 1938-1940: Y, revista para la mujer*, Córdoba, Fundación Provincial de Artes Plásticas, 2010; M.^a Cruz Rubio Liniers y Rosario Ruiz Franco, «Presencia, participación e ideología de las mujeres en la guerra civil española a través de dos revistas: *Mujeres libres* e *Y. Revista para la mujer*», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., págs. 502-525, y Ángela Cenarro, «La Falange es un modo de ser (mujer): discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945)», *Historia y Política*, núm. 37, 2017, págs. 91-120.

⁶² Antonio Morant, *Mujeres para una «Nueva Europa»: las relaciones y visitas entre la Sección Femenina de Falange y las organizaciones femeninas nazis*, tesis doctoral, Valencia, Universitat de València, 2014, y «Estado totalitario y género: el referente alemán para la Sección Femenina de Falange, 1936-1945», *Alcores: Revista de Historia Contemporánea*, núm. 13, 2012, págs. 63-83.

⁶³ Gloria Nielfa y Rosario Ruiz Franco, «La nueva ciudadanía de las mujeres en el ámbito municipal: alcaldesas y concejales en la Segunda República (1931-1939)», en Gloria Nielfa (coord.), *Mujeres en los Gobiernos locales. Alcaldesas y concejales en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, D.L. 2015, págs. 73-128; Gloria Nielfa y M.^a Carmen Muñoz, «Mujeres en los Ayuntamientos durante la dictadura franquista (1936-1975)», en Gloria Nielfa (coord.), *Mujeres en los Gobiernos...*, op. cit., págs. 129-160.

⁶⁴ M.^a Isabel Domenech, *Las maestras de la Guerra Civil y el primer franquismo en la provincia de Alicante*, tesis doctoral, Alicante, Universidad de Alicante, 2016; Carmen García Colmenares, «La Agrupación de Mujeres Antifascistas y el Proyecto de la Primera Ciudad Infantil en Cataluña (1936-1939)», *Educació en temps de guerra: XXII Jornades Internacionals d'Història de l'Educació*, Valencia, 9, 10 y 11 de noviembre de 2016, págs. 263-274; José María Hernández, «Vida escolar de una niña en una ciudad de la

retaguardia franquista durante la guerra civil: Ávila», *Educación en tiempos de guerra: XXII Jornades Internacionals d'Història de l'Educació*, Valencia, 9, 10 y 11 de noviembre de 2016, págs. 119-130; Sara Ramos, «La educación de la mujer durante la guerra civil en diferentes contextos geográficos rurales y urbanos», *Sarmiento: Anuario Galego de Historia da Educación*, núm. 7, 2003, págs. 99-128; Herminio Lafoz, «Maestras socialistas en la Guerra Civil: el caso de Aragón», en Elena Sánchez de Madariaga (coord.), *Las maestras de la República*, op. cit., págs. 122-146; Raquel Poy Castro, «Vencedoras y vencidas: las educadoras leonesas ante la Guerra Civil», *Cuestiones de Género: de la Igualdad y la Diferencia*, núm. 6, 2011, págs. 239-263; Vicenta Verdugo Martí, «Mujeres y Guerra Civil: educar en femenino durante el contexto bélico», en Sergio Valero y Marta García (eds.), *Desde la capital de la República: nuevas perspectivas y estudios sobre la Guerra Civil*, Valencia, Universitat de València, 2018, págs. 207-224; Mercedes Yusta, «Hombres armados y mujeres invisibles. Género y sexualidad en la guerrilla antifranquista (1936-1952)», *Ayer*, núm. 110 (2), 2018, págs. 285-310; Marina Mayoral y M.^a Mar Mañas (coords.), *Memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas*, Madrid, Trivium, 2010, y Gemma Tribó, «Mujeres y refugiados en la retaguardia republicana durante la Guerra Civil (1936-1939)», en Mary Nash y Susanna Tavera (coords.), *Las mujeres y las guerras...*, op. cit., págs. 526-549.

⁶⁵ Virtudes Narváez, *La imagen de la mujer en la Guerra Civil: un estudio a través de la prensa gaditana (1936-1939)*, Cádiz, Quorum, 2009; Beatriz de las Heras, «Mujeres en y para una guerra: España, 1936-1939. La mirada del fotógrafo Santos Yubero, cronista gráfico de Madrid», en Rafael Villena (ed.), *Fotografía y patrimonio cultural*, V, VI y VII Encuentros en Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla-La Mancha, 2018, págs. 505-521; Mirta Núñez, «La presencia femenina en el periodismo durante la guerra de España. Fotógrafas y corresponsales en primera línea», en Isabel Tajahuerce y Ana Muiña (coords.), *Mujeres, comunicación y conflictos armados: de la Primera Guerra Mundial a nuestros días*, Madrid, La Linterna Sorda, 2016, págs. 58-69; Rosario Ruiz Franco, «La memoria de la Guerra civil española a través de la mirada de Gerda

Taro», en Julien Lanes et al. (eds.), *De los conflictos y sus construcciones. Mundos ibéricos y latinoamericanos*, París, Éditions Hispaniques, 2013, págs. 393-404, y Noelia García, «La imagen femenina en la publicidad durante la Guerra Civil española: análisis de contenido aplicado a la publicidad gráfica», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2015.

⁶⁶ Manuel de Ramón Carrión, «Las madrinan de guerra en la Guerra Civil», *Bulletin Hispanique*, vol. 118, núm. 1, 2016, págs. 157-174.

⁶⁷ Mary Nash, «Mujeres en guerra...», *op. cit.*, pág. 63.

CAPÍTULO 8

El final de la guerra y el golpe de Estado del coronel Casado

ÁNGEL BAHAMONDE MAGRO

El 5 de marzo de 1939, el coronel Segismundo Casado y el veterano dirigente socialista Julián Besteiro, acompañados de miembros de la cúpula militar y de líderes políticos procedentes del PSOE, la CNT y los partidos republicanos, anunciaron la destitución del presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín López, y de todo su gobierno. Enhebraron un discurso justificativo basado en tres cuestiones que estimaban concordantes: la ilegitimidad del gobierno, tras la dimisión del presidente de la República, Manuel Azaña; la vigencia del Estado de guerra, y, el tema fundamental, la pretendida subordinación de Negrín a los intereses de la Unión Soviética, que daría como resultado un complot comunista. El golpe de Estado fue urdido durante meses, ultimado a lo largo del mes de febrero, ejecutado en los primeros días de marzo y explicado como prevención ante una supuesta e imaginada conspiración comunista que preparaba la toma del poder. Como respuesta, unidades comunistas del Ejército del Centro se negaron a aceptar la sublevación del coronel y su entorno político y militar. Durante una semana se libraron intensos combates en el espacio madrileño que se saldaron con la derrota comunista.

El golpe desencadenó una secuencia de acontecimientos que anularon cualquier mínima posibilidad de resistencia y aceleraron la descomposición de la zona republicana y el sometimiento a las tropas de Franco, a través de un paseo militar pomposamente autotitulado «ofensiva de la victoria», realizada ya sin ningún ejército enfrente. Significó la definitiva consolidación de «El Caudillo» como dictador.

DE LA NIMIEDAD A LA COMPLEJIDAD

Es el objeto de estas páginas analizar cómo se ha ido conformando históricamente un contexto explicativo sobre el convulso final de la España republicana. Es decir, desvelar el alcance de su significación histórica. El golpe de Estado casadista y sus consecuencias han tardado mucho tiempo en poseer entidad historiográfica propia, como acontecimiento que alteró de forma cualitativa el cierre de la contienda, imponiendo una clausura que no estaba únicamente determinada por el curso de la guerra y que, por tanto, excluyó alternativas de otro cariz, percibidas como posibles desde los últimos meses de 1938. El golpe no respondió a una lógica unidireccional obligatoria, aunque este fuera el enfoque dominante en las aportaciones pioneras sobre la cuestión, procedentes de la publicística del primer franquismo o la de origen anarcosindicalista del exilio.

Resulta preciso calificar de oficiales las historias de la guerra realizadas durante el franquismo temprano. Fueron auspiciadas por el «nuevo Estado» con la intención de construir una pretendida epopeya del pueblo español frente al comunismo y elevar a su conductor, «El Caudillo», a la categoría de invicto salvador de la patria, como máximo exponente del alzamiento de julio de 1936 y como genio militar que guio a las tropas hacia la victoria. Dos obras establecieron el patrón interpretativo único, mantenido hasta los años sesenta. Nos referimos a la voluminosa Historia de la cruzada española dirigida por Joaquín Arrarás ¹, y a la Historia militar de la guerra de liberación de Manuel Aznar ². La primera edición de ambas corresponde a 1940, y las dos comparten información e incluso redacción respecto del final de la guerra, dada la perfecta igualdad de extensos párrafos. Como resulta comprensible coinciden en la interpretación de los acontecimientos definidos como algo nimio e intrascendente para el resultado de la contienda. La sublevación de Casado fue un factor retardatario; retrasó en un mes la conclusión de la guerra, porque Franco pospuso la ofensiva final con el objetivo de evitar derramamiento de sangre. Insisten en que

la República carecía de toda posibilidad de prolongar la resistencia, antes del 5 de marzo, dada la oposición de los jefes militares «rojos», la desmoralización de la retaguardia y la confrontación política entre anarquistas y comunistas. Mantienen la idea de una sublevación comunista, siguiendo consignas de Moscú, porque a Stalin le interesaba la continuación del conflicto español. Desconocen los factores internacionales y minimizan la influencia de la quinta columna y del Servicio de Información y Policía Militar [SIPM], a pesar de que también en 1940 Antonio Bouthelier y José López Mora, dirigentes quintacolumnistas madrileños, habían proporcionado abundante información al respecto en su libro testimonial Ocho días de revuelta comunista. Madrid 5-13 marzo 1939 ³ . Curiosamente, Arrarás basa parte de su relato en el libro de Álvarez Vayo, Freedom's battle ⁴ , que igualmente vio la luz en Londres en 1940. Lo expurga a su conveniencia, sobre todo en lo referente a la desmoralización de la retaguardia republicana, a las disensiones políticas y a la dimisión de Azaña.

Tanto Arrarás como Aznar cometen errores de magnitud considerable, sobre todo en el caso del último, quien acumula disparates sucesivos ⁵ :

— El 1 de febrero, Negrín presidió el último Consejo de Ministros republicano en Madrid; el 3 de marzo, Negrín «asumió poderes dictatoriales», incidiendo en el tema, aunque rebajándolo de categoría posteriormente: «Pretendió instaurar una dictadura entre Valencia, Cartagena y Madrid, acompañado de jefes comunistas».

— El coronel Casado era «jefe del Ejército Rojo del Sur».

— El general Matallana era «jefe de Levante».

— Miaja fue virtual prisionero de Casado.

— «Se pensó» [no aclara quién] que la Pasionaria se erigiese en presidenta de la República.

— En Cartagena hubo una sublevación comunista dirigida por «un madrileño de nombre Escanilla».

Manuel Aznar no corrigió estos errores en ediciones posteriores. En 1957 vio la luz la primera edición del texto elaborado por el general José Díaz de Villegas, Guerra de liberación. La fuerza de la razón ⁶ . Reproduce similares parámetros interpretativos que Arrarás y Aznar.

AJUSTE DE CUENTAS

La sublevación de Casado y sus consecuencias incidieron de forma notable en los diversos ámbitos del exilio. El final traumático planeó de manera constante en los discursos y exacerbó los desencuentros y la confrontación, lastrando la posibilidad de construir una plataforma común, una mínima unidad de acción consistente y operativa frente a la dictadura franquista, en momentos decisivos como el final de la Segunda Guerra Mundial. Este clima dio como resultado la publicación de una abundante literatura testimonial con evidente carga emocional y repleta de justificaciones personales, así como de apriorismos dogmáticos excluyentes, que conducen a la picota al adversario político, en una especie de consejo de guerra ideológico, de encausamiento permanente que inevitablemente comporta la condena radical del «otro» y la salvación propia. Textos que explicitan el inexorable ajuste de cuentas y el indiscriminado reparto de culpabilidades sobre la debacle final: anarquistas versus comunistas y viceversa; negrinistas contra antinegrinistas; conversos anticomunistas enfrentados a su anterior militancia comunista. Textos polémicos que proporcionan miradas antagónicas, indagadoras del porqué de una derrota, desde el interior del mundo republicano. Su utilidad historiográfica resulta evidente no solo para explicar los desgarros del exilio: por las páginas de estos libros circula un enorme caudal de personajes, situaciones, eventos y circunstancias. Resulta preciso entrecruzarlos, que interaccionen, permitir el diálogo entre ellos y cotejarlos con las informaciones procedentes de las nuevas fuentes documentales accesibles en los últimos tiempos.

Dentro del enfoque anarcosindicalista, José García Pradas fue pionero. Miembro del Comité de Defensa Confederal, participó activamente en el golpe de Casado. Cercano colaborador del coronel, contribuyó a la elaboración del discurso justificativo de la sublevación. En mayo de 1939 comenzó la publicación de un amplio reportaje en el semanario anarquista de Nueva York Cultura Proletaria, bajo el título «Cómo terminó la guerra de España».

Meses después agrupó los artículos en un libro con el significativo título *La traición de Stalin*, publicado por la Federación Anarco-Comunista Argentina, en Buenos Aires. García Pradas fue uno de los creadores del paradigma interpretativo anarquista sobre el curso de la guerra y su traumática clausura, bajo la forma de acta de acusación al comunismo español, sepulturero de la naturaleza revolucionaria de la guerra ⁷. Así la guerra de España y el pacto germano-soviético de agosto de 1939 formaban parte de la misma estrategia estalinista.

Los libros de Peirats y Mera ⁸ permiten aproximarnos al desconcierto existente en la estructura organizativa del movimiento libertario en la zona Centro-Sur. Teniendo en cuenta su decisiva participación en los acontecimientos finales, al frente del IV Cuerpo de Ejército, ofrece especial interés la aportación de Cipriano Mera. Podemos colegir que la confusa situación propició, a lo largo del mes de febrero, la imposición de una estrategia propia del comité de defensa de la CNT madrileña, pilar fundamental del golpe de Estado, no enteramente compartida, en principio, por otros comités locales y provinciales.

Desde diferente posición ideológica, pero compartiendo la justificación de la sublevación casadista, podemos situar el controvertido libro del converso Jesús Hernández Yo, ministro de Stalin en España. De manera interesada, la dictadura franquista concedió vía libre para su publicación en España por la editorial Nos en 1954, acompañado de un prólogo de Mauricio Carlavilla. Al fin y al cabo, llenaba de contenido el lema franquista «Rusia es culpable». Con respecto a la cuestión casadista, su argumentación parte de un aserto contundente: la resistencia era posible, pero fueron Negrín y los comunistas quienes la hicieron inviable con el objetivo de clausurar la guerra al dictado de Togliatti, Stepanov y la delegación soviética, es decir, Stalin ⁹. Constituye lo más relevante del libro la descripción de las múltiples tensiones entre dirigentes y cuadros medios del partido, tras la constitución del Consejo Nacional de Defensa, ajustadas a la realidad de los hechos si los cotejamos con otras fuentes procedentes del Partido Comunista ¹⁰.

El término «traición» centra la argumentación oficial del Partido Comunista; traición del bloque casadista a la legalidad republicana,

al gobierno del doctor Negrín y a la única política de guerra posible para evitar la debacle final. Se trata de un mensaje articulado por una semántica nacionalista que marca continuidad con respecto a los discursos elaborados durante la Guerra Civil. La plasmación más contundente se localiza en los cuatro volúmenes de Guerra y revolución en España 1936-1939, elaborado por mandato del Partido Comunista español desde el exilio soviético ¹¹ . Su confección significó la recopilación de una variable gama de informes de los cuadros dirigentes y medios de la organización. Compone una documentación de relevancia historiográfica porque permite observar las entrañas del partido: tensiones internas, acusaciones mutuas, variaciones de conductas, ambiciones más o menos soterradas... En suma, un caleidoscopio de la vida interna del partido. Para el caso que nos ocupa, habría que destacar los informes elaborados por Jacinto Barrios, que nos proporciona una minuciosa descripción de los acontecimientos desde la óptica del comité regional de Madrid, el coronel Federico de la Iglesia y Arturo Jiménez ¹² .

Resulta útil cotejar esta información con dos textos contrapuestos que plantean las divisiones existentes en el partido socialista y las diferentes estrategias seguidas con respecto al golpe de Casado. De un lado, el testimonio de Edmundo Domínguez, Los vencedores de Negrín, publicado en 1940 ¹³ , defensor de las tesis negrinistas; de otro, el informe de Wenceslao Carrillo, Cómo terminó la guerra de España, editado en 1945 ¹⁴ . Carrillo fue uno de los promotores de la sublevación contra el gobierno de Negrín. Hidalgo de Cisneros, en Cambio de rumbo ¹⁵ , y Antonio Cerdón, en Trayectoria, recuerdos de un artillero ¹⁶ , dentro de la línea interpretativa oficial del Partido Comunista, proporcionan datos de interés en momentos críticos: por ejemplo, la entrevista entre Hidalgo y Casado el 3 de marzo, en la que el coronel le anunció su intención de sublevarse, o el testimonio de Cerdón, testigo personal de la conversación del 5 de marzo entre Negrín y Casado, tras la consumación de la rebelión.

Más allá de la confrontación política, destacamos la reflexión de dos destacados integrantes del exilio. El coronel Jesús Pérez Salas fue uno de los militares profesionales más relevantes de la España republicana; leal a carta cabal. Tras la caída de Cataluña, intentó sin éxito retornar a la zona Centro-Sur. Marchó al exilio para evitar

correr la triste suerte de sus dos hermanos, también militares profesionales leales a la República ¹⁷ . En México elaboró y publicó uno de los libros más documentados y olvidados sobre la contienda española, Guerra en España (1936 a 1939) ¹⁸ , que en gran medida intentó competir con el texto de Vicente Rojo ¡Alerta a los pueblos! ¹⁹ . Escrito bajo parámetros militares, el libro es muy crítico con el ejército miliciano. Lúcido a la hora de plantear el desarrollo republicano en los tiempos anteriores a julio de 1936, el componente psicológico de la casta africanista y de las causas de la guerra, pierde intensidad explicativa, por su acendrado anticomunismo. Esta óptica preside las páginas dedicadas a los momentos finales de la República, no vividos en persona. Considera reduccionista plantear la cuestión como un mero enfrentamiento entre comunistas y anarcosindicalistas. Resulta indulgente con Casado por la «arbitrariedad» de Negrín y considera pertinente el golpe de Estado, aunque critica lo tardío de su ejecución. Acepta que Casado perseguía una paz honrosa y sin represalias y, sin embargo, se contradice al afirmar que habrían existido posibilidades de resistencia si se hubieran reorganizado los ejércitos de la zona Centro-Sur inmediatamente después de la caída de Cataluña. Desconoce el contexto internacional que acompañó los meses últimos de la República. El libro tuvo una gran repercusión en los medios militares del exilio.

Desde los espacios del exilio, la primera aproximación rigurosa al golpe de Casado procede de la pluma de Antonio Ramos Oliveira. El 11 de diciembre de 1952 acabó de imprimirse en Ciudad de México su magna Historia de España. En el tercer y último volumen dedica un total de 41 páginas al último acto de la Guerra Civil. No exento de partidismo, el relato se ajusta a los cánones historiográficos, y se aleja del testimonio personal. Pergeñó el primer contexto interpretativo global, incorporando una completa gama de factores explicativos, en parte esbozados o intuitos, porque no tuvo siempre a su alcance documentación demostrativa. Somete a crítica la versión inglesa de la obra de Casado, hilo conductor de la exposición. Ramos Oliveira estableció el carácter bicéfalo del golpe de Estado, su doble naturaleza civil y militar, concretada en Julián Besteiro y Segismundo Casado. Intuye el tiempo largo de la conspiración. Critica la postura de Besteiro, aunque salvaguarda su integridad moral. Sitúa al veterano líder socialista en las

coordenadas éticas de un sector del republicanismo español que no aceptó el hecho de la guerra y voluntariamente eligió la actitud pasiva, y como solución la mediación exterior que cortará de raíz la contienda. Baña la arrogancia de Casado de tintes casi providencialistas: el hombre elegido en exclusividad para entenderse con Franco de igual a igual. Ramos señala que existía una mínima posibilidad de resistencia. En este aspecto, subestima la capacidad de Franco para organizar una ofensiva inmediata sobre la zona Centro-Sur, antes del mes de marzo, cuando la mayoría de su ejército tenía como misión prioritaria asegurar la ocupación de Cataluña. Destaca la complejidad de los sucesos de Cartagena, que dieron como resultado la huida de la flota republicana, con indudables repercusiones para la organización posterior de la evacuación. También intuye la estrategia desarrollada desde Burgos con respecto a la quinta columna y los servicios de información franquista, aunque no desarrolla el tema por ausencia de conocimiento empírico. Lo mismo sucede con el factor exterior, es decir, la influencia británica en los acontecimientos. Concluye con una afirmación rotunda: el golpe de Estado anuló cualquier posibilidad de resistencia. En definitiva, Ramos Oliveira sentó las bases para la construcción del relato global sobre el tema, distanciado de la pugna política y del mero ajuste de cuentas.

LA TRANSICIÓN HISTORIOGRÁFICA

Desde finales de los años sesenta toma cuerpo el proceso de creación de la historiografía sobre la Guerra Civil. Empezó a cuartearse el monopolio que el Estado franquista había mantenido a lo largo de tres décadas. En efecto, la Guerra Civil era una cuestión de Estado, porque la dictadura era la consecuencia de ella y se fundamentaba y autolegitimaba en la argumentación justificativa de julio de 1936. No había variado un ápice la explicación epistemológica de la contienda; continuaba siendo la «Cruzada» y la «Guerra de Liberación», constreñida en el binomio reduccionista España versus anti-España. Se mantenía vigente, sin apenas matizaciones, el discurso oficial elaborado por Joaquín Arrarás y Manuel Aznar en 1940. El secuestro estatal de la documentación sobre la guerra resultaba significativo. El franquismo era consciente de que la apertura generalizada de los archivos traería consigo la crisis definitiva de su relato; el temor a que se impusiera una verdad alternativa a la suya. Sin embargo, una corriente impetuosa de agua fresca desbordaba los diques de contención. Factores internos y externos coadyuvaban al cambio de rumbo. Así, la creación de la moderna historiografía sobre la Guerra Civil camina al mismo paso que el tardofranquismo. El afán por conocer cuáles habían sido las causas de la tragedia de 1936, qué había sucedido durante los tres años de guerra y cómo se había gestionado la derrota republicana despertó el interés creciente de sectores ilustrados de las clases medias en constitución y, sobre todo, de los ámbitos de oposición a la dictadura. Fue todo un síntoma que el premio Planeta de 1967 se otorgara a un vencido de la guerra, Ángel María de Lera. Su novela realista *Las últimas banderas* ²⁰ versaba precisamente sobre el tiempo final de la España republicana, narración intercalada de episodios explicativos de la evolución del conflicto que contradecía la versión oficial. La dictadura se vio obligada a admitir cierto aperturismo sobre la cuestión, al socaire de la Ley de Prensa de Manuel Fraga, siempre y cuando el adversario aceptara cierto nivel de autocensura, condición sine qua non para la publicación de la investigación.

Por otra parte, nuevos vientos llegaban del exterior. Hispanistas e historiadores extranjeros empezaron a volcarse en el análisis de la guerra de España. En 1961 nació en París, por iniciativa de exiliados españoles y bajo la dirección de José Martínez, un proyecto editorial de singular trascendencia en este proceso de transición historiográfica: Ruedo Ibérico. Entre 1961 y 1963 editó tres monografías emblemáticas: Historia de la guerra civil, de Hugh Thomas; El laberinto español, de Gerarld Brenan, y El mito de la cruzada de Franco, de Herbert Southworth. En 1961, Les Éditions de Minuit publicó la obra de Émile Témime y Pierre Broué *La révolution et la guerre d'Espagne*; un año después aparecía la versión española, por iniciativa de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, soporte y portavoz del exilio. Añadamos el impacto que tuvo en el interior la recepción de las publicaciones de los veteranos exiliados, a través de canales más o menos subterráneos, más o menos tolerados, ejemplificados en las trastiendas de las escasas librerías de tono progresista.

La consecuencia de todo ello fue que el discurso franquista tuvo que actualizarse. Se vio forzado a competir con discursos antagónicos y alternativos. Historiadores del régimen o próximos a él se pusieron a la tarea para ofrecer una relectura del pasado que no afectara a los fundamentos históricos del franquismo; estrategia que, a su vez, intentaba valorizar la victoria de 1939. El cambio de lenguaje fue significativo: el enemigo dejó de ser la horda de desarrapados, de cerebros obtusos y deformados, según la conclusión de Vallejo-Nágera, al servicio de Moscú, para transformarse en españoles equivocados; los «rojos» pasaron a denominarse «republicanos». Destacan en el empeño Ricardo de la Cierva, la secuencia de análisis militares del coronel Martínez Bande y Ramón Salas Larrazábal. El voluminoso estudio de este último, titulado *Historia del Ejército Popular de la República* ²¹, está repleto de trampas con el fin de equiparar a los dos ejércitos en liza. Para este autor, fue una contienda entre dos fuerzas armadas equivalentes en recursos y en militares profesionales; no existía, pues, desproporción de medios humanos o materiales. La afirmación sencillamente no corresponde a la realidad de los hechos. Así, el éxito final quedó resuelto por la gestión más eficiente de los recursos disponibles, merced a la mejor capacidad de los Estados Mayores y a la centralización del liderazgo en la persona de Franco. Paradójicamente, el libro de Salas tuvo

una extraordinaria y satisfactoria acogida entre los militares de la República exiliados en México. Les causó enorme impresión sentirse, por fin, tratados con respeto, aunque fuera interesado. Con respecto a la conclusión de la guerra, Ricardo de la Cierva ensanchó el cauce interpretativo de Arrarás y Manuel Aznar, por ejemplo analizando minuciosamente el papel desarrollado por la quinta columna y el SIPM en la conspiración casadista. Acepta plenamente el discurso justificativo del coronel, alaba su patriotismo y asume la existencia de un complot previo de los comunistas ²² y la sucesiva subordinación del gobierno presidido por Juan Negrín a las directrices de Moscú, aunque en términos más digeribles que los clásicos anteriores del franquismo.

En 1968 apareció la versión castellana del libro de Segismundo Casado, *Así cayó Madrid* ²³, referente central del análisis sobre la conclusión de la guerra, que someteremos a crítica en páginas posteriores. A principios de los años setenta, G. del Toro Editor puso en marcha una colección de testimonios de protagonistas de la guerra. Destaquemos para su final al periodista confederal Eduardo de Guzmán. Publicó en 1973 *La muerte de la esperanza*, cuya segunda parte ofrece un fresco vívido de la catástrofe humana del puerto de Alicante los tres últimos días de la guerra. Un año después, este autor publicó *El año de la victoria*, testimonio en persona del Campo de los Almendros y del inicial sistema represivo franquista.

A mediados de los años setenta dos trabajos de Luis Romero marcaron un antes y un después en los estudios sobre el último tiempo de la España republicana. Hombre de gran intuición, encontró alternativa a las carencias de información archivística en las fuentes orales. Interrogó siempre que fue posible a participantes y testigos de la guerra de ambos lados de las trincheras, incorporando elementos metodológicos apropiados para corregir los efectos perversos de este tipo de información. Construyó así una estructura explicativa, con criterios de objetividad, sobre los últimos cuatro meses de la contienda: *El final de la guerra civil* ²⁴. Así, el tema adquirió dinámica propia, entidad expresiva, no como mero colofón predeterminado de un conflicto, sino como una etapa de la guerra en la que se barajaron opciones diferentes y discursos contrapuestos que entran en liza y compiten sin posibilidad de

consenso. Un acto de fuerza determinó la solución. Define sin ambages la sublevación casadista como golpe de Estado. Reconoce la importancia del sustrato militar, pero incorpora la trama civil. Lo entremezcla con la ambientación derrotista que aquejaba a los militares de los frentes y al pueblo republicano de la retaguardia, sobre todo tras la caída de Cataluña. Incorporó los dos factores externos que incidieron en la descomposición republicana: los servicios de espionaje franquistas y la acción británica que animó al casadismo, aunque este último aspecto apenas está sugerido. Culmina el libro con una pregunta pertinente: ¿realmente terminó la guerra?

Luis Romero elaboró, además, otra investigación básica para el conocimiento del final de la guerra: Desastre en Cartagena ²⁵ . Identificó a los actores del doble entramado convulso que estalló en la base naval, emparentado con la conspiración de Casado pero autónomo en su ejecución. De un lado, militares antinegrinistas se sublevaron de hecho contra el gobierno; de otro, la quinta columna inició un complot armado. Romero analizó las conexiones entre ambos movimientos, que finalmente provocaron la desertión de la flota rumbo a la base de Bizerta, en el Túnez francés. La investigación de Romero continúa vigente en la actualidad, con algunas matizaciones de análisis posteriores ²⁶ .

LA ETAPA DE LA LUCIDEZ

Esta nueva ambientación hacía presagiar la radical transformación historiográfica asentada con la consolidación de la democracia en España. La conmemoración del cincuentenario de la Guerra Civil certificó los avances y preludió la avalancha de investigaciones y la consecución de resultados fiables; la continua adición de valor añadido al conocimiento. Como símbolo, la obra colectiva dirigida por Manuel Tuñón de Lara, *La guerra civil española. 50 años después* ²⁷. La Guerra Civil entró plenamente en los departamentos universitarios y centros de investigación españoles.

Hemos arribado a la etapa de lucidez. Desde el punto de vista temático, durante los últimos decenios la Guerra Civil ha sido explorada y revisada en toda su dimensión como fenómeno político, social, cultural y militar. Ninguna cuestión escapa al interés del investigador en ciencias sociales. Ha proliferado la historia local y regional, puliendo el matiz y aportando el análisis microhistórico que permite el diálogo con las categorías generales a partir de la diversidad de respuestas ante un mismo fenómeno. Los esfuerzos económicos de las instituciones locales y de las comunidades autónomas han quedado suficientemente rentabilizados por los resultados obtenidos y su difusión a través de una variada gama de medios escritos, series de televisión y el mundo digital. La demanda social no parece que haya llegado al punto máximo de saturación, porque sigue reclamando mayores dosis de conocimiento al respecto.

Esta consolidación temática reposa sobre nuevas bases documentales, bien sistematizadas, accesibles y de sencillo manejo. La labor emprendida por algunas fundaciones ha permitido recopilar conjuntos documentales semipúblicos y privados de enorme relevancia para la investigación. Para el tema que nos ocupa, señalemos la importancia de la Fundación Pablo Iglesias ²⁸, la Fundación Largo Caballero o la Fundación Universidad Española, a título de ejemplos. En esta última está localizado el archivo del

gobierno de la República en el exilio, que permite componer diversas miradas sobre los últimos tiempos de la España republicana. El archivo histórico del Partido Comunista de España conserva una ingente documentación, sobre todo la colección de informes que elaboraron sus militantes y que posibilitan reconstrucciones minuciosas desde diversos ángulos. El Archivo Histórico de la Defensa conserva el conjunto de consejos de guerra y causas abiertas a los derrotados de la Guerra Civil. Proporciona, por tanto, sugerentes testimonios sobre los últimos acontecimientos de la contienda. La Filmoteca Nacional es depositaria de imágenes de gran impacto, como el acto final de la rendición de Madrid el 28 de marzo de 1939, efectuada por el coronel Prada ante su homólogo franquista Losas. Varios metros de celuloide permiten seguir la entrada de los franquistas en la capital. Mundo visual completado por colecciones fotográficas como las de Alfonso, Centelles o Santos Yubero.

Sin duda el salto cualitativo experimentado por la historiografía de la Guerra Civil radica, además, en el acopio documental conservado en archivos extranjeros. Una guerra internacionalizada como la española exigía la exploración de estas series documentales. El profesor Ángel Viñas ha insistido hasta la saciedad en la necesidad de contemplar la Guerra Civil desde fuera de España. Visión exterior de especial relevancia para la plena comprensión de la clausura de la contienda, si tenemos en cuenta la participación directa o indirecta del gobierno británico en el asunto, o el progresivo alejamiento de la Unión Soviética con respecto a la España republicana, que invalidaría la tesis del complot comunista guiado desde Moscú.

Todo este bagaje configura el basamento de varias investigaciones de gran calado que han visto la luz durante los últimos veinte años. Cinco de ellas están específicamente centradas en la explicación del final de la guerra. Abrió la secuencia cronológica el libro de Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil Así terminó la guerra de España, publicado por Marcial Pons en 1999. Se trata de una visión multifactorial que imbrica los factores derivados de la descomposición política interna, la incidencia británica y el papel desarrollado desde Burgos; en 2009 la editorial Crítica sacó a la luz la obra de Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez El desplome

de la República, especialmente empapada de fuentes británicas; Ángel Bahamonde Magro retomó el tema en 2014 a través de la editorial Cátedra con *La conjura del coronel Casado*, cuyos protagonistas principales son los militares profesionales que rodeaban al coronel; el mismo año salió el libro de Paul Preston *El final de la guerra*. La última puñalada a la República, editado por Debate, encuentro del conjunto de protagonistas fundamentales y secundarios que intervinieron en el drama final; por fin en 2015 Francisco Alía Miranda publicó en Cátedra *La agonía de la República*. El final de la guerra civil española, que insiste sobre todo en la descomposición interna, la ruptura desde dentro del mundo republicano. Completarían el cuadro explicativo las tres biografías sobre Juan Negrín elaboradas respectivamente por Ricardo Miralles, Enrique Moradiellos y Gabriel Jackson ²⁹ .

Este conjunto bibliográfico juega con la existencia de tres factores que entran en relación de forma inestable: el factor externo, fundamentalmente la posición británica; el factor franquista, centrado en su capacidad de acción, y el factor interno republicano, basado en la descomposición política propia. Las discrepancias entre los autores residen en la mayor o menor incidencia de cada uno de estos factores, pero la conclusión es similar: la República perdió cualquier posibilidad de resistencia con el golpe de Casado y Franco impuso la rendición incondicional a coste cero a través de esa ofensiva final frente a los restos quebrantados del ya inexistente ejército republicano.

El final de la Guerra Civil compone un escenario similar, salvando circunstancias temporales y específicas, al de sus orígenes: una sublevación militar, con apoyatura política, que rechaza la legitimidad del gobierno constituido y se autojustifica a través de un discurso saturado de semántica anticomunista. Ambas insisten en su carácter necesario y preventivo frente a un complot comunista de inminente ejecución, guiado desde Moscú. Ambas constituyen un relato-ficción, pretendidamente verosímil, sobre el supuesto complot, que no resiste la comprobación empírica. Ambas elaboran una narración virtual fácilmente asimilable por los sectores sociales más conservadores en 1936, y por la mayoría del pueblo republicano, exhausto y desmoralizado ante la secuencia de derrotas, en 1939.

Emocionalmente tampoco existía uniformidad, dibujándose estados de ánimo muy vulnerables ante la adversidad. Además, los militares profesionales ubicados en el campo republicano desarrollaron lealtades diferenciadas. Este abigarrado conjunto político y militar resulta susceptible de ser fracturado por la confluencia de dos factores que se retroalimentan: la confrontación permanente por la hegemonía política entre las organizaciones y partidos del Frente Popular y la cadena de derrotas que desgastan las políticas de guerra y a sus protagonistas, provocando sucesivos desembarcos hacia una imposible neutralidad, reduciendo las bases de sustentación del esfuerzo republicano y ampliando el clima derrotista.

A la luz de las nuevas investigaciones el esquema de la derrota republicana contempla un rosario de desafecciones que desarticula por completo cualquier plan de resistencia. Alcanza su máximo a finales de 1938, y se desata de un modo incontenible a partir de la pérdida de Cataluña y su trágico éxodo, en las peores condiciones posibles. En suma, el estereotipo de una derrota sin paliativos.

A la altura de marzo de 1939 Franco tenía verdadera urgencia en liquidar la guerra. Constituye una variable explicativa de primer orden. De esta urgencia el coronel Casado podría haber obtenido excelentes dividendos si hubiera reparado en ella y la hubiera incluido como elemento de presión en su proyectado plan negociador. Gran Bretaña apremiaba a los otros rebeldes, ahora reconocidos, a culminar la guerra en breve plazo. En las esferas gubernamentales de Londres y París se consideraba a Negrín poco apropiado para clausurar la guerra. La inestable situación internacional exigía cerrar cualquier foco de tensión susceptible de continuar alterando las frágiles bases de la política internacional. El espejismo de Múnich se había desdibujado; la ilusión de una paz duradera, basada en el apaciguamiento, entraba en crisis definitiva, conforme se incrementaba la conflictividad en Centroeuropa. El coronel Casado no pudo, no quiso o no supo gestionar la urgencia de Franco. No contó con este factor, que habría sido determinante. Todo se redujo a creer en la clemencia de «El Caudillo». Cabe una pregunta sin posible respuesta: teniendo en cuenta la feroz represión de posguerra, ¿el saldo de una resistencia final habría sido más elevado? Desde luego, la sublevación de Casado no fue un

acto humanitario y patriótico para cortar el derramamiento de sangre.

DIALOGAR CON EL LIBRO DE CASADO

Recién terminada la guerra, nada más iniciar su exilio londinense, Casado empezó a elaborar un discurso justificativo de los acontecimientos. Lo publicó bajo el título *The last days of Madrid* ³⁰. Veintiocho años después publicó en la editorial Guadiana su versión castellana ³¹, *Así cayó Madrid*. Dos libros similares, pero no iguales. En la versión española dulcificó el lenguaje y existen alteraciones de fechas entre ambos textos. Como señala Michael Alpert ³², estos errores que aparecen en la versión inglesa probablemente fueron intencionados con la finalidad de hacer coincidir la causa primordial de la sublevación con el pretendido nombramiento de mandos comunistas para la dirección de los ejércitos de la zona Centro-Sur ³³. Así, sitúa sus primeros contactos con la quinta columna y los servicios franquistas de inteligencia a principios de marzo, cuando realmente tuvieron lugar al menos desde el mes de enero. Por tanto, antes de que se consumaran la caída de Cataluña y la dimisión del presidente Azaña. Oculta, pues, el tiempo largo de la conspiración en aras de una falsa inmediatez que le permite cargar las tintas sobre la ilegitimidad del gobierno Negrín.

La historiografía de las dos últimas décadas ha dejado aclarado el tema de las relaciones entre el coronel Casado, la quinta columna y los servicios de información y policía militar (SIPM), una de las palancas explicativas del golpe de Estado del 5 de marzo de 1939. Cervera Gil-Bahamonde ³⁴ y Bahamonde ³⁵ han dedicado especial atención a este complicado y tortuoso encuentro. Llama la atención que en los dos libros del coronel Casado exista un vacío clamoroso de sus relaciones con el Cuartel General del Generalísimo. Es probable que con ello intente evitar una disminución de su protagonismo. Casado hace referencia a esta cuestión de forma tangencial, bordeándola, convirtiéndola en algo marginal y situándola cronológicamente a raíz de la derrota de la resistencia comunista madrileña el 13 de marzo de 1939.

Después de unos tanteos desde el verano de 1938, las relaciones formales entre Casado y Terminus tomaron cuerpo el 20 de enero de 1939. En su libro, Bahamonde y Cervera han establecido una secuencia cronológica. Aquel día, Diego Medina Garijo, comandante profesional de la Sanidad republicana, médico personal de Casado y dirigente de la quinta columna madrileña, entregó al coronel la primera versión de las garantías ofrecidas por Franco para todos los militares profesionales que depusiesen sus armas y que no hubieran cometido delitos comunes. El 3 de febrero Casado y Besteiro se encuentran en el domicilio del último. Ese mismo día tuvo lugar una reunión entre Casado y los generales Miaja, Matallana y Menéndez. Les comunica los contactos con Terminus y les plantea abiertamente la necesidad de derrocar al gobierno de Negrín, bien obligándole a dimitir, bien por la vía violenta, a lo que seguiría la constitución de un Consejo Nacional de Defensa, interlocutor válido para negociar con el bando franquista ³⁶.

El antinegrinismo del coronel Casado empezó a germinar en la primavera de 1938 y adquirió envergadura con la destitución de su protector, Indalecio Prieto. En un principio esta oposición iba dirigida más contra la política de guerra y los comunistas que contra la persona de Negrín, a pesar de la contrapuesta psicología de ambos. A partir del mes de noviembre, Casado considera que la ligazón entre Negrín y el partido no presenta solución de ruptura, y su oposición a la política oficial acaba incorporando a la persona de Negrín.

Casado y su círculo próximo interpretaban a su antojo el discurso negrinista del «resistir es vencer». Lo definían como una política suicida, descarnada de cualquier patriotismo, encaminada a hacer realidad los intereses políticos de la Unión Soviética y que prolongaba una guerra que nunca se ganaría. No plantearon que la política de guerra del doctor Negrín no se basaba únicamente en la hipótesis de una victoria militar, altamente cuestionable a mediados de 1938: implicaba crear las condiciones militares para conseguir una paz auténticamente negociada en situación de equidad con el bando franquista. Resulta una evolución similar, aunque por otros derroteros, a la de Julián Besteiro. Ambos estaban abocados a entenderse y, por diferentes caminos, coincidieron en febrero de 1939. En este entendimiento confluyeron el antinegrinismo político

y el militar.

Sin embargo, el 5 de febrero el coronel Centaño, agente del SIPM, entrega por escrito a Casado la segunda versión de lo que se denominó «las concesiones del Generalísimo». Inicia el escrito una declaración en la que se califica con el término «criminal» toda prolongación de la resistencia. Se exige la rendición incondicional y, como contrapartida, se ofrece «la benevolencia para los que depongan voluntariamente las armas» y la concesión de pasaportes para quienes opten por la expatriación. Una vez más, se insiste en que nada deben temer aquellos que no se hayan manchado las manos de sangre. Casado solicitó confirmación de su amigo, el franquista general Barrón, y desde entonces el contenido de las «concesiones» se difunde ampliamente en los frentes republicanos y en la retaguardia. El rumor, el boca a boca, alteran, distorsionan o agigantan los términos del mensaje hasta concretarlos en una escueta simplificación: Franco reconocerá y premiará cualquier acción o esfuerzo, por mínimo que sea, para desbancar a Negrín y a los comunistas. Las «concesiones» coadyuvaban a la descomposición final, sobre todo en los ámbitos militares.

Tampoco Casado resulta elocuente en lo que concierne a sus relaciones con los representantes británicos. Estaba informado de la postura entreguista del gobierno británico. Hobson, agente oficioso en Burgos, trasladó inmediatamente a Londres el contenido de las «concesiones». El Foreign Office las consideró aceptables de cara a facilitar el cierre del conflicto español. Para Casado resultó fundamental el visto bueno londinense, además de asegurarse la salida del país y el exilio en Gran Bretaña ³⁷.

Casado se presenta en sus dos libros como el líder indiscutible y providencialista de un bloque sólido y sin fisuras, motivado por un sentimiento patriótico y profundamente nacionalista. Las nuevas aportaciones historiográficas han superado la visión reduccionista comunistas versus Casado. El gran enfrentamiento tuvo lugar en Madrid y sus alrededores y se desarrolló en el seno del Ejército del Centro. En otros ámbitos espaciales la crisis se dirimió bajo parámetros diferentes, a base de una calculada confrontación y de acuerdos inestables a la espera de acontecimientos. La cúpula de los ejércitos de Levante, Andalucía y Extremadura, aunque cercana a

Casado, se mostró cauta y controló a las unidades de cariz comunista mediante una represión selectiva. No fue un enfrentamiento entre un bloque consolidado de corte antinegrinista y los comunistas, aunque la epidermis de los sucesos acaecidos parezca confirmarlo. La historiografía franquista así lo mantuvo, por interés ideológico y porque proporcionaba una prueba más de la injerencia soviética. Posteriormente, historiadores conservadores mantuvieron la línea, pero los últimos estudios han variado sustancialmente el alcance interpretativo al respecto, matizando comportamientos personales y colectivos, depurando la confrontación en el seno de los partidos políticos y organizaciones sindicales, y ponderando las dificultades de conexión y articulación, tras la caída de Cataluña, entre las cúpulas dirigentes y las esferas organizativas a escala regional y provincial; todo ello sin contar con la disgregación de la militancia de base, cuyo estudio y análisis todavía están pendientes.

Probablemente, desde la división de la España republicana en dos porciones territoriales, como consecuencia de la ofensiva franquista sobre ambos márgenes del Ebro durante la primavera de 1938, las organizaciones políticas de la zona Centro-Sur republicana ofrecen una suerte de fragmentación a escala regional y local.

Fraccionalismo fruto de la falta de fluidez en las comunicaciones y relaciones con las cabeceras dirigentes, sitas en Cataluña, al abrigo de las instituciones centrales del gobierno. La realidad es que en la zona Centro-Sur existió, desde abril de 1938 al menos, un déficit de centralidad organizativa y en lo referente a la toma de decisiones, dando lugar a una gran autonomía local y regional. En buena medida la acción política quedó desarticulada. Afectó a todos los partidos y al mundo sindical, incluidos los comunistas. Es preciso destacar que la respuesta comunista al golpe de Casado fue protagonizada, y no sin tensiones, por el comité regional del partido, de forma independiente y carente del beneplácito del comité central o del buró político. También resultan evidentes las diferencias entre los militantes históricos, anteriores a la Guerra Civil, y los comunistas de nuevo cuño, incorporados al partido durante la contienda por diferentes razones, pero no siempre con excesiva identificación ideológica, característica patente sobre todo entre los militares profesionales que engrosaron las filas del partido

No existió una conspiración comunista ni tampoco una respuesta unívoca frente al golpe casadista. Los militantes madrileños actuaron sobre todo por una cuestión de supervivencia, sabedores de que eran la moneda de cambio de la paz honrosa o el chivo expiatorio inmolado a los franquistas. El Partido Comunista no elaboró una respuesta global frente a Casado; descabezado en parte, con dificultades de articulación entre organizaciones locales y con muchos mandos militares pasivos, le fue imposible tomar la iniciativa. El balance al amanecer del día 6 presentaba al partido parcialmente neutralizado y con numerosos comités políticos desconcertados, hasta el punto de que hubo casos aislados de adhesión al Consejo de Defensa de Casado. Tampoco resultó fructífero el intento de movilización sindical, aprovechando la relativa situación hegemónica que los comunistas poseían en la UGT, porque el sector caballerista logró la iniciativa, tomando las riendas de la organización. El resultado fue una cadena de acciones precipitadas que acabaron por colocar al Partido Comunista en una posición meramente defensiva. La respuesta activa de los correligionarios madrileños fue criticada y, de hecho, desautorizada por el buró político, sobre todo por Togliatti y Stepanov ³⁹. Mayor confusión todavía cuando en la madrugada del 7 de marzo llegaron los primeros rumores, luego confirmados por la realidad, de que Negrín y su gobierno habían abandonado España, al igual que harían los principales dirigentes comunistas. En su última reunión en tierra española, el buró político estableció las nuevas directrices: la renuncia a cualquier resistencia activa que pusiera en peligro la existencia del partido; la negociación para actuar en la legalidad; la preparación de la evacuación de los más significados dirigentes, y la organización de las estructuras clandestinas, ante el previsible final de la guerra. El 9 de marzo vio la luz el manifiesto del buró planteando la no confrontación con el consejo de Casado y el llamamiento a la convivencia y unidad de las fuerzas antifascistas.

OBJECIONES A BESTEIRO

El contundente estilo narrativo de Paul Preston muestra especial interés hacia la psicología de la variada gama de personajes que intervienen en el proceso. El cúmulo de pequeñas venganzas por actos y acciones enraizadas antes de la guerra, las confrontaciones personales de amplio recorrido histórico se entremezclan con posiciones ideológicas en un momento tan crítico como fue marzo de 1939. En estas coordenadas se sitúa la respuesta de Julián Besteiro. Su pasado de confrontación antes de 1936 y su pérdida de influencia en la lógica de poder dentro del PSOE incidieron en el análisis del momento. Hombre de colmadas convicciones éticas, anclado en su laboratorio mental, capaz de manejar la teoría en profundidad, tiende a alejarse de la realidad y la sobredimensiona a base del dominio de los parámetros teóricos. En marzo de 1939 renacen sus viejos enfrentamientos con los compañeros considerados como bolchevizantes. Su áspero anticomunismo le hace sospechar que Negrín se asoma demasiado a la sima comunista. No quiso o no pudo asumir la naturaleza de la guerra y acabó dando por bueno el discurso franquista de la clemencia, asegurando que la caballerosidad y el nacionalismo de «El Caudillo» no traerían mayores consecuencias después de la derrota republicana. Sus amigos de la quinta columna hicieron el resto.

Preston desmonta la pretendida ingenuidad; se trató de una elección movida por el convencimiento. El veterano socialista fue figura básica del golpe de Estado, atrajo hacia su postura a sus correligionarios del socialismo madrileño, donde todavía gozaba de prestigio e influencia, y preparó las bases intelectuales del discurso justificativo de la sublevación, que reposaba en las tesis de ilegitimidad constitucional del gobierno Negrín, sobre todo tras la dimisión del presidente de la República, y que están bañadas de tintura patriótica y nacionalista. Besteiro recordó antiguas veleidades corporativas y llegó a plantearse la posibilidad de que el nuevo Estado franquista le permitiría construir alguna forma de estructura sindical. La vileza y la indiscriminada represión

franquista acabaron con su vida, condenado a treinta años de cárcel en una oscura prisión de Carmona, lastrado por su frágil salud ⁴⁰.

HACIA EL PUERTO DE ALICANTE

Como era de prever, Franco hizo caso omiso de las «concesiones». Las dos conversaciones que representantes del Consejo Nacional de Defensa y de Franco mantuvieron en el aeródromo burgalés de El Gamonal fueron inútiles, ni siquiera sirvieron para asegurar una estructura mínima de evacuación. El gobierno británico mantuvo el principio ya establecido de que la Royal Navy no intervendría salvo autorización expresa de Franco. Continuaban valorando la contienda española como una cuestión interna y Franco ya era el gobernante legítimo. El 25 de marzo el Cuartel General franquista anunció la ofensiva final, luego adjetivada como «de la victoria». Desde el punto de vista estrictamente militar, la descripción más documentada corresponde a la obra de Martínez Bande ⁴¹, ya clásico en esta cuestión. Sin embargo, todavía subsisten muchas incógnitas sobre el papel que desarrollaron los militares profesionales de la España republicana durante la etapa final. Bahamonde ha desvelado los comportamientos del entorno casadista ⁴². Continúan vigentes las aportaciones de Suero Roca, Zaragoza, Aroca Mohedano y el tercer volumen de la obra de Saiz Cidoncha ⁴³, pero faltan informaciones sobre los cuadros militares de graduación intermedia. La última aportación sobre la cúpula militar republicana, que explora los fondos documentales abiertos en los últimos años, ha dado lugar a un texto colectivo bajo la dirección de Javier García Fernández ⁴⁴.

El tiempo postrero del Madrid republicano cuenta, entre otros, con el vivo testimonio de Rafael Sánchez Guerra ⁴⁵; alude a los principales personajes del entorno de Segismundo Casado. Fernando Rodríguez Miaja ha elaborado con visos hagiográficos la actuación de su abuelo el general Miaja, que cuenta, además, con alguna biografía de las mismas características, falta de interés, y con una semblanza bien elaborada ⁴⁶. Sobre los últimos momentos dramáticos en el puerto de Alicante, sigue siendo destacable el volumen específico que dedicó la revista Canelobre ⁴⁷; por supuesto, el inmortal Campo de los almendros de Max Aub, que

cierra su ciclo sobre la Guerra Civil, y las investigaciones recopiladas por Santacreu ⁴⁸ . El exilio procedente de la zona Centro-Sur se ha incorporado últimamente al acervo historiográfico. Ejemplo de ello son el trabajo de Victoria Fernández ⁴⁹ y la publicación de un testimonio de época, el de Marco Botella, acerca del periplo del Stanbrook ⁵⁰ . Sobre la represión inmediata en el Ejército del Centro está la aportación de Ángel Bahamonde ⁵¹ , a base de las causas abiertas a los vencidos, traducidas en consejos de guerra.

■

¹ La Historia de la cruzada española fue elaborada entre 1939 y 1943. Ediciones Españolas, Madrid, la publicó en ocho volúmenes. Carlos Sáenz de Tejada se encargó de la dirección artística. Fue uno de los ilustradores más reconocidos de la zona franquista durante la guerra.

² En 1940, la primera edición corrió a cargo de Ediciones Idea.

³ Publicado por Editora Nacional en 1940.

⁴ Publicado por la editorial Heinemann.

⁵ En la tercera edición, de 1963, publicada por Editora Nacional, los errores están concentrados en las páginas 346 y 347.

⁶ Publicado por la editorial AHR de Barcelona.

⁷ Sintetizó su visión de la guerra en José García Pradas, ¡Teníamos que perder!, Madrid, G. del Toro Editor, 1974.

⁸ José Peirats, La CNT en la revolución española, París, Ruedo Ibérico, 1971, 3 vols.; Cipriano Mera, Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista, París, Ruedo Ibérico, 1976.

⁹ Jesús Hernández Tomás, Yo, ministro de Stalin en España, Madrid, Nos, 1954, págs. 201-269.

¹⁰ Nos referimos a los informes depositados en el Archivo Histórico del Partido Comunista de España.

¹¹ Dolores Ibárruri et al., Guerra y revolución en España 1936-1939, Moscú, Progreso, 1966-1977, 4 vols.

¹² Jacinto Barrios, «La última defensa de Madrid. Datos para la historia de una traición y de una semana de lucha heroica de los comunistas en Madrid, en la semana del 5 al 12 de marzo de 1939»; Arturo Jiménez, «Informe acerca de la situación en Madrid»; Federico de la Iglesia, «Notas para la historia militar de la guerra de España. La rebelión de Madrid», Manuscritos, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Carpetas respectivas: 31/3, 40/2 y 40/1.

¹³ Edmundo Domínguez Aragonés, Los vencedores de Negrín, México, Roca, 2.^a ed., 1976.

¹⁴ Fue publicado en Toulouse por las Juventudes Socialistas Españolas.

¹⁵ Ignacio Hidalgo de Cisneros, Cambio de rumbo, Bucarest, Colección Ebro, 1964, 2 vols. En 1977, la editorial Laia de Barcelona lo publicó en España.

¹⁶ En 1971, la Colección Ebro publicó el texto en París. La editorial Espuela de Plata de Sevilla ha realizado la última edición, con un prólogo de Ángel Viñas, en 2008.

¹⁷ Sus hermanos Manuel y Julio se opusieron al golpe de Estado de julio de 1936. Durante la guerra ocuparon mandos significativos en el Ejército Popular. Sometidos a consejo de guerra tras la derrota republicana, ambos fueron fusilados. Otro hermano alcanzó la cúpula militar en la España franquista.

¹⁸ Fue publicado en 1947. Probablemente se trate de una edición personal, impresa en Grafos. Consta de un prólogo del coronel Mariano Salafranca, igualmente leal a la República y exiliado. Era diplomado de Estado Mayor y, además, había cursado la carrera de Derecho.

¹⁹ Vicente Rojo, ¡Alerta a los pueblos! Estudio político-militar del periodo final de la guerra española, Buenos Aires, Aniceto López, 1.^a ed., 1939, y en Barcelona, Ariel, 1974. Resulta muy contradictoria la posición de Vicente Rojo con respecto a los acontecimientos finales de la guerra, sobre todo la sublevación de Casado. Es evidente que, tras la caída de Cataluña, Rojo asumió la derrota. En principio se mostró favorable a cualquier estrategia que facilitara la apertura de negociaciones con el bando franquista. Sin embargo, también fue muy crítico con Casado y el resultado final. Véanse

Jesús Martínez Paricio (coord.), Los papeles del general Vicente Rojo. Un militar de la generación rota, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, y José Andrés Rojo, Vicente Rojo. Retrato de un general republicano, Barcelona, Tusquets, 2006.

²⁰ No se trata de un relato de ficción. El contenido es autobiográfico. Ángel María de Lera fue oficial del Ejército Popular. Militó en el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña. De hecho, Las últimas banderas es su primera aportación al tema. Posteriormente publicó otros relatos, igualmente autobiográficos, referidos a la represión, las cárceles franquistas y las dificultades de los vencidos para incorporarse a la vida civil en los años cuarenta.

²¹ Ramón Salas Larrazabal, Historia del Ejército Popular de la República , Madrid, Editora Nacional, 1973, 4 vols.

²² Ricardo de la Cierva y Hoces, 1939. Agonía y victoria (el protocolo 277), Barcelona, Planeta, 1989, y La victoria y el caos. A los sesenta años del 1 de abril de 1939, Madrid, Fénix, 1999. Siempre este autor dio como buena la publicación de los nombramientos de militares comunistas para la dirección de los ejércitos de la zona Centro-Sur. Nunca contrastó los datos.

²³ Se ocupó de la edición la editorial Guadiana. En líneas posteriores analizamos el texto.

²⁴ Luis Romero, El final de la guerra civil, Barcelona, Ariel, 1976.

²⁵ Luis Romero, Desastre en Cartagena, Barcelona, Ariel, 1971.

²⁶ Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, Así terminó la guerra de España , Madrid, Marcial Pons, 2.ª ed., 2000, págs. 421-438.

²⁷ Manuel Tuñón de Lara (dir.), La guerra civil española. 50 años después, Barcelona, Labor, 1989. Además de Manuel Tuñón de Lara, compusieron capítulos Julio Aróstegui, Ángel Viñas, Gabriel Cardona y Josep M. Bricall.

²⁸ Resulta encomiable la labor desarrollada por el equipo investigador de esta fundación, dirigido por Aurelio Martín Nájera. Este autor ha dirigido, entre otros trabajos: Diccionario biográfico del socialismo español (1879-1939), Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2010.

²⁹ Ricardo Miralles, Juan Negrín, la República en guerra, Madrid, Temas de Hoy, 2003; Enrique Moradiellos, Don Juan Negrín López, Barcelona, Península, 2006; Gabriel Jackson, Juan Negrín. Médico, socialista y jefe del Gobierno de la II República española, Barcelona, Crítica, 2008.

³⁰ Segismundo Casado, The last days of Madrid. The end of the Spanish Republic, Londres, Peter Davies, 1939.

³¹ Segismundo Casado, Así cayó Madrid, último episodio de la guerra civil española, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968.

³² Michael Alpert, El ejército republicano en la guerra civil , París,

Ruedo Ibérico, 1977, págs. 303-304.

³³ Juan Miguel Campanario, «Los ascensos y nombramientos de militares comunistas en marzo de 1939. La sublevación del coronel Segismundo Casado y el hallazgo del Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional del día 5 de marzo cuya existencia se desconocía», ponencia al X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Santander, 16 y 17 de septiembre de 2010.

³⁴ Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil, Así terminó la guerra..., op. cit., págs. 290-294.

³⁵ Ángel Bahamonde Magro, La conjura del coronel Casado, Madrid, Cátedra, 2014, págs. 137-148.

³⁶ Javier Cervera Gil, Madrid en guerra: la ciudad clandestina, 1936-1939, Madrid, Alianza, 1998.

³⁷ Ángel Viñas, a lo largo de sus obras, nos ha aportado datos esenciales sobre Gran Bretaña y la guerra civil española. Otro tanto cabe decir de Enrique Moradiellos, La perfidia de Albión, Madrid, Siglo XXI, 1996. Sobre los intentos de Azaña por conseguir la mediación británica: Santos Juliá, Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940), Madrid, Taurus, 2008.

³⁸ Sobre la evolución del Partido Comunista durante la guerra y la confrontación ideológica con otras organizaciones, Fernando Hernández Sánchez, Guerra o revolución: el Partido Comunista de España en la guerra civil, Barcelona, Crítica, 2010. El interés de la Unión Soviética por el conflicto español es la médula del libro de

Daniel Kowalsky La Unión Soviética y la Guerra Civil española, Barcelona, Crítica, 2003. La Unión Soviética fue leal a la República hasta el penúltimo momento; a la altura de febrero de 1939 tomaron conciencia de que las comunicaciones con la España republicana estaban lastradas por completo. A lo largo de su abundante obra, Ángel Viñas proporciona información al respecto.

³⁹ Palmiro Togliatti, Escritos sobre la guerra de España, Barcelona, Crítica, 1980, págs. 203-297. Es una traducción de la edición publicada en 1979 por Editori Riuniti, de Roma. Además, Ángel L. Encinas Moral (ed.), Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyan Minev (Stepanov), delegado en España de la Komintern (1937-1939), Madrid, Miraguano, 2003.

⁴⁰ Una última versión sobre Julián Besteiro que carga las tintas, sobre todo, en sus convicciones éticas, explicativas de su actuación durante el último acto de la Guerra Civil, en Octavio Ruiz Manjón, Algunos hombres buenos, Madrid, Espasa, 2016. Sobre los debates y tensiones en el seno del Partido Socialista Obrero Español, Helen Graham, El PSOE en la guerra civil. Poder, crisis y derrota (1936-1939) , Barcelona, Debate, 2005.

⁴¹ José Manuel Martínez Bande, El final de la guerra civil, Madrid, San Martín, 1985.

⁴² Ángel Bahamonde Magro, La conjura del coronel..., op. cit., págs. 63-118 y 211-234.

⁴³ M.^a Teresa Suero Roca, Militares republicanos de la guerra de España, Barcelona, Península, 1981; Cristóbal Zaragoza, Ejército Popular y militares de la República (1936-1939), Barcelona,

Planeta, 1983; Manuela Aroca Mohedano, General Juan Hernández Saravia: el ayudante militar de Azaña, Madrid, Oberon, 2006; Carlos Saiz Cidoncha, Aviación republicana, Madrid, Almena, 2006 (tomo III: «Desde la batalla del Ebro hasta el final de la guerra»).

⁴⁴ Javier García Fernández (coord.), 25 militares de la República, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011. Entre otras biografías, hay una dedicada a Segismundo Casado, realizada por Ángel Viñas (págs. 213-260). Recientemente se ha publicado un estudio sobre los Estados Mayores durante la contienda: Arturo García Álvarez-Coque, La fractura del ejército ante el 18 de julio. El Estado Mayor en la guerra civil, Granada, Comares, 2018.

⁴⁵ Rafael Sánchez Guerra, Mis prisiones, Buenos Aires, Claridad, 1946.

⁴⁶ Fernando Rodríguez Miaja, Testimonios y remembranzas. Mi recuerdo de los últimos meses de la guerra de España (1936-1939), México D.F., El Colegio de México, 2013; Antonio López Fernández, El general Miaja, defensor de Madrid, Madrid, G. del Toro Editor, 1975, y Juan José Menéndez, «José Miaja Menant. Teniente general», en Javier García Fernández (coord.), 25 militares..., op. cit., págs. 695-726.

⁴⁷ La guerra civil en Alicante, núm. 7, 1986. Volumen coordinado por Juan Martínez Leal.

⁴⁸ José Miguel Santacreu Soler (ed.), Una presó amb vistes al mar. El drama del Port d'Alacant, Març de 1939, Valencia, Tres i quatre, 2008. Dentro de este volumen, de especial interés la aportación de Eladi Mainar Cabanes, «L'exili del coronel Casado amb el Consell de Defensa pel Port de Gandía després de la cerca infructuosa d'una

pau pactada», págs. 115-156.

⁴⁹ Victoria Fernández Díaz, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia, Universitat de València, 2009.

⁵⁰ Antonio Marco Botella, *La odisea del Stanbrook*, *Memorias de un exiliado político*, Zaragoza, Insituto Fernando el Católico, 2007.

⁵¹ Ángel Bahamonde Magro, *La conjura del coronel...*, op. cit., págs. 242-257.

Autoras y autores

Manuela Aroca Mohedano es doctora en Historia Contemporánea, responsable de los proyectos históricos de la Fundación Francisco Largo Caballero y profesora asociada de la Universidad Carlos III de Madrid. Su actividad investigadora se centra fundamentalmente en los aspectos militares de la Segunda República y la Guerra Civil española, y en el estudio del sindicalismo socialista. Ha sido investigadora principal de varios proyectos de I + D y entre sus publicaciones más recientes destaca El papel del sindicalismo en la Transición. La confluencia del sindicalismo socialista: fusión USO-UGT (Madrid, Cinca, 2017).

Ángel Bahamonde Magro es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid, y anteriormente ha sido catedrático en la Universidad Complutense de Madrid (1992-2003), y catedrático en las universidades francesas de Toulouse-Le Mirail y Paris-Saint Denis. Su actividad investigadora se refleja en la dirección de diversos proyectos de I + D, sobre diferentes aspectos de la Historia de España del siglo XX, y en la publicación de numerosos libros y artículos en revistas. Entre sus últimas publicaciones cabe destacar Madrid, 1939: la conjura del coronel Casado (Madrid, Cátedra, 2014). En la actualidad es codirector de la Cátedra del Exilio, y forma parte del Consejo asesor de varias revistas científicas.

Javier Cervera Gil es profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Francisco de Vitoria. Doctor en Historia Contemporánea y en Ciencias de la Información

(ambos títulos por la Universidad Complutense de Madrid). Tres sexenios de investigación acreditados con relevantes trabajos sobre la Guerra Civil española, el franquismo, el exilio en Francia o la historia de la comunicación contemporánea. Autor de cinco libros y más de 30 artículos de carácter científico en revistas españolas y extranjeras de impacto. Además, estancias investigadoras en la Universidad París-IV, el Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies del LSE (Londres) y en la Universidad de Tallin (Estonia).

Matilde Eiroa San Francisco es profesora titular de la Universidad Carlos III de Madrid. En 2013 ganó el XXIII Premio de Investigación Victoria Kent por la biografía titulada Isabel de Palencia. Diplomacia, periodismo y militancia al servicio de la República (Universidad de Málaga, 2014). Entre sus últimas publicaciones figuran Españoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano y comunista en la Europa socialista (Madrid, Marcial Pons, 2018), la coordinación del dossier «Historia digital: una apuesta del siglo XXI» (núm. 110 de la revista Ayer) y el libro colectivo Historia y Memoria en Red. Un nuevo reto para la historiografía (Madrid, Síntesis, 2018). Es la investigadora principal de un proyecto de investigación en curso sobre Historia, Memoria y Sociedad Digital (<https://uc3m.libguides.com/Hismedi>). Referencia: RTI2018-093599-B-I00 MCIU/AE/FEDER, UE).

Arturo García Álvarez-Coque es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid. Doctor en Física por la Universidad de Oxford. Motivado por el estudio de la Guerra Civil española, y una tradición familiar de militares que lucharon en ella, después de una carrera en los ámbitos académico y empresarial emprendió estudios de doctorado y una dedicación plena a la investigación. Su interés principal y sus publicaciones están centradas en el papel de los militares profesionales en el conflicto civil de 1936-1939. Es miembro de ASEHISMI (Asociación Española de Historia Militar) y de GEFREMA (Grupo de Estudios del Frente de

Madrid).

Eduardo González Calleja es catedrático de la Universidad Carlos III de Madrid. Sus investigaciones han versado sobre la teoría y la historia de la violencia política, la evolución de los grupos de extrema derecha y fascistas en la Europa de entreguerras, la historia del deporte, la historia de los instrumentos estatales de orden público y la relación entre memoria e historia. Entre sus últimos libros figuran Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales (Madrid, Siglo XXI, 2017); Socialismos y comunismos (Madrid, Paraninfo, 2017); Guerras no ortodoxas. La «estrategia de la tensión» y las redes del terrorismo neofascista en Europa del Sur y América Latina (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018), y Política y violencia en la España contemporánea, vol. 1: Del Dos de Mayo al Primero de Mayo (1808-1903) (Madrid, Akal, 2019). Es coordinador de La Segunda República española (Barcelona, Pasado & Presente, 2015).

Rosario Ruiz Franco es profesora titular de Historia Contemporánea de la Universidad Carlos III de Madrid. Su línea de investigación principal se centra en la historia de las mujeres y las relaciones de género en la España contemporánea, de forma particular desde 1931 hasta 1978. En este sentido participa en diversos proyectos de I + D, y ha organizado congresos y seminarios de carácter internacional. Entre sus publicaciones cabe mencionar Mercedes Formica (Madrid, Ediciones del Orto, 1997) y ¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo (Madrid, Biblioteca Nueva, 2007), y más recientemente Las guerras mundiales en sus contextos históricos (Madrid, Paraninfo, 2017). En el año 2013 recibió el Premio de Excelencia a Jóvenes Investigadores otorgado por el Banco Santander y el Consejo Social de la UC3M.

Francisco Sánchez Pérez es profesor titular de Historia

Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus investigaciones se han centrado en la historia de los movimientos sociales y políticos del reinado de Alfonso XIII y la Segunda República, y de la historia urbana y de Madrid en el siglo XX. Entre las obras recientes de las que es autor o ha colaborado se pueden reseñar Las dos repúblicas en España (Madrid, Pablo Iglesias, 2018); La sociedad urbana en el Madrid contemporáneo (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018); Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles (Madrid, 2017); Luces y sombras del 14 de abril. La historiografía sobre la Segunda República española (Madrid, 2017); La Segunda República española (Barcelona, Pasado & Presente, 2015), o la coordinación de La España del siglo xx. Síntesis y materiales para su estudio (Madrid, Alianza, 2015) o Los mitos del 18 de julio (Barcelona, Crítica, 2013).

Edición en formato digital: febrero de 2021

Fotografía de cubierta: INGenius

© Los autores, 2021

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4248-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

www.catedra.com

